

Quiéreme si te atreves

REGINA ROMAN



MEJOR
EDITORIAL
ROMÁNTICA
PREMIO
DAMA

VERSÁTIL Romántica

Título original: *Quiéreme si te atreves*

© 2013 Regina Román Gómez
Diseño cubierta/Fotomanipulación: Eva Olaya
© Fotografía: Shutterstock

1ª edición: noviembre 2013

Derechos exclusivos de edición en español para todo el mundo:

© 2013 Ediciones Versátil, S.L.

Av. Josep Tarradellas, 38

08029 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Índice de contenido

- [·1· Comienzos en un jardín](#)
- [·2· Un merecido ascenso](#)
- [·3· De nuevo a cero](#)
- [·4· La primera en la frente](#)
- [·5· Las rubias estorban](#)
- [·6· La visita rosa](#)
- [·7· Metiste la pata, chatina](#)
- [·8· Shopping, rímel y Doraimon](#)
- [·9· Una morena en el menú](#)
- [·10· Todo vuelve a la normalidad](#)
- [·11· Pluff... cambio de planes](#)
- [·12· La familia... ¿y uno más?](#)
- [·13· Encuentro inesperado](#)
- [·14· El reloj de cuco](#)
- [·15· Nada tiene buen color](#)
- [·16· Noches inolvidables](#)
- [·17· Plan matrimonial](#)
- [·18· Ya está bien con el cachondeo](#)
- [·19· Marbella ida y vuelta](#)
- [·20· Vienes de pena...](#)
- [·21· La matriarca Hellman](#)
- [·22· No hacéis buena pareja](#)
- [·23· Baladas italianas a la carta](#)
- [·24· La tirolina asesina](#)
- [·25· Las mujeres no se orientan](#)
- [·26· Contigo no pasaría](#)
- [·27· Tirititrán, tran, tran.](#)
- [·28· Absoluta soledad](#)
- [·29· Perfumes a la carta](#)
- [·30· Tratados con el enemigo](#)

- [·31· La pared espía](#)
 - [·32· El anillo antiguo](#)
 - [·33· Amenazas serias](#)
 - [·34· Agujeros negros en el alma](#)
 - [·35· El desfile de Olivia](#)
 - [·36· Atreverse o no, esa es la cuestión](#)
 - [·37· Catadeparfumes](#)
 - [·38· El perfume es la mejor terapia](#)
 - [·39· Esos giros del destino](#)
 - [·40· Donde nace la inocencia](#)
 - [·41· Pistas entre los pinos](#)
 - [·42· La ardilla traviesa](#)
 - [·43· Juntos forever](#)
 - [·44· El vital concurso](#)
 - [·45· El premio sorpresa](#)
 - [·46· Desembarco de Brasil](#)
 - [·47· Ven y deja que te quiera](#)
- [Agradecimientos](#)

A tod@s l@s que como yo, piensan que el amor es el aliciente
más intenso para cambiar

•1• Comienzos en un jardín

Salí de mis ensoñaciones mucho más fuerte y resuelta. Observé que Roman me miraba embobado y decidí creer que lo merecía. Entonces le escuché pronunciar las palabras mágicas; las palabras que posiblemente, cambiarían mi futuro:

—Cuando te vi en aquella ventana —señaló a la mía—, supe que yo era un Romeo que acababa de encontrar a su Julieta.

¡Ay, madre! Jamás en toda mi insulsa vida me había nadie mirado con aquella intensidad demoledora, casi sin pestañear, con unos ojazos turquesa de esos que te sientan de culo nada más fijarse en ti.

Y yo los tenía clavados en toda la mitad de la frente.

Completamente temblona y sin saber qué contestar que sonara mínimamente ingenioso, me entretuve en retorcer la cinta rosa con la que sujetaba el cuello de Berta hasta que la pobre gata tuvo que encaramarse sobre las patas traseras y me regañó con un maullido. La liberé de golpe y porrazo. Don se arrimó a consolarla con un lametón.

—¡Qué cosas tienes...! Llamarme Julieta... a mí...

Roman dio un paso en mi dirección. Un avance que me puso los pelos de punta y me pareció hasta amenazador.

—¿Te divertiste la otra noche?

—¿A qué noche te refieres? —balbuceé pendiente tan solo de sus movimientos y del cuerpazo que se adivinaba bajo la camisa blanca ajustada.

—La de la cena, ¿recuerdas? En el marroquí.

—Ah, sí, esa... —La del beso, gilipollas. No irás a decir que no te acuerdas si no has parado de rememorar una y otra vez, obsesivamente, ese momentazo—. Fue... genial, estu... estupenda.

—¿Repetimos? —preguntó resuelto y alegre.

¿El alpiste o el besuqueo?

—Claro, por supuesto que podemos insistir... digo repetir. Cuando tú quieras.

—¿Qué te parece esta tarde? Voy a llevarte a otro tipo de restaurante,

mucho más moderno, espero que te guste.

—Para impresionarme el marroquí ya fue suficiente —admití con humildad. La verdad, con cualquier cosita me dejas fuera de juego y si tienes planeado volver a besarme, ya ni te cuento—. Pero tengo parientes en casa y...

—Lo sé. Tu prima vino a verme, es muy salada.

—Mi prima y sus mogollones, que conste. Mejor lo dejamos para la semana que viene... Si no te importa.

De repente nadie hablaba, solo Berta y Don se entendían a suaves gruñidos melosos.

—¡Dios! Me encanta cuando te pones colorada —exclamó Roman pegándose a mí de repente. Reculé exactamente la misma distancia para volver a sentirme a salvo—. Como ahora.

Lo miré herida y enfadada.

—Perdona que te diga, pero está muy mal reírse de la timidez ajena. Aquí donde me ves, soy incapaz de hacer muchas cosas sola por pánico al ridículo; este defectillo que te divierte a mí me destruye la vida.

Normalmente odio que me miren con fijeza. Pero en aquella intensidad azul suya, directamente me perdí.

—¿Cuándo he dicho que me divierta? Me atrae la reacción que produce en tus mejillas. —Alargó un dedo y lo paseó por mi moflete. El roce de su yema contra mi piel me mareó. En realidad, toques de manos como los suyos deberían de estar severamente controlados por la policía—. Se ponen como manzanas Royal, dan ganas de mordisquearlas.

—Deja, deja, las cosas que se te ocurren... —Solté la risita más bobalicona que tenía en el repertorio. De pronto me vi imaginando cosas tremendas en plan Cayetana, desatada y guarrindonga, del tipo «Roman completamente desnudo bajo las sábanas y yo aproximándome sobre tacones de aguja con un contoneo imposible, vestida tan solo con un *neglillé* transparente». El detalle de la cara de loba que mi alter ego ponía para seducirlo, estaba a años luz de lo que la verdadera Marina podía llegar a componer.

¡Ay, madre! No iba a salir con bien de esta aventura, me lo estaba oliendo: ¿por qué le haría caso a mi prima? Y a mi corazón, ¿por qué le habría escuchado...?

La voz decidida de Roman me arrancó de las alturas.

—Venga, dame tu móvil, ya es hora de que empecemos a hacer las cosas a derechas. Yo te pido el teléfono, tú me lo das, yo te llamo para una cita formal, tú aceptas, salimos a cenar. En ese orden.

—Intuyo que tienes mucha práctica en estas cosas... —refunfuñé—. Te veo muy suelto, ya sabes.

—¿En lo de pedir teléfonos? —Ya se estaba cachondeando a mi costa. Entornó los párpados y me dedicó una mirada a lo agente secreto—. Sí, lo hago continuamente.

—Y... ¿tienes muchas novias?

—Novias, ninguna. De momento —agregó con retintín. Me hice la longuis mirando para el fondo del parque que estaba de un interesante que tiraba de espaldas—. Venga, delecta.

—Valdemorillos —declaré con bochorno—. Seis, cero... Pero tener, habrás tenido.

—Uno a uno, por favor —repitió dulce pero firme.

El mal ya estaba hecho; el guapísimo Roman Hellman, el hijo del millonario altruista, el chico que Marina no podría ni siquiera soñar de lejos, se había apropiado de mi teléfono, de mi corazón y de mis bragas. Bueno, esto último de modo metafórico, pero se lo habría dado todo en aquel instante si me lo hubiera pedido.

Arrancaba mi historia de amor imposible.

Lunes lunero cascabelero. Todo estaba cambiando en Gestoría Asensio a pasos agigantados. Desde que, sin querer, propicié la fusión con Soller el fiscalista, la empresa había crecido duplicando su tamaño y cartera de clientes. Ya hablaban de traslados y adquisiciones de locales más céntricos y rimbombantes, de nuevos socios interesados en unirse y, con los rumores, en lugar de alegrarme se me encogieron las tripas: mi pequeña gestoría de barrio se difuminaba y dejaba de ser lo que yo había conocido, el sencillo agujerito que me acogió y me hizo sentir como en casa. Solté los portafolios en la esquina de mi mesa con un suspiro de congoja. Adela y Marta me observaron al alimón.

—¿Qué pasa? ¿Problemas?

—¿Qué absurda tarea te han echado sobre las espaldas en esta ocasión? —

ladró Martita. Seguramente aún no había desayunado.

—Todo está en su lugar —respondí con calma—, salvo esto —apunté alrededor—. Nos cambian nuestro mundo, me provoca un poco de vértigo.

—Anda ya, melindres —cacareó Marta—, ¿será verdad? Si un par de tabiques derrumbados y mobiliario flamante te preocupa, qué será de ti cuando te cuente lo del agujero de ozono y las selvas tropicales, mona.

Esta Martita, en su línea, no cambia así la despellejen. Leí en la carita de Adela que sentía lo mismo que yo y abrigué cierto consuelo.

—Es más simple, Marta, es que temo que no me guste en lo que vamos a convertirnos. Esto era antes una familia...

Me interrumpió su sonora carcajada.

—¡Desde luego, una familia! Con sus suegros cabrones, sus cuñados insoportables y... ¿dónde colocamos a la Tati? ¡Ah, sí! Con sus primas postizas hijasdepu. ¡Vivan los domingos en parentela, con el bingo casero y las magdalenas rancias! —Meneando la cabeza recogió su mesa y se colgó el bolso del brazo—. Amosnomejodas... ¿Alguien se apunta al café?

—Aviso a Juan que ya me ha llamado dos veces —apuntó Adela.

—Menudo bombón te has pinchado, guapa —la provocó Marta. Adela marcó el número de la extensión de su amigo especial con toda la dignidad posible.

—Vamos nosotras bajando que se hace tarde —indiqué a mi compañera. Adela asintió—. Os reservamos espacio en la mesa.

—Tú a lo tuyo, Marina —iba discurseando Marta, escaleras abajo—, que enseguida te sientes amenazada por cualquier novedad. Cuando una está segura de sí misma y de lo que hace, le importa un pito que el entorno cambie. ¿Tú sabes que eres una buenísima economista?

Agucé la oreja. Los consejos de Marta pueden sonar un poco bruscos así, al pronto, pero son de una utilidad que ni te cuento.

—Sí, claro.

—Ea, pues ya está. No te comas más el tarro. —Salimos a la calle y el sol nos dio de lleno en los ojos. Marta masculló una maldición aramea y siguió renegando todo el tiempo que hurgó en su bolso enorme sin encontrar las gafas de sol—. Por cierto, no os lo he dicho antes con tanto lío, tengo que anunciaros que me voy de Asensio.

Me detuve en mitad de la caminata y le dirigí una mirada acusadora.

—¿Que te vas?

—*Ou yeah*. —Y sacó de un tirón las gafas de sol con gesto de triunfo y se las encajó.

—Pero... ¿estás echándome la bronca porque el crecimiento de la empresa me hace sentir insegura y tú te las piras?

—Es muy distinto, estoteloapaño yo, yo no me evaporo por miedo sino por aburrimiento. No sois vosotras, que ya te conozco. Tanto Adela como tú sois un... —le dio la tos nerviosa— ¿encanto? O algo parecido. Soy yo, yo la que me pocho de malgastar mis días en el mismo sitio.

—¿Y se puede saber el nombre de la gestoría...?

—Greenpeace.

—¿Green...?

—No le des vueltas al mapa de Madrid, es un barco. Me voy de exploradora intrépida —meneó un puño en el aire—, ¡joder, qué ganas!, no veo el momento.

—Pe... pero ¡Martaaaa! —lloriqueé.

—Ya sé que sin mí nada será lo mismo, pero tienes a Adela y a su Juanele; tienes a Cayetana, que pedazo de mujer, oye, es como yo pero con centímetros. Y tienes a ese muchachito del que he oído hablar...

Me horroricé. Jamás de los jamases lo había yo nombrado en la oficina. ¿Cómo es que...?

—¿Roman? —se me escapó.

—¡Bingo! —Empujó decidida la puerta de la cafetería—. Hoy me zampo un bocata como que me llamo Marta. Con filetitos, pimientos y mayonesa. Total, en el barco pasaré más hambre que un caracol pegado en un espejo...

—Oye, Marta, ¿quién te ha hablado de Roman?

Retorcí el cuello como la niña de *El exorcista* y me dedicó una mueca de incredulidad.

—Nadie, ni falta que me hace. Roman Hellman descende de una familia que es toda una institución en cuestión de beneficencia. Millonetis y súper buena gente. Cuentan por ahí, sin embargo —añadió tiñendo su voz de bruja Piruja—, que la estirpe guarda un vergonzoso e inconfesable secreto...

—¿De qué tipo?

—Vaya usted a saber. Todos los grandes ocultan algo príncipes, reyes y aristócratas han hecho cosas en sus años mozos de las que prefieren olvidarse. ¿Acaso tú no tienes un pasado, Marina?

Me quedé cavilando. Algo debía haber que yo prefiriese morir a que se supiera pero no lo encontraba. Desenmarañé en vano los velos de mi memoria y se desinflaron mis ilusiones de dar con algo sucio, algún trapo asqueroso y rastrero.

Dios, qué patética soy, por no tener no tengo ni un mal acto en el armario. Adela y Juan me encontraron cavilando; se sentaron en nuestra mesa muy alegres y acaramelados. Daba gusto verlos.

—Adela, ¿recuerdas algo vergonzoso que yo haya hecho...? —le cuchicheé a la oreja. Ella dejó ir una carcajada.

—¿Tú? Si eres más buena que el pan, hija. ¡Qué va! Ni siquiera me robas los bolis como todo Cristo en esa oficina empezando por mi queridísimo Juan.

—¿Qué yo hago qué? —El otro salió del limbo. Daba lo mismo, estaba igual de guapo.

—Robarme los bolis. Pero te dejo por ser tú.

—Y porque en el fondo, aunque lo niegues, me quieres —afirmó acercándole la nariz al pelo.

—Ummm... Me lo estoy pensando, me lo estoy pensando. —Puso morritos y Juan le regaló un pico delicioso, allí, delante de los molletes.

Caí en la cuenta de que tampoco le llegaba a Adela a la altura de los zapatos, en soltura con los hombres. Lo de Roman iba abocado al fracaso más estrepitoso. Igual iba a ser mejor dejarlo antes de coger carrerilla... O no.

—¡Qué fuerte lo de Greenpeace, Marta! —Oí comentar a Juan—. ¿Y te vas sola?

—Desde luego que no, es aventura en pareja, me marchó con mi novio. Los tres clavamos seis ojos asombrados en ella.

—¿Desde cuándo sales con alguien? —preguntamos Adela y yo a coro. Marta se encogió de hombros e hizo memoria guiñando un párpado.

—Ummm... ¿Dos años?

—¿Y no lo sabíamos? —volvimos a coincidir mi amiga y yo.

—Jamás lo has nombrado, en todos estos meses —convino Juan con

diplomacia.

—Bueno, ya conocéis mi talante reservado. Así se eliminan las posibilidades de que alguna guarrilla solterona se encapriche y tenga que desmoñarla.

•2• Un merecido ascenso

Mi teléfono sonó cuando más concentrada estaba con mis cuentas y pegué un bote que por poco me incrusta en el techo, de pareja con los fluorescentes. Era mi siempre bienvenida Cayetana, así que junté mis papeles y los ordené en un montoncito para mantenerlos a buen recaudo mientras me convertía en un par de orejas interesadas.

—ONG, tenemos fiestorro. —Cayetana es así, directa y demoledora cual bala de cañón pirata. Y lo de ONG es un mote que me tiene colocado casi desde el momento en que nos conocimos.

Por si no se nota, la adoro.

—¿Fiesta? ¿Cuándo y dónde? Por cierto, buenos días. Casi buenas tardes, son más de las doce.

—Ay, no sé, acabo de levantarme. Me han despertado los carpinteros que si no llega a ser porque los llamé yo misma, los estampo contra la pared. Marinita, le estamos montando una biblioteca de madera de la buena a mi Neil que va a alucinar. Es sorpresa, no sabe nada. Tenemos la biblioteca clausurada y le he hecho jurarme que no entrará hasta que se lo indique. Tienes que ayudarme a localizar libros antiguos, valiosos, de los que cuestan un pastizal...

—¿Primeras ediciones y eso?

Cayetana quedó muda un instante.

—Y eso —convino finalmente—. Y lo de la fiesta es un cóctel benéfico para financiar una expedición de Neil con National Geographic, a un glaciar monumental allende los mares, que no tiene otra cosa que hacer que derretirse, fíjate.

—El Perito Moreno —identifiqué sin problemas. La lengua de Cayetana volvió a paralizarse pero fue un efecto fugaz.

—¿Pedrito? ¿Quién demonios le pone nombre a los cachos de hielo? Qué egocéntricos son los descubridores, qué barbaridad. Mira, apunta.

El evento se celebraba en el Hotel Ritz donde la gente de postín pernocta, esos sitios que me hacen tropezar y doblarme los tacones y donde tengo la impresión de que todos los invitados me confunden con la del mocho.

Empezábamos regular.

—Y puedes llevar a quien te dé la gana —agregó mi amiga—. Díselo también a Adela y a ese noviete pinturero que tiene. Pero por el amor de Dios, que venga discreta y tú ponte mona.

Ya estamos. Pidiendo milagros.

Mientras me despedía de Cayetana, que por cierto tenía ganas de charleta, se me pasó por la cabeza invitar a Roman. Pero iba a quedar fatal si me anticipaba y lo llamaba antes de que lo hiciera él. ¿Qué hacía? ¿Me comportaba como una chica moderna y echada para adelante y sin darle más importancia marcaba su número? ¿O me conformaba con ser la que soy, timorata y arrugadilla y esperaba a que el chico diera el primer paso? ¡Qué gili soy!, si no le pedí el número. Asunto resuelto. No podía llamarlo y tenía excusa. ¡Jo, qué felicidad y qué peso me acababa de quitar de encima!

—Doña Matilde te llama a su despacho.

Seguíamos sin recepcionista tras el sonado despido de la Tati-Conchi y la jefa decidió no reubicar los puestos de trabajo hasta completar la fusión y blablablá. De modo que el recado me lo pasó mi Adela. Nos daba lo mismo, siempre nos habíamos sacado las castañas por nuestra cuenta y no estábamos acostumbradas a tener criada. Salté de mi silla, volví a echar una miradita penosa a mis facturas interminables y atravesé el pasillo camino del cubículo de la dueña de Gestoría Asensio.

Doña Matilde siempre había sido una cincuentañera interesante y resultona, con su pelo rubio recogido en un moño italiano y sus gafitas en la punta de la nariz. Fornida y de paso firme. Una especie de Cayetana pero con menos lengua y más años y prudencia. Sonrió con amplitud al verme, desde que no hice lo que ella cree que hice, es decir, desde que Marta envió la dichosa carta que propició la fusión adjudicándome a mí los méritos, me mira muy agradecida.

—Usted dirá, doña Matilde.

—Siéntate, Marina. Mira, cuando te contraté te advertí que las tareas disponibles que iban a asignarte estaban muy por debajo de tu nivel profesional.

—Y no me importó —recordé cordial. Ella asintió.

—No te importó. Pero a mí sí, especialmente desde que te portaste tan rematadamente bien con esta empresa, pusiste al imbécil de Soller en su sitio y activaste una fusión bloqueada y condenada al fracaso. Es de bien

nacidos ser agradecidos y no olvido, guapa, yo no olvido.

De repente me puse muy nerviosa. ¿Qué se cocía en aquel despacho e iba a pillarme por sorpresa? ¿Sería bueno, malo, regular, todo lo contrario?

Ainsss...

—Tengo el puesto perfecto para ti, querida. Encaja a la perfección con tus dotes y tu cualificación magnífica.

¿Dotes? ¿Qué dotes? No se referiría a las de mando...

—No tenía por qué... —intenté decir. Doña Matilde me cortó con un floreo de mano.

—No lo pienso discutir, te lo mereces, ya te dije que te ascendería, vas a ser la jefa absoluta del departamento contable y fiscal, está decidido.

¿Yo la jefa de Adela? ¿Yo separada de Adela? No sonaba nada atractivo.

—Pero...

—Lo harás divinamente. Ya era hora de que ocuparas tu posición, solo que hasta ahora no ha sido posible. Y tendrás secretaria y todo.

Se me abrió una luz intensa en el horizonte.

—¿Podría ser Adela?

—¿Adela Vela tu secretaria? —dejó ir una risita acelerada—. No, mujer, ya hemos localizado una a tu altura, a ver si encuentro su currículó... —

Manoseó un montón de folios revueltos, abrió un par de carpetas y finalmente, sacó del cajón un trío de hojas grapadas con una foto de carné.

La ojeé desde lejos y se me paralizó el corazón—. Observa qué chica, Alejandra Pómez se llama. Currículó excelente, viene de la Asesoría de Antonio Casas y Casas nada menos, y antes que eso... ¡Eagles & Walkers! ¡Anda! ¿No fue esa tu empresa hace años? Igual la conoces y todo.

A mí, a aquellas alturas, la sangre ya no me alcanzaba el final del recorrido. Vaya si la conocía, mala bicha, encantadora de serpientes, guarra causante de mi despido.

—¿Es alta, rubia y con aires de sabelotodo?

—Ummm... —Repasó la foto y ladeó la cabeza—. Sí. Más o menos.

—La conozco —admití con un hilo de voz—. Doña Matilde, debo insistir en lo de Adela.

Mi jefa revoloteaba en su propio mundo, muy por encima de nuestras cabezas.

—Con una preparación tan exquisita y esta chica está dispuesta a hacer

cualquier cosa, ¡figúrate!, cualquier cosa, incluso labores de secretaria tuya.

—Pero la compenetración que tengo con Adela...

—Alejandra es un primor, formaréis equipo en un chasquear de dedos.

—Lo cierto es que tuve problemitas con ella —insistí con debilidad y la garganta seca como una bala de paja—, en el pasado.

Los ojos penetrantes de mi jefa volaron de los folios a mi cara pálida.

—Pelillos a la mar, Marina, conociéndote, no irás a decirme que eres rencorosa.

—No es eso, desde luego, pero... —¿Cómo la advertía sin ofender a nadie, de que Alejandra no era de fiar? ¿Que dejaba a Tati en gayumbos? ¿Que era una artista montando pifostios de los que todo Dios salía escaldado menos ella? Decidí hacer acopio de todo mi valor y de las enseñanzas de Marta.

—Lo siento, pero no pienso volver a trabajar con alguien como Alejandra Pómez —me planté—. Si por alguna razón no ve conveniente trasladar a Adela lo respetaré, pero será otra persona quien lleve mi secretaría. O déle a Alejandra mi puesto, yo seguiré en contabilidad como hasta ahora, tan ricamente, si en realidad nunca he querido ascender, yo...

Me callé porque la expresión de mi jefa me sobrecogió. Me miraba como si de repente mutase y me convirtiera en seta gigante y venenosa delante mismo de sus narices.

—Marina, has cambiado, te oigo y me cuesta reconocer a la muchacha dócil aunque inteligente que llegó a trabajar a Asensio cuando no éramos más que una asesoría de barrio. Mira, por ser tú me lo voy a pensar, dame un par de días a ver si puedo reestructurar el organigrama tan prometedor y eficiente que había diseñado. —Sonrió tensa y sin ganas—. Tengo que consultarlo con mi socio, claro.

—No sabe cuántísimo se lo agradezco —barboté antes de salir de estampida. Pies para qué os quierooo.

Se acercaba la hora del almuerzo y encontré a Adela mirando curiosa por la ventana, empinada sobre las puntas de los zapatos.

—Creo que tu prima Julia es esa de ahí abajo que va a perder los brazos de

tanto moverlos.

Me asomé yo también. En efecto, lo era. Y se llevaba la mano con los dedos juntos y apretados a la boca en plan italiano, para referirse al manduqueo.

—Quiere que comamos juntas —descifró Adela que oliendo las ollas se vuelve más lista—. ¡Juan! ¿Vienes?

El guapísimo Juan Jiménez, JJ para los amigos, apareció por un corredor saturado de expedientes que le llegaban a las cejas uno encima del otro.

—No voy a poder acompañaros, me han encasquetado una junta de vecinos esta tarde. Sorpresa y extraordinaria. Tengo que preparar mil documentos. ¿Me traes algo tú del bar, preciosa?

Adela se le acercó y se besaron con discreción y cariño.

—Claro que sí. ¿Bocata de calamares y cerveza fría?

—Suenan de miedo.

—Pues en una hora y poco estamos de vuelta. Que te cunda mientras tanto.

Volvimos a adentrarnos en las entrañas del bar de enfrente, el que llevaba siglos soportándonos y ya nos consideraba de la familia. Nos servía el desayuno y hacia las doce, ponía en marcha las freidoras y sacaba pescaíto malagueño en abundancia, los mejores magros en tomate, pollos en salsa de rechupete, albóndigas, y unas tortillas de patata que parecían rascacielos. Imposible no querer a Manolo «el ganso», que jamás consistió en desvelarnos el porqué de su mote.

En fin, yo también llevo lo mío, mejor me callo. Iba a emplear el tiempo del almuerzo en desahogarme con mi prima y una de mis mejores amigas y asistirme con sus sabios consejos. Pero como de costumbre, mi Juli se me adelantó en plan kamikaze.

—Noticias, chicas, y son buenas. ¡Tengo piso!

—Claro que lo tienes —dije con fastidio—, el mío.

—No, me refiero a apartamento propio, prima, ya es hora, que menudo coñazo te doy desde hace meses.

—Que no molestas, mujer, no digas tonterías. —La expectativa de quedarme sola después de haberme acostumbrado a sus estrepitosas costumbres y horarios de gallo de corral, me espantaba.

Mi prima Juli es muy pequeñita, diminuta, en el pueblo la llaman «la pulga» aunque como se lo recuerdes te cruza la cara, buena es ella, en ese metro cincuenta, debe tener otro tanto enterrado por los pies. Mirarla y recordar a Marta, fue todo una.

—Ostis, nos hemos olvidado a Marta en la oficina.

—Ni te preocupes. Han venido a buscarla unos activistas oceánicos o no sé qué gaitas —explicó Adela royendo piquitos con frenesí—, se han marchado todos juntos tan contentos. Pero ni rastro del novio, con las ganas que tengo de echarle el ojo...

—Oye, no me decís nada de mi apartamento, con la ilusión que me hace —protestó Julia.

¡Jolines, qué de frentes abiertos!, esto me provoca estrés del malo. Marta a la estantería de «pendientes». Centremos toda la atención disponible en Julia, ya contaré yo lo mío... Si me dejan.

—Venga, somos todo orejas. Que me abandonas, vaya, que te has hartado de tu prima la sosa.

Julia me arreó un puñetazo cariñoso pero destructor.

—Mira esta, ya sabes que no, Mari, que te quiero un huevo. Pero una necesita volar en libertad. —Y por si nos quedaban dudas aleteó con los brazos por encima de su cabeza.

—Pues nada, independízate pero si no quieres espantar a las clientas de tu peluquería guays, cuida esa lengua y deja de decir tacos.

—Es muy duro, Mari, son muchos años; ya me he puesto de acuerdo con Cayetana y va a darme unas clases de protocolo y educación.

No me lo puedo creer, debería impedir que confraternizaran, estas dos juntas arrollan un tren mercancías. Dios nos pille confesados.

—¿Y por dónde queda?

—En Argüelles, cerquísima del salón, todo un lujo, no me digas. Es un simple estudio —aclaró mostrándonos las fotos desde su móvil— pero de lo más cuco.

—Que nos repudian, Adela —hipé repentinamente desolada. Mi amiga estaba más pendiente de la butifarra, el chorizo y los picos de pan que de mis lágrimas e instaba a Julia a que comiera—. ¡Adela! Que primero se marcha Marta, ahora mi prima, luego te irás tú con JJ... ¡Que me quedo sola!

—No me voy a ninguna paaarte y no te quedas sooola —repuso con su infinita paciencia y la boca llena de migas—. Tienes a Roman.

—Eso, tienes a Roman, pillina. ¿Qué tal marcha la historia de amor? —mi prima saltó sobre su trasero como una niña entusiasmada—, con tanto lío de inauguración y follones, ni tiempo he tenido de preguntarte.

Ya, como si no estuviera una acostumbrada a ser la última de la lista. El inesperado abandono de Julia, que ni siquiera se había dignado a avisarme de que buscaba piso, me dejaba hueca, aturdida y más insegura que nunca. ¿Se iba porque no me soportaba? Mis horarios, mis manías, mis carbones como dice Cayetana... ¿Huía? ¿Haría Roman otro tanto cuando me conociera mejor? Se me desplomaron los hombros y las orejas.

—Bajad del guindo, anda, habláis de un sueño inalcanzable. Ese chico es demasiado para alguien como yo.

Juli pegó un taconazo en el suelo y yo respondí con un respingo.

—Lo de siempre, estoy harta de oírte, Mari, desde que éramos chicas. No te valoras una mierda. Perdón. No te valoras y punto.

—Es que no soy guapa... —alegué desesperada.

—Es que no todo en esta vida es ser guapa, ¡coñe!, es ser alegre, es ser lista, es ser honesta, franca y divertida, es ser interesante o una buena persona, alguien en quien puedas confiar. Es ser... —se quedó sin ideas— ¡puntual! ¡Es ser puntual! ¡Qué fantástico! Cosa que yo no soy ni harta de vino.

—Y todas esas cosas que ha enumerado tu prima y otras cientos más, eres tú, Marina —la apalancó Adela, disfrutona de calamares—. Observa lo mío, el misteriosísimo caso de la gorda que se ligó al tío bueno. Porque tu Roman estará como un queso pero no me negaréis que mi JJ hace que lloren los ángeles. Sé sincera, Marina, ¿tú te lo hubieses imaginado?

Agaché la cabeza y aparté la mirada incapaz de decirle que no a la cara. Sacudí la cabeza y Adela se contentó con eso.

—Pa que veas. ¡Camarero! ¡Otra de calamares a la romana que están de muerte!

•3• De nuevo a cero

Llevábamos un rato zampando como urracas hambrientas cuando volví a acordarme de mi tragedia personal, la del ascenso y Alejandra Pómez en el punto de mira. Lo solté todo, del tirón. Adela me comprendía y me apoyaba pero mi prima iba por otros derroteros.

—No hay nada malo en prosperar, yo te animaría a ser más ambiciosa; ascender y que te reconozcan los méritos no es ningún crimen. Si te vas a convertir en la novia de un Hellman deberías aspirar a...

—Echa el freno, Juli, no soy todavía la novia de nadie. Eso está por ver.

—Como eches por el desagüe esta oportunidad por culpa de tus complejos te corto en rodajas, Mari, te lo juro por lo más sagrado.

—Ah, has dicho «oportunidad». ¿Ves como en el fondo piensas lo mismo que todos? Que no valgo gran cosa, que no me casaré en la vida y que debería darme con un canto en los dientes porque esto de Roman me esté pasando. Que como el chico de repente se golpee la cabeza y recupere el juicio saldrá corriendo hasta Varsovia y no volveremos a verle el pelo.

Solté mi discurso encendida, en plan ametralladora; para cuando acabé y recuperé el aliento, Adela y mi prima mascaban salchichón tranquilamente, sin inmutarse, y se cruzaron una mirada como de hastío.

—Qué pesadita está, siempre con lo mismo, siempre con lo mismo...

—Debe de ser para que le digamos lo mona que es y lo mucho que vale, de otra manera no me explico esta cabezonería.

—¡Nooooo! —me escandalicé. Ni caso.

—De familia no le viene, te lo digo desde ya —aseguró mi prima con parsimonia.

Me cabreé mucho más.

—Oye, ya está bien de charlar de mí como si yo no estuviera presente.

—Los complejillos es que son muy traicioneros. Yo los tuve una vez por el tema de la altura —explicaba Juli haciendo exactamente como si yo no existiera—, pero no me duraron mucho. Lo que tardé en encontrar unas plataformas y centrarme en tíos que las prefieren pequeñas y manejables.

—Pues yo lo mismo pero al revés. Y tengo que admitir que Juan me ha

ayudado mucho.

Rieron entre ellas haciéndome luz de gas.

—Está genial que un tío guapo y que te quiere venga y te diga que todo lo que siempre has odiado de tu cuerpo, le gusta, le pone y le vuelve loco. Pero deberíamos ser capaces de decírnoslo nosotras mismas delante del espejo cada mañana sin necesidad de que el mensaje llegue de fuera. ¿Has visto lo rico que está el chorizo? Lo malo es que yo, al espejo del baño casi no llego como no sea subida en una banqueta.

Volvieron a descojonarse. Yo apreté un labio contra otro.

—Malas amigas, haciéndoos las sordas, os odio.

No era verdad pero lo dije para desahogarme. Además no me dedicaron ni un gramo de puñetera atención...

Lo cierto es que no pensé que doña Matilde tomaría su decisión tan rápido. Después del almuerzo volvió a reclamarme en su despacho. Adela mostró los dedos cruzados deseándome suerte, después de todo.

Las prisas no eran halagüeñas ni tranquilizadoras.

—Lo siento mucho, Valdemorillos, por lo visto Alejandra Pómez es la sobrina de la esposa del primo de mi socio y va a trabajar con nosotros sí o sí —informó sin darme asiento, después de que su cara apesadumbrada me anunciase malas noticias—. El problema es que esa chica parece muy interesada en trabajar contigo... o para ti —se corrigió haciendo que se me erizara el vello de la nuca—. Ha convencido a Soller de que ser tu mano derecha es lo que más feliz la hará del mundo. Lo siento, Marina, con tanta insistencia por su parte yo también empiezo a no fiarme pero es lo que va a ser. Esa Alejandra y sus contactos están, por lo visto, por encima de mis imposiciones.

—Glllrdddmrrrr —farfullé entre dientes. Ellas se quitó las gafas y se masajeó lentamente el puente de la nariz.

—Comprenderás que algo tan nimio como el nombramiento de una secretaria no va a enturbiar las relaciones de esta fructífera sociedad.

—Así que...

—Así que tú decides, o te haces cargo de ese fabuloso puesto con incentivos y secretaria o...

—Sí, no me lo recuerde, menuda secretaria —me lamenté.

Alejandra Pómez juró que si nuestras vidas volvían a cruzarse haría de la mía un infierno. Había visto su oportunidad y no iba a soltar el hueso. La Marina de antes, con el rabo entre las piernas, no habría cuestionado la decisión de la jefa; la Marina de hoy, algo más entera, prefería renunciar y despedirse.

Doña Matilde abrió los ojos con desmesura.

—¿Hablas en serio?

—Del todo. Usted no sabe lo que es sufrir un encefalograma plano licenciado en Derecho por enchufe, subido a unos tacones. Quizá sea momento de enfilarse otra ruta en mi vida.

Decirlo lo dije. Pero me quedé sin respiración desde el momento mismo en que pronuncié la última letra. ¡Qué mal rato tan grandísimo, Virgen del gran poder! Se me acopló un peso en el pecho, un apretón-punzada la mar de desagradable y aunque no soy nada hipocondríaca, muy al contrario de mi hermano pequeño, creí que me moría. Me faltaba el aliento y solo conseguía hipar y llorar, hipar y llorar.

Pensé encerrarme en el baño a ver si se me pasaba pero Adela salió corriendo y me acorraló en el pasillo.

—No puedo creer que quieras irte, esto es como una pesadilla solo que sin el «como».

—No quiero, Adela, no me queda otra. He empeñado mi palabra, ahora no puedo retractarme y decir que me quedo sin perder el pundonor.

—¿El qué?

—La dignidad. —Tiré de su brazo y nos escondimos en el archivo. No era cuestión de que toda la plantilla se enterase de mis desastres—. Doña Matilde no está dispuesta a bajarse del burro, si me quedo es con la condición de aceptar el puesto con esa secretaria maquiavélica y no, antes muerta que tomando café con la Pómez.

Lo bien que se lo montan algunas, oye, Alejandra logró expulsarme de Eagles & Walkers sin mucha dificultad y ahora había vuelto a dejarme sin trabajo antes incluso de incorporarse a Asensio. Efectividad germánica.

—Pues yo me voy contigo.

—¿Estás loca? Con una que se apunte al paro ya es suficiente.

—Somos amigas, las mejores.

—Y lo seguiremos siendo. Tienes aquí a tu Juanito, Tati no está, Marta ya no pertenece a las hordas enemigas aunque embarque y se pierda de vista... En fin, que es tan apetecible quedarse que ya me están temblando las patillas y me pondré a lloriquear como una mema si lo sigo pensando. Me sequé los lagrimones con decisión. Adela me miraba compungida.

—Pero Marina...

—Ayúdame a empaquetar mis cosas, las meteremos en una caja.

Salí al pasillo controlando mis temblores. Que no se enterase Adela de que fingía una ilusión de mentira cochina.

—Si pienso en qué me encontraré ahora, ¿no es emocionante? Venga, vamos. Tengo unos ahorrillos...

Así de sencillo me encontré en la calle, bajé del ascenso al despido. Y todas las ventajas que me había cuidado de exagerar ante Adela se esfumaron como por arte de magia. No conseguía ver qué tiene de bueno perder un empleo que más o menos te gusta y en el que has logrado sentirte cómoda tras cruentas batallas, por culpa de una peliteñida enchufada. Cada cual carga su cruz, dice mi madre, y a mí me han tocado las rubias.

Martes. Me levanté a la hora de siempre con mi despertador de margaritas, me di una ducha rápida, soporté como pude el descacharre de mi prima en la cocina y recuperé el buen humor cuando el olorcito a café echó a correr por el pasillo y se me coló por los agujeros de la nariz.

—¿Te has levantado? —se asombró. Yo me asombré de que se asombrara.

—Pues claro. ¿Cuándo tienes pensado irte?

—Entre mañana y pasado si esta tarde me dan las llaves. Tienes que venir a verlo, prima, es chiquito pero precioso. Y me tienes que ayudar a comprar detalles que lo hagan más hogareño. —Frenó el trajine con la tostadora—. ¿Qué te pasa que se te ha ido el color?

—No pensé que fuera tan pronto.

Julia debió darse cuenta de mi pena inmensa porque soltó las tostadas negras que manejaba, y se arrodilló a mi lado con una de mis manos atrapada entre las suyas.

—Mari, que estoy aquí cerca como quien dice, no te vengas abajo. Ya sé que han coincidido muchas cosas chungas a la vez y eso, pero pasará. Pasará y encontrarás un trabajo que mole y que te haga disfrutar. Y si no, en cuanto la peluquería despunte, te vienes y te encargas de la estética. Por un par de minutos no tuve ni pajolera idea de qué estaba hablando.

Pero enseguida caí en la cuenta de que yo ya no trabajaba en Asensio, que me había levantado y acicalado sin acordarme de mi estúpida renuncia de la tarde anterior y que ya no tenía a dónde ir. Idiota de mí.

Me dio la llorera imparable. Juli empleó en mi consuelo todas las bayetas limpias disponibles en la cocina. No fueron suficientes.

—He sido una arrogante, prepotente y orgullosa —acerté a decir entre jadeos y un amargo arrepentimiento.

—Me moriría de risa si no tuviera que sostenerte la moral, prima. ¿Prepotente tú? Lo que hay que oír.

—Por no aceptar los deseos de la jefa voy y me despido, mi vida se repite, ¿qué clase de persona inteligente no aprende y cae una y otra vez en los mismos errores?

—Toma, usa esto. —Me arrebató las bayetas mojadas y me pasó el paño de secar los platos.

—No soy guapa, no soy elegante, carezco de estilo, se supone que no soy más que algo inteligente. ¿Y hago esto? ¿Qué esperanza me queda, Juli? ¡Por Dioooooos!

Mi prima consultó su reloj de pulsera con gesto estresado. Volvió a posar en mí su mirada preocupada.

—¿Te quieres venir conmigo? Te siento donde los secadores y en cuanto pueda te corto las puntas que falta te hace.

Hice ademán de alejarla con las manos, la cara oculta tras el trapo de cuadros.

—Mujer, y te distraes y conoces a mi socia que aún no te ha dado la gana saludarla. Cabezona sí eres, tengo que reconocerlo.

—¿Lo ves? —Me asomé por una esquinita—. Lo de tu socia es otro ejemplo. No pienso ir.

—Se me hace tarde.

—Vete, vete tranquila —la empujé hacia la puerta.

—Mari, ponte cómoda y tumbate en el sofá, por un día que vaguees no se muere nadie, mañana pensamos qué hacer.

—Mañana tú te estarás yendo y yo tendré que enfrentarme a las consecuencias de mi estúpido orgullo.

—Y dale. Mira que te meto.

—Vete —insistí hasta verla salir por la puerta.

A continuación me tiré en plancha sobre el tresillo, puse el *magazine* de la mañana del Canal Tres y lloré hasta quedarme roque.

•4• La primera en la frente

Ignoro cuantas horas berreé contra los cojines del sofá y los churretes de rímel corrido que dejé por todas partes; el caso es que debí dormirme y cuando desperté ya había atardecido y ni rastro de mi prima que habría decidido mudarse precipitadamente o tirarse de cabeza por un puente antes que aguantarme una hora más. Desperté porque el móvil se me venía abajo. Lo cogí y fisgoneé la pantalla. Doce llamadas y todas de Caye. Tragué saliva. ¿Había dormido o había perdido el conocimiento?

—Dime...

—Ya era hora, mona, ¿dónde te metes?

—Dormida.

—Como no contestabas he localizado a Adela y me ha contado. Anda que confías en tu mejor amiga, si llego a esperar a que me llames y me informes...

—¿Me crees si te digo que cuando me levanté esta mañana estaba convencida de que el episodio era un sueño? —gemí arrastrando las palabras.

—A otra cosa, mariposa, sabes que nunca me gustó ese trabajillo de tres al cuarto que te desperdiciaba. Con lo que tú vales, mi niña.

Con lo que tú vales, con lo que tú vales, con lo que tú vales... Dónde habré oído yo eso antes. ¿Por qué todos lo tienen tan claro? Yo no.

—Caye, mi situación económica no está para heroicidades ni tonterías. Hay cosas que una currita como yo no puede permitirse y una de ellas es vacilarle a la jefa.

—De momento vas a concentrarte en el cóctel que empieza dentro de exactamente, tres horas. Te vistes, te pintorreas y me acompañas con la mejor de tus sonrisas. Neil se alegrará de verte.

Daba igual desde el ángulo que lo mirase, tenía las mismas ganas de acudir a ese evento que de saltar con un paracaídas de segunda mano, pero Caye no es de las que admiten un no por respuesta sin descabezarte.

—Te sentará bien distraerte —agregó cortando de cuajo mis lúgubres pensamientos.

—Igual tienes razón —claudiqué sumisa.

Nos despedimos solo para que yo me reencontrase con mi desangelado armario y con mi gata Berta que me observaba intrigada desde la cama.

—Estamos jodidas —le conté con un suspiro—. Bueno, yo más que tú que puedes seguir durmiendo. A mí me toca ser razonable y lidiar con mis errores que son muchos y cada día más gordos. No aprendo, qué penita me doy.

Berta maulló y yo entendí «cierra el pico de una vez y Pa otro día lo piensas antes de renunciar alegremente a lo que tanta falta te hace». Quizá con otras palabras pero en esencia, eso es lo que me decía.

—¿Y qué me pongo?

Eterna pregunta cuando se trataba de vestirme para algo más que para ir a la oficina. Justo ahora que no podía ir de compras me daba cuenta de que me convendría hacerlo. Ganas me entraron de meter la cabeza bajo los colchones. Al final me decidí por un vestido de tul azul marino, un cinturón finito dorado, zapatos salón de tacón bajito y una diadema dorada en forma de hojas entrelazadas que hace muy bonito sobre mi anodino cabello rubio ceniza oscuro.

Me giré hacia Berta una vez vestida y maquillada.

—¿Qué te parece? —volvió a maullar, esta vez en tono más alegre—
¿Debería llamar a Roman? Ya sé, no puedo hacerlo, pero estaría bien que me acompañase, ¿a que sí? Venga, te dejo pienso y agua en tu platito de la cocina. Y una nota para Juli por si llega y no me encuentra en casa, que no se preocupe.

Mi amiga Cayetana y yo no podemos ser más distintas. La cara y la cruz de una moneda rodante. Pero mientras todo el mundo teme su temperamento explosivo y se pitorrea a mi costa, entre nosotras hay una especie de tácito acuerdo que invierte los papeles. Yo le digo las verdades del barquero y la regaña como nadie se atrevería a hacer, y ella se envaina mis sermones como una buena alumna. Responde y gruñona, pero al final hace lo que le recomiendo. Nos asesoramos mutuamente y a falta de familia en Madrid, Caye vigila y cuida de mí. Tiene dinero para parar siete trenes, de modo que cuando organiza una fiesta es por todo lo alto. Como se empeña en invitarme y no quiero desairarla, no me queda otra que ir pero lo paso

fatal, no encajo en esos sitios donde los demás te miran como mercancía en un escaparate.

El cóctel para recaudar fondos y financiar la expedición de Neil a Argentina parecía la antesala de los Oscar. Había mesitas altas repartidas por todo el salón, vestidas de impecable blanco con unos lazos de raso nieve recogiendo la gasa de las faldas. Sobre algunas de ellas, pequeñas esculturas de hielo rodeadas de hojas verdes y velas en grandes candelabros. Un caballero de esmoquin tocaba el piano de maravilla y la gente paseaba del brazo de sus acompañantes con un sosiego y un estilo que me eran ajenos. Atisé por entre las cabezas tratando de localizar a Adela o a Olivia, pero no. Era yo otra vez, la que había llegado antes de tiempo. Nada más aterrizar un camarero me ofreció un sorbo de champán helado que rechacé por miedo a volcar todas las copas al cogerlo, circunstancia que resolvió con soltura mi amiga Caye, al abordarme con burbujas para dos en la mano y un impresionante vestido largo y ajustado de *pailletes* dorados.

—Me alegro de que hayas venido, cielo. Pensé que te acompañaría ese chico tan guapo... —Torcí la boca, Cayetana me entendió enseguida—. Vale, hija, ya me callo. Mira que eres reservada para tus cosas. Toma, brindemos y entremos en calor.

—Hablando de guapos, ¿y Neil?

—Seduciendo a sus inversores. Seguro que reúne el dinero que necesitan, y un extra para dar la vuelta al globo, a mí puede convencerme casi de todo.

—Es extraño oírte hablar así de un hombre. Estupendo pero extraño.

—La vida nos enseña y cambiar y evolucionar es lo mejor que podemos hacer. Qué aburrimiento, ¿imaginas, setenta u ochenta años pensando lo mismo? Chin-chin.

Brindamos, me mojé los labios y oteé alrededor interesada.

—Llegué a creer que estabas inmunizada contra los encantos masculinos y conste que los de tu Neil son muchos.

—Lo seguiría al fin del mundo —susurró—. Cuando te llega, te llega, Marinita, tú también lo sabrás.

Sonreí mustia. Si yo le contara... Pero no iba a contarle. Al menos de momento.

—Puede. Por cierto, qué exitazo de fiesta, cuánta gente —alabé—. Yo no me quedaré mucho. —Caye me miró por encima de la copa con el ceño

fruncido.

—Hija de mi vida, pero si acabas de llegar. Adela y Juan también vienen. Y creo que la imbécil de tu amiga Olivia se ha autoinvitado. La verdad es que no hay nadie de las altas esferas madrileñas que no se concentre aquí esta noche —comentó con un deje de orgullo inmenso.

—Olivia no es ninguna imbécil, Caye, es una chica estupenda.

—Te lo parecerá a ti. Corretea detrás de Neil con un descaro imperdonable. Y antes la mato.

—Puedo asegurarte que Neil está ya fuera de sus planes. —Me acerqué a su oreja—. Olivia se ha enamorado.

—De otro, espero.

—Mujer, claro. Se llama Luis de Balboa y aunque de momento él no se ha insinuado la veo pero que muy entusiasmada.

—Chincheta repelente...

—Cayeeee... —la volví a amonestar.

—Vale, ya me callo. Pero te juro que como vuelva a ponerle ojitos a mi...

—Detectó una invitada ilustre en la lejanía y me inmovilizó con una mano sobre el brazo—. ¡Tamaraaa! Espera, ahora vuelvo.

—Sin problema, daré una vuelta —prometí volviendo a sorber el champán que estaba riquísimo.

No conseguía imaginarme a mí misma embutida en uno de aquellos apretados vestidos, pintada como una puerta y sonriendo feliz del brazo de un millonario. Porque eso era lo que me esperaba si la relación con Roman seguía adelante. Me di una palmetada en la frente.

—No tienes perdón, Marina, ya estás fantaseando más allá de tus posibilidades. Solo te ha pedido el teléfono, por Dios, no la mano. Será un milagro si quedáis para cenar... Pero me besó. Y me llamó «su Julieta». Y él era Romeo. Eso significa algo, ¿verdad que lo significa? ¿Haré el ridi si me dejo llevar? Caye, deja de saludar celebridades, te necesito.

—Hola, preciosa.

¿Preciosa? No sería a mí... Pues mira, sí lo era, Neil, el novio guapérrimo de Cayetana, el anfitrión de la velada, me agarraba por el brazo y me daba dos sonoros besos en las mejillas.

—Hola, Neil, qué de gente, ¿verdad?

—Mucha, el poder de convocatoria de Cayetana en Madrid es asombroso;

espero que culminemos con éxito la recaudación. Odio pedirle dinero a los ricos.

—Bueno, tú no eres muy pobre que digamos —reí. Él, amable, me acompañó—. Ya verás como sí. Caye es capaz de volverles los bolsillos del revés y encima le darán las gracias.

—Consigue absolutamente todo lo que se propone, es una mujer increíble —suspiró.

Arqueeé las cejas gratamente sorprendida.

—Curioso, ella acaba de decirme otro tanto de ti.

—¿En serio? —Y por como la miraba desenvolverse al fondo de la sala, rutilante cual estrella de cine, supe que estaba colado hasta las trancas. Qué bonito, oye. Todo amor y parejas felices a mi alrededor. Creo que voy a suicidarme en cuanto me dejen un rato sola.

—Sois algo parecido a ¿dos almas gemelas? —susurré ensimismada. Noté el brazo de Neil por encima de mis hombros atrayéndome con afecto.

—Te llegará, Marina, te lo garantizo.

Y dale.

Otro.

Palabra, no hizo que me sintiera mejor.

Todo sería distinto si Roman y yo fuésemos novios formales y me acompañase a todas las fiestas para no sentirme como una paria exiliada. Eso implicaría que ya me habría llegado lo que me ha de llegar. ¡Ja!

—Neil, me marcharé pronto, necesito madrugar mañana y solo he venido para que Caye no me chille. Me cubrirás, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Te lo agradezco. Si me quedo a la subasta no tengo otra cosa que darte que el vestido que llevo puesto y no es plan.

—Eres adorable, aunque si me lo permites, te aconsejaría que te divirtieras más. —Me dedicó una carantoña, yo apuré mi copa de champán de marca cara y nos despedimos con simpatía. Increíble lo pronto y lo fácil que se le cogía cariño al vikingo y lo bueno que estaba. Él y Cayetana formaban una pareja invencible.

Como también la hacían el chico atlético cerca del piano y la espectacular muchacha rubia platino que le rodeaba el brazo. Altos ambos, cuerpos de dioses, garbo y unos rostros de modelo... Seguramente lo eran... Modelos

de fotografía... Qué suertudos, qué ambiente tan fuera de lo...

¡Cónchole! ¡Roman!

Roman, mi Roman era el que conversaba con la beldad que al responderle, reía echando atrás la cabeza en un claro lenguaje gestual de coqueteo desvergonzado. Ella llevaba un vestido turquesa brillante, del mismo color que los ojos de él. A mí los míos se me inundaron de lágrimas. Allí, ante mis narices se desarrollaba la cruda realidad: que Roman solo trataba de ser amable con la fea del barrio o peor aún, tenía ganas de divertirse a mi costa. Natural, me había cautivado con solo un par de sonrisas y un rato de conversación en un jardincillo lleno de ñordos perrunos, ¿qué esperaba?

Tarde o temprano todo el mundo acaba riéndose de mí. Empecé a marearme, no creí que pudiera pasarme algo así, en vivo y en directo en uno de más lujosos salones del Ritz, donde decenas de personajes relevantes podrían asistir a mi descomposición y derrumbe.

Para los eventos sociales de alta alcurnia, un hombre como él elegiría cuidadosamente a sus acompañantes y serían chicas fastuosas como aquella, de cutis de seda sin un solo grano, y melenas sedosas y brillantes resbalando por sus espaldas pluscuamperfectas. Se tocaban las manos y se intercambiaban cosas que desde donde estaba no podía identificar pero que me hacían sufrir con bastante efectividad.

Ellos no me habían visto, como casi nadie en la enorme sala. El puntito insignificante que yo representaba retrocedió abrumado hasta la puerta, con la piel cubierta por una fina película de sudor frío y aquel ligero mareo que amenazaba con tirarme de boca al suelo. Solo faltaba eso, un despatarre en público para que Roman saliera corriendo y negase haberme conocido jamás.

Mejor me iba.

Caminé de espaldas hasta la salida, con el bolsito contra el pecho y el nudo en la garganta cada vez más apretado, hasta que, chocar contra algo duro y no muy frío, me hizo detenerme. Solo me quedaba girar, lo menos atolondradamente posible para comprobar si era la pared, y me llevé por delante la salsera para cóctel que el camarero sostenía en las manos.

—¡Señorita, cuidado!

Se derramó completa en mi pechera, como un camafeo antiguo. Menudo manchurrón. Recorrí con ansiedad el espacio para comprobar si Roman o su bella acompañante se habían percatado de mi metedura de pata pero estaban demasiado ocupados riendo y bebiendo champán.

—Lo siento, lo siento... —tartamudeé al camarero.

—Señorita, permita que le limpie.

—¡Nooooooooo!

Ahora menos que nunca podía pasearme por el hotel con el vestido pringado de salsa rosa. Había que huir a escape.

Pedí mi abrigo ligero en el guardarropa y salí corriendo antes de que Cayetana o Adela o el propio Roman detectasen mi presencia y pensaran en retenerme.

Otra noche en vela y llorando. Menuda racha. Me vi todas las películas lacrimógenas que recordaba y me zampé el kilo de helado de yogur que Julia guardaba en el congelador para «palos especiales». El mío había sido de campeonato y en mitad de toda la cabeza. En menos de treinta horas, sin trabajo, enamorada, burlada y decepcionada, con la única perspectiva en cuestión de mimos de una gata doméstica un poco vaga. No se podía estar peor ni ser más patética.

Me dormí con la cuchara en la boca.

Necesité dos mañanas, la del miércoles y la del jueves, para brotar del boquete en el que me había escondido por propia voluntad. Caye me llamaba a todas horas preguntándome el motivo de mi fuga, Adela me telefoneaba interesándose por la depresión que de seguro, tenía, hasta Marta se despidió antes de embarcar apareciendo en casa con una caja de pasteles casi más grande que ella, a merendar. No me permití flaquear ni contarle mis delirios. Fingí estar tranquila y hasta emocionada con un futuro incierto que podía mejorar mi aparatosa existencia de chica vulgar sin espíritu.

—Parece que últimamente a todos os ha dado por los viajes exóticos —comenté—, mi hermana Lourdes acaba de enrolarse en una expedición al Himalaya, ni más ni menos.

—Ya sabes que si te animas, en el barco queda sitio.

—Solo me faltaba, acabaría de cebo para tiburones —quise hacer un chiste. Pero Marta me reprendió con una dura mirada.

—Deja de decir gilipolleces, mona. Lo tuyo es tremendo, no dejas de machacarte ni un solo minuto. ¿Qué pasa? ¿Ya no te acuerdas de los ejercicios que te enseñé? Parecías poner mucho empeño en cambiar.

—Y era verdad, lo puse. Y aprendí a decir no con dignidad y una sonrisa. Por eso estoy aquí, desempleada y más perdida que el oro de Moscú.

—Marina, si esa tal Alejandra iba a amargarte y a implicarte en mil follones, has hecho lo correcto. —Me serenó oírla—. ¿Que la situación es jodida? Pues sí, no te lo niego con la crisis y todo eso. Pero estás viva, tienes voluntad, dos pies, un cerebro bastante bien amueblado y dos manos, joder, ¡úsalas! Encontrarás otro trabajo, incluso mejor. Dame una milhoja de esas, de las de chocolate.

Le pegó un mordisco y se llevó por delante medio pastel. Bien mirado, desde un punto de vista asquerosamente físico de belleza exterior y tal, en Marta los dones de la naturaleza eran aún más escasos que en una servidora. Y no parecía influir en su aplastante seguridad, en su camino siempre recto hacia el triunfo.

—Lo que hoy parece el fin, un auténtico desastre, se convierte con el tiempo en tu mejor oportunidad. Depende de cómo te lo tomes. Recuérdalo cuando te vengas abajo. Gestoría Asensio antes y después de la fusión, no era el mejor regalo para ti, Valdemorillos. Te has hecho amiga de Adela y te apena dejarla, pero os seguiréis viendo en la calle, cenando juntas, iréis de compras... No le debes una mierda a nadie. Mientras trabajaste allí sacaste toneladas de castañas del fuego y ahora la tal Pómez te pasa por encima como un Panzer. Anda y que les den. ¡Joé, qué bueno está esto! Dame otra. Y haz más café, que estás empanada.

Desde luego, si algo conseguían Caye y Marta, cada cual a su estilo, era ponerme las pilas. Iba a echar de menos a la chiquitaja cuando se marchara.

¿Me echaría alguien de menos a mí?

•5• Las rubias estorban

Antes del discurso de Marta, yo habría corrido hasta matarme y perder los dientes por descolgar cuando Roman llamó a mi móvil. Después de haber reforzado mi autoestima con la merienda, ni de coña. Miré impasible la pantalla mientras el artefacto se desgañitaba y no hice por cogerlo. Ahí, sin piedad.

Berta llegó al salón a darme apoyo moral y logístico. Cuando me vio tan afectada, haciendo pucheros cada vez que la chicharra del teléfono se detenía, se encaramó de un salto a mi regazo, se enroscó en forma de ovillo y se dedicó a ronronear para entretenerme.

—Qué cara tienen los tíos, Berta —le confié en susurros—. Se va de fiesta con una rubia divina y aún le quedan arrestos para burlarse y hacer como que le intereso. Me ha enviado un mensaje, mira, te lo leo: «Quedamos en vernos esta semana; trato de cumplir mi promesa pero no me lo pones fácil. ¿Conseguiré hablar contigo?». ¿A qué demonios juega? Cuanto más lo pienso más furiosa me pongo.

Tras un par de minutos de silencio, la musiquita zen del móvil volvió a arrasarlo por todo mi piso. Me hormigueaban los dedos, las manos se morían por atraparlo y mis orejas por escuchar su voz varonil y vibrante al otro lado del hilo pidiéndome una cita.

Para echar el rato, mientras tanto, con una modelo que otra, que por poco me olvido de explicarlo.

Qué asquito me daba. Y qué malísima suerte tengo, la que no me merezco. «Tarde o temprano todo el mundo acaba riéndose de mí». Ese es mi lema, no me lo repito en vano. Lo que más anhelaba, que Roman perdiese el juicio por este cuerpo serrano y vivir con él para siempre, era también lo que más me aterraba. Mi inseguridad era un caparazón aislante tan difícil de romper que aunque Martita me diese clases particulares durante ciento treinta años, aún serían insuficientes.

Mierda. En mis manos estaba cambiarlo.

Me levanté del sofá y corrí hasta mi cuarto. Abrí el armario de par en par, dentro tengo un espejo de cuerpo entero en el que clavé mis ojos cansados y enrojecidos de tantísimo sollozar. Berta me siguió y trotó de vuelta a la cama.

—Desde luego no soy Selena Gómez pero ¡lechuga!, no estoy tan mal. Tengo conversación cuando no me muero de miedo, celebro los chistes de mi gente aunque no tengan gracia, para algunos eso es gratificante, Berta, puede decirse que tengo cierto sentido del humor. Soy económica y me administro bien, «mujer para un pobre», eso dice mi madre. Estoy aprendiendo a cocinar y hago las pedicuras divinamente; leo mucho, no me emborracho, sé conducir, madrugo casi sin despertador, me gustan la acampada, el picnic y los deportes al aire libre; medito y me abrazo a los árboles. Soy un hacha seleccionando varillas de incienso aunque Cayetana las llame «carbones» y tengo amigas estupendas, guapas e inteligentísimas como Caye, Adela y Olivia. ¡No soy ninguna basurilla de la que un capullo engreído pueda reírse! —dije esto último en un tono tan alto y agudo que hasta Berta se asustó.

Noté que una fuerza desconocida, un arroyo palpitante inundaba mis venas y me confería un vigor sobrenatural. Hasta se me pintó una sonrisa irónica en la cara y en cuanto el soniquete del teléfono volvió a resonar, lo agarré como si tratara de asesinarlo.

—¿Diga?

—¿Marina? Soy Roman.

—Roman, Roman... No recuerdo a ningún Roman.

—Vamos —se rio—, ese chiste es muy viejo, seguro que puedes mejorarlo.

Me desmoroné ligeramente. Volví a la carga procurando sonar sarcástica.

—No trataba de ser graciosa. ¿Te puedo ayudar en algo? Estoy ocupadísima.

—La verdad es que me lo he imaginado, no cogías el teléfono, debes de estar hasta las cejas de tareas. Procura que no te exploten, díselo a tus superiores de mi parte.

—Oh, claro, el señor mandamás va a venir a darle también consejitos a mi jefa —alegué con cinismo. Tuve la impresión de que Roman se aturdí y le hice a Berta la señal de la victoria.

—Ok, veo que no estás de humor, no te entretendré demasiado, solo quería oírte y recordarte tu promesa. Hay que salir a cenar antes de que acabe la semana.

—¿Yo prometí eso? —Y por un momento mi voz teatral perdió toda

mordacidad y sonó inocente y sincera.

—Dijiste «la semana próxima» y ya es la semana próxima. De hecho me apetece llamarte desde el lunes y estamos a jueves, me he estado controlando para que no pensaras que soy un ansioso.

—¿Te has estado controlando? ¿Estás seguro? Porque creo que has invertido muy bien el tiempo, Roman, por ejemplo, yendo de fiesta.

—No he salido a ninguna...

—¿Te dice algo el nombre Perito Moreno?

—Eso no es una fiesta, fue un acto benéfico en el que la Fundación está implicada y sí, no voy a negarlo, asistí. ¿Qué tiene de malo?

—Tiene de malo que no fuiste solo, y tiene de malo que si ya goza usted de compañía femenina, esta que suscribe, sobra. No te canses volviendo a marcar mi teléfono, no pienso contestar en la vida. Si ya tienes chica, ¿para qué me molestas?

—Marina, ¿de qué porras hablas?

—De la rubia despampanante que iba de tu brazo la noche del martes, que te lo tengo que explicar todo.

—Sí, la recuerdo. ¿Y qué?

Será posible semejante desfachatez, encima ni se molesta en negarlo. Me cabréé tanto como Julia cuando descubrió los planes de Pepecharlie, así, en plan guerrera, lo nunca visto. Se ve que la terapia-espejo funcionaba fetén.

—¿Cómo que y qué? Oye esto, guapo, no pienso formar parte de tu harén, ni en broma.

—Estás diciendo unas cosas muy raras, no pareces tú.

—Seguramente eso me favorezca porque cuando sí soy yo, suelo fastidiarla. Paso, Roman, por mí como si te operas pero no cuentes con que participe en tu tiovivo.

—Todavía no sé si tratas de tomarme el pelo, si estás de broma o te has bebido unos chupitos de más... —insistió muy serio. Demasiado como para ablandarme.

Será imbécil, el tío.

—¡Que yo no bebo, gilipollas!

—Entonces, ¿cenamos?

Colgué con un porrazo. Me temblaban hasta las cejas, me castañeaban los dientes y las manos me sudaban. Menudo perraque había pillado en un par

de minutos. ¿En eso consistía tener carácter? ¿En acalorarse hasta echar espuma por la boca y soltar un rosario de improperios uno tras otro? Miré afligida a Berta y me soné los mocos, demasiado sueltos.

—Ay, Berta, que esto de ir de dura no va a ser lo mío...

A la mañana siguiente planeé dar una vuelta con mi gata que ya le había cogido cariño al lazo y me agradecía el cambio de escenario. Pero cuando por precaución miré por la ventana, distinguí a Roman con Don en el parquecillo, espiando mi castillo.

—Mierda, Berta, abortamos misión, no podemos salir.

Tenía que buscar un empleo cuanto antes y si no era posible comprar el periódico tradicional en la calle, empezaría por los digitales. Encendí mi ordenador, me preparé una tetera de infusión de jazmín y un montón de tostadas, hice mis estiramientos matutinos por cuarta vez (lo que consigue el aburrimiento) y me entregué febril, a la tarea de localizar la semilla de mi nueva vida laboral.

Oficinas, contabilidad, clases particulares, teleoperadora, vendedora de Tapper, distribuidora de Pavon... Iba marcando con fluorescente amarillo todo aquello que me inspiraba confianza y sonaba bien. Elaboré una lista con los seleccionados y sus contactos por orden de preferencia y envié unos correos concertando citas.

Luego llamé a mi prima. Contestó a la sexta.

—¿Juli? ¿Te has mudado ya y yo no me he dado cuenta?

—Ay, Mari, que me han entrado cinco bodas de golpe y llevo dos días que casi no salgo de la peluquería.

—Pero ¿estás viniendo a dormir?

—Pues mira, depende —me gritó entre el sonido de los secadores—. Ayer no, anteayer sí, el otro no. Como tengo el piso tan cerca y acabo tan reventada... Pero no te preocupes que ya las acabamos y de hoy no pasa que vaya y recoja mis bultos. *Promiss*.

Me sentí fatal porque pensara que estorbaba.

—Nena, que no es eso, solo quería saber de ti, estoy un poco deprimidilla.

—Eso es el no tener ná que hacer, Mari, te aseguro yo que con dieciséis horas poniendo rulos y los pies como dos tortillas de papas, se te acababan

a ti los males y las flojeras.

—¿Quieres que vaya a ayudar?

—¿Manejas los recogidos?

—No, pero puedo darte las horquillas.

—Mari, para eso te quedas bordando. Además, como odias a mi socia...

—Eso, dilo bien alto que se entere hasta el sereno. Vale, lo he pillado, sigue con tus moños y tus peinetas.

—¡Ay, qué ilusión!, Mari, cuando te me cases tú, te voy a preparar un tocado rebonito que acabo de ver en una revista. Adiós.

Y me dejó con la boca abierta y el teléfono en la oreja. Sola. Desguarnecida. Desolada.

Piiiiiiii. El timbre de la puerta. ¿Sería Roman? Porque si horas antes estaba en el jardín de enfrente... No, ya eran muchas horas. Me dediqué a fisgar por la mirilla.

Pegué dos saltos mortales de puro entusiasmo.

—¡Hermano! ¿Y esta visita inesperada?

Eso lo dije al tiempo que abría feliz la puerta, y recibía con los brazos abiertos a un muchacho lloroso mucho más hecho polvo que yo.

—Ay, Marina, Marina, Mariiinaaa. —Apoyó la cara contra mi hombro y allí mismo en el descansillo, rodeado por sus enormes maletas, se deshizo en lamentos. Tiré de él hacia dentro para que Berta lo recibiera con los pelos del lomo tiesos como escarpas.

—Pero ¿qué ha pasado? —me agobié al ver su estado—. ¿Alguna desgracia? ¿Papá, mamá, la niña, están bien?

—Todos están bien. Soy yo. Yo, nena, que me he fugado de casa.

Tres litros de tila se tragó el lumbreras de mi hermano. Mientras balbuceaba un montón de cosas incompletas que no me permitían entender más que el pedazo de bronca que había tenido con mis padres; no dejaba de estremecerse y de gimotear. No comprendía nada, me limitaba a escuchar, a pasarle clínex limpios y a tirar a la basura las bolillas húmedas en que iba convirtiendo los usados.

—Pero, ¿cuál es el motivo de la pelea? Carletes, por amor de Dios, que me va a dar un jamacuco, ¡desembucha pero ya!

Noté distinta la voz de mi hermano. No sé, más dulzona, menos enérgica, más... femenina. También es cierto que podía ser fruto del berrinche pero la sombra de una duda planeó por encima de mi flequillo. Carletes alzó unos ojos negros enormes, debo decir que mi hermano es un bombón, y confesó de golpe y porrazo.

—He salido del armario.

Toma ya.

—¿Del... armario?

—O del baúl, o de donde quiera que haya estado encerrado todos estos años fingiendo y haciéndome el macho. Ay, Marina, cómo duele mentirse a uno mismo.

Asentí con la cabeza a cámara lenta, totalmente desconcertada. De todas las cosas imposibles que no podría esperarme, aquella era, con mucho, la que menos. ¿El machote de mi hermano, el terror de las nenas, el *playboy* del pueblo?

Anda queeee...

—¿Tú me comprendes, Mari, me comprendes?

—Síii.

—Ea. Pues papá y mamá no. Sobre todo mamá, por poco se muere cuando se lo dije. Y encima el follón innecesario que Florinda ha montado con todo esto, y Merchita de por medio...

—Por favor, Carletes, no te embales, vamos por partes.

Vi que se asfixiaba y se empezó a hacer aire con un amanerado gesto. Le pasé un abanico con estampado taurino que tenía guardado en un cajón.

—Cuando te casaste con Florinda no sospechabas nada de lo tuyo —aventuré con flojera. Él negó con la cabeza para, acto seguido, ladearla y sugerir un «tal vez, puede» —. Y aún así seguiste adelante.

—Entiéndelo, cari, cualquiera confesaba en esa atmósfera agobiante y católica que es nuestro Aljete de Albacete.

—No, sí ya... Pero encima vais y adoptáis a Merche. —Me puse de pie, me revolví la melena y paseé en nerviosos círculos por mi minúsculo salón. Carletes me perseguía con ansiosas pupilas desde la silla del comedor donde se había encajado.

—¿No os dio que pensar? ¿Que una pareja joven y en buena salud como nosotros no tuviera... condescendencia?

—Dirás descendencia, Carletes, a ver si lees más, hijo.

—¿Qué importará eso ahora? —Se hundió con desesperación. Agarró los clínex y un nuevo arrebató—. Merche ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, lo mejor... Hasta que conocí a fondo a Lolo, acepté lo que sentía y me liberé de los prejuicios.

Derrapé al marcar la curva.

—¿Lolo? ¿Qué Lolo?

—Lolo Martínez.

—¿El hijo de los vecinos? —exclamé horripilada recordando a mi madre y sus monomanías—. ¿Ese Lolo?

—Estamos profundamente enamorados —confesó con un gemido agónico. Volví a sentarme a ver si acertaba a consolarlo. Carletes se sacudía bajo una lluvia de sollozos incontrolados.

—Aguarda un segundo, hermano, que están llamando al timbre.

Ay, Señor, ¿tendría yo una pausa, una pizca de tranquilidad?

Tras la puerta encontré el ramo de rosas más enorme que había visto en mi vida, incluso en foto, ocultando por completo al empleado de la floristería que lo sujetaba. Asomó la cabeza por detrás de los capullos.

—¿Marina Valdemorillos?

—La misma. ¿Qué desea? —pregunté carcomida por la sorpresa.

—Entregar esto —me alargó las flores—, lo acompaña esta carta privada y si hace el favor y me firma aquí...

—¡Oooh, qué boniiiitaas! —babeó Carletes desde su silla.

—¿Quién las envía?

—Pues no sé, señorita, vendrá en la nota.

Lo dejé un rato más sujetando aquello tan tremendo y abrí el sobrecito con dedos inquietos.

«Ni idea de lo que te ronda la cabeza pero pienso seguir insistiendo hasta que llegue esa cena. Una promesa es una promesa y no podemos empezar esto faltando a nuestra palabra. Con cariño, Roman»

Se me subió el fuego a las orejas. Menudo caradura de sonrisa arrebatadora. «¿Empezar esto?» ¿Empezar qué?

—Mire, las flores se las va a llevar usted de vuelta.

—¡Nooo! —aulló mi hermano a mi espalda. Llegó trotando.

—Sí, Carletes, no pienso aceptarlas, las manda una persona non grata que va a salir de mi vida de un par de patadas aunque no tengo aún muy claro que haya entrado.

—Yo, si usted me firma el recibo, las tiro a la basura pero que ahora mismo —se ofreció el florista.

—Pues se lo firmo, deje que lo coja.

Hubo un revuelto de manos y de ramo, de boli y de papel y cuando me di cuenta, las rosas estaban en poder de mi hermano, que hundía la nariz con fruición en ellas y parecía transportado.

—¿Y si le doy una dirección de otro lugar usted las reenviaría? —preguntó.

—Pues... ¿las mismas? —dudó el muchacho pillado a contrapelo—. Supongo que sí... ¿A dónde exactamente?

—Aljete de Albacete. Espere, le apunto la dirección.

—Pero Carletes... —traté de contenerlo. Imposible, ya corría en busca de un boli. Como ni conocía la casa ni lo encontré, me arrebató el mío de las manos.

—Eso es fuera de Madrid —apuntó el genio del repartidor—. Costará un plus.

—¿Digamos...? —interrogó mi hermano con angustia.

—Digamos cincuenta pavos.

—¿Cincuenta euros? —grité con las manos en la cabeza.

—Señorita, es el ramo más caro que tenemos en la tienda.

—Préstame cincuenta, Mari, prometo devolvértelos —me atosigó mi hermano. Al ver que no reaccionaba, me zarandeó el brazo—. ¡Mariiii! ¡Que es cuestión de vida o muerte!

—Ya voy, ya voy —tartamudeé haciendo memoria a ver dónde había ido a parar mi bolso. ¡Recórcholis!, qué estrés más malo.

Nuevo intercambio atropellado. El penúltimo billete de cincuenta de mi monedero a las manos de Carletes, de ahí a las del florista, las rosas de nuevo al chico, el recibo sin firmar por mí devuelto y la dirección de Lolo Martínez para el nuevo envío.

En un rato volvíamos a estar solos y en relativa calma. Me dejé caer como un fardo vacío en el sofá.

—¿Hago un té y nos lo tomamos con galletas, como cuando éramos

chicos? —sugerí con una pena inmensa en mi voz. Carletes aún no se había sentado, abrió los brazos y me refugié en ellos lloriqueando emocionada.

—Me alegro de haber venido —hipó.

—Me alegro de que hayas recurrido a mí, peque. Ya te echaba de menos. Y como ves yo también te necesito.

—Sabes que mamá no tardará en llamar —avisó sin separarse de mi lado.

—No pasa nada, juntos haremos frente a esta crisis y pensaremos con tranquilidad cómo resolverla. Antes o después entrarán en razón. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites, la Juli acaba de dejar el sofá-cama libre.

—No esperaba menos de mi hermana favorita. ¡Ay, Marina!, esto de ser yo mismo se me está haciendo de un cuesta arriba...

•6• La visita rosa

A mi madre no hay quién la entienda. Imagino que sabía dónde se había cobijado Carletes y de paso que se enfurruñó con su hijo por ser «rarito», se enfadó conmigo por auxiliarlo. Digo esto porque, para nuestra sorpresa, no telefoneó, ni nos bronqueó, ni nada. Mandó de avanzadilla a mi tía Tecla que se interesó por nuestra salud a través de mi prima Juli, que aprovechó la recogida de sus pertenencias para darle ánimos a mi hermano, manifestarle su incondicional apoyo, y asegurarle que en Chueca encontraría el amor.

¡Uff!

—No necesito otro amor, quiero a Lolo —gimió mi hermano, hecho de nuevo un mar de lágrimas. Juli le dio unas palmaditas en la espalda.

—Pues nada. Que Lolo se venga a Madrid a vivir contigo y al pueblo que le den. —La miré reprobadora—. ¿Qué, Mari? Son muy antiguos, no me lo irás a negar. Si ellos quieren vivir su vida tendrán que mudarse.

—Lo primero que tenemos que arreglar es el tema del divorcio —planteé con seriedad—, y la custodia de la nena.

—Custodia compartida —Carletes agitó un dedo tieso—, com-par-ti-da. No me conformo con menos. Merchita es tan mía como de la loca de Florinda.

—Desde luego, cariño —lo consolé—, pero si queremos llegar a un acuerdo, tendremos que ir olvidando los insultos, las faltas de respeto y esas cosas.

—¡Ella me llamó «maricona loca»! —se ofuscó mi hermano. Juli pestañeó asombrada.

—Lo pilló con un picardías rosa y un liguero —aclaré paciente. Nuestra prima se encogió de hombros bastante comprensiva. Ignoro en favor de quién.

—En fin, cuando me contasteis que Flori lo había abandonado para pedir el divorcio creí que la muy guarra se había echado un amante. Esto... esto ha sido una sorpresa para todos, Carlos, espero que lo entiendas, siempre fuiste el gallito de la familia... Pero los que somos modernos, somos

modernos. —Apoyó las manos en las rodillas y se puso en pie con una sonrisa de oreja a oreja—. Te digo lo mismo que a Mari, mi peluquería marcha sobre ruedas, cada día tenemos más clientas y salen por la puerta mucho más felices. Ya mismo tendremos que ampliar plantilla y si os apetece el curro, habrá espacio para mis primos favoritos. La familia unida jamás será vencida.

—Yo no sé nada de peluquería —gimió Carletes sonándose los mocos— pero estoy dispuesto a aprender lo que sea. Quiero que Merche y Lolo vengan a vivir conmigo cuanto antes.

—Despacito, Carlos, sin carrerillas —aconsejó Julia antes de besuquearnos y salir por la puerta hecha un brazo de mar, peluquera profesional e independiente. Sentí una ligera punzada de envidia no del todo sana.

Y suspiré. Últimamente, el suspiro era la frase que mejor dominaba.

—Volvemos a estar solos. Carletes, puedes echarte un rato a descansar si quieres, voy a llamar a Florinda.

Mi hermano se llevó la mano a la boca con expresión de pánico desatado.

—¿A la bruja?

—Por Dios, es tu mujer, no la llares así. Hay que hablar, no puedes salir corriendo y esperar que los problemas se evaporen por sí solos.

Nada más oírme decir esto, salió literalmente al galope hacia mi dormitorio y se encerró dentro. Resoplé. Carlos ya era difícil cuando todos creíamos conocerlo y saber cómo tratarlo. Ahora era mucho peor, todo estaba más confuso y él menos accesible, con aquella sensibilidad extrema que se le había despertado de repente y que actuaba de dique emocional.

Con el móvil en la mano, reparé en las decenas de llamadas perdidas de Roman. ¿Por qué seguía insistiendo? Debía de estar muy aburrido, disponer de mucho tiempo libre o la rubia estaba de balneario; de otro modo no lo entendía. Cuando recuperé la concentración, marqué temblorosa el número de mi cuñada.

—¿Flori?

—¿Marina?

—Soy, yo, ¿cómo estás?

—¿Cómo te imaginas? No salgo de mi asombro, destrozada —más bien parecía colérica—, soy la comidilla de Aljete, el cura me ha retirado el saludo.

—¿A ti? ¿Y eso por qué?

—Me acusa de haber falseado el sagrado sacramento del matrimonio. Va contando por ahí que yo sabía lo de tu hermano y que juntos conspiramos y planeamos casarnos para correr una cortina de humo.

—Qué retorcido, el buen señor.

—Pues sí. —Ahora sí. Mi cuñada se echó a llorar—. Ha sido horrible, espantoso averiguarlo así, de sopetón. Nunca sospeché nada, qué requetebién me engañó el muy...

—Mujer, no llores. Carletes no lo ha hecho para dañarte. Estas cosas... ya lo sabes, no se pueden remediar.

—¡Se pueden remediar! —Florinda me largó tal aullido que mis tímpanos siguieron vibrando solos un buen rato después de su chillido—. Se da la cara y se marcha uno del pueblo antes de que todo el mundo lo sepa, antes de... liarte... ¡Ojú, qué trabajito me cuesta decirlo...! con un vecino.

—Carlos luchaba consigo mismo —traté de disculparlo pero mi cuñada no atendía a razones—, porque por encima de todo te quiere.

—¡Y una mierda, me quiere! ¡Quiere al tal Lolo! ¡Por Dios bendito, qué humillación!

—Bueno, le importas. Y Merche, Merche es la niña de sus ojos.

Oí una especie de bramido de elefante. Por un segundo pensé que Florinda estaba en un zoo pero no; se estaba sonando la nariz.

—Va listo si piensa que voy a dejar que intoxique a la chiquilla con toda esa perversión. En el divorcio constará bien clarito que la separación de cuerpos es total, con orden de alejamiento de por vida si es preciso.

—¿No crees que te excedes un poco? —indagué con timidez. Los berridos de Florinda me tenían sorda y atontada.

—Nooo. De hecho ni siquiera he planeado mi venganza, que será fría y calculada al milímetro. Carlos no volverá a poner un pie en Aljete, te lo aseguro, por encima de mi cadáver muerto.

Por no echarle más leña al fuego me ahorré decirle que con eso le hacía un favor.

—Flori, entiendo que ahora estés ofuscada, furiosa, pero... se te va a pasar, con el tiempo verás las cosas desde otra perspectiva y... bueno, seguro que podrás perdonarlo.

—No lo has entendido, Mari, ¡si es que nadie me entiende! ¡Yo quería a

mi marido! ¡Estaba loca por él! ¡No lo asumo, no lo asumo! No me da la gana de aceptar que se ha estado acostando conmigo pensando en el culo peludo de Lolo.

Su discurso lo abortaron los sollozos. Me dio una pena...

—Tengo la dignidad estampada contra el suelo, ya sabes cómo son los pueblos, todo el mundo dale que te pego, cotorreando por las esquinas. El que no piensa que estábamos compinchados, me toma por tonta. El Lolo se ha encerrado en su cuarto y dicen que no quiere salir, que se dejará morir de amor. ¡Figúrate! Como me lo encuentre en la calle lo desmoño.

—Es una situación tan inusual —gemí con voz quebradiza. Mi empatía con Florinda no me permitía seguir defendiendo la postura de Carletes; tampoco conseguía verla como una bruja, la pobre llevaba lo suyo.

—Inusual es una palabra muy fina y muy de capital para referirse a esta soberana PU-TA-DA, Mari. Porque eso es lo que es.

—Ya, entiendo que os divorciéis, es normal, pero Merche...

—Merche es mi hija y no hay más que hablar.

—También es la hija de Carlos.

—¡Carlos es moña!

—¿Y eso es incompatible con ser padre?

—¡No lo séee! Ay, Mariiii, no puedo con esto, me supera, me supera... Si tuviera millones me iría con mi niña a recorrer el mundo para olvidar, iría a Disneylandia que es un capricho que tengo desde cría, pero lo único que tengo es una mercería en Aljete y las acciones del pub del asqueroso de tu hermano, si me las cede, que me las cederá por la cuenta que le trae.

—Mira, pues ya tienes con qué entretenerte.

—Lo venderé todo y me marcharé a Madrid.

¡Hala, otra que se viene! Espero que no pretenda que le preste mi sofá porque lo de mi apartamento ya es *overbooking* del peor.

—La capital es muy grande, espero no topármelo nunca, nunca.

—No creas, cuando menos te lo esperas... —la desilusioné.

—Te dejo, Mari. Si te pilla a mano haz el favor de endiñarle una buena patada en los cataplínes de mi parte. Se lo merece por capullo.

Capullos los que acababa de mandar a su novio a costa de mi cartera.

—No te preocupes, Flori, te entiendo. Anda, relájate, procura descansar, ya hablaremos más adelante.

—Dile que no insista con lo de la custodia de Merche porque pienso oponerme con todas mis fuerzas. Si hace falta me gastaré lo que me den por la venta del pub en abogados, como en las películas.

Al zanjar la discusión con mi cuñada el agotamiento me invadía. Me froté la cara con las manos incapaz de dar un paso en ninguna dirección, bloqueada y ciega. Desde el salón oía llorar a mi hermano y decidí concederle un poco de intimidad. Para colmo, este marrón me lo iba a tener que zampar solita, ni siquiera mi hermana Lourdes, la juiciosa, estaba disponible para consultas desesperadas. ¡Vaya tela! ¡Qué agobio! Por eso cuando el móvil sonó de nuevo, descolgué sin mirar siquiera.

—¿Hola?

¡Ostras, Roman el adúltero! Roman el deseable.

—¿Hola? ¿Marina? Marina, ¿eres tú?

—Soy yo —respondí como una autómatas.

—Menos mal, ya era hora, tengo cada número de tu teléfono tatuado en la yema de los dedos.

—Pues no haber insistido tanto.

—Quería hablar contigo, creo que me merezco una explicación.

Solté una carcajada de lo más irónica. El estado de ánimo en el que me tenía sumergida el asunto de Carletes ayudó bastante.

—Tiene gracia que tú me pidas a mí —recalqué los pronombres— una explicación.

—Pues sí, quedamos en que te llamaría y saldríamos a cenar y sin razón alguna pasas de mí, si hasta has rechazado las flores.

—Continúo... me pidas una explicación, cuando eras tú, el que se paseaba la otra noche con un monumento del brazo. Te lo diré muy clarito: si ya tienes novia, ¿para qué diablos me quieres a mí? —chillé—. Déjame vivir, Roman Hellman, que me agobian los problemas y no quiero otro que encima esté comprometido.

—Marina...

—¡Al carajo!

Colgué. Y me sentí fenomenal, enérgica y liberada. Eso sí, hasta las pestañas me temblaban. Y aunque volvió a llamarme, me hice la desentendida y metí el móvil debajo de los cojines del sofá para no obsesionarme ni caer en la tentación.

El sentimiento de triunfo solo me duró un suspiro. Enseguida estaba acordándome de los ojos turquesa de Roman y del tacto de sus dedos acariciando la línea de mi mandíbula. Menuda mierda enamorarse.

•7• Metiste la pata, chatina

Carletes y yo compusimos un plan de emergencia que nos ayudase con aquello del desamor. Primero dimos un largo paseo por el barrio, esquivando el parquecillo y las áreas calientes donde pudiera toparme con Roman. Después llegó una parada estratégica en la pastelería y juntos, nos atiborramos en una merienda interminable aliñada con té de sabores exóticos. Nos pusimos al día y recordamos anécdotas de cuando éramos pequeños. Descubrimos que las tendencias de Carlos venían de largo pero a todos nos habían pasado inadvertidas. Me encogió el corazón imaginar la soledad que habría sentido en ciertos momentos y su frustración al no poder asumir lo que era. En un par de horas nos sentíamos más cerca que nunca el uno del otro. Lo dicho: cosas que parecen desgracias, acaban teniendo una fabulosa cara positiva.

—Y mamá odia a Lolo —concluyó resignado su relato.

—Lo sé, desde que convenció a sus padres para que pintase la fachada de salmón —convine recordando las quejas telefónicas de nuestra progenitora.

—Rosa, salmón no, la pintaron de rosa, no sabes cómo quedó... Es que Lolo es muy sensible, un ser especial y maravilloso con el que da gusto compartir. Él lo sabe desde chico. —Puse cara de pez—. Lo suyo.

—Ah... —entendí por fin—. ¿Y sus padres? ¿Lo aceptan? ¿Le han puesto pegas?

—Lo de Lolo era muy evidente y su madre lo ha apoyado siempre. Una gran fortuna, a diferencia de la mía. Su padre es más rústico, le ha costado abrir la mente. Si le insinúan algo en el bar, se hace el sordo y así lleva veintisiete años. Ya ves.

—Nadie pide nacer de una determinada manera para disgustar a su familia, eso es absurdo. —Mantuvimos una pausa de relajado silencio—. Carlos, perdona que te pregunte esto, pero ¿tienes dinero?

—Algo. Muy poco, ten en cuenta que lo mío ha sido una fuga —explicó con la mano abierta sobre el pecho.

—Entiendo. Es que como habrás deducido, dado que no voy a la oficina,

estoy en el paro.

Nueva exclamación de mi hermano, ojos desencajados, boca abierta, mano sobre los labios. Tenía que acostumbrarme a esos gestos tan... novedosos.

—De momento no nos faltará para comer, tengo ahorros, pero habrá que ponerse manos a la obra con la búsqueda de curro. Y tu divorcio pendiente, necesitarás un abogado, son caros. —Me abrumó solo pensarlo—. No podemos esperar ayuda de los papás.

—Juli...

—Olvídate de eso, está empeñada hasta las cejas con su negocio, pobrecilla, no da abasto.

—Alguien habrá que pueda echarnos una mano.

—En un momento dado mi amiga Cayetana nos prestaría algo pero o se lo devolvemos o me muero.

—Qué apretada eres, hija. Mi Lolo también nos apoyaría.

¿Nos? ¿Yo también estaba metida en el lote? ¡Ay, señor!, que me defenestro con tanto follón.

—Antes de pasar estrecheces, dispongo del dinero del pub y santas pascuas —resolvió con un pestañeo acelerado—. Y si lo vendo, mejor, sacaría tanta pasta que ya no tendría que volver a preocuparme.

Lo miré sin dar crédito.

—¿A tanto asciende?

—Mari, es el local más cotizado y el que mejor funciona de Aljete, perfectamente equipado; un chollo, tiene más novios que el Lolo. —Se le escapó una risita nerviosa seguida de una tosecilla—. Ejem... Perdona.

—¿Entonces? Si tienes ese respaldo, ¿por qué te inquietas?

—Porque pensaba dejárselo a Flori, no le pertenece, es mío de antes de casarnos pero ya sabes, una especie de intercambio para que firme y me deje en paz lo antes posible.

—Si hace falta me llevo al pueblo y me entrevisto personalmente con ella. Carlos echó atrás la cabeza, así como horrorizado.

—Te morderá.

—No creo que sea para tanto, hay que establecer cuanto antes un régimen de visitas para Merche. Deberíais, si no es mucho pedir, estar de acuerdo en que la niña sufra lo menos posible.

—Es muy fácil decirlo aquí sentados delante de estos bollos, pero la

Flori... Menuda víbora.

Me irrité con su visión «ombliguera» del mundo.

—A ver si te pones un poquito en su lugar, Carletes, que la mujer se ha llevado un sofocón, que te quiere, que sigue colada por ti.

Carlos arqueó las cejas incrédulo. Lo dejé estar. Otra vez berreaba la musiquilla de mi móvil. A ver quién era ahora.

—Caye.

—La misma que viste y calza. ¿Qué tal todo por ahí? ¿Qué me cuentas de tu vuelta al paro?

—Te cuento que ni he tenido tiempo para saborearla. Tengo a mi hermano Carletes en casa con problemillas familiares, nada serio, antes de que me preguntes.

—Y de Roman Hellman, ¿qué sabemos?

—¿A qué viene ese repentino interés?

—A que me he informado, cielo, y ha pasado de ser un simple chico guapísimo que se interesa por mi mejor amiga, a pertenecer a una de las más boyantes familias europeas que financiará, casi al cien por cien, la expedición de mi Neil al Pedrito Moreno.

—Perito, Caye, Perito —la corregí con un nudo en la garganta por el reciente descubrimiento—. La hemos hecho buena.

—¿Por...? Te sentará mal, menudo braguetazo, guapa. ¿Quién te lo iba a ti a decir?

Podía imaginarla guiñándome el ojo o endiñándome uno de sus súper codazos directos a las costillas.

—Nadie, Caye, nadie me lo iba ni me lo va a decir porque entre Roman y yo no hay nada. Si me sentía insegura pensando que era puramente rico, supón ahora, que me cuentas que es la leche. Demasiado queso para tan poco pan, amiga.

—Supongo que el pan escaso eres tú, ¿verdad? Como de costumbre, quitándote méritos.

—Además tiene novia.

—¿Qué me dices?

—Una rubia espectacular con la que asistió a tu cóctel la otra noche. Él no lo sabe pero los pillé tonteando desde lejos. Anda que se escondía, el muy golfo. Y va encima, y me llama. ¿Qué digo me llama? Me atosiga, Caye,

me atosiga... ¿Por qué te estás riendo?

—La rubia... Ay, Marina —articuló entre carcajadas. Me enfadé un poco. Ya estoy más que acostumbrada al cinismo inofensivo de Cayetana pero se trataba de mi corazoncito roto. Hecho pedazos.

Un poquito de por favor...

—Sí, ¿qué pasa? La rubia de las narices. Anda que no era guapa y estilosa y...

—Es su hermana, so boba.

¿Cooomooooorrr?

—¿Qué me dices?

—La rubia es Felicity Hellman, fotógrafa, modelo y su hermana melliza para más señas. Tontalaba.

Caí de culo hasta la silla. Menos mal que la tenía a mano. Metiste la pata, chatina.

—Marina, comprobarás que esas inseguridades y complejos múltiples que te acosan, son una fuente de malentendidos. Apuesto a que ni le has dejado explicarse al chico.

—Pues ahora que lo dices... No.

—Lo sabía. Te conozco metida en un baúl. Sacando conclusiones precipitadas, todas desfavorecedoras, claro.

A ver, no digo que parte de razón no tuviera pero...

—Caye, me conoces, lo has visto a él, ¿qué conclusiones sacas?

—Que el amor no entiende de cánones de belleza, que la hermosura está en el ojo de quien mira, que a ese chico maravilloso le has caído en gracia y que te daré la mayor paliza de tu vida como dejes escapar esta oportunidad. Por cierto, hablemos un poco de mí, que ya es hora. ¿Crees que Neil me quiere? —preguntó a bocajarro.

Tardé en reaccionar, todavía noqueada por la noticia de que Felicity era Felicity y el interés de Roman, puede que sincero. Y porque el interrogante de mi amiga no venía al caso.

—Pues claro, Caye —musité—, ¿acaso lo dudas?

—Pero ¿querer de querer? ¿De verdad?

—Está loco por ti, te mira y se derrite.

No la escuchaba yo muy convencida. Qué dura tiene la mollera cuando se emperrea en algo, jolines. Luego me critica a mí.

—Es que me apetece casarme pero no me lo pide.

¡Anda la osa! ¡Cayetana Lundberg deseando desposarse! Esto sí que era una sorpresa imprevisible. No podía por más que alegrarme.

—Voy a tener que inventarme algo para darle un empujoncito —seguía discurrendo mi amiga. El tono de sus palabras me alertó, que la conozco.

—Caye, miedo me das.

—Mujer, nada demasiado melodramático —rio cantarina—, desaparecer,irme de viaje sin avisar, que me eche de menos como un cabrito, ya sabes.

—No, no sé, ¿qué voy a saber? Yo no invento malabarismos de esa clase.

—Sigues siendo cortita, mi niña. Bueno, voy a maquinar y cuando tenga el plan detallado te llamo y te cuento.

—De acuerdo, un beso.

—¡Espera! Llama a Hellman y pídele disculpas, lo estarás deseando.

Gruñí algo incomprensible antes de desconectar. De verdad que Cayetana localiza con pasmosa facilidad mis puntos flacos. Ahora las dos sabíamos que la confusión era mía, y que era una servidora la que se había pasado de lista y había cometido una injusticia con el pobre ricachón. Ambas sabíamos de mi exagerado sentido de la culpabilidad y de lo mal que me sentía por haberlo avasallado. Pero solo yo conocía mis limitaciones y la vergüenza que me daba marcar su número, no fuese a pensar que quería atraparlo.

Ayyy, no sabía qué hacer. Y mi hermano mugiendo como un hipopótamo por su Lolo, tampoco es que ayudase mucho. Estaba sola, sola en esta ciénaga inhóspita que yo misma había creado. Maldición.

Nada como esperar. Bollo y medio más tarde, las cosas se simplificaron solas. A mi Carletes lo venció el agotamiento y pasó del berrido al ronquido mientras que Roman el incansable, merecedor de una medalla a la perseverancia, el guiri de la boca apetitosa, volvía a marcar mi número. Una vez más.

Dios santo, qué apuro. Respondí más suave que un guante.

—¿Diiiigaaa?

—Marina, no me cuelgues —espetó con autoridad. Se me pusieron los pezoncillos como dos guisantes congelados. ¿Qué era eso tan extraño que

me recorría la espina dorsal oyendo su voz de barítono?

—No, no, voy a colgar. Te escucharé. Bueno, me escucharás tú a mí, creo que te debo una disculpa.

—Ah, ¿sí? —pareció relajarse mucho. A mí me ardían los mofletes y las puntas de las orejas.

—Pensé... Yo os vi... En el cóctel la otra noche...

—¿Estabas en el hotel?

—Cayetana Lundberg me invitó, es amiga mía.

—¿Y no me saludaste ni me dijiste nada?

—Te descubrí del brazo de aquella chica tan... impresionantemente guapa. Yo... Supuse que era tu novia.

—¿Felicity? ¿Felicity mi novia? —soltó una carcajada que no hizo sino aumentar mi malestar y mi sensación de ridículo.

—Ya sé que es tu hermana. Pero entonces no lo sabía.

—Somos dos gotas de agua, bastaba con que la hubieses mirado a la cara, pero preferiste salir corriendo con tus peregrinas conclusiones bajo el brazo.

—Por favor, no te enfades conmigo.

—No me enfado, lo que tengo que decirte te lo diré en persona. Te recojo a las nueve. Cenaremos y charlaremos distendidos como dos adultos que somos.

—En realidad tengo aquí a mi hermano...

No me dejó acabar.

—Que supongo, tiene más de siete años, en cuyo caso podrá quedarse solo sin riesgo de catástrofe. No admito excusas, te lo advierto.

La firme superioridad de su voz me estrangulaba el buen juicio y me nublaba los sentidos. Parafraseando a la mismísima Cayetana, en aquel momento, lo hubiera seguido al fin del mundo.

Solo pude babear.

—A las nueve.

—En punto —ajustó.

—En puntísimo —confirmé. Tuve la impresión de que sonreía.

—Hasta luego, nena.

Colgamos, imagino que con distintas sensaciones. A mí, el batiburrillo de

sentimientos cuasi-desconocidos agolpados a nivel del estómago, me desconcertaba y me empujaba a poner un pie tras el otro con inusitada torpeza. En cuanto a él... Roman iba de sobrado, se le notaba en el sosiego con el que dirigía la cita. Lo que me hacía falta.

Entré en mi dormitorio como una exhalación. Carlos se había calmado y ojeaba un par de revistas de cotilleos pasadas de fecha. Nos cruzamos una mirada de interrogación.

—¡Tengo una cita!

—Afortunada en amores...

—Cierra la boca y ayúdame a ponerme monísima.

Carletes pegó un salto de gacela y abandonó la cama y la pose de dama de las camelias. Parecía entusiasmado con el encargo.

—Soy un mago de los estilismos, cari. Muestra tus cajones y prepárate.

Mi vestidor no lo hizo le que se dice feliz. Tengo cinco trapos mal contados, básicos y llenos de estampados imposibles, que no combinan mucho entre sí pero que a mí me encantan. Creo que solo a mí me encantan, debo dejarlo claro.

—Vaqueros —exigió Carletes con los brazos en jarras.

—Tengo unos que...

—Vaqueros con sandalias y un top atrevido...

—¿Atrevido? Carlos, parece que no me conoces.

—¿A qué hora es la cita?

—Me recoge a las nueve.

Se colocó frente a mí, serio y concentrado. Tomó mis manos entre las suyas.

—¿Es importante?

—¿La cita? Sí, mucho. Muchísimo. Más. De hecho vivo en una permanente borrachera desde que me crucé con sus ojos y...

Me las soltó de golpe y consultó su reloj de pulsera amarillo.

—Tenemos tiempo más que de sobra. ¡¡De compras!!

•8• Shopping, rímel y Doraimon

Lo nuestro fue una batalla campal de las peores. Carletes y yo acabamos de los pelos por culpa de unas plataformas asesinas estilo *drag queen* que esta que suscribe se negaba a colocarse, so pena de despatarre y de terminar sin piños. Que estilizasen mis piernas, embutidas en unos vaqueros y por tanto fuera de la vista, era lo que menos me preocupaba. Escogí unas sandalias preciosas, de piel blanca nacarada con un poquito de plataforma y tacón pero bastante estables, para contentarlo. Me las arrancó de las manos con el morro fruncido.

—Atención, hermana, lección: las sandalias blancas solo favorecen si tienes los pies morenos, que no es tu caso. —Ratificó la frase con una mirada, yo diría que despreciativa, a mis pinrelillos—. Incluso si te alegras las uñas con una buena pedicura y te las pintas de color. Lo apuntaré para mañana.

—Sí, claro, como que voy a invertir mis ahorros en...

—Atención, lección: soltamos la insípida sandalia blanca y cogemos el mismo modelo, si te resulta cómodo, pero en rojo coral. Anda, pruébatelo, verás la diferencia.

A regañadientes recuperé la sandalia, me encajé en la banqueta y me calcé. Tenía razón el jodío mi pie cobraba vida como por arte de magia y hasta parecía bonito. Me mordí el labio sin querer darle alas, pero es mi hermano, me conoce, y a mí tampoco me resultó ajena su amplia sonrisa de triunfo.

—Personalmente sigo diciendo que podrías arriesgarte con algo más elevado pero...

—Carletes, esto ya es un milagro. Te tendré rezando toda la noche para no desplomarme encima de Roman.

—Ummm... qué bonito nombre. ¿Es extranjero?

—Un poco. Alemán, creo. Venga, no te entretengas, ya podemos volver a casa, ¿verdad? —Saqué la cartera, recogí las sandalias y me dirigí a la caja.

—De eso nada, falta el top provocativo —respondió mi hermano desde los percheros.

—Dijiste «atrevido» —le recordé presa del pánico—. Tenga, cóbrese, por favor.

—¡Qué más dará lo que dijera! Alé, alé, que se nos va el tiempo —azuzó golpeando la esfera de su reloj con el índice rígido—. Viniendo hacia aquí he fichado una boutique de infarto, seguro que tienen lo que he ideado para ti.

—No ideas mucho y sobre todo, ajústate a un presupuesto cercano a cero. Yo renegaría sin descanso, pero por dentro saltaba de dicha al comprobar que Carletes no había hecho ni un puchero desde que ejercía de estilista salvador. Estaba en su salsa, feliz como un conejo en una mata de tréboles, entretenidísimo, disfrutando. Eso justo era lo que me faltaba a mí en la vida, una actividad que realmente me apasionara, me robase el aliento. Y que no se llamase Roman Hellman.

Miré el reloj de mi móvil. La hora «D» se acercaba. Y aún tenía que maquillarme, ¡oh, Dios!, recé porque Carletes fuera tan bueno con los pinceles como con las perchas.

Optó por imponerme un top escotado en la espalda con una delantera bastante recatada, al que no le hice ascos dado lo ajustado de la hora y que pensaba taparme con una cazadora vaquera. Pasé de pendientes, brazaletes y demás complementos y corrimos hasta mi apartamento con las ocho y pico pegadas en el culo. Nada más abrir la puerta mi hermano me arrebató las bolsas con decisión.

—Atención, lección: te lavas la cara, que la llevas a churretes, ¿acaso te maquillas con una brocha de encalar?

—No me maquillo —confesé—. Uso una capa fina de polvos compactos para quitarme los brillos... —Mi hermano soltó un gritito histérico.

—¿Polvos compactos? ¿Con lo que resecan? Te colocas una diadema para no ensuciarte el pelo y te vienes que te acicalo como manda el Señor. ¿Pelo recogido o melena suelta?

—Si te atreves a llamar melena a cuatro pelos viudos saltando a la comba que apenas superan la altura del hombro... —dejé caer camino del baño. Mi hermano me lanzó la pelota de Berta a la cabeza. Con mucha mala uva y poca puntería.

—Atención, lección: las medias melenas también son melenas. Y tienes un pelo brillante y sedoso, deja de quejarte ¡por el amor de Dios! Al final mamá se saldrá con la suya y seremos dos criaturas de corazón sensible y

espíritu quebrado.

Asomé la cara cubierta de jabón beige y espuma.

—Para entendernos, ¿de qué la acusas?

—De no haber fomentado nuestro crecimiento interior, Mari. De haber puesto siempre el acento en lo negativo, lo exterior, en lo material, de ser poco psíquica y bastante dura en sus juicios; entre tú y yo, es más de pueblo que las amapolas. Según su acertado criterio, tú eras «corrientita», yo un «machote»; ya ves, ni lo uno ni lo otro.

Me sorprendió el comentario.

—Ah, ¿yo no soy vulgar y corriente como el agua de la fuente?

Carletes se sentó en el sofá y cruzó las piernas a lo Sharon Stone, meneando la cabeza.

—Por Cristo, con él y en él, Marina, eres monísima. Y no te dejes tanto rato el jabón que seguro que no es ecológico y te irrita la epidermiiiis.

—Voy, voy. —Salí escopetada de vuelta al lavabo. ¿Mi hermano el megaperfecto había dicho que yo era «mona»? Estuve flotando sobre las losetas un buen rato, mientras me asecé y me di una ducha rápida con gel de coco tropical.

Las nueve menos cuarto. Modo pánico «on». Con el secador en una mano, el neceser en la otra, y la cabeza envuelta en un turbante, me puse de rodillas delante de mi salvador.

—Acaba lo que has empezado y seré tu esclava... digamos una semana.

—Hecho. ¿Tienes el valor de llamar a esta birria *Beauty-case*? —Miró mi neceser con algo cercano a la repugnancia. Descorrió la cremallera y revolvió el escaso interior con mueca de desagrado—. ¡Anda! los polvos estropeantes. —Los arrojó a la papelera con un gesto veloz—. Un buen polvo de los de verdad, eso es lo que necesitas y no creerás lo preciosa que se te pone la piel.

—¡Carletes!

—Quita, quita, qué sabrás tú, ingenua... Y eso que vives en la capital.

Desapareció en pos de sus maletas y al regresar lo acompañaba una caja de plástico de esas que cuando se despliegan crecen hasta el infinito, como las de las herramientas de un buen fontanero, solo que en verde pistacho. Lancé un silbido de admiración. Allí había de todo.

—Cierra los ojos que te pongo la base.

—Mejor los polvos... ¡Ay! ¡Eso pringa!

—¡Deja de quejarte, coño! Siéntate, olvídate para *always* de los polvos y prepárate para flipar.

Flipar no flipé hasta que me monté en el ascensor, observé mi reflejo en el espejo y me pregunté quién era aquella chica atractiva con carita de susto que me miraba con una sonrisa tímida que me pareció deliciosa. ¿Esa era yo? Levanté la mano y acaricié la imagen de la luna, que volvía a sonreírme. Aún me resonaban en las orejas los dos sonoros besos que me había plantado Carletes, sus dedos cruzados deseándome suerte y la voz divina de Roman por el telefonillo.

—¿Me asomo al balcón, cari? ¿Me asomo y lo enguispo? —había suplicado mi hermano.

—Ni de coña, si te ve me muero del corte, vamos a parecer unos catetos de primera. Tú te quedas quietecito viendo la tele y luego te lo cuento todo.

—Pero todo —insistió suspicaz—, con vellos y señales.

Tuve la impresión de que había cambiado el dicho pero no tenía tiempo de entretenerme.

—Palabrita.

Lo vi venir con mi viejísima cámara de fotos en las manos.

—¡Llévatela y me traes un par de instantáneas! —la metí en el bolso—. Sobre todo primeros planos. Diviértete, cari. —Juntó las manitas encogidas sobre el corazón y al cruzarnos un suspiro cómplice, lo que vi, era otra chica. Una Marina gemela con pelos en el pecho pero con un alma romántica y enamorada como la mía.

Nada más salir del ascensor me doblé un tobillo. Un buen comienzo, típico de los Valdemorillos. Arrastré una pierna en peso muerto hasta la cancela del portal y salí a la calle todo lo erguida que pude. En la acera, un Roman impecable con unos vaqueros, menos mal, desgastados y una camisa azul celeste a juego con sus ojazos, me esperaba apoyado en el lateral de un todoterreno negro azabache. El simple detalle de las mangas arremangadas dejando a la vista sus poderosos antebrazos, me alteró la temperatura corporal.

Tan pronto como me tuvo a la vista dejó su postura indolente y me salió al encuentro. Mi corazón latía frenético.

—Estás... estás sencillamente espectacular —alabó tomándome de una mano y haciéndome girar, cosa que conseguí con mucho trabajo y ningún

garbo. A continuación me rodeó la cintura y sin darme opción a resistirme me besó la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

—Qué ganas tenía de que llegase esta noche —me susurró con la nariz cerca de la mía.

—¿En serio? —carraspeé—. Me alegro.

Me abrió la puerta del coche y me indicó que entrase. Antes de desaparecer del todo entre el cuero de los asientos, mis ojos volaron incautos hacia la ventana de mi salón donde vi agitarse la cortina. Carletes no conseguía dominar su curiosidad, podía imaginarlo con Berta en brazos, dando saltitos de entusiasmo en cuanto reparó en lo guapísimo que era Roman. Sonreí sin querer.

—Bueno, esta noche me perteneces por completo. Estoy pensándome seriamente la posibilidad de secuestrarte y recluirtte en un zulo para poder cenar contigo cuando me apetezca, dadas las dificultades a la hora de localizarte y pillarte libre.

—Ha sido una semana... complicada —expliqué a media voz. Mis pupilas perseguían ávidas sus movimientos, sus hermosas y fuertes manos de dedos largos y hábiles presionando un sinfín de botones, en un salpicadero propio de una lanzadera espacial. Su perfil pluscuamperfecto que espíe en cuanto arrancó el motor y se centró en la carretera. El aroma que despedía a hombre y a maderas exóticas. El bulto de su entropierna...

Me obligué a mirar por la ventana. ¡Por Dios, qué calentura! La virgen, qué bochornazo. ¿Cómo era posible tener tantas ganas de meterle mano? Qué guarrilla que soy. La madre que me parió... ¿Qué bragas llevo? No me acuerdo. ¿Las de lunares? No, el sujetador es de lunares, las bragas son de Doraimon vestido de Papá Noel. No combinan ni de coña, no puedo permitir que las vea o saldrá huyendo. Seguro que él lleva unos bóxer de marca italiana, preciosos y ajustados que le quedarán de escándalo. Por favor, estoy sudando. ¿Y qué me estaba contando? No tenía ni idea, no lo escuchaba. Bueno, lo escuchaba pero con tanto ruido interior, no lo entendía. Ay, si Carletes llega a supervisarme la ropa interior me endiña dos guantazos. ¿Cómo había podido cometer un error tan zafio? Doraimon, Navidad... Bueno, no pasaba nada, no pensaba acostarme con Roman en la primera cita. Ni en la segunda ni en la...

—...Y empezaremos las obras de inmediato —oí que decía.

¿Cómooorrr?

—Pues... me parece todo un acierto —balbuceé confusa.

—Estamos muy ilusionados. Mi madre se oponía al principio pero es que ella es un poco especial para casi todo. Yo la llamo «rígida» cuando no me oye, ella se autodenomina otras cosas que suenan más intelectuales y elegantes.

Sonreí bobalicona.

—¿Te gustaría formar parte del proyecto? —me asaltó a la tremenda. Palidecí.

—¿Cómo dices?

Roman se echó a reír. Me entraron ganas de refugiarme bajo el asiento y taparme la cabeza con mi raída cazadora vaquera. Por cierto, para conseguir ponérmela había estado cinco minutos a tirón limpio con Carletes que se negaba horripilado.

—No has oído una sola palabra de lo que te he contado, ¿verdad?

—Será que estoy nerviosa —reconocí con humildad.

—Lo sé, oigo tu respiración agitada desde aquí. —Frenó de súbito, puso la palanca en posición de «neutro» y echó el freno de mano. Con el brazo apoyado en el volante giró el cuerpo hacia mí—. No tienes por qué, nena, estás en buenas manos. Me cortaría los dedos antes de que te pasara algo. Vamos a cenar, a charlar y a conocernos mejor.

—Precisamente esa última parte es la que no me deja calmarme.

—¿Acaso eres virgen? —Lo preguntó con una pasmosa naturalidad. Me puse como un coche de bomberos; me mordí el labio inferior, primero por una esquina, luego por la otra.

—No, claro —susurré. Pero hace tanto tiempo y me gustas tantísimo, que como si lo fuera.

—Relájate, preciosa. No voy a comerte en el sentido literal del término. —Buscó mis ojos con los suyos, agachándose un poco, incluso—. ¿Todo bien? ¿Continuamos?

Asentí sin hablar. Ahora Roman era más grande, más seductor, más guerrero que en el parque con nuestras mascotas. Y yo más insignificante y torpe que nunca.

Mira que ponerme unas bragas de Doraimon. No tenía perdón de Dios.

•9• Una morena en el menú

Mi agenda de lugares de ocio era bastante modesta y se caracterizaba por ser breve. Corta. Anémica. Prácticamente inexistente. Vale, si me sacabas del bar-cafetería en la acera de enfrente de Gestoría Asensio donde había desayunado y comido el último año y pico y la panadería de mi barrio que también sirve café, los sitios elegantes o de postín que habían pisado mis pies desde que hice la comunión, se reducían a los saraos que monta Cayetana.

Fabulosos, por cierto.

De manera que cuando vi que Roman detenía el coche y un señor uniformado se nos acercaba dispuesto a cogerle las llaves, até cabos y me eché a temblar. Lo que sabía de protocolo no me daba para estar segura de si debía o no abrir mi propia puerta, si no lo hice fue porque me quedé petrificada ante tanta formalidad. Roman rodeó el coche con soltura y vino a mí.

—Princesa. —Me tendió la mano y yo le entregué la mía, helada y temblona—. ¿Tienes frío?

—No, no, qué va.

Pero como si le hubiese respondido todo lo contrario, él me pasó el brazo por los hombros y me apretó afectuosamente contra su cuerpo duro y trabajado. Su gesto fue como un disparo que me dejó lacia e indefensa. Gracias a que me llevaba así cogida, no tropecé en los escalones de entrada ni me dejé allí la piñata.

—Verás lo bien que nos lo vamos a pasar, a partir de las once se puede bailar y todo —me prometió. Pero yo solo escuché un eco lejano que retumbaba de un modo raro.

Los camareros lo saludaron cordiales al pasar. Daba la impresión de que además de respetarlo como cliente habitual, lo estimaban, las sonrisas y los gestos eran francos, abiertos y sinceros; Roman, además de atractivo de morirse, parecía una buena persona.

Lo que me faltaba, como si no estuviese ya suficientemente colada por él sin más adornos.

Nos condujeron a una mesa preciosa, con velas y flores, bastante cerca de

unos ventanales desde donde se divisaba una panorámica de Madrid y toda su maraña de lucecitas nocturnas. La música ambiental tenía un toque oriental fantástico. De repente me alegré de estar allí y me pregunté por qué no era capaz de relajarme si lo había conseguido en las juntas de vecinos del Mayoral, siendo como eran, un hueso muchísimo más duro de roer.

Porque del presidente del Mayoral no estaba enamorada, por eso.

—¿Alguna preferencia con el vino, Marina? ¿Blanco, tinto, rosado, champán?

—Agua —lo corté—. Con gas. —Me miró contrariado—. Para empezar.

—Con agua no se brinda, ni siquiera con agua con gas y tenemos que celebrar nuestra primera cita. Traiga un Moët & Chandon Rosé de aperitivo y unas ostras. ¿Te gusta la *vichyssoise*?

¿Qué coño era eso? Dije que sí.

—Y de segundo, ¿carne o pescado?

—Pescado, lo prefiero para la cena, es más ligero. Además casi no como carne —le cuchicheé en cuanto se alejó el camarero. Me hizo un gesto de conformidad.

—Me alegro, yo tampoco. Me cuesta un mundo de peleas con mi madre pero sigo fiel a mis principios.

—¿Defiendes a los animales? —interrogué con los ojos brillantes y un pelín menos de pavor.

—A todos, hasta a mis parientes.

Le dediqué un amago de golpe con la servilleta. Con una broma simplona había logrado ahuyentar mis nervios y de repente, yo estaba tan segura de querer apurar el encuentro, como de que mi cazadora vaquera desentonaba.

—¿Te gusta el ambiente? —quiso saber.

—Es increíble, todo lujoso y muy elegante, pero sin ánimo de ofender, me sentí más cómoda en el marroquí de la primera vez.

Los ojos turquesa se entrecerraron.

—Pero eso fue un «encontrarse por casualidad», esto es una cita en toda regla, me he molestado en preparar algo especial.

Fingí desmelenarme de la ilusión y sonar despreocupada.

—No necesitas impresionarme con un restaurante así, el otro día estuvimos muy bien, a nuestro aire.

—No trato de impresionarte solo de ofrecerte lo que creo que mereces. Me revolvió por dentro su tono altanero. Y su calma chicha. Y el hecho de que no apartase de mí su mirada; hacía que me sintiera como una rata diseccionada en mitad de un experimento científico.

—¿Me estás diciendo que sabes más sobre mí que yo misma?

—¿Eso has entendido?

—Eso me has dicho.

—Pues empezamos mal, no tergiverses. —Dejó de hablar porque nos sirvieron una fuente con filos dorados, hojas verdes de lechuga y un montón de ostras y nos llenaron las copas con un espumoso ideal. Roman se encargó de servirme el agua.

—Es lo que ocurre cuando una pareja es... dispareja, que se malinterpretan —precisé. Ya me picaba el asiento. Ya quería marcharme. Solo otear de reajo las ostras y no saber si me gustarían me provocaba náuseas y mareos.

—Me está sorprendiendo que seas tan negativa —dijo en tono acusador.

—Negativa no he sido en mi vida. Ah, te refieres a este momento concreto —agregué con ironía—, es puro realismo. No debiste invitarme y no debí aceptar, de hecho, no sé qué demonios hago aquí.

Mis nervios se desbordaron e hice amago de levantarme; su mano atrapó la mía en medio segundo y la aplastó contra la mesa, sin hacerme daño pero sin darme tampoco oportunidad de escapar.

—Marina, siéntate.

Me senté. Era como uno de esos profesores que cuando no obedeces te miran con severidad y te golpean con la regla, sonaba exactamente igual, así que me senté. Pero entre dientes mascullé.

—No me gusta que me den órdenes.

Roman me miró divertido.

—Nadie lo diría, con lo bien que las cumples. —Me palmeó la mano.

—¿A que me voy?

—A que no.

—Bueno, Roman, visto lo visto, para que me atiendas tendré que plantear el asunto un poco en serio. —Examiné los alrededores, martirizada por la idea de que alguien pudiese observarnos desde lejos y criticar a Roman Hellman por atreverse a compartir mesa con una chica tan poco sofisticada —. Soy una mujer adulta, una profesional, y no debería tener tanto miedo

de decirte que esto es absurdo por completo: casi no nos conocemos, no tenemos nada en común, yo soy una chica sencilla, tú el hijo de un millonario, yo no siquiera tengo trabajo, tú tienes...

—¿Otra vez en el paro, nena?

Por el modo en que lo dijo, este tío se lo estaba pasando en grande a mi costa. Me atendía cortés pero sin dejar de tomarse la sopa recién traída y mi enfado no lograba borrarle aquella sonrisa burlona de la boca. La boca. Sa. Boca. ¡Qué boca!

—No me cambies de conversación —espeté hundiendo los dedos contra el mantel—. Lo que quiero decir es que no apostaría un céntimo por esta relación. Ni yo ni nadie en su sano juicio.

—Y yo te digo que me gustas, más que eso, me encantas, estoy decidido a conquistarte y me da igual lo que te resistas.

—Lo siento, mi decisión es resistirme hasta la muerte.

—Esto va a ser de traca, ya verás; haremos una porra y a ver quién gana, que seguramente será el mejor, o sea, yo.

—Suenas muy seguro de ti mismo.

—Lo estoy. Prueba la sopa, verás que rica.

—Engreído. Mira que hay pocas personas en el globo terráqueo capaces de cabrearme, pues va a resultar que tú eres uno de ellos.

—Me chiflan las minorías, son muy originales.

—Me rindo. —Aflojé los dedos y mis nudillos recuperaron el color. Roman suspiró de alivio.

—Ya era hora, me lo estabas poniendo muy complicado, se me terminaba el repertorio de respuestas cortantes.

Me quedé muda.

—Bebe un poco de champán —me indicó.

—Es rosa —observé con deleite.

—Rosa, en efecto, el color con que te imagino. Por eso lo he pedido.

—Mejor no, me emborracharía y empezaría a decir chorradas. Prefiero agua —rumié testaruda, con la cabeza agachada. Noté que Roman volvía a acortar distancias y jadeé, el corazón al galope. Con las manos estiradas al borde de mi plato, las uñas quedaban al descubierto: limpias, pulidas, pero sin color ni nada cercano a una manicura. Carletes había insistido en pintarlas al menos, pero mi terquedad y la falta de tiempo ganaron la

batalla. Ahora me arrepentía. Las escondí bajo la servilleta consciente de que los ojos turquesa me perseguían. Como para usar la cámara y llevarme una instantánea del feliz momento.

La visión que se aproximó en ese instante no hizo sino empeorar las cosas. Una mujer de melena azabache, increíblemente alta y esbelta, embutida en un traje de cóctel rojo bermellón que se comía a mi acompañante con los ojos.

—¡Roman! Qué alegría verte.

De verme a mí no se alegró. De hecho, me observó con la repugnancia con que se mira una cucaracha gorda sobre un mantel de hilo heredado. Roman se puso educadamente de pie y le estampó dos besos contenidos en las mejillas maquilladas.

—Lana, esta es Marina. Marina, Lana.

Que presentarme fuese su primera frase, en lugar de alabar su belleza cegadora y tal y cual, puso a la beldad de pésimo humor. Se contentó con dirigirme un cabeceo que correspondí sin entusiasmo alguno.

—Dime que has leído el calendario de eventos para este mes. —Se colocó de modo que acaparaba a Roman y me daba la espalda—. ¿Increíble, no? Espero que seamos pareja en muchos de ellos.

—Me temo que no será posible, tengo pilas ingentes de trabajo —respondió impasible. Ella se retorció con impaciencia—, pero tengo por seguro que medio Madrid hará cola para disputarse el honor.

La gilipuertas no supo responder, solo colocar unos morritos que parecían de guardería. Dominé la risa extraviando la mirada hacia las burbujitas del champán rosado.

Lana intentó otra estrategia más cercana al chantaje.

—Tengo una noticia fabulosa, mi padre finalmente ha decidido apoyar al tuyo en el proyecto en Ruanda. Bien, ¿no? Me ha costado convencerlo, la filantropía no es algo que le quite el sueño.

—Lo respeto y te lo agradezco. Papá te adora, ya lo sabes.

—Más de lo que me gustaría que me adorase el hijo —replicó atrevida. Me dedicó una rápida y felina mirada y dado que Roman no alentaba la conversación, se preparó para irse.

—Ha sido todo un placer verte. —Ladeó la cabeza—. Encantada, María. Te llamaré —afirmó desnudándolo con las pupilas. Hubiera estado bien sacarle una foto en ese momento para poder deprimirme a gusto.

—Marina. Se llama Marina —la corrigió muy serio.

—¡Ah! —Lana rodeó posesiva el cuello de Roman y lo atrajo hacia sí para besarlo. Lo hizo peligrosamente cerca de la boca. No supe dónde meterme, la moqueta era difícil de levantar.

Así que me bebí la copa de champán de un trago.

Estaba helado, ligeramente dulzón, delicioso; nunca había probado algo así, que dejase un rastro tan placentero en la lengua. Roman ocupó su silla con lentitud y retomó su escrutinio.

—Estás incómoda, ¿verdad?

—Mucho.

—No sé cuál es el motivo, pero nos vamos. —Apartó la servilleta, apuró de un trago el contenido de su copa y avisó al camarero—. Cancele la comanda y cárguelo todo a mi cuenta.

—¿Lo no servido también, señor Hellman?

—Todo lo que hemos ordenado, gracias. Y disculpe. —Se levantó y me ayudó a apartar la silla—. Ha surgido un inconveniente, debemos ausentarnos.

—Espero que no se trate de nada grave —declaró afligido el hombre. Qué penita me dio.

—Tranquilo, Ambross, no se trata de ningún cataclismo. Salude al chef de mi parte. Volveremos pronto.

Atravesamos el salón y alcanzamos la salida sin que yo tropezase con nada. La mano de Roman, enorme y cuidada, reposaba en mi espalda sobre la curva de mi cintura, y me guiaba. A medida que me alejaba de todas aquellas mesas de gente estirada que parecían peces en el agua, reconquistaba el ánimo y una pizca de confianza. De algún modo, ir en vaqueros no le restaba a él ni una micra de empaque, en cambio yo... Ni todos los esfuerzos de Carletes en las *boutiques* del barrio habían conseguido que dejara de parecer una pordiosera.

—¿Por qué no me has dicho desde el principio que no te gustaba el sitio?

—me regañó—. Nos habríamos ahorrado un buen puñado de minutos, ahora, con este retraso, lo único que he fraguado es un hambre voraz. —Se llevó la mano, cómico, a la rugiente barriga.

—Lo siento, no quise contrariarte, fuiste tan amable invitándome...

—Ya estamos con las disculpas. Marina —paró sin avisar y giró para

encararme. Estaba demasiado cerca para mi gusto, cuando hablaba podía percibir el aroma dulce y apetecible de su aliento. Las bragas de Doraimon desfilaron por mi mente y di un paso atrás—, no tienes que ser políticamente correcta conmigo, ¿entiendes? Odio a la gente que no dice lo que siente. Tú no eres así, la Marina que yo conozco se pasa de franca.

—Tú lo has dicho, se pasa.

—Eso me gusta.

—A ti parece agradarte todo lo que de terrible hay en mí.

Roman puso los ojos en blanco y entendí que pasaba de seguir discutiendo: o yo sonaba infantil oide o él tenía demasiada hambre.

—No dirás que no a una hamburguesería. Venga, hasta te dejo elegir.

Solté una carcajada liberadora. Me apetecía un perrito de soja, sería estupendo. Relajados y sin formalidades. Hasta iba a poder usar mi cámara.

•10• Todo vuelve a la normalidad

Fue sacarme del restaurante caro y volver a la vida. Incluso trastabillé menos subiendo al coche y fui más natural aceptando las galanterías de mi acompañante al abrirme la puerta y hasta abrocharme el cinturón de seguridad, tras lo cual y sin previo aviso, me besó la punta de la nariz. A ratos tenía la impresión de ser para Roman una curiosidad, a veces un entretenimiento barato. La cabeza me daba vueltas pero no podía dejar de mirarlo.

Si al menos no fuera tan guapo... Tan injustamente guapo. Era cruzarme con sus ojos y colapsármeme el cerebro. Maldición. ¿Qué clase de perversa criatura hace eso con un congénere?

Mientras ocupaba su espacio de conductor en el coche, aproveché para recuperar el aliento.

—Usted decide, señorita.

—Todo tieso y a mano izquierda.

Me sentó bien llevar la batuta, al menos en cuanto a la dirección. No contento con eso, me obligó a elegir hamburguesería y para no pifiarla, opté por lo conocido en mi propio barrio.

—Estoy pensando... Con poca carne. ¿Te gustan los camperos? —cotorréé más animada.

—Que me aspen si sé de qué me hablas. Pero ya los estoy oliendo.

—Es un mollete grande y redondo, muy tierno, a la plancha, relleno con pollo, jamón cocido, queso fundido, lechuga y mayonesa. Le quitaremos el pollo. Está de muerte.

—Se me hace la boca agua. ¿Crees que me dejarán pedir más de dos?

—Puedes pedir los que quieras, apuesto a que a Brígida le hacen palmas las orejas.

—¿Es la propietaria?

—Y vecina mía, una cocinera fantástica, prepara los mejores camperos de la tierra.

—Creo que voy a amar a Brígida en cuestión de minutos.

—Buuuh, eres un tío facilongo, por lo que veo.

Nos reímos. Por unos segundos volvíamos a ser los chicos sencillos que paseaban sus mascotas en el parque donde nos conocimos. Pero no debía engañarme, Roman no pertenecía a mi mundo, si renunciaba al champán rosa y las ostras en un restaurante de moda en favor de un garito de nada y unos camperos, era solo por ser amable conmigo. No duraría, lo bueno tira mucho.

Pero decidí sacar a pasear mi yo positivo, lo que estábamos viviendo, aunque no se repitiera, era demasiado valioso como para desperdiciarlo. Me propuse disfrutar a tope.

Entramos en El campero solitario que estaba la mar de animado, y todas las cabezas se volvieron a mirar a Roman. Su altura, su aspecto impecable y su innegable atractivo, creaba charcos de saliva allí por donde pasaba. Me asaltó un ramalazo de orgullo, como si ya fuésemos amantes y fuera presumiendo de novio. Ocupamos la única mesa que quedaba libre y cuando la gente dejó de curiosear, pedimos una barbaridad de comida.

—No podré perdonarme el tenerte tantas horas en ayuno —bromeé—, por mi culpa perderás tus tonificados músculos.

—Nada que no recupere con un par de buenos camperos. Me ha dicho un pajarito que están buenísimos.

—¿Entrenas mucho?

—A diario. Estoy enganchado a las endorfinas del deporte por culpa del estrés de los despachos.

—Mejor a eso que a otras cosas —declaré con énfasis. Él estuvo de acuerdo.

La conversación fluía sedosa. Yo estaba más receptiva, más segura, no me costaba hacer bromas ni responder aguda a las suyas, no me sentía vigilada y me importaba un pito si mis modales en la mesa eran o no acertados.

Atención, lección: en las primeras citas, escoger siempre un lugar que te haga sentir a gusto.

Hasta me atreví a desempolvar la cámara.

—¿Te importa si te saco una foto? —pregunté con voz vacilante.

—No, será un buen recuerdo —se alegró con la boca llena de pan—. ¿Cómo me pongo? ¿Así? —se colocó de perfil y apreté el botón. El flash iluminó su rostro felino—. ¿O así? —Hizo una mueca cómica que también capturé entre carcajadas—. ¿Prefieres esta?

La tercera se la lancé cuando abría exageradamente la boca y le pegaba un

mordisco temible al mollete. En un abrir y cerrar de ojos teníamos a media hamburguesería pendiente de nosotros.

Roman me quitó la cámara y se la entregó al camarero. Se cambió de asiento para estar a mi lado en lugar de enfrente, y en décimas de segundo sentí su brazo izquierdo sobre la espalda, que me atraía hacia sí.

—¿Nos haces una juntos?

El detalle me emocionó tanto que por poco rompo a llorar.

La energía que emanaba de ambos y se enredaba a mitad de camino, formaba círculos concéntricos vivamente poderosos que podían tocarse. Roman era el hombre más atractivo que había conocido. Y no, Marina Valdemorillos ya no era tan ignorante en estas lides como hacía unos meses, después de conocer a Neil y a JJ, mi vida marchaba sobrada de tíos buenos. Roman era, con creces, el mejor. Algo se me retorció en el vientre cada vez que me sonreía.

No paramos de parlotear camino de casa. Lo convencí para ir dando un paseo que nos bajara la copiosa cena, estábamos relativamente cerca y la noche era templada y preciosa. En el portal nos paramos muertos de risa y los nervios volvieron a jugarme una mala pasada. Ninguno de los dos sabía muy bien cómo despedirse.

—¿Puedo llamarte mañana?

Me sorprendió el interés, la verdad.

—¿Tan pronto? Es viernes.

—Por eso; he controlado mis ganas de quedar hasta el jueves para poder verte tres días seguidos —ronroneó. Se me erizó el vello.

—Pensé que era por no parecer ansioso y ya estás incluyendo el sábado —apunté.

—Acertaste en ambas razones. Y el domingo, si me dejas, te llevo al Retiro a ver a los patos.

Dibujé algo invisible en el suelo con la punta de la sandalia. Me daba vergüenza preguntar pero tenía que salir de dudas.

—¿Qué tengo que te guste? Mirando a las chicas que se acercan a ti...

—Lana es una vieja amiga, creo que nos conocimos con dos años y medio y nunca ha sido una historia de amor, al menos por mi parte.

—Te comía con los ojos.

—A Lana le gusta más coquetear y sentirse admirada que enamorarse. No

la creo capaz de sentimientos tan profundos. —Inspiró con fuerza y me miró intensamente—. ¿Quieres saber qué significas para mí? —asentí—. Bien, te lo diré, eres una rareza, Marina.

¡Lo sabía! ¡Un bicho en la jaula de un zoo! Un espécimen para estudiar, un coleóptero en vías de extinción.

—Eres... inocente —musitó.

¿Ñeee?

Desde luego, no era la primera vez que alguien me definía con esa palabra. Caye lo hace continuamente, pero es más un «echármelo en cara» próximo a «tonta del culo».

No supe cómo rebatirlo. Sonreí insegura.

—Esa facilidad que tienes para ruborizarte por cualquier cosa me resulta entrañable.

—¿Entrañable?

—Deliciosa, te hace parecer vulnerable.

—No sé si quiero transmitir esa debilidad tan infantil... —murmuré abrumada. Una ensalada de sensaciones nuevas me recorría de pies a cabeza, un cosquilleo por las orejas y el cuello, como cada vez que él pronunciaba mi nombre.

—Despiertas todos mis instintos protectores, me siento útil como nunca antes.

Hice como que no lo escuchaba y seguí con mi discurso reivindicativo.

—...Al fin y al cabo soy una profesional liberal que ha sobrevivido en la jungla del asfalto y que...

—Carece de experiencia con los hombres.

Me puse del color de las cerezas. Acorralada entre la pared del edificio y su imponente altura.

—Haces que suene horrible —comenté con voz apagada.

—Pero es verdad.

Tragué saliva.

—¿Eso te anima o te desanima?

—Me encantaría ser tu primera vez en muchas cosas.

—Muy ambicioso suena eso. —Traté de salpicar mi tono de arrogancia. No funcionó.

—Viene de familia, lo aprendí de mi padre, ¿te acuerdas de él? Le

gustaste, por cierto.

—Apenas me vio cinco minutos —objeté.

—Es un hombre de negocios, todo un lince calando humanos, te lo aseguro. Ahora está de viaje absorbido por el proyecto del colegio en Brasil del que te hablé en el coche y que no pareció interesarte un pimiento.

Me reí por no llorar. Especialmente cuando alargó sus grandes manos y mi cara desapareció entre ellas.

—Verás, sí me enteré, no del todo pero algo. Lo que pasó es que...

—¡Joder, Marina, cuánto hablamos!

Dejé por completo de respirar mientras lo veía acercarse, no sé si con lentitud, eso me pareció, saboreando mi pánico terminal. Posó los labios sobre los míos y me acarició las comisuras con la punta de la lengua.

Me flaquearon las piernas. Roman apretó el abrazo para evitar que me empotrara en el suelo.

Me besó como quien asalta un banco. Con precisión y audacia, ternura, dos gotas de salvajismo, cuarto y mitad de macho ibérico conquistador y más romanticismo del que hubiera podido imaginar.

Mis rodillas se dislocaron en un violento tembleque y para cuando su lengua dejó de explorarme la boca, yo necesitaba con urgencia una mascarilla de oxígeno.

¡Oh, Dios, Dios! ¿Cómo se podía estar tan bueno, ser tan masculino, seductor, irresistible, tan... tan... él?

Me perdí en el fondo de sus ojos azulones como Robinson Crusoe en su puñetera isla. Pa siempre. Pa los restos.

—Debería estar prohibido besar tan bien —boqueé.

—Tú tampoco lo haces mal, Julieta. Sabes a fresas —musitó paseando sus labios pulposos por la línea de mi mandíbula, buscando mi oreja, haciéndome vibrar con su cálido aliento y sin soltarme la cara.

—El champán... será el...

Volvió a hacerlo. Volvió a besarme con una pasión que me desintegraba. No podía estar fingiendo, sentía sus labios palpar pegados a los míos. ¿Cómo podía, alguien como él, tener tanto empeño en besar a alguien como yo?

Supe que Marina iba a reencontrarse a través de unos ojos turquesa que no le pertenecían. Lo supe a ciencia cierta cuando subía hacia mi piso,

descalza bailoteando por las escaleras, olvidándome de que teníamos ascensor.

•11• Pluff... cambio de planes

No pegué ojo en toda la bendita noche, Roman por aquí, Roman por allá. Una avalancha de recuerdos y sensaciones demasiado potentes, y yo demasiado débil para contrarrestarlos. Sentí lo que debió sentir Cenicienta la noche en que perdió el zapato: a mí me había arrebatado el corazón un príncipe encantador, rubio como las candelas con dos ojos como dos acuarios efervescentes. La zona de mi cara que arropó con sus grandes manos olía a él. Mis dedos, pese a que apenas me había atrevido a tocarlo, estaban impregnados con su aroma. Y cada inspiración me lo devolvía como si estuviese allí mismo, tumbado en la cama, a mi lado.

A eso de las seis y media de la mañana hice dos reverencias contra la almohada y caí rendida.

No más tarde de las siete, mi hermano canturreaba en la ducha.

Daban las siete y cuarto, cuando taparme la cabeza con el edredón ya no resultaba suficiente y me levanté arrastrando los pies, rumbo a la cafetera. Al menos por la noche volvería a ver a Roman, eso me insufló una dosis inusitada de energía vital.

Entre las nubes de mi sopor, detecté un suave llanto, como el piar de un pollito desvalido. Carletes gimoteaba hecho un ovillo en el sofá cama. La ingente cantidad de pañuelos de papel mojados y apretados en bola que surcaba la mesita de café me contó sus secretos.

—¿Qué te pasa, nene? —No respondió—. ¿Lolo?

Negó con la cabeza para acto seguido, asentir.

—Nos hemos peleado por teléefonooo.

—Bueno, eso nos pasa a todos.

—Ha sido muy gordooo. Vamos a cortar, como si lo vieraaa.

—Que no, que es la distancia. ¿Y algo más?

—Meeercheee.

Su niña. Claro. No eran solo de amor las penas. Con lo contenta que yo me había dormido. Le acaricié el tupé.

—La echo de meeenos.

—Lo entiendo.

—Te ha llamado mamá —informó entre hipidos.

—¿A mí? —me tensé como una vara encolada. Mi hermano meneó la cabeza diciendo «sí».

—Al móvil. Unas cuatrocientas veces.

—¿Y por qué no has contestado?

—Te llamaba a ti, además, no me hablo.

Me mojé los labios oliendo la guerra cada vez más cerca.

—Debería devolverle la llamada...

—Laaassss llamadas —puntualizó Carletes con los ojos como dos puñaladas en un tomate—. Cuando se pone insistente...

Marqué el número de Aljete encomendándome a Dios y a todos los santos. Mi amada progenitora me recibió con un alarido y no me dijo ni hola.

—¿Está ahí contigo el indeseable de tu hermano?

¿«Indeseable», Carletes? ¿Su ojito derecho? ¿El niño de la niña de sus ojos?

No supe qué responder. Desde el tresillo el interesado me hacía señas desesperadas para que lo cubriese.

—No, mamá, no está —mentí.

—Pero habrás sabido de él, imagino —insistió.

—Hemos hablado, sí —accedí sin comprometerme. La voz de mi madre sonaba cascada y aguda en exceso. A saber desde cuándo llevaba berreando, sus disgustos suelen ser morrocotudos.

—Tienes que convencerlo para que se deje de memeces y vuelva a donde le corresponde que es a su hogar, junto a su mujer y a su hija.

—Mamá, no puedo convencer a mi hermano de que haga con su vida lo que a ti se te antoje. —Endurecí el tono.

—Florinda está defuncionada, anda como loca desde que... bueno, desde que se supo. Dicen las malas lenguas que está perdiendo la cabeza —culminó dramática.

—Las malas lenguas dicen de todo menos la verdad. Seguramente se está haciendo la loca para que dejéis de atosigarla; hasta la comprendo.

—Te estás volviendo una descarada, Marina, una descarada. ¿Acaso no te haces cargo de lo que implica la gracia de tu hermano?

—Mamá, atreverse a reconocer lo que uno es y luchar por ser feliz no es

una gracia, es un derecho.

Mi madre soltó un impropio seguido de un ladrido.

—¡Hablas como los políticos! Mira, Marina, no estoy dispuesta a perderlo a él también. Vale que con tu hermana y contigo ya no pueda pero mi Carlos... Mi Carlos que ha sido el orgullo de esta casa, mi Carlos que fue empresario independiente a los diecinueve, mi Carlos...

—Tu Carlos se ha enamorado del vecino.

Se echó a llorar. A gritos.

—Me quieres matar. El de la casa rosa, ni más ni menos.

—Lo que no debería preocuparte es el color de su casa. Piensa en si es un buen chico, en si le corresponde, en si lo hará feliz...

—¡Calla, calla! ¡Qué atrocidad, hija de mi vida!

—Mamá —me recargué de energía suficiente—, deberías empezar a pensar en tolerarlo, hablar con él, olvidar resentimientos, abrazarlo y recibirlo de nuevo en casa como el hijo que es...

Bip,bip, bip, bip.

—¡Me ha colgado! —Miré boquiabierto el receptor telefónico muerto que sostenía en la mano. Carletes llegó hasta mí y se colocó a la espalda.

—No me perdonarán jamás, lo sé, mientras viva. O mientras vivan ellos.

—Dales tiempo —lo animé sin crearme lo que defendía.

—Si al menos tú pudieras... —Me eché a temblar. No, yo no. Otra vez yo en medio del huracán, no—. Si fueras a Aljete y hablaras con Florinda, con papá y mamá... Basta con que convengas a mamá, papá entra en el lote. Comprobé horrorizada que me lo pedía en serio. Y que si viajaba mi sábado noche se esfumaba con un «puf» sordo y burlón. Traté de disuadirlo.

—En realidad creo que lo peor que podemos hacer es atosigarlos, ya sabes cómo se las gasta mamá, si solo para llevarnos la contraria es capaz de atrincherarse. Mira, les dejamos que reposen el enfado y cuando empiecen a echarte de menos, que seguro que ya te echan...

—Pues convence a Flori. Si me deja a la niña, si mamá ve que puedo construir algo cordial y respetuoso con mi futura ex, cambiará de opinión. Me dejé caer sin fuerzas en una esquina del sofá.

—Por favor, Carletes, no me pidas eso.

—No puedo pensar en otra persona mejor que tú para esa misión tan

delicada —aseguró con los ojos empañados. Se me hizo el culo Pepsi-Cola. Ya estábamos. Marina la compasiva, Marina la tonta del bote.

—Es que tenía una cita esta noche... —argumenté con debilidad y convencida ya de que lo mejor era darla por perdida. A mi hermano se le iluminaron los ojos llorosos.

—¡No me digas más! Con ese dios que vino anoche a recogerte. ¡Viva la madre que lo parió! Espié desde la ventana, ¡está buenorríisimoooo! Es de pecado, de pecado, Mari. Híncale el diente cuanto antes y que no se escape.

—Ya me dirás cuándo si me tenéis saturada con problemones familiares —repliqué con tristeza—. Con tanto follón mis oportunidades de ligue se desvanecen.

—No le vendrá mal sufrir un poquito tu ausencia. Total, salisteis anoche, pues repites pasado mañana.

—¿Qué sería de mí si no te tuviera a ti para organizarme la vida, hermano? —gruñí furiosa.

Pero antes de que pudiera ponerme a salvo tenía a Carletes encaramado a mi espalda pegándome pellizquitos y haciéndome descaradamente la pelota como cuando éramos chicos. Sabía cómo salirse con la suya, el muy ladino.

—Porfi, porfi, porfi, porfiii... Es cuestión de vida o muerte y lo sabes.

—De acueeerdo, iré —me rendí con los ojos en blanco.

Las consecuencias de mi generosidad y de hallarme en el ojo del ciclón familiar fueron una especie de primera bronca con Roman. Cuando me llamó para preguntarme qué me apetecía hacer de especial aquella noche y, anunciarme, antes de que pudiera responder, que me tenía preparada una sorpresa, le dije simplemente que no me sería posible salir con él. Pasaba de darle detalles escabrosos sobre los trapos sucios familiares, ya dice mi madre que se lavan en casa.

—¿Y eso? —Recibió la noticia con evidente malestar. Su tono se enfrió en un parpadeo.

—Tengo un compromiso previo, Roman, lo siento, no lo recordé anoche.

—Me temblaban las piernas, pero lo prefería a que me tiritase la voz.

—¿No puedes contarme de qué se trata?

—Más bien no.

—¿Nena, me estás dando largas?

—Vamos, no inventes —me escabullí—; además, no tengo que darte cuentas de cada cosa que hago. Es solo que hoy no puedo, saldremos mañana o pasado...

—¿Tan espantoso fue lo de anoche? —de repente sonaba dolido. Se me partió en dos el corazón.

¡Dios! De anoche solo recordaba el calor de su cuerpo pegado al mío y el aroma de sus besos. Espantoso no sería la palabra que yo escogería para algo tan sublime. Pero mantuve el tipo, seria y formal.

—Roman, anoche lo pasé estupendamente, en serio. Esta noche no puedo salir pero no es el fin del mundo, tampoco significa que no quiera verte en otra ocasión. No sé qué más decirte, no te oigo satisfecho.

—Seguramente será porque no lo estoy. En absoluto. Habíamos hecho planes para el fin de semana.

Espera un momento, pare usted el carro.

—Tú habías hecho planes y sin contar conmigo, te lo recuerdo.

—¿Tan grave es tener un poco de iniciativa? —arremetió enfadado. Vi claro que la cosa se nos iba de las manos. Para colmo, Carletes había vuelto a las andadas: lloraba como un becerro y consumía clínex a velocidad vertiginosa. Me agobié atendiendo dos fuegos tan dispares.

—Tengo que dejarte —declaré tajante—. Si quieres llamarme en un par de días... —me curé en salud por si lo de Aljete se alargaba— o si me quieres dar tu número, yo te llamaré en cuanto esté disponible.

—Suen a cita profesional —me reprochó—. ¿Lo estarás?

—¿El qué?

—Disponible —rugió—. Algún día.

—Roman, creo que estás sacando las cosas de quicio.

—Es que no entiendo que sea tan complicado dedicarme un par de horas de tu valiosa agenda. El día es muy largo.

Me ofusqué. Entendí de un plumazo lo que significa «verlo todo rojo» pero rojo de «me estoy cabreando, no sé cómo vamos a terminar». Solté un mugido.

—Gracias a Dios no estoy sentada en una silla esperando que llames —anda que no—, tengo más cosas que atender que tu monumental ego de

caballero salvador. ¿Sabes lo que te digo? —No respondió. Debía de estar echando humo por las orejas—. Que si quieres me llamas y si no, aire. ¡Adiós!

Cuando colgué temblaba como una hoja incapaz de comprender de dónde había sacado coraje para hablarle así y por qué demonios había echado a perder lo único hermoso que me había pasado en mil años. Al girar me topé con la mirada enrojecida y reprobadora de Carletes rodeado de pañuelos blancos.

—¿Por qué lo has tratado tan mal, cari? Perdona si te digo que ese monumento hecho hombre va a mandarte a la mierda y te estará bien empleado por hacerte la interesantona.

¡Lo que hay que oír!

—¡Pero si he cancelado la cita por ir al pueblo! —me desesperé con los brazos abiertos y las palmas hacia el techo, igualito que una mártir— ¡pero si es por ti, Carletes, por ti, por mamá y por mi pobre sobrina!

La respuesta de mi hermano fue tan enigmática como irritante: cerró los ojos y se encogió de hombros.

Yo lo mato.

•12• La familia... ¿y uno más?

Estaba tan histérica que preferí desplazarme en autobús. Si conducía me mataba seguro. Dejé a Carletes pegado al culebrón del medio día, encargado de Berta y de la casa, rezando un rosario por el buen fin de mi misión imposible. Me pasé el trayecto recordando cada rasgo de la cara de Roman, el brillo imposible de sus ojazos turquesa, los músculos duros y bien formados adivinándose por debajo de su ropa. Podía decir sin temor a equivocarme que estaba absolutamente fascinada, enamorada hasta los tuétanos.

¿Enamorada? Fascinada sí, desde luego. ¿Enamorada también?

Quizá no. Solo hechizada. Pero ¿quién no lo estaría? Ni siquiera la modelo de melena azulada que lo abordó en el restaurante era inmune a su poder de atracción, al mirarlo la baba le chorreaba sobre las lentejuelas. Si ese era el tipo de mujeres que rondaban a Hellman, cada vez entendía menos qué interés podía tener en mí. Creo que el ser mona e inocente, que lo soy, hasta decir basta, no es garantía suficiente para que una pareja dure.

Si acaso, para que te engañen cuanto antes y ni te cosques.

Debí dormir un rato porque me desperté en la plaza del pueblo con el conductor gritando a pulmón «fin del trayecto». Recogí mi maletita y tiré de ella a través de las calles hasta detenerme ante una fachada encalada con frenesí y dos macetas de geranios en plena florecida flanqueando la puerta. Llamé con los nudillos pero al ir a repetir, se venció hacia adentro. Metí la cabeza sin atreverme a entrar del todo.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Haber, había. Mi señor padre dormitaba en el sofá tendido cuan largo era, con las gafas en la punta de la nariz, el periódico sobre la oronda barriga, la tele puesta sin sonido, y unos ronquidos que hacían cimbrear los cristalitos de la lámpara del techo.

Me acerqué de puntillas.

—¿Papá?

¡Dios qué respingo dio! Creí que lo había infartado. Todo fue al suelo, las gafas, el periódico y él mismo. Tuve que recogerlo deshaciéndome en perdones.

—No, deja, deja, hija, si no estaba dormido, solo me había quedado traspuestillo viendo las noticias... Como da asquito atenderlas... —Se separó unos metros y me admiró desde lejos—. Hay que ver lo guapísima que te me estás poniendo.

—Anda, papá, eso no hay quien se lo crea —reí.

Nos fundimos en un abrazo interminable. De momento la cosa marchaba.

—Me alegro tanto, tanto de verte —me cuchicheó a la oreja—, tu madre está de un impertinente que me va a quitar del mundo. Y con lo de tu hermano... ni te cuento.

Analiqué el tono de su voz tratando de adivinar cómo se sentía al respecto. Con mamá enarbolando el hacha de guerra, Carletes y yo habíamos dado por supuesto que la postura de papá sería mucho más rígida y extrema. Pero no me dio esa impresión, me hablaba en plan colega, como quejándose y haciéndome partícipe de sus tormentos.

—Sí, me vas a tener que contar —me atreví a sugerir— porque vengo a eso, a poner las cartas boca arriba y haceros entrar en razón.

Papá se llevó las manos al pecho con gesto teatral.

—Sálvese quien pueda, Marina. Yo ni entro ni salgo, no me deja tu madre. ¿Te digo la verdad? —agregó a media voz—. El Lolo me gusta, es buen muchacho y la Flori es una bruja. Con que sea feliz, a mí me da lo mismo lo que haga tu hermano, se ha tomado su buen tiempo en salir del armario, si se le veía venir.

Me quedé de una pieza.

—Ah, ¿sí?

—Yo lo sé desde hace años. —Arqueó las cejas al comprobar mi pasmo—. Se notaba, Mari, se notaba.

Lo notarían ellos porque lo que era yo, mi madre y el resto de Aljete, creíamos que Carlos se las llevaba de calle y era el machomán perfecto. Si lo de que las apariencias engañan es una verdad como un templo.

Papá apoyaba a Carletes, ¡vaya! No sabía si aquello me terminaba de sorprender: suele comportarse como un viejo cascarrabias pero cuando no miran se vuelve tierno como un oso de peluche. Nos sentamos en el sofá, juntos y apretados. Papá apagó la tele.

—Hija de mi vida, cada cual es como es, no soy nadie para juzgarlo. En este pueblo gusta el chismorreo, y disfrutan despellejando a la gente. Es mi hijo, no quiero que lo señalen, no quiero que lo critiquen por la espalda, ha

hecho bien en marcharse.

—Pero mamá...

—Tu madre hace lo que puede. Ella, al contrario que yo, no se quita de en medio cuando empieza el cotilleo, ella y Tecla se quedan y participan. Y si años atrás han sido el perejil de las salsas de otro desgraciado..., alguna vez nos tenía que tocar a los Valdemorillos —remató con resignación.

—Alguna vez —repetí en un eco catatónico—. ¿Crees que entrará en razón?

—¿Tu madre? —asentí lentamente—. No tengo ni idea, a cabezona no hay quien la gane. De momento está en misa.

—¿Tardará en llegar?

Papá consultó el reloj de cuco colgado de la pared. Era viejo, verde oscuro y de pequeña me daba unos sustos de muerte.

—Sus buenas dos horas. Se para a hablar y a justificarse con todo Cristo. Qué desgaste, por Dios.

—¿Haría bien yendo a visitar a Florinda?

—Hija, muy perdida te veo yo —comentó mi padre mirándome compasivo. Se me fueron los colores de la cara.

—No sé cómo atacar este problema, lo hago por Carletes, lo tengo en el piso llorando como una magdalena, quiere a toda costa que le permitan ver a Merche.

—Natural, es su chiquilla.

—Sí, cuéntaselo a Flori. —Me rasqué nerviosa la barbilla, luego la frente y me descubrí unos cuantos granos.

¡Mierda! Cuando volviese a quedar con Roman tendría el cutis como una paella, con lo bien que se iba manteniendo.

—Voy a ello antes de que anochezca —resolví mientras me levantaba de golpe—. De momento no le digas a mamá que estoy en el pueblo. —Besé la calva de mi padre y le pedí que rezase por mí, por mi éxito, por su hijo y por mi sobrina que era también su nieta. Se nos acumulaba el trabajo.

Curiosamente, mientras atravesaba las callejuelas camino de casa de mi hermano, en lugar de recordar mis tiempos de chicuela saltando a la comba aquí y allá, un torbellino de imágenes y decenas de preguntas se arremolinaron en mi cabeza. En toda mi vida solo tuve un novio, Pepecharlie. Con él perdí la virginidad debajo de un olivo y nuestros

encuentros se caracterizaron por esporádicos y algo bruscos. Mis flirteos con otros chicos, ya en Madrid, no me habían conducido a nada. En resumen, era casi virgen desde el punto de vista práctico. La teoría me la conocía al dedillo pero de nada me iba a servir cuando Roman me desnudase y apretase su cuerpo atlético contra mí pidiéndome pasión. ¿Iba a ser capaz de dársela? ¿Saldría corriendo como hacía cada vez que alguien me pretendía? El mero acercamiento de un chico me causaba un miedo atroz. Cayetana vaticinaba que recuperaría la virginidad por falta de práctica. Siempre me había reído del comentario...

Ahora, era pensarlo y galopaba mi pulso, se agitaba mi respiración y se me nublaba la vista. Todo un catálogo de catastróficas desdichas.

Con la garganta seca y completamente distraída, llamé al timbre, insistente, hasta que una vocecilla infantil desde dentro me recordó lo mucho que quería a la pequeña Merche. Apenas nos veíamos más que por Skype pero mi sobrina sentía una especial devoción por su tita Marina. Ella me consideraba importante, fíjate qué inyección de moral.

Oí un amago de rifirrafe tras la puerta, la voz aguda de Merche se confundía en un batiburrillo con la de su madre, que fue quien finalmente abrió. Se me quedó mirando con la barbilla alta y desafiante, como si yo fuese la encarnación misma de Carletes y se preparase para escupirme.

—¡Marina! ¿Y esta visita tan inesperada? —me recibió áspera y cortante. Yo seguía en el escalón de entrada.

—¡Titaaa!

Menos mal que Merche rompió el hielo, colándosele por el flanco a su madre y arrojándose en mis brazos. La besuqueé, comprobé lo alta y lo guapa que estaba a sus seis años, la festejé con un montón de lisonjas y la volví a abrazar. Todo bajo el rancio escrutinio de su madre, mi cuñada.

—Bueno, ¿puedo pasar?

—¿Has venido a interceder por... él? —lo pronunció casi con repugnancia.

—Tita, tita, ¿has visto a papá? ¿Sabes cuándo viene? —Había más que súplica en la voz de mi sobrina. Tiraba de mi manga con ansiedad y a mí se me dobló el alma en cuatro cuartos.

—Abre la maleta y saca las chuches y el regalo que te he traído. —Le entregué el diminuto *trolley* para quedarme a solas con Florinda—. ¿No se te rompe el corazón? Independientemente de lo que sientas por Carlos, Merche lo echa de menos, es su padre.

—Es... es un perverso, eso es lo que es —mascó entre dientes mi cuñada, enrojeciendo en cuestión de segundos—. Anda, pasa.

Por fin superé el umbral y me vi agazapada en una butaca rígida y durísima, con un café con leche frío entre las manos. Todo era dejadez y desolación en un hogar que recordaba luminoso, moderno, lleno de alegría. Se me encogió el estómago. Observé que Florinda se acoplaba en el filo del tresillo y dejaba pendular el cuerpo adelante y atrás, adelante y atrás, mientras se retorció las manos.

—Sé lo mal que lo estarás pasando —arranqué con la esperanza de que me dejase hablar.

—No, no lo sabes, tú qué vas a saber. A la traición, a los cuernos, al desengaño, se suma convertirte en el hazmerreír de todo Aljete.

Eso sí lo sabía, fue el motivo por el que huí a Madrid, que en mi pueblo todo el mundo llevase las cuentas de tu ciclo vital y las convirtiera en chismorreos de sobremesa y churrería. Sacudí la cabeza comprensiva.

—Carlos y yo no es que tuviésemos la mejor de las vidas sexuales —susurró para que Merche no la oyera— pero nos compenetrábamos bien, éramos un equipo estupendo. Todas las parejas nos envidiaban cuando nos reuníamos para hacer vida social. Juntos hemos sido campeones de petanca, carrera de sacos y «que no se te caiga el huevo», tres años seguidos. Ni a soñar que me hubiera echado, sospecharía semejante infamia... —Retiró la mirada como si no soportase identificar en mi cara los rasgos del criminal.

—Debe de ser horrible —deletreé muy afectada. Apoyé una mano en su antebrazo y la alenté. Sería una bruja pero lo estaba pasando francamente mal; Florinda amaba a mi hermano por encima de todas las cosas, me constaba.

Los diques de la exasperación de Flori, tan cuidadosamente levantados, habían reventado y ahora me tocaba consolarla y disimular para que Merche no sufriera. Cuando vino corriendo con los regalos en la mano a darme achuchones y mil gracias, me la llevé a tirones al cuarto y me encerré allí con ella hasta que a mi cuñada se le pasó el berrinche y me avisó para cenar.

—Tendrás hambre, todo el día de viaje; he preparado un picoteo, no esperes nada excepcional. No tengo ganas de hacer compra, ni de cocinar...

—La niña —advertí haciendo muecas con la cara. Ella entendió bastante

bien mi mensaje.

—Ya, pero... ¿qué quieres que haga?

—Merche, ven y cuéntale a la tita cómo te va en el cole.

—De culo, cuesta abajo y sin frenos —se adelantó su madre. Mi sobrina se arrugó al instante.

—Deja que me diga ella —le pedí—. ¿Sacas buenas notas y tienes muchas amigas? Papá me ha contado que eres la primera en el cuadro de honor.

Tras pensárselo, Merche ladeó la cabeza en algo parecido a una respuesta.

—Tiene muchas tonterías esta niña en el coco, un montón de complejos tontos. Ya ves, lo que nos hace falta con la racha que llevamos —volvió Florinda a tomar la palabra. Resoplé.

—¿Complejillos? ¿Complejos de qué, mi vida, con lo preciosa que tú eres?

—Las gafas —musitó con un hilo quebradizo de voz—. Y me dicen que tengo el culo gordo.

Su madre masculló un par de improperios por lo bajini mientras engullía sin freno y sin pan, rodajas de salchichón.

—Bueno, de peques todos tenemos nuestras cositas —apunté. Y de no tan peques, me recordé a mí misma—, pero las personas que se ríen de los demás no son buenas, no debería importarte si las tienes o no como amigas.

Mi sobrina levantó hacia mí unos ojos oscuros, enormes, llenos de interrogantes, como si no entendiese lo que le explicaba.

—A ver, ¿ellas son perfectas?

—Son guapas, sí.

—No digo guapas, digo perfectas. ¿Sacan buenísimas notas en todo igual que tú?

—No, eso no.

Chasquéé los dedos.

—Ah, ya está. Es envidia.

Merche se retorció los deditos.

—¿Tú crees, tita? ¿Que me tienen envidia?

—Claro, porque tendrán unas cosas pero no tienen otras. Piensa: cuanto más te critiquen, más envidia te tienen. Comprobado.

—Eso, tú métele cosas raras a la niña en la cabeza y acabaremos como el

rosario de la aurora —contraatacó Flori—. ¿Quieres higos?

•13• Encuentro inesperado

Logré, a base de mimos, que Merche se fuese a leer a su cuarto el libro nuevo que le había comprado y disponer de otro rato de intimidad con Florinda. La negatividad de mi cuñada se fue transformando en cansancio y finalmente en agotamiento. Puedo ser muy perseverante cuando me lo propongo. Y esta vez me lo había propuesto más que en serio. Solo con mirar mi teléfono silenciado y ver las cinco llamadas sin atender de Roman, me repetía a mí misma cuan importante era aquella empresa para el destino de mi familia.

—Entonces, ¿me dejarás a la niña? Carlos se muere por verla.

—Pues que se siga muriendo —respondió seca y cortante.

—Mira, Flori, sé que mi hermano te quiere, él no tiene la culpa de ser como es ni lo ha hecho para reventarte la vida. Esas cosas no se pueden controlar, es cuestión de hormonas.

—¡Anda ya! Y vicios y caprichos, que nos conocemos, que Carlos es mucho de por lo que le dé.

—No, mujer. Los sentimientos no se organizan a conveniencia de uno. Sé que estás dolida y rabiosa y que utilizar a la niña, sabiendo lo mucho que le importa, es tu mejor baza, pero créeme, no conseguirás que cambie nada, él no dejará de ser como es y Merche perderá el cariño de su padre.

Aguardé un ratito a ver el efecto que causaban mis palabras. Flori se debatía sin hablar, movía sin parar la boca y apretaba los labios.

Cuñada en modo pensante.

—Ay, no sé... A ver, en el fondo tienes parte de razón, pero...

—Se te ha juntado todo, cariño, seguramente lo que más te duele es el cotorreo de la gente, son corrosivos.

—Si supieras cómo las odio cuando me paran por la calle poco menos que a darme el pésame... ¡Arpías hipócritas!

—Esto te pasa en una gran ciudad y a nadie le importa un pito, te lo aseguro.

—Qué suerte tuviste de salir de aquí, Mari, qué suerte.

—Mira, autobuses salen dos todos los días —reparé con una sonrisa.

—Ya te dije, igual me lío la manta a la cabeza y me marchó a vivir a la capital —resolvió llena de ímpetu. Di un respingo. Lo seguía considerando. Acabáramos, todos apilados y revueltos en mi sofá-cama—. No voy a encontrarme con Carlos, me han dicho que Madrid es muy grande —prosiguió tal que si me hubiera leído el pensamiento.

Suspiró hondo, apoyó las manos en las rodillas y se puso en pie.

—En la cocina están los avíos del café, prepara un poco, anda, que es tarde —me indicó. Obedecí sus instrucciones sin rechistar, ahora que la notaba más calmada no era cuestión de arriesgarse.

La pantallita de mi teléfono volvió a iluminarse. Roman de nuevo. Me mordí los labios desesperada, incontenibles las ganas de verlo, de volver a aspirar su aroma. Cielos, me veía en sus brazos desnuda por completo, disfrutando de cada centímetro de contacto piel con piel. Cerraba los ojos y sentía el dulce paso de sus labios por la cara interna de mis brazos y piernas, despertando mis sentidos adormecidos. Imaginaba su peso sobre mi cuerpo recostado, su torso musculoso aprisionando mi pecho y sus largas y atléticas piernas enredadas con las mías. Podía visualizar cada segundo de nuestra escena amorosa, Roman y Marina haciendo el amor, deliciosa y pausadamente...

Piiiiiiiiiiiiiiiiiii.

¡Coño, qué susto! ¡La cafetera!

Me estaba convirtiendo en una guarrilla de primera, llevaba empapadas las bragas por culpa de unas emociones demasiado vívidas. Para colmo, mi cuñada vino a mi encuentro con una maleta en la mano. Serví las tazas a todo trapo.

—¿Qué es eso? —pregunté aún turbada por la experiencia extrasensorial que acababa de atravesar.

—¿No querías que la niña viera a su padre? Pues hala, te la llevas.

Abandoné la casa de Carlos y Flori con mi sobrina de la mano, a plena luz de la luna. Con un poco de suerte y siendo la hora que era, la jefa, o sea mi madre, estaría en la cama y no tendría que enfrentarme a ella hasta la mañana siguiente. El que Merche, que no se callaba ni debajo del agua, me acompañase a Madrid era una baza a favor de Carletes. Me encomendé a todos los santos hasta que mis distraídos ojos repararon en un bulto muy

especial, un hombre rubio y guapísimo, alto y esbelto como un actor de cine que me aguardaba al final de la calleja.

No podía ser.

—¿Roman? ¿Qué haces aquí?

—¿Quién es, tita? Jo, qué guapo.

—Si la montaña no va a Mahoma... —recitó él con parsimonia. Me empecé a ahogar.

—¿Te llamas Mahoma? —preguntó la cotilla de mi sobrina.

—No —se agachó para estar a su altura—, me llamo Roman, ¿y tú?

—Merche. Marina es mi tita.

—Ah, qué bien, Merche, encantado.

—¿Cómo... cómo me has encontrado?

—Preguntando se llega a Roma.

—Pero si nadie sabía... —se me abrieron unos ojos como platos—. ¿Acaso has ido a interrogar a mi hermano?

—Te aseguro que no empleé tortura, tuvimos una conversación de lo más agradable.

—No puedes ir por ahí metiéndote en mi vida —reclamé entre dientes—, estas cosas son privadas, son asuntos de familia.

—¿Llevas tacones? —Merche volvió a interrumpir mi inspiración. Roman soltó una larga carcajada—. Es que eres taaan alto.

—¿Queréis un refresco? ¿Un helado? ¿Algo? —nos ofreció.

—A la hora que es, una sábana... —comencé mi retahíla pero mi sobrina pegaba saltos de entusiasmo y se había soltado de mi mano para ir a coger la de Roman. El muy entrometido se la había ganado en un abrir y cerrar de ojos, lo que incrementó mi indignación.

—Deberías haberte contentado con que no podíamos vernos y ya está —gruñí mientras caminábamos juntos. Muy juntos. Demasiado juntos.

—Lo siento, la necesidad me consume. —Su aliento me rozó la oreja. Así y todo, entendí que bromeaba—. Merche, ¿qué te parece si tomamos un trozo de tarta en la cafetería del hotel?

La niña se puso a dar saltos de alegría y a palmotear en plena calle.

—¿Has reservado una habitación en Aljete? No puedo creerlo.

—No hay necesidad de dormir en el coche. Estoy aquí para ayudarte, no

tendrás que volver a Madrid en autobús con la peque.

Solté de estampida el aire de los pulmones.

—¡No necesito que me tuteles como si tuviera la edad de Merche! Por Dios, déjame en paz, tengo conflictos que resolver, no me haces ninguna falta.

En lugar de responderme y calmarme, me agarró del codo y me guio calleja adelante, a su gusto y conveniencia. Roman había alquilado un comodísimo y amplio BMW plateado. Me senté en el asiento del copiloto y cerré de un portazo. Él se encargó de guardar las maletas y de acomodar a Merche que no paraba de hacerle preguntas impertinentes. Debo reconocer que las respondió con humor e infinita paciencia.

Ya en el hotel, el camarero de noche se mostró encantado con Merchita y con un poco de «caña nocturna» que compensara el aburrimiento. Yo pedí una infusión de menta y Roman una copa de vino. Nos retiramos a una mesa junto a los ventanales mientras Merche se empeñaba en probar todo el muestrario de pasteles disponibles.

—Lo que más rabia me da es que hayas ido a buscar a mi hermano, eres... eres...

—¿Encantador?

—Un metomentodo de primera.

De repente pareció cambiar de ánimo. Se estiró y me miró con gravedad.

—Marina, ¿tienes novio?

Tardé un poco en asimilar lo que me preguntaba.

—¿Cómo? —me ofendí hasta lo más hondo—. ¿Cómo voy a tener novio? ¿Estaría aceptando tus invitaciones si saliera con alguien?

—Podría ser algo poco formal —dijo como si eso lo explicara todo.

—¡Daría lo mismo! ¡Soy una chica seria!

—Marina, no te enfades, no sé nada de ti —habló con sosiego, parecía estar en mitad de una reunión de negocios—. Al esquivarme con tanta insistencia pensé que había alguien más y decidí averiguarlo por mí mismo, eso es todo. No te conozco tanto como quisiera.

Tenía razón. Yo estaba histérica sin el menor derecho. Un par de frases amables cruzadas en un jardín, un par de cenas, un par de besos robados, un par de miles de sueños fantasiosos por mi parte... Ese era todo nuestro patrimonio, un par de pares. Tampoco es que pudiera pedirle peras al olmo. El mayor ingrediente de mi cólera era la vergüenza, hubiera dado el dinero

que no tenía porque Roman no aterrizase en Aljete o no supiera de nuestras bochornosas discrepancias familiares.

Pasado mi arrebató me desinflé y ya no sabía cómo salir adelante. Merche se había puesto morada de pasteles y ahora bostezaba sin parar.

—Llévanos a casa, por favor, la niña está rendida.

—Os recojo mañana a eso de las dos para volver a Madrid —decretó sin contar conmigo—, almorzaremos por el camino.

Lo que faltaba, tener que presentarle a los parientes.

—Ni se te ocurra pasar por casa, si te ve mi madre no respondo.

—Te esperaré aquí, entonces. A las dos en punto.

—Vaya si se nota que estás acostumbrado a dar órdenes y a mangonear. Pues hay algo que no sabes, que seré pobre pero a independiente no me gana nadie, me marché de casa precisamente para que mi madre no me gobernase la vida. —Me puse de pie—. Te he dicho que no te metas en esto, son cosas íntimas y privadas, señor controlador repipi.

—Te espero aquí, no lleguéis tarde —repitió monocorde como si todo mi encendido discurso hubiese sido chino mandarín.

—No vendremos.

—Os esperaré igualmente.

Apreté los puños y bufé. El agotamiento me machacaba, despierta desde la madrugada, en tensión, esperando en cualquier momento el chaparrón con mi madre. Tenía ganas de llorar, vaciarme y relajar los músculos. No me quedaban energías para discutir. Pero tampoco estaba acostumbrada a tener pareja y eso de que otro dirigiese mis pasos con tanta determinación, no acababa de llevarlo con naturalidad.

Roman condujo callado hasta las proximidades de la casa familiar, nos despedimos sin extravagancias gracias a mi monumental enfado, y sus últimas palabras antes de que le diera la espalda fueron:

—Mañana a las dos en la puerta del hotel. Que descanses, preciosa.

En efecto, mi madre entregada a los brazos de Morfeo no se coscó de que llegábamos. Mi padre se había quedado despierto esperándome y se llevó una agradable sorpresa cuando vio quién me acompañaba. Nos hizo una seña con el dedo sobre los labios para que no montásemos escándalo pero a

ver quién callaba a la mica, que a saltos, le contaba al abuelo que se iba pa Madrid, que se iba pa Madrid. Nos acomodó en el cuarto de mi hermana Lourdes, que tiene dos camitas y antes de que se marchase a dormir lo abracé con la fuerza suficiente para reventarle las costillas.

El desayuno fue otro cantar. Nos levantamos cerca de las once, destrozadas por las emociones del día anterior, solo para enfrentarnos a mi madre con uno de sus soliloquios en la cocina, calentándole la oreja a mi pobre padre.

—No es de recibo, no lo es. Y no me lloves la contraria —exclamó recogiendo de nuevo la taza que acababa de dejar sobre el mantel, antes de que él lograra atraparla.

Seguro que el pobre ni había acertado a abrir el pico.

—¡Hombre! —mi madre me encaró de frente— ¡Mira a quién tenemos aquí!

Me acerqué a besarla. Detrás de mí, trotando como una cabrita, venía Merche. Su abuela recibió desconcertada su ración de besos y abrazos.

—¿Y esta niña? ¿Ha dormido en casa esta noche?

—¡Me voy pa Madrid! ¡A ver a papá, abuela! ¡Me voy pa Madrid!

—¿Qué me estás diciendo? —Me miró desencajada—. ¿La secuestras?

—Mujer, las cosas que se te ocurren —me apalancó mi padre. Mamá chistó para que se callara y por fin dejó de menear la taza y le concedió el derecho de beberse tranquilo el café.

—¿Tienes recogido al Carletes? —espetó—. No me mientas, Marina, que ahora no estamos por teléfono, te pones como los tomates y me doy cuenta enseguida.

—Vale, pues sí —me rendí—. Parará unos días en casa hasta que encuentre un sitio definitivo.

Mamá exclamó algo terrible con las manos por encima de la cabeza.

—¿Definitivo? ¿Me ha parecido oír definitivo?

Fui incapaz de morderme la lengua.

—No es que te haya parecido, es exactamente lo que he dicho. Es que no lo sé, la verdad, hará lo que tenga que hacer. ¿Queda algo para desayunar?

—A buenas horas. Le preparo unos cereales a la criatura que no tiene culpa de vuestra mala cabeza. —Pasó de mí como de costumbre.

—Si hay pan duro me hago tostadas —solventé sintiéndome miserable.

Vi que mi padre apartaba su café y se levantaba. Apoyó una mano firme y

afectuosa sobre mi hombro vencido.

—Tú habla con tu madre lo que tengas que hablar, yo te preparo café y pan frito con azúcar.

Le agradecí los mimos con una mirada profunda y los lagrimones a punto de saltar. Necesitaba un abrazo con urgencia, a ser posible de Roman Hellman.

•14• El reloj de cuco

—No me explico cómo pierdes el tiempo recogiendo a Merchita en lugar de poner al loco de mi hijo en su sitio.

—Mamá, es mi hermano.

—Pues por eso mismo, no ayudas, Marina, lo estás liando todo más.

—Antoonia, la niiiña —le recordó mi padre señalando a mi sobrina con la ceja.

—Voy a apoyarlo mientras me necesite —me planté. Papá convenció a Merche de que desayunar delante de los dibujos animados era muchísimo mejor plan y los dos se marcharon en cuanto yo tuve dispuesto mi plato de tostadas y mi humeante taza de café con leche—. Mamá, me da lo mismo con quién se acueste, a ver cómo te lo tengo que decir.

—¡Descarada! ¡Qué barbaridad! Marina, cómo has cambiado, esa ciudad infame llena de criminalidad callejera os lava el cerebro —farfulló con los dientes apretados—. Si mira lo que le hiciste al pobre Pepecharlie.

Di un enérgico golpe en la mesa. Me asusté hasta yo.

—¡No irás a defenderlo!

—Se equivocó, lo admito, pero seguramente fue la ceguera del amor, te quería una pechá, Mari, que te vas a quedar soltera para los restos.

Herví en irritación como las patatas dentro de una olla.

—Mamá, procura no preocuparte por algo que a mí no me quita el sueño

—silabeé, cada segundo más enfadada.

Mi madre se colocó en jarra los brazos y se me quedó mirando como si fuese una antigüedad que se plantea tirar a la basura.

—Si es que parecemos de planetas distintos, ni me entiendes ni te entiendo. Carlos tiene responsabilidades con su familia y punto, para algo se casó. Tiene una hija que no va a andar yendo y viniendo desde Madrid ni viviendo en la misma casa que... —volteó su cara enrojecida de furia hacia el saloncito donde papá entretenía a Merche con magníficos resultados— dos hombres. Eres la mediana, mayor que tu hermano, es tu deber traerlo de vuelta al buen camino.

Suspiré hastiada, aburrida. Miré el reloj de la cocina. Era la una y media,

llevábamos tanto rato batallando que se me había ido el santo al cielo. Si no quería perder a Roman, pese a mi testarudez de la noche anterior, debía darme prisa. Por supuesto que no pensaba volver a Madrid en autobús.

—Merche, busca tu maleta, cielo, y lávate los dientes, que ya mismo nos vamos.

—¡Ni se te ocurra escabullirte sin un compromiso! —me amenazó mi madre con el trapo en la mano.

—Es su vida, su decisión. Yo estaré ahí para ayudarle si me necesita pero no voy a influir en lo que haga.

—Pero sí que vienes hasta Aljete para recoger a Merche, ¿eso no es meterte?

Tenía razón, joder, tenía razón. No era yo tan coherente como pretendía. Agaché la cabeza.

—Eso es un golpe bajo, mamá, solo pensaba en el bienestar de mi sobrina que necesita a su padre.

—Pues piensa menos y actúa más y mejor. Necesita al mismo padre que tenía, no a otro. Mete en cintura a tu hermano...

—¡Déjala ya, Antonia! —chilló mi padre desde el baño. Me sorprendió verlo intervenir tanto como verlo alzar la voz.

Pero mi madre no es de las que se achantan.

—¡Tú te callas! —replicó—. Como si no te importase lo que murmura la gente en el bar.

—¿Me dan ellos de comer? No, ¿verdad? Pues eso. Ay, mujer, cuantísimo complicarse la vida. Si no lo puedes soportar nos mudamos al pueblo de al lado y en paz.

—A mil kilómetros de distancia tendríamos que mudarnos para que no nos manchase esta terrible vergüenza... ¿A qué hora sale el autobús?

Recogí la mesa en un santiamén. Me atusé el flequillo en el espejo de la entrada y me lavé los dientes mientras comprobaba la maleta.

—A las dos —engañé—, a ver si lo pillamos.

—Ni de coña, son las tres menos cuarto —anunció papá.

—¿Qué dices? Es la una...

—Reina, mira el cuco, que ese otro reloj lleva siglos parado —rio mi padre.

—Como no te da la gana de arreglarlo —reprochó mi madre. Y de nuevo

se enzarzaron en un interminable rifirrafe acerca de quién dedicaba más horas y desvelos al cuidado de la casa.

Corrí a comprobar el móvil. Lo guardaba dentro del bolso y en silencio. Tres llamadas perdidas. Suyas. De él.

Me quedé petrificada. Ya no tenía mucho sentido correr hasta el hotel, Roman no estaría esperando. Había vuelto a decepcionarlo. Lo más inteligente era agarrar el primer bus de vuelta a Madrid y tratar de olvidarlo lo antes posible. Dios, le había mentado, no le dije la verdad cuando le aseguré que no iría, estaba marcándome un farol por culpa de los nervios y el cabreo. La verdad es que me encantó que fuera hasta Aljete, que se buscara la vida para localizarme, nunca nadie se había tomado tantas molestias por mí antes.

No volvería a tenerlo en mi insípida vida. Imposible tanto aguante. Me despedí de todos con un nudo en el pecho, tomé a Merche de la mano y accedí a que papá nos llevase con su vieja furgoneta hasta la estación de autobuses. Rumbo a Madrid y a un destino incierto, con dos personas que me importaban mucho en casa, y sin trabajo.

Bien, Marina, te superas.

El reencuentro de Carletes y su hija fue de cine de mocarreo. Si había cocinado alguna duda tras las acusaciones de mi madre, se esfumó por completo en cuanto los vi abrazarse. A la cría le importaba un bledo de quién se enamorase su papá, solo quería tenerlo cerca y poder contarle sus cosas. Eso sí, del cole no dijo ni mú y de los presuntos complejos, según Florinda, no soltó prenda. Era tan emotivo verlos mirarse y bromear festejando el encuentro, que no tuve valor para echarle la bronca por haberle revelado a Roman mi paradero. Lo dejé correr. Total...

Me llamó Julia. La parienta desaparecida en combate.

—Ay, prima, que ando volando de un sitio a otro, ¿qué tal el Carletes?

—Esperando que le dediques una merendola —le eché en cara.

—Como no se pase por la peluquería vamos listos Mari. Precisamente por eso te llamo, tengo gestiones aparcadas desde hace meses que ya no pueden esperar más. ¿Sabes qué?

Entrecerré los ojos con aires de sabelotodo.

—¿Por qué intuyo que me vas a pedir algo?

—Bueno, que me acompañes, ya ves el sacrificio. No tienes nada que hacer y a Carlos y a su niña mejor les das espacio.

Eso, échame de mi propia casa. Ya te vale...

—¿Dónde es y de qué se trata?

—Empresas Hellman. —Me tensé al escuchar el nombre—. Tengo algo de dinero para devolver a cuenta del préstamo, ¿recuerdas? Tu Roman me dejó bien claro...

—No es mi Roman —pronuncié con mala uva apenas contenida. Mi prima siguió a lo suyo.

—Me dejó claro que las instrucciones eran apoyar uno de los proyectos filanosequé que tienen pero tengo que elegir a cual. Vaya, que tengo que llegarme a las oficinas y me da palo ir sola. Como tú ya eres de la familia pensé que no te importaría —se guaseó.

—Y dale. Que no hay nada, Juli, que todo está en tu cabeza perturbada. Recuerdo que cuando fuiste a por los euros, poco te costó y sin mayordomo.

—Entonces tenía concertada una cita con él, me esperaba en su despacho, iba movida por la necesidad, Mari, entiéndelo. Ahora es en frío, tienes que acompañarme. ¿Qué me pongo?

—¿Y a mí qué me cuentas? No puedo ir, tengo mucha plancha —me resistí. Pero mientras Julia tiraba de todo el repertorio de frases que engatusan y convencen, yo me planteé que aquella era una inmejorable oportunidad de acercamiento, dado que la última metedura de pata con Roman era enterita y de nuevo, obra mía. Así que la interrumpí cuando más febriles eran sus argumentos—. Vale, voy. Dime a qué hora y no me preguntes qué te pones si no quieres salir a la calle disfrazada.

Eso mismo. ¿Qué me ponía yo?

—Carleeetees...

Salí de casa con un vestidito de lunares demasiado entallado para mi gusto y unas sandalias de medio tacón que convertían mis piernas en dos interminables palillos. Me vi con mi prima en Sol y juntas cogimos el metro hacia la parte noble y financiera de la ciudad. Ella, parloteando como una radio a todo volumen. Yo, entregada a mis más oscuras

meditaciones. ¿Y si Roman me daba directamente con la puerta en las narices? No es que no me lo mereciera pero no me gustaría demasiado... Y menos delante de mi prima.

En fin. Fui rezando todo el camino.

Ahora que me había enamorado del hijo del propietario, el edificio Hellman de la Fundación Amero me impresionó mucho más. Tuve la sensación de que lo habían ampliado y renovado el mobiliario, ya de por sí increíble y vanguardista, desde que lo visité hacía un buen puñado de meses. La chica de la recepción tampoco era la misma pero seguía siendo guapa y con sonrisa Profident. Me miré los lunares del vestido hasta que sentí el codazo de Julia en todo el costillar para que explicase en su nombre, qué narices queríamos.

—Verá, debemos reintegrar un préstamo. Nos dijeron..., le indicaron a la titular —señalé a mi prima— que debía seleccionar un proyecto de entre los que actualmente apoya la Fundación para...

—Entendido —sonrió encantadora—, tercera planta, pregunten por la señorita Benítez. Any Benítez. La aviso desde aquí y sale a atenderles.

Allá que enfilamos hacia el ascensor. Any Benítez podía ser todo lo amable que fuera, que lo sería, pero no era Roman. ¿No íbamos a verlo? ¿No nos atendería como la otra vez? A ver si al final, mi gozo en un pozo...

Diiinnnggg. Tercera planta. Dos albaceteñas temblorosas e inseguras, pasillo enmoquetado adelante. Nos salió al encuentro una chica morena y resuelta, con gafas de diseño y un elegante traje de chaqueta. Se adelantó mi prima con ansia; ni que el dinero le escociera en el bolsillo.

—¿Any Benítez?

—Soy yo. Vienen por lo de los fondos del proyecto —adivinó con una amplia sonrisa—, pasen, se lo ruego.

—Qué educada es, por Dios —me cuchicheó Julia a la oreja. Yo iba mirando como una posesa a cada puerta de despacho entreabierta, pero no localicé al objeto de mis desvelos.

Sí vi pasar a una joven alta y espigada, que tras superarnos volvió sobre sus pasos y se me quedó mirando con todo el descaro del mundo.

—¿Mar...ía?

—Marina —rectifiqué. Oh, señor, ya caí en quién era, la morena de pelo azulado que abordó sin contemplaciones a Roman en el restaurante. La loba. Sin vestido de lentejuelas y kilo y medio de pintura menos, no la

había reconocido. Me quedé inmóvil y mi sonrisa se desvaneció.

—Soy Lana, ¿te acuerdas? Nos presentó Roman. —Me tendió una mano y con Any y Julia presentes, no me quedó otra que tragar saliva y estrechársela—. ¿Cómo es que nos visitas? —puso el acento en el «nos»—. ¿Tienes algún asunto pendiente con Amero?

—En realidad... es ella. —Apunté a mi prima con un gesto que pretendía ser elegante. Algo similar a la sonrisa de Lana, que pretendía ser creíble.

—Ah, estupendo, está en buenas manos, entonces. Any es de una eficiencia sobrenatural. Pues mientras atienden a tu amiga, nosotras podemos tomarnos un café y charlar, ¿qué te parece?

Daba igual lo que me pareciera, ella ya me había enganchado el brazo y tiraba de mí de nuevo al ascensor. Julia no captó mis señas desesperadas de S.O.S, se alejó cotorreando con Any, y me vi encerrada en el cubículo sin ventanas, camino del ático con la loba a mi costado.

La cafetería de la última planta estaba concebida básicamente para uso del personal. Una de las paredes en forma curva, era una cristalera colosal desde la que se disfrutaba de medio Madrid bajo el sol de primavera. Las caderas de Lana danzaban de un extremo a otro de la barra mientras agitaba los brazos, sonreía y saludaba a cascoporro, para probarme su indiscutible popularidad. No hacía falta, con los quince centímetros de altura que nos separaban y su melena negra hasta casi la cintura, ya teníamos bastante.

—Si te soy sincera, me extrañó tanto encontrarme a Roman en el Fusion... contigo. —Y articuló el pronombre con exquisito desagrado—. No te conozco, no eres amiga ni miembro de ninguno de nuestros clubs, que yo sepa.

—La verdad es que no lo sé —repliqué cortante, dispuesta a no darle cancha. Lana entornó los ojos.

—¿De qué lo conoces?

—¿De qué lo conoces tú? —Empezó a temblarme la rodilla izquierda. Me la sujeté con disimulo y la mano.

—Es una relación de años. Nuestras familias se tratan desde siempre, son socios en varios proyectos... —explicó con evidente fastidio.

—Sí, como el de Ruanda —le recordé con toda la intención. Ella me devolvió una sonrisa de hiena.

—En efecto, Ruanda. Prácticamente nos hemos criado juntos, hasta hemos viajado en grupo.

—O sea, que sois como hermanos —dejé caer. La rodilla derecha se unió a la fiesta; la sujeté como pude.

—Yo no diría eso. Los sentimientos entre Roman y yo tienen poco que ver con lo fraternal. —Esbozó una risita tonta e inclinó la cabeza al camarero que dejaba los cafés. Se comportaba como toda una princesa mientras que a mí, el simple esfuerzo de mantenerme fría me estaba mareando.

—Lana, exactamente, ¿qué pretendes decirme?

—Que te alejes. Y cuanto antes. —Su tono pasó del blanco al negro y sus ojos me perforaron con odio—. Roman Hellman no es hombre para ti.

—Eso tendrá que decidirlo él —acerté a decir.

Lana quedó estática unos segundos, como incapaz de reaccionar y luego echó atrás la cabeza, bamboleó la melena y se rio de mí.

—¡Tú te lo has tomado en serio! —contuvo las carcajadas—. Pobre criatura, te has creído que él... ¿En serio piensas que un hombre así pueda interesarse por una como tú?

Me ardían las mejillas. Alguien, aparte del camarero debió escuchar su ácida burla; por ejemplo, en el piso de abajo, había alzado la voz lo suficiente como para llegar a Pekín. Qué ganas de pegarle un bofetón, por Dios.

—Lo que nos vamos a reír cuando acabe contigo —prosiguió con las uñas a cada segundo más afiladas. Mi herida sangraba a borbotones.

—Te agradezco los consejos aunque... —traté de sonar chula, a lo Cayetana, pero me salió el tiro por la culata. Lana me metió un dedo entre los ojos.

—Escúchame bien, gatita. Roman las tiene a miles. Todas las mujeres de España y parte del extranjero pierden la cabeza por él, es de los solteros más codiciados de Europa. ¡Tonta! Si da una patada en el suelo, saltan cientos, desnudas y a su disposición. ¿Cómo va a perder su valioso tiempo con un cero a la izquierda vestido de lunares? Por cierto, no me cuentes quién es tu estilista, no podría soportarlo.

Se puso en pie, sacudió su mata de pelo encantada de haberse conocido y me dejó allí tirada como una colilla. Cerré los ojos y apreté los párpados. Qué humillación. Qué frases más..., más de verdad había escupido aquella

chica. Permanecí en el sillón tapizado y mullido sorbiendo café italiano, absorta, ida, hasta que Julia apareció con su resplandeciente alegría, atravesando el bar en mi dirección.

—Ay, Mari, qué bonito todo, qué buena gente son. Había tantos programas interesantes que no sabía por cuál decidirme. Al final he optado por una guardería de niños ciegos, parece que es el proyecto favorito de tu chico. Mari, ¿me estás escuchando?

No, pero asentí lentamente, hermética, consternada. Si no salía de allí corriendo, me echaría a llorar en público y eso era algo que una Valdemorillos no podía permitirse ni siquiera en época de crisis.

•15• Nada tiene buen color

Análisis de la situación:

-Dejé a Roman plantado como una maceta después de que fuera hasta Aljete en mi busca.

-Lleva día y medio sin llamarme, yo no voy a hacerlo, por descontado, una tiene su dignidad y su vergüenza torera.

-Sé que me equivoco, debería llamarlo porque la culpa de lo que pasó es solo mía. A veces, la dignidad y la vergüenza torera son un lastre prescindible y un gran error. ¡Al diablo con ellos!

-Pero tras la conversación con Lana me planteo si no he idealizado la imagen de Roman Hellman y estoy ante un golfo aventurero más.

A ver si me aclaro. Yo conocí a un chico por casualidad en un parque. Conversamos y nos caímos bien. Vale, nos gustamos, si lo que él asegura con tanto empeño es verdad. Luego descubro que tiene más millones que pelos en la cabeza y la cosa cambia. A él parece que no le importa ya que sigue insistiendo en verme, cosa que no me explico. Ahora resulta que tiene carros de admiradoras y que yo debo ser poco menos que el entretenimiento del mes. Con suerte, de la temporada.

¿Qué hago?

Buscar trabajo y entretenerme sacármelo de la cabeza. Pero ya he probado lo que es estar entre sus brazos, ya me ha besado, qué difícil la marcha atrás, voy a deprimirme un año completo, o dos, lo sé.

Otra noche que no concilié el sueño. Metí a Merche en mi cama pero hacia las dos de la madrugada se empeñó en dormir con su papá. Dado que el sofá no da para dos cuerpos, ni siquiera para cuerpo y medio como era el caso, desperté a Carletes que dormía a pata suelta y les cedí voluntariosa mi cama. Tratar de recuperar el descanso en el estrecho y duro camastro fue tarea inútil. A las dos y media estaba embutiéndome en un chándal usado y bajando a la calle como una artista loca en busca de inspiración.

La mía se encontraba en el parque.

Muchas cosas mías se quedarían para siempre entre aquellos arbustos florecidos.

Era una noche templada de primavera, parecía pleno mayo. El aire olía a magnolias, el parquécillo plagado de arriates coloreados compartía sus

aromas con el barrio. Un tumulto de recuerdos me asaltó y como una autómatas sin voluntad, me encontré sentada en un banco llorando a lágrima viva sin contención.

Soy una persona que normalmente llora por los demás, pero esa noche lloraba por mí. Quería amar a Roman, sin miedos, sin complejos. Y deseaba con toda mi alma que él me quisiera a mí, con sinceridad, sin burlas. Puede que no encajásemos a simple vista, puede que desentonásemos, él tan varonil, tan hermoso, posiblemente el hombre más hermoso que había visto en mi vida... Y yo tan vulgar, tan anodina, tan invisible. Pero algo en nuestras almas, por encima de lo evidente, coincidía y armonizaba. Y ese algo mantenía viva la maldita esperanza.

—Nena, ¿se puede saber qué haces aquí a estas horas?

Pensé que lo soñaba, que la voz que susurraba preocupada a mi espalda era fruto de mi imaginación necesitada pero cuando me di la vuelta con los ojos anegados en lágrimas, allí estaba él, medio en penumbras alumbrado apenas por una farola que relucía entre las ramas de los árboles como una luna llena. Más seductor que nunca.

—Recordarte. —Me sequé veloz las lágrimas—. ¿Y tú?

—Mirar hacia tu ventana como un gilipollas, Julieta.

Vino hasta mí y me cogió de las manos para ponerme en pie. Nos abrazamos. Me estrechó con tanta ternura que el deseo febril que me recorrió de pies a cabeza notando su cuerpo duro adosado al mío, me pareció un pecado. Pinzó mi barbilla con dos dedos y me obligó a levantar la cara; con el pulgar apartó las lágrimas que corrían libres.

—Marina, me estás volviendo loco.

Quise responder algo genial pero la lengua se negó a colaborar.

—Este empeño tuyo en complicar las cosas, en escapar de mí, no lo entiendo, de verdad que no lo entiendo.

Intento escapar del dolor irremediable que va a causarme este amor descabellado, pensé sin atreverme a verbalizarlo. Solo acertaba a disfrutar del calor de su cercanía.

—Y me cabreas mucho, me sacas de mis casillas.

No quería cabrearlo, sobre todo, si eso implicaba alejarlo.

—Eres difícil, niña, la perfecta lianta —prosiguió igual que una nana. Su voz arrullaba, suave como el terciopelo.

—Sí, puede que lo sea —musité sin fuerzas, abandonada a su abrazo. Noté

que me besaba el pelo, me derretí entera.

—Simple, complicada, absurda, infantil... Da lo mismo, me gustas igual.

—Su voz me sonó tan convincente que por un momento todo se volvió rosa chicle—. Ya quisiera yo que no fuese así.

Las palabras temidas, las del arrepentimiento, las de la lucha interior que Roman fraguaba, igual que yo, aunque a distinto nivel. Me tomó los hombros y me separó unos centímetros para estudiarme la cara llorosa.

—¿Permites que te saque de este jardín y te lleve a otro lugar menos fresco?

—¿A dónde vamos?

—Si aceptas subirte en el coche, a mi apartamento —indicó con neutra suavidad.

Medité como un rayo. Si iba a sumirme en el foso de la eterna infelicidad el resto de mi vida, me llevaría algo más que lágrimas y dolor. Me llevaría unos recuerdos y sensaciones que nadie podría arrebatarme. Así que no lo dudé un instante.

—Sí, iré.

Incapaz de articular una sola palabra, sobrecogida y asustada, pero excitada al mismo tiempo. Así sobreviví mientras el potente todoterreno de Roman devoraba kilómetros, abandonando la parte popular de la ciudad, internándose en las entrañas de la nobleza.

—Nunca has vivido en mi barrio —advertí con disgusto. Él sonrió de medio lado sin dejar de mirar la carretera.

—La verdad es que no.

—Y tampoco trabajas por allí. —Sumé dos y dos. Asintió—. Entonces, ¿cómo es que te encontré paseando a Don en el parquecillo?

Pensé que nunca iba a responder, se tomó demasiado tiempo.

—Si te digo la verdad, pasaba por aquí con él camino de casa y tuvo... tuvo lo que viene siendo una indisposición intestinal. Tuve que parar, no me quedó otra.

Al final sonó jovial y distraído, restándole importancia al hecho de que nuestro encuentro lo hubiese propiciado una diarrea perruna.

—¡Oh, Dios! Qué poco romántico —exclamé con escándalo.

—Me has preguntado, te he respondido —replicó algo molesto.

—No, si no te culpo, es que suena tan... tan escatológico.

—El Universo escribe recto con renglones torcidos. Gracias a eso vi un ángel en una ventana que parecía llevar esperándome toda una vida.

No lo sabes tú bien. Pero me mordí la lengua y no permití que la charla avanzase en esa dirección. Mi escasez vital de compañía masculina era demasiado bochornosa, hasta para mí.

El piso de Roman estaba situado frente al Retiro, unas vistas de escándalo en un edificio de apartamentos moderno y lujoso, todo diseño y mármol travertino. Al pasar por delante del portal me llamaron la atención los jardines interiores tenuemente iluminados con farolas actuales aunque enseguida la puerta del garaje se nos tragó con un zumbido sordo. Me humedecí los labios resecos conforme aparcábamos y Roman extraía la llave del contacto.

—¿Lista?

Sé que me había mirado, que lo hacía con obsesiva fijeza, pero yo me entretuve en revisar las alfombrillas, para enseguida, abrir la portezuela y salir escopetada, como si perdiese el tren. Roman rodeó el coche con las llaves en la mano, me alcanzó sin esfuerzo, y rodeó mi cintura con el brazo como quien aprisiona un polluelo moribundo: con delicadeza sublime.

—¿Estás nerviosa? —Pulsó para llamar al ascensor.

—Mucho —admití con voz cascada.

—Yo también. Si te sirve de algo...

Mis pupilas asombradas volaron a sus dos discos turquesa y le golpeé en broma el hombro con el puño.

—Deja de reírte de mí.

Sonó a ruego desesperado. Una vez dentro Roman me hizo girar y quedamos frente a frente, muy cerca. Inclino la cabeza buscando mi boca. Fueron unos segundos irrepetibles, los labios tan cerca, los alientos mezclados, el calor que traspasaba de uno a otro deseando fundirse...

Cliinnnggg.

—Mierda —rugió pillado por sorpresa.

Eso, mierda, fin del trayecto. Habíamos llegado.

El ascensor llegaba hasta el ático, directo al recibidor. Las luces se activaron solas cuando traspasamos el umbral de la puerta. El interior del apartamento olía a madera y a cuero mezclado con alguna esencia herbal fresca y montañesa que no llegué a determinar, y nos engulló como un pistón engrasado. A cinco metros de la puerta di el primer tropezón. El dueño de la casa me recogió casi en el aire.

—Cuidado, bebé, no te me mates.

No estaba yo acostumbrada a tantos mimos. Lo de «bebé» me sonó condescendiente pero con aquella voz de miel, ¿quién se quejaba?

—Podemos tomar algo caliente que nos arregle el cuerpo —continuó él entrando en la maravillosa y moderna cocina, casi un laboratorio en laca negra y acero. Yo sabía muy bien lo único capaz de arreglarme el cuerpo en cero coma dos. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Por qué no me enganchaba a lo salvaje y me succionaba la...?—. ¿Qué tal un chocolate?

—Qué buena idea. —Corté de cuajo mis fantasías. A ver si de paso, asesinaba los tembleques que me estaban consumiendo.

Tomé asiento en el taburete que él me indicaba y por primera vez en esta fase de nuestra «relación» fui yo la que se permitió el lujo de verlo evolucionar por el espacio. Roman era todo un espectáculo, elegante y felino, eficiente, preciso y sobre todo guapo. Iba vestido con una camiseta negra y unos vaqueros grises muy gastados y se había desprendido de la sudadera con capucha nada más entrar al apartamento. Ahora, sus brazos musculosos a la vista me trastornaban y en mi imaginación, sus grandes manos recorrían mi cintura en lugar de la vasija del chocolate que estaba poniendo a calentar.

Me pasé la mano por la frente y me sequé con disimulo el sudor frío que había empezado a cubrirla. La presión en la entrepierna era densa, creciente y desconocida.

—Estoy convencido de que no me contarás por qué bajaste a la calle de madrugada —sentenció disponiendo dos tazas grandes con sus cucharitas. Me miró con una ceja alzada, irresistible.

—Tenía que aclarar mis ideas —confesé—. A veces soy muy...

—¿Incoherente? —aventuró con una chispa de humor.

—Insegura. —Marqué una pausa—. Pero no se lo digas a nadie.

Me hizo un guiño travieso y me alargó la taza rebosante de chocolate caliente.

—Soy una tumba cerrada a cal y canto. Bébetelo todo y sin rechistar.

—Jamás rechisto cuando se trata de chocolate.

—Me alegro. —Tiró de un taburete y prácticamente lo enganchó al mío. Al sentarse, mis rodillas quedaron presas entre sus fornidos muslos. Me atraganté de inmediato—. Dime, ¿qué otras cosas te impiden protestar? Su aroma me acosaba, me desquiciaba y me impedía pensar con claridad. Sus ojos turquesa relucían como dos piedras preciosas en la habitación iluminada. El aire canalla de su sonrisa me envolvió sin tregua.

—¿Y Don? —indagué tratando de romper la tensión creciente. Roman no se alejó ni un milímetro.

—Haciéndole compañía a mi madre. Cuando mi padre viaja no para de quejarse. Mi perro es su mejor terapia. ¿Lo echas de menos? —asentí enérgica—. Desde que sabes que fue su problema el que propició nuestro encuentro lo quieres más, ¿a que sí?

—Mentira y gorda, siempre me ha caído bien tu perro.

—Y a mí tu gata. De hecho —añadió insinuante mientras su largo dedo recorría mi brazo—, los veo viviendo juntos bajo el mismo techo...

Para controlar los nervios bebí un largo trago de chocolate que bajó abrasándome la garganta. Se me saltaron dos lagrimones como dos mitades de pomelo maduro. Roman se apresuró a librarme del incordio de la taza.

—¡Nena, ten cuidado! —Apartó la suya y la mía y me agarró la cara con las dos manos—. Abre bien la boca. —Sopló dentro. El aire frío recorrió mi lengua, el paladar, la cara interna de las mejillas y alivió el ardor. Sentí una mejora instantánea—. ¿Mejor?

Asentí con la boca desencajada y sin dejar de lagrimear. En cuanto quise cerrarla y recuperar mi chocolate, encontré los labios de Roman, ansiosos, envolviendo los míos.

Fue un beso interminable. Tímido al principio, lujurioso después. Su lengua se abrió paso entre mis dientes y buscó cada recoveco de mi boca húmeda y caliente. Impregnados del fuerte sabor del cacao fuimos aflojando los miembros y entregando el cuerpo al abrazo del otro. Los fuertes brazos de Roman apretando mi cintura, su olor tan característico asolando mis sentidos, el silencio absoluto de aquella casa magnífica, la certeza de que habíamos encendido una mecha que difícilmente se pagaría...

La búsqueda del placer a través de las lenguas, los dientes y los labios se

prolongó casi durante veinte minutos. Las embestidas eran cada vez más arriesgadas, mi osadía crecía conforme me superaban el calor y el deseo. Mis dedos se enredaron en su pelo, fuerte y sedoso, buscaron su nuca y conquistaron la parte baja de su cuello. Sus manos recorrieron mis costados, viajaron de mi cintura a la curva de mis pechos y de ahí al trasero. Me supe memorizada en cada caricia.

Cuando nos separamos, con los labios rojos e hinchados, no hizo falta hablar. Me tomó de la mano y desaparecimos pasillo adelante. Para mí que flotaba.

Y no me percaté de que alargaba el brazo y se traía con nosotros una de las tazas de chocolate.

•16• Noches inolvidables

Roman debió pagar un pastón indecente por aquella cama tamaño trasatlántico con edredón y almohadas de plumas; el equivalente a un año de hipoteca de mi apartamento, era capaz de jurarlo. Tan cómoda, firme y mullida que parecía irreal. Me encontré tumbada en ella con el hombre de mis sueños tan cerca y pendiente de mí que creí alucinar. Introdujo los dedos por entre mis mechones y me clavó una mirada turquesa de absoluta adoración.

—¿Todo bien, nena?

—Estoy a punto de morirme —gimoteé.

—Eso vamos a solucionarlo muy pronto.

Empezó a besarme por toda la cara: la punta de la nariz, las sienes, los párpados, las comisuras de los labios, las esquinas de la mandíbula rozando el lóbulo de las orejas... Cualquier zona sensible excepto los labios, disparando mi excitación a la estratosfera. Quería más, necesitaba desesperadamente más y él me besaba con cuentagotas. La impaciencia desencadenó mi abrazo posesivo, que le rodeara el cuello y lo atrajese hacia mí, forzándolo a entregarme su lengua. Roman ronroneó satisfecho.

—¿Era una trampa para que espabilase? —gemí junto a su boca.

—Era un juego. Y ahora continúa.

Mi entrepierna se ahogaba, mi piel hervía, y toda yo me consumía concentrada en la seda de sus caricias. Tiró de mi horrible sudadera y con una gracia impensable en una prenda tan fea, me la sacó por la cabeza.

—Cierra los ojos —ordenó a media voz.

Obedecí notando cómo cruzaba una manga del jersey sobre mis párpados temblorosos. Aseguró el extremo bajo mi cabeza y me dejó completamente a ciegas.

La viveza de las sensaciones se triplicó en un suspiro.

El dedo mojado de Roman dibujó el arco de Cupido de mi labio superior. ¿Mojado en qué? A continuación recorrió todo el contorno dejando a su paso una capa densa de oloroso chocolate caliente. Ya no quemaba pero guardaba suficiente temperatura como para convertir el toque en salvaje. Traté de retirarlo con la punta de la lengua pero la boca de Roman,

habilidosa y veloz me lo impidió. Devoró mis labios con mayor fruición que antes, si cabe, fundiendo el chocolate con nuestra saliva, haciendo del beso una experiencia única y carnal.

De pronto se separó de mí y todo mi ser acusó el abandono con un estremecimiento. Gruñí sin poderlo remediar. Entonces adiviné que desabrochaba uno a uno los botones de mi top y que lo abría. No llevaba sujetador, claro, era la camiseta que usaba para dormir. Contuve la respiración y el movimiento de mi pecho debió hacerse más evidente. Luego noté la tela del pantalón deslizándose por mis muslos. A continuación la braguita. ¿Cuál llevaba puesta? Mierda. ¿Cuál? Ah, unas de encaje color mandarina. Eran muy bonitas. Respiré aliviada. Roman no. Roman respiraba cada vez de forma más entrecortada, más cerca de mí. Me mojé los labios ardientes. Los últimos retazos de ropa cayeron a la altura de mis pies y se alejaron dejándome completamente desnuda, expuesta.

Roman reanudó su implacable tortura.

El chocolate caía ahora en suave cascada dentro de mi ombligo y se desparramaba por mi vientre y mis costados. Temblé como una hoja. Su lengua y sus dientes capturaron los regueros antes de que llegasen a las sábanas. Mordiscos, dulces mordiscos en el arco de la cintura, las costillas, el inicio de las caderas que se alzaron hambrientas sin ni siquiera contar conmigo. Cuando la humedad caliente que desprendía su lengua paseó cerca de mi monte de Venus, no pude reprimir un grito. El chocolate goteó ahora sobre mi pecho.

¡Dios! ¡Oh, Dios! Qué dulce tormento, iba a morirme de placer.

No había pensado en mi vestimenta inapropiada y en mis granos más que un breve intervalo, brevísimo. La adoración que leía en los ojos de Roman al mirarme no me lo permitió; me hizo sentir seductora, tentadora, sexy. Ahora, sumida en las sombras, me limitaba a recibir el delicioso toque de sus caricias como una ofrenda que me perteneciera por derecho.

En aquel instante era todo mío. Por entero.

Sabía que tenía los pezones impregnados de chocolate espeso y me pregunté qué pasaría a continuación. Tonta de mí. Se perdieron entre sus labios, los acarició su lengua y cada estudiado movimiento de succión me conducía cerca del cielo. La piel del torso de Roman, y a continuación la de su vientre, la de sus piernas y la del resto de su cuerpo, se acopló a la mía permitiendo que gozase de su contacto. Debió desprenderse de la ropa, de toda la ropa, al mismo tiempo que vertía gotas gruesas de chocolate sobre

mi escote. Su boca entera me saboreó, mordió y lamió hasta que no quedó nada, nada más que mis jadeos entrecortados y mi pecho subiendo y bajando en una respiración exaltada cercana al delirio.

—¿Estás disfrutando, Julieta?

Creo que aullé algo que no podía entenderse. Sus grandes manos separaban mis rodillas y el chocolate resbalaba de nuevo por mi entrepierna mojando mi sexo por completo. Me tenía a su merced, me poseía sin mover un dedo, por nada del mundo hubiera renunciado a aquello. No recordaba haber sentido nada parecido en toda mi vida. El calor ascendía por mi cuello y me abrasaba las mejillas, los labios hinchados, los pezones endurecidos. Podría haber ardido como una tea allí mismo, entre sus brazos.

Marina, la mojigata, volvía a ser mujer.

La experta manera de mordisquear y paladear el chocolate entre mis pliegues, me condujo directamente a un orgasmo explosivo que creí que me asesinaría. Sujeté su cabeza y aún ciega, hundí los dedos entre su pelo.

—Por favor —gemí enredada en una increíble agonía.

Roman no respondió, no dijo nada pero modificó su postura y se acomodó entre mis piernas abiertas.

—No puedo esperar —repetí. Y menos después de haber notado el duro golpeteo de su miembro contra mi muslo.

Entró en mí sin esfuerzo alguno. Pese a mis temores y mis telarañas. Y tras un par de envites perfectos, nos sincronizamos en una danza de caderas que parecía ensayada. No pensé, me negué a razonar, a aplicar la lógica. Solo quería sentir, oler, sudar, jadear y abandonarme en aquel oleaje sin fin que iba y venía con cada embestida. Actué por instinto, primitivo y animal.

Alcanzamos juntos el clímax y, lo siento por mi padre, no me hubiese importado irme al otro barrio en aquel divino relámpago.

Permanecemos enlazados y adormecidos un buen rato. Sin hablar, no hacía falta. Sin halagos ni alabanzas. Los dos sabíamos que había sido perfecto. Roman retiró el improvisado vendaje de mis ojos que parpadearon furiosos al volver a la luz.

—Tienes unas piernas interminables.

Me puse rojo sandía. Los miles de complejos de mis tiempos escolares regresaron en tropel y alborotando.

—En el cole me llamaban «Caponata» —confesé casi sin querer. Oí la risa cristalina y envolvente de Roman sobre mi cabeza. Me tenía acurrucada contra su pecho y jugaba con la parte alta de mi oreja.

—A mi hermana la llamaban «jirafa» por el cuello largo; ahora se gana la vida como modelo y las que se reían de ella compran las revistas de moda y babean. Lo que cambian las cosas.

—Mi sobrina también tiene problemas con las compañeras. Es aún muy pequeña y no se decide a contarlo pero lo intuyo. Tarde o temprano se lo sonsacaré.

—Le viene de familia, entonces —rio él.

—Lo dudo mucho, es adoptada —aclaré sin dejar de abrazarlo—. Mi hermano y su mujer se hicieron cargo de ella con solo un añito. Siempre ha sido una muñeca.

—No tengo suficientes palabras de agradecimiento para las familias que optan por la adopción —comentó con naturalidad—. Es un acto impagable de generosidad humana. Estamos luchando para que esos interminables trámites que tanto desaniman, se acorten y sean más fluidos y razonables.

—También es impresionante la labor que hacéis desde la Fundación. Roman me hizo cosquillas para que cambiara de tema. Su naturaleza humilde hacía que se sintiera incómodo con ese tipo de reconocimientos. Me retorcí de risa antes de caer en la cuenta de lo tarde que debía de ser.

—Tengo que volver a casa. Si Carlos o la niña se despiertan y no me ven se asustarán mucho.

—Y no piensas contarles dónde has pasado la noche —adivinó Roman con un gesto pícaro.

—Y no pienso contárselo.

—No te vayas, no quiero que te vayas. —Me besó la punta de la nariz y a continuación me dio un mordisco.

Ahogué una risita bobalicona.

—No tengo más remedio. Pero te compenso dejando que me lleves.

Daban las seis y cuarto cuando solté con cuidado las llaves en el cestito que tengo a la entrada de casa. Repté de puntillas hasta mi cuarto, empujé la puerta y comprobé que los dos ángeles que hospedaba en mi mini-hogar

dormían como leños, sin siquiera percatarse de mi intrépida aventura, de mi prolongada ausencia. Al lavarme los dientes, despacito para no hacer ruido, observé mi cutis en el espejo: sonrosado, resplandeciente, satinado, ¡ni un solo grano! Iba a ser verdad que esto de darle al kiki es bueno para la salud. Me lancé un beso a mí misma, me hice el baile de la batidora, y me ovillé en el sofá; ya no sentí los muelles clavándose en mi carne, ni las estrecheces. En aquel estado de dicha suprema que me embargaba, ni el camastro carcelario más desastroso podría fastidiarme.

•17• Plan matrimonial

Quiero mucho a Cayetana, Dios y ella lo saben. Es mi mejor amiga, la que me saca de todos los follones en los que me meto pero temo a su tozudez como a una vara verde. Si se obstina en algo, por peregrino que sea, ándate con ojo porque removerá Roma con Santiago hasta salirse con la suya.

El capricho ahora era casarse con Neil. Mejor dicho, provocar que Neil le pidiera matrimonio a toda costa.

—Quién te ha visto y quién te ve —la recriminé haciendo girar el hielo dentro de mi Coca-Cola—, si tú no creías en el matrimonio.

—Estoy enamorada, ¿qué tiene de malo? —respondió a la defensiva. Y se tragó una aceituna con hueso y todo—. Tú eres la que va lenta, tienes que soltarte, Marina, así no te casarás en la vida.

Si yo le contara... Todavía me temblaban las rodillas y me hacía palmas la entrepierna, menudo revolcón. Pero su tono acusatorio me dolió un poco.

—Para el carro, Caye, no sé si quiero casarme, voy bien como voy.

Me dedicó una miradita suspicaz.

—Estás muy guapa, te veo distinta, no sé, algún secretillo guardarás; sea lo que sea, me alegro.

—Serán las lecciones de mi hermano —me escabullí a lo cobarde—, me tiene todo el día piso arriba piso abajo ensayando con los tacones, tengo más ampollas que una farmacia. Me obliga a maquillarme y a pintarme las uñas. —Se las mostré y ella hizo un gesto de complacencia—. Ah, y me ha quitado las horquillas.

—Créeme, te ha hecho un favor —respondió con su calma chicha reservada a las grandes ocasiones. Luego siguió a lo suyo, disfrutando de las vistas: mogollón de gente anónima caminando afanosa por la calle, atropellándose a codazos. Y nosotras allí, tan ricamente en una terracita al sol, tomando el aperitivo. Un lujoso instante de felicidad total.

—La visita de tu Carlos ha sido una bendición —caviló—, menuda suerte. Yo sigo sola ante el peligro, tengo que darle un empujón a este vikingo mío de sangre de horchata, antes de que sea tarde.

—Todos los nórdicos son calmosos por naturaleza. Y menos mal, porque

otro igual de explosivo que tú, no te aguanta. El pobre Neil tiene ganado el cielo. Mira, como mi padre.

—Te invito a cenar y lo pensamos.

—¿El qué? ¿Pensamos en mi padre? —parpadeé por completo descolocada.

—No, mujer, urdimos un plan para que este me compre el pedrusco matrimonial cagando leches.

Me pregunté qué diablos podía yo pintar en un objetivo como ese con lo pava que soy, y si no me llamaría Roman para cenar... ¡Sí, hombre! En lunes y después de la sesión de anoche. Yo no era tan irresistible, seguro que podía respirar un puñado de horas sin mí.

¡Qué narices! Ojalá se lo pensara mejor y me llamase. Dos o tres veces. Y me dijera que la nuestra había sido la mejor noche de sexo que...

Ejem... Marina, guapa, vuelve a tierra.

—Es que he quedado con Adela a las ocho y media para picar algo juntas —recordé bajando del limbo.

—Pues que se venga también, estoy de un generoso que lo doy todo, la emergencia lo justifica. No me mires así, pequeña ONG, que una tiene ya una edad y las novias viejales quedan como ridículas. —Se estremeció con un ademán teatral—. ¡Qué yuyu me da pensarlo siquiera, por Dios! Lo dicho, esta noche. Yo os recojo.

Pasé el día con mi hermano y mi sobrina. La llevamos a comer hamburguesas con helado y luego al centro comercial con tal de que se distrajese y nos diera cancha a Carletes y a mí para valorar la inesperada reacción de Florinda. No sabíamos bien si debíamos alegrarnos o todo lo contrario.

—Se trata de que le concedas tiempo. Agacha las orejas, aguanta el chaparrón y luego verás como las aguas vuelven a su cauce. Te quiere mucho, Carlos, está muy enamorada de ti todavía. Imagina la sorpresa, se siente estafada, se le tiene que pasar. Ya dejó entrever sus ganas de salir de Aljete, de probar cosas nuevas en una ciudad más grande. —Me mordí los labios, vacilando entre si continuar o no.

—¿Como por ejemplo Madrid? —aulló carletes.

—Hombre, si sería mejor, mucho mejor; supón que llegáis a ese acuerdo de custodia compartida al que aspiras. Estando en la misma ciudad la niña no tendrá que viajar.

—¡Esa mujer me persigue! ¡Es una loca que me acecha allá donde voy!

—Carlos, piensa en sus amigos, en el cole, sería inviable si Flori no vive en la misma ciudad que tú. Al final te hace un favor. La pobre tiene derecho a salir del pueblo, la están señalando con mucha crueldad. Ni que ella tuviese la culpa de que... de que tú... Ya sabes.

Se llevó la mano a la frente y se frotó a un lado y otro con frenesí.

—Vamos a sentarnos que me estoy mareando. Flori es un grano en el culo y tiene la cabeza dura como un marmolillo y si ahora ha cedido es porque la está planeando gorda. No abandonará tan fácilmente, no abandonará, lo que yo te diga.

—Ten fe. —Fue lo único que se me ocurrió.

—La tengo, la tengo. —Suspiró—. Rezo el rosario de mamá todas las tardes. Pero me planea la mala suerte, cari, todo se me complica, ni siquiera consigo entenderme con mi Lolo. —Pestañeé sorprendida. ¿A dónde había ido a parar ese sentimiento arrollador que mi hermano se trajo del pueblo?—. Me llama, lo llamo, y lo único que hacemos es discutir. ¡Me chantajea!

—Pero ¿qué dices?

—Chantaje emocional del perverso, el muy gorrino. ¡Me culpa de su depre! Si yo no digo que no lo esté pasando mal, sensibles somos todos, pero yo he movido ficha, tesorito, he pillado un bus... ¡Y Pa Madrid! Ya le dije que las penas con Cibeles son menos.

—¿Y él? ¿Él no se mueve?

—Está muy arraigado al pueblo, y a su *madredesualma*. En fin. —Suspiró con decisión—. Lo que es yo, no pienso volver a Aljete ni muerto, que se lo vaya quitando de la cabeza.

Por la noche, las chicas aterrizamos en un restaurante italiano muy frecuentado por la *jet-set* madrileña, en el que trataban a Cayetana como si fuese accionista mayoritaria y patrona del local. Habíamos recogido a Adela de camino y entre ella y Cayetana me tenían la cabeza vuelta del

revés, haciéndole un traje al último nominado de Gran hermano. Yo como no lo sigo porque prefiero leer, no me enteraba de nada; se despacharon a gusto. De vez en cuando... bueno, cada diez minutos, sacaba de estraperlo mi móvil y, sin que nadie se coscase, consultaba las llamadas. Nada. Ni rastro de Roman, después del festival de los sentidos que compartimos.

¡Ayyy! ¿Demasiado ocupado como para escribirme? ¿Olvidadizo? Esto no era buena señal, me lo decía mi intuición. ¿Decepcionado? ¿Sería eso? ¿Notaría mi absoluta y total inexperiencia sexual?

—¡Marinaaaaaaa!

Di un respingo.

—Que si prefieres esta mesa o aquella al lado de las plantas. —Me encogí de hombros—. Por si eres alérgica, mujer. Esta es muy buena, desde aquí se controla toda la sala.

Era Caye la que hablaba, claro, solo a ella se le ocurre reunir a las amigas a cenar para inspeccionar, de paso, quién entra y quién sale. Le concedí carta blanca y nos sentamos donde le salió a ella de la pera.

—Bueno, Adela, y cuéntanos cómo es que esa relación tuya con Juan se va consolidando —la animó a desembuchar. Resoplé con disimulo, esa historia la había oído ya mil veces.

—Pues verás, es que ni yo misma me lo creo, ha ido surgiendo poco a poco. Al principio éramos simples compañeros de oficina, JJ se incorporó nuevo...

—Pero te miraba mucho, siempre, todo el rato —interrumpí por no dormirme.

—Vale, sí, es cierto, pero ¿quién iba a pensar que era porque le atraía? Di por hecho que le inspiraba pensamientos del tipo «¿existe ropa de esa talla? ¿Cómo es que consigue meter esos jamones en unos vaqueros? ¿No revienta con tanta chocolatina?»

Nos hizo reír a todas. Esta Adela, cuando le da por mofarse de lo que otros llevarían como un complejo, se las trae. Se ha ganado la admiración de Cayetana, lo que no es moco de pavo, y en cuanto a mí, sospecho que tengo mucho que aprender de ella. No en vano, fue la primera que explotó en defensa de sus derechos con aquella peripecia de las extensiones-pegatina. Parece que todo ocurriese hace mil años.

—Las redondeces femeninas son un atributo físico como otro cualquiera —nos explicó Caye con soniquete de catedrática—, como ser rubia o

pelirroja y no dudes que hay chicos que las prefieren. A unos les gustan las tetas grandes, a otros recogiditas. Si la Jennifer López no fuese *celebrity*, ¿no diríamos que tiene el tirapedos como un trasatlántico?

—Pues sí —concluí.

—El caso es que me fijé en JJ cuando vi su gallardía toreado vecinos en la junta del Mayoral —prosiguió Adela con aire soñador.

A mí me recorrió un escalofrío recordando aquellas infames reuniones. Volví a echarle una ojeada al móvil. Nada.

—Era tan cordial, tan honesto, tan simpático... De repente ya no lo veía guapo, empecé a verlo «bueno». No de estar sino de ser. Y al desaparecer lo que me echaba para atrás, que era precisamente «estar demasiado macizo», me dejé llevar con menos miedo.

Mírala qué lista.

—¿Y cómo va?

—Rodando. ¿Os digo algo? No hago el más mínimo esfuerzo porque funcione, me limito a ser yo, él a ser él, y encajamos a la perfección; debe de ser que estábamos predestinados. Nos reímos mucho y peleamos más. Luego las reconciliaciones son bárbaras, nos ponemos como el Kiko delante de la tele. —Dejó ir un nostálgico suspiro y luego endureció su expresión—. Claro que no todo son rosas en nuestro camino, también tenemos espinas, una para ser exactos pero es tremenda.

—¿No tenéis un duro? —aventuré pensando en mis propios problemas.

—¿Una ex pegajosa? —sugirió Caye recordando los suyos.

—Una madre posesiva con su hijo único que no quiere oír hablar de mí. Me consta que JJ ha tratado mil veces de viajar a Galicia y presentarnos pero la señora cambia de conversación y se hace la sorda. ¡Ha decidido vivir convencida de que no existo!

—Que le den —apuntó Cayetana— ¿Quién demonios quiere una suegra?

—Bueno, JJ es muy madrero...

La anfitriona arrugó la nariz y a continuación se apoltronó en su silla con cara de querer cambiar de conversación. Ya había tenido bastante caramelo ajeno por aquella noche, que la conozco.

—Nos vamos de viaje —soltó de sopetón.

—¿Tú y Neil?

—Yo y vosotras.

—¿Y yo?

¡Madre del amor hermoso! ¡Olivia! ¡Olivia de Talier!

Los ojos de Cayetana se redondearon como platos llanos. No se caen lo que se dice muy bien. Bueno, caerse se caían, hasta que Olivia tuvo la ocurrencia de posar sus ojitos en Neil y despertó a la gorgona que Caye guarda dentro. Eso era agua pasada, me constaba, pero Caye es de las que guardan resentimientos de lo más tontos.

—¡Chicas, qué alegría encontraros! —Sin que nadie la invitase tiró de una silla y se nos unió. Con la sola excepción de la anfitriona, las demás estábamos muy contentas—. ¿A dónde vamos de viaje?

—Tú a ninguna parte —rugió Cayetana. Olivia parpadeó desde detrás de sus gafas. La pobre, que va de sobrada pero yo sé que es muy inocente y Caye le saca unos años y un buen cesto de mala uva—. Contigo ni a por billetes de quinientos, mona.

—Cayeeee... —la regañé. Ni caso, oye.

—¿Y eso por qué? —tuvo la osadía de cuestionar la de Talier.

Cayetana le clavó sus ojazos con desgana, como quien se ve obligado a repetir una lección mil veces explicada.

—Los hombres de las amigas son sa-gra-dos. ¿Te dice algo eso?

Olivia pareció comprender. Abrió la boca, la cerró después y soltó una carcajada.

—¡Ah, eso! Pero Caye, si estoy enamoradísima.

—¿Y a mí qué me cuentas? ¿No será de Neil? —Alzó la voz y pensé que se la comía.

—¡Nooo!, de otro. —Olivia era toda sosiego y felicidad. Empezó a trastear en el interior de su bolso. Cayetana le adivinó el pensamiento.

—Foto —exigió sin mirarla y estirando la palma de la mano delante de su cara. Olivia obedeció y en cuestión de segundos le pasó su móvil con la galería fotográfica abierta. Todas nos arremolinamos a ver. Yo ya lo conocía. Cayetana fue quien arqueó sorprendida las cejas.

—¡Uissss qué mono! Pero este es el peque de los Balboa.

—Sí, Luis, ¿lo conoces?

—Claro, mujer, a Cayetana Lundberg no se le escapa nadie de la crema madrileña. —Y le guiño un ojo cómplice. Todas respiramos.

—Caye, ¿me harías un favor enorme? —suplicó Olivia— ¿porfa, porfa,

porfa?

—Mientras no sea un trío con mi vikingo...

—Entérate de si Luis sale con alguien, si tiene novia, líos serios... Todo eso, ya sabes.

Caye aleteó una mano.

—Dalo por hecho. Mi esteticista es la misma que la de su madre. Y es de un cotilla...

—¿La madre? —quiso saber Olivia.

—¿La esteticista? —preguntó Adela.

Yo me dediqué a acordarme de la lengua de Roman desde la zona del ombligo hacia abajo. Ummm, qué gustito.

—Las dos. Un par de masajes y le saco la combinación de la caja fuerte.

Vaya, al fin parecía que enterraban el hacha de guerra, volvían a ser amigas y tendríamos la cena en paz. Caye ordenó champán y brindamos por no sé qué, yo andaba un poco distraída.

—Bueno, ¿y eso del viaje en grupo?, que me tiene intrigada —repitió Olivia. Ahora Caye no le hizo tantos ascos.

—Es para que nuestros respectivos nos echen de menos. Viaje relámpago, así, sin avisar. Desaparecemos y que se preocupen.

—Suena bien —convino Olivia.

La miré atravesada. Si cuando yo digo que estas dos en el fondo son almas gemelas.

—A mí no me parece tan buena idea —me atreví a objetar—, solo he salido con Roman... —conté con los dedos— cuatro veces. ¿No me acusas de ir despacio? Necesito oportunidades de rodaje.

—¿Cuatro veces? ¿Te has acostado ya con él? —me atosigó Caye. Me ruboricé hasta el nacimiento del pelo y escondí mis secretos dejando vagar los ojos por toda la mesa.

—¿No? —insistió Adela.

—¿Tú sí? —pregunté yo— ¿Antes del cuarto encuentro?

—Hija, el furor... Y que ya no somos unas crías.

—Siempre me habéis tachado de retrasada del grupo. Lo de lanzarse a lo bestia con tan poco tiempo de relación, no me parece. —Desde algún rincón de mi cerebro, la imagen de una peligrosa y racial morena vestida de lentejuelas, me lanzó una sonrisa cínica.

—Sí, hija, di que sí, a lo bestia —se cachondeó Cayetana—, qué barbaridad. ¿Cuántas citas necesitas para considerar la posibilidad de una relación sexual? —alzó la mano—. No me lo digas, no contestes, por favor. Bueno, qué, ¿nos bajamos a Marbella?

—¿Marbella? —Adela palmoteó felicísima—. ¡Qué chulo!

—Yo me apunto, no veas qué tiendas —la secundó Olivia. Sentí un agudo sentimiento de abandono y soledad.

—Adela, ¿dejarías tirado a JJ? —gimoteé.

—Tirado lo que se dice tirado...

—Marina, son cuatro o cinco días, no seis años —puntualizó Cayetana volviendo a levantar la copa del brindis—, por Dios, qué apretada eres. Decidido. Nos las piramos y que nos busquen. Veréis cómo funciona.

•18• Ya está bien con el cachondeo

Al salir del italiano, en corro y muertas de risa, ellas más que yo, asfixiada por la certeza de que mi vergonzosa inexperiencia en cuestiones de cama había espantado al hombre de mis sueños, me aguardaba una sorpresa en traje oscuro impecable y camisa rosada, desabotonada, sin corbata. Como otras veces, como siempre, Roman se rodeaba de un halo de poder y magnificencia, parecía el amo del mundo allí apoyado distraídamente contra el morro de su coche. No puedo decir que no me sacudiera verlo.

También me sacudió el codazo impresionante que me endilgaron Cayetana y Adela cada una por un costado y que estuvo a punto de hacerme caer de bruces.

Lo saludaron educadamente y antes de que yo pudiera esquivar el pasmo se esfumaron como un club de cómplices advertidas que hacen mutis para concederte intimidad. El gesto típico de la pandilla de quinceañeras que ahuecan el ala para que su amiga pele la pava con el motorista larguirucho y a medio cocer, que la espera en la puerta del cole.

Para cuando me besó en los labios yo ya estaba rojo escarlata. Y tartamuda por lo inesperado del encuentro.

—¿Cómo es que...? ¿Qué haces tú aquí?

—Esperarte —respondió con pachorra. Hasta ahí llegaba, me ofendí.

—Quiero decir que cómo sabes que estaba en este... ¡Oh, no! ¿Otra vez mi hermano?

Con una irritante sonrisa de suficiencia, Roman me atrapó de la cintura y me atrajo hacia sí. Me repartió besitos cortos por toda la cara sin concederme tregua para el cabreo.

—¿Qué más da? ¿No te alegras de verme?

—No es eso —me aparté mosqueada. En lugar de decirle que llevaba todo el día babeando porque me llamase, cometí la imperdonable estupidez de molestarme porque me controlaba—, es que no puedes ir por ahí espiándome, interrogando al pobre Carletes, sonsacándole lo que no te importa. Si salgo a cenar con mis amigas es cosa mía.

—No le veo la gravedad al asunto —comentó aún con tono de chascarrillo—, cenar con las amigas es un plan estupendo, pero no el único ni el mejor.

Volvió a atraparme en un lazo corredizo e insalvable.

—Si tanto te preocupa saber dónde estoy a cada segundo del día, podrías molestarte en llamar o enviarme un mensaje —gruñí.

—He tenido un lunes de locos, hasta he almorzado en la sala de juntas, pero no quería acabar el día sin verte y recordarte lo mucho que me gustas. Otra vez aquel aroma suyo irresistible que se me colaba por la nariz y me invadía todos los poros del cuerpo como una mala enfermedad, capaz de hacer conmigo lo que le viniese en gana. Pues no. Roman Hellman decidía y cortaba el bacalao de todo quisqui, pero no iba a cortar el mío.

—Ya está bien con el cachondeo —espeté malhumorada apoyando las manos en su pecho para mantener las distancias—. Llegas rebosando eficacia, como si hubiésemos quedado y has conseguido que las chicas se marchen y me dejen tirada. Te parecerá bonito.

—Obviamente estoy aquí para llevarte a casa sana y salva, no las necesitas.

—¿Por qué no dejas el disfraz de caballero andante por un rato? A un millonario polifacético como tú no le pega. ¿Te has parado a pensar que quizá prefería terminar la velada con ellas? Era una noche especial, noche de amigas, y la has fastidiado.

—Vaya, no pensé que fuese a interrumpir nada trascendental.

—Eso es lo malo, que nada que no salga de tu cerebro o de tus megaproyectos llega, según tú, a categoría de trascendental.

Roman reculó un paso. Seguramente nunca pensó que pudiese enfadarme tanto.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado?

—El de que no consultas, el que haces y deshaces sin contar con nadie, el que te presentas aquí después de no saber de ti en todo el día —se me escapó la verdadera razón del enfado—, me alejas de mis amigas y me cortas el rollo.

—Llevas demasiado tiempo sin pareja, Julieta —me soltó. Lo entendí como una humillante acusación.

—Llevo demasiado tiempo libre como los pájaros, sí, sin nadie a quien rendir cuentas más que a mi gata, que suele conformarse con las explicaciones que le doy. —Levanté la barbilla muy digna.

Nos quedamos callados los dos. Mudos y con los músculos en tensión. El

entusiasmo inicial de Roman reducido a miguitas, la tensión sexual, disparada.

—Entonces ¿te llevo a casa? No voy a invitarte a una copa o me estrellarás en la cabeza lo que se te ponga a tiro, te voy conociendo.

—A mi casa —especifiqué cruzada de brazos.

—A tu casa —accedió. Y abrió la portezuela del coche para que pudiera subirme.

Quise hacerlo con tanto brío que tropecé con el primer escalón, me estampé contra el cuero del asiento y me quedé con el culo en pompa delante mismo de su cara. Aguantando la risa, Roman me ayudó a recomponerme, aprovechando la postura para palparme el trasero. La furia me salía por las orejas, me deshice de su caricia con un manotazo. ¿Tenía que cometer una torpeza semejante precisamente ahora? Si es que no tengo arreglo.

—Me marcho de viaje —anuncié cortante una vez arrancamos—. Con mis amigas.

Pareció extrañarse.

—¿En serio? ¿A dónde? ¿Por cuánto tiempo?

Desvié los ojos hacia la ventanilla, sonriendo satisfecha de medio lado por la conmoción que advertí en su tono.

—Ni idea, es una escapada sorpresa, la organiza Cayetana.

—Pero... ¿muchos días?

—¿Me lo preguntas para poder hacer planes con tu amiguita Lana?

—Marina, por favor...

—Ni por favor ni por narices. Hablas con ella un minuto y tienes la impresión de que sabe bien cómo ponerte el bozal y atarte corto con correa. Igual te silba y saltas.

Sacudió la cabeza desconcertado.

—¿Has hablado con Lana?

—Puede —zanjé enigmática—. ¿Estaba prohibido?

—Desde luego que no pero procura hacerle el menor caso posible a esa encantadora de serpientes.

—Ummm.

Tenía que reconocerle los méritos: yo estaba comportándome como una insoportable y él echándole una paciencia de santo a mi berrinche. Pero es

que lo tenía todo revuelto en la cabeza y en las tripas: mis inseguridades y complejos pendían sobre mí como una espada de Damocles bien afilada, su ausencia durante todo el día, su actitud de sobrado, las hirientes frases de Lana, su mutua y envidiable confianza, los años que la espectacular morena me llevaba de delantera, la pregunta incontestada de cuántas admiradoras harían cola de rodillas bajo la ventana de Roman Hellman... Demasiado para una chica boba como yo. ¡Qué porras! Demasiado para cualquier chica.

Y encima, en el equipo de música de su coche, sonando *Impossible* de James Arthur. Para derretirse a chorreones.

—Por esa regla de tres de la que echas mano cada vez que te interesa —acusó con calma—, tu amiga Cayetana podría preguntar antes de organizar un viaje y disponer de la vida de nadie.

—A mí no me importa, ella es así y me gusta su espontaneidad. Total, no tengo trabajo al que ir.

—Pero no te ha consultado. ¿Dispone, decide y tú le sigues como un perrito faldero?

—¡Oye, no me llames eso! No puedes enfadarte conmigo por ser una buena amiga.

—Tú le llamas buena amiga a lo que yo llamo comodín. Siempre estás dispuesta para los demás, Marina, siempre, pero no para mí.

Me abstuve de comentarios porque tenía razón, no iba a negárselo, pero tampoco a reconocerlo. Frenó en la puerta de mi casa y le di la espalda con brusquedad dispuesta a marcharme sin arrumacos ni despedida. Si me besaba estaba perdida, con su olor tan personal incrustado en mi embotado cerebro. Al notar que me agarraba del brazo empecé a temblar.

—Espera.

—No voy a besarte —advertí afilada—, no pierdas el tiempo. Estoy enfadada contigo, no vuelvas a cortarme el rollo apareciendo de improviso como has hecho esta noche —ya ves, como si me importara. Lo falsas que llegamos a ser con tal de aparentar lo que no sentimos: indiferencia—, porque la próxima vez que...

Se abalanzó sobre mí como un león contra su hembra vencida, me rodeó con sus largos brazos y me sorbió alma, corazón y vida en un largo y ardiente beso. Cuando me soltó, respiraba sin compás y todo me giraba alrededor.

—Sigo pensando lo mismo —silabeé con el resto de dignidad que me quedaba.

Vi que Roman sacaba algo de su bolsillo, un par de papelitos alargados.

—Toma, eran para nosotros pero si te vas de viaje... En fin, creo que a tu sobrina le hará mucha ilusión.

Miré con detenimiento las entradas para el Circo del Sol, en localidades VIP y deseé que me tragasen las alfombrillas del todoterreno, no se puede ser más chula a destiempo ni más metepatas. Me mordí el labio mortificada.

—Sí, le gustarán, gracias.

—Y si te apetece, cuando vuelvas de ese viaje misterioso... —exigió con dura frialdad. Me lo tenía merecido, por imbécil—, me llamas.

Baluceé una fugaz despedida, titubeé, le besé la mejilla afeitada y tersa, se mantuvo impertérrito sin devolverme el beso, y salí embalada camino del portal. En el espejo del ascensor me di cuenta de que acababa de salirme un grano en mitad de la frente.

Llevé a Caye pegada a la oreja renegando durante todo el vuelo. Menos mal que no es muy largo, si no, no lo cuento. Los reproches empezaron nada más sentarnos, el avión ni siquiera estaba completo.

—La culpa es mía y solo mía, si te conozco, Marina, no sé cómo se me ocurre encargarte los billetes de avión para que los saques en *Economy Class*, es para matarte.

—¿Tal vez porque estabas muy ocupada poniéndote a punto para la playa en el salón de belleza y tu querida ONG estaba libre y sin ocupación? —insinué con una chispa de malicia.

—Bueno, sí, pero hija, así no se puede viajar, ¿no ves que voy empotrada en el asiento de delante? *Bussines*, quería *bussines*. Con lo eficiente que eres con los papeles, no puedo creerlo.

—Caye, Adela y yo no podemos permitirnos un *bussines* y pensé que te haría ilusión que viajásemos juntas las cuatro.

—Ya estamos con las desgracias; me pides la tarjeta, pago yo, y santas pascuas. Y qué agobio, oye, con las cortinillas estas...

Íbamos en primera fila de *Economy*, detrás de la última de preferente y en

efecto, unas rígidas cortinas tipo acordeón nos separaban visualmente de la clase privilegiada todavía desocupada. Los ricos jamás corren desmelenados para ocupar sus asientos.

—Qué claustrofobia —protestó. Y ni corta ni perezosa las empujó hacia los asientos de preferente. Vi con dolor cómo los propietarios de las butacas se iban sentando con las molestas cortinas plegadas contra el cogote, sin rechistar siquiera.

Pero cuando menos lo esperábamos, una vez superado el despegue, estando Caye ligeramente inclinada hacia delante, la azafata colocó el separador textil en su lugar y le arreó con él, un viaje en plena cara.

Me encomendé a todos los santos. Fue como una explosión nuclear en un retrete.

—¡Oiga! ¡Sí, usted! Me ha dado en la cara con estas. —La azafata se hizo la longuis y sonrió como si Caye se expresara en chino. Miré por la ventanilla tarareando una cancioncilla italiana para relajarme—. ¿No podría al menos disculparse?

—Señorita, las cortinas deben ir corridas durante el vuelo —explicó muy formal. No solo pasó olímpicamente de ella sino que daba la impresión de alegrarse de haberle endiñado a una pasajera en toda la jeta y de pagar con ella su mal genio. Solo que Cayetana no era una usuaria del avión cualquiera, con Caye, el que la hace, la paga.

¡Ay madre...!

—¿Qué tendrá eso que ver con que me golpee con ellas? ¿Y si me deja tuerta? ¿Tienen un seguro que cubra este tipo de negligencias?

—Caye, porfa déjalo —masqué entre dientes—, nos está mirando todo el avión.

—¡No se marche! ¡Oiga! —bufó. Giró hacia mí—. No puedo con la gente maleducada.

—Te entiendo, te entiendo. —Mejor darle la razón y finiquitar el tema.

De eso nada. Sería tener demasiada suerte.

Al cabo de un rato, la interfecta volvió pasillo adelante cargada con una bandeja de zumos y vasitos de agua, concentrada en recolectar euros a cambio de un trago, cuando con gracioso disimulo el pie de Caye se interpuso en su camino. El estrecho corredor se transformó en una trampa mortal, la bandeja saltó volando disparada por los aires y la azafata atrevida se hoció contra la moqueta. Un señor con bigote se apresuró a

levantarla de los infiernos.

—Caye... No puedo creerlo —me horroricé. Mi amiga contuvo la risa, la muy pérfida.

—Vale, de lo de la bandeja soy culpable. Del despatarre ha sido ella, por torpe.

—Que nos conocemos... —insistí con los ojos en blanco. Ella se carcajeaba.

—Calla, cenizas, no me arruines la diversión. Ya lo sabes para la próxima, *bussines* al canto.

Adela introdujo la cabeza por entre nuestros asientos. Se reía como una loca.

—Eres de un jodío... —alabó a Caye. Eso, lo que le hacía falta, que le rieran las gracias—. Sabes que te tengo por mi heroína, ¿verdad? Que te admiro y flipo contigo, sabes que...

—Como además digas eso de «de mayor quiero ser como tú» te comes el cristal de la ventanilla de emergencias.

Adela se volvió a reír.

—Hasta cabreada me caes bien, como no me afecta... —Volvió a sentarse como Dios manda.

—¿Traes revistas?

—No, una novela, ¿quieres que te la preste?

—No tengo yo paciencia... Joder, me gustaría, Neil lee todas las noches y parece pasárselo tan bien que me corroe la envidia. Recomiéndame algo divertido para empezar.

—Te haré una lista cuando volvamos a Madrid. Por cierto, ¿cuándo volvemos?

Las pupilas de Caye soltaron un destello.

—Deseandito pegarte otro revolconcillo con tu Roman, ¿eh, pillina?

—¿Lo sabes? —balbuceé ruborizada.

—Pues claro, peque, lo llevas escrito en la frente. Ya era hora de que te desatasaran las tuberías, hija, me tenías preocupada.

—Caye...

—Dime.

—Tú conoces a Roman, a su familia.

—A la familia bastante, a él solo de oídas. No me prodigo demasiado en el mundo de la labor humanitaria, es aburrido, repetitivo y cansino. Siempre más de lo mismo. Colaboro con generosidad pero no asisto a los eventos, menudo muermo.

—Es que querría saber...

—Otra como Olivia —frunció el ceño con hastío—. Terminareis causándome complejo de correveidile.

—¿Es... de fiar?

Esa pregunta parece que no se la esperaba.

—¿En qué sentido?

—Ya sabes en qué sentido, Caye. —Me costaba soltar la palabrita—. El amoroso.

El hondo suspiro que soltó mi amiga me desasosegó hasta decir basta.

—Tiene fama de Don Juan no te lo voy a negar. No es de los peores, los hay crápulas de cuidado, mujeres, juego, bebida, drogas... La noche, hija, que los confunde a base de bien. Y el tener todos los euros posibles a disposición.

—¿Roman no es de esos?

—No hasta ese punto.

—¿Qué significa exactamente «no hasta ese punto»? —Empecé a desquiciarme—. Por el amor de Cristo, Caye, no te pongas enigmática que me da un soponcio.

•19• Marbella ida y vuelta

Mi amiga se recostó y pidió champán frío. Algo no muy habitual en *Economy Class*, por lo visto.

—Veo que te importa mucho ese chico.

—Ves bien —repliqué tan escueta como impaciente—. Ponme al corriente de lo que sepas.

—Es guapo de morir, eso no hace falta que te lo diga, eres paradita no ciega; está podrido de euros y soltero. Hija, blanco y en botella de cristal, leche. Las tipas se dan tortas por cazarlo. Él se divierte aquí y allá y no termina de comprometerse con ninguna. De lo más normal, por otro lado, yo también lo haría. —Me dirigió una mirada significativa—. Hasta tú lo harías.

—¿Tú crees que... puede ir en serio conmigo? —Señor, pronunciarlo delante de mi mejor amiga me provocaba una insuperable vergüenza.

—¿Por qué no?

Su lógica me desorientó.

—¿Y por qué sí?

—¿Y por qué me lo preguntas?

—Porque quiero saberlo. Necesito saberlo —rectifiqué.

—Pero si te contesto no me escuchas, si no respondo a lo que ya tienes pensado por tu cuenta, lo rechazas, de modo que repito: ¿para qué quieres saber mi opinión si no vas a creértela?

Arrugué el morro.

—Caye, reconoce que es difícilillo de creer. Ese hombre y... yo.

—Cosas más raras se han visto.

—¡Menudo consuelo! —Crucé los brazos contra el pecho decidida a no atender más. Si a cada rato, y pese a la voluntad informativa de Cayetana, me sentía peor y más insignificante.

Llegó otra azafata a traernos el champán, una desconocida con cara de susto a la que la de la zancadilla debió de haber puesto al corriente; miró a Caye como si fuese una cobra real a punto de atacar, soltó las copas, cobró y salió huyendo. Caye retomó nuestra conversación en la interrupción

misma.

—No te lo tomes a mal, estas cosas pasan. Los partidos codiciados se disputan, es divertido cuando ganas y les das a todas en los morros.

Le regalé una mirada asesina, criminal, de las peores.

—Te lo parecerá a ti.

—Perdedoras... No lo seas nunca, ONG. Antes morir que perder la vida.

Menos mal que no me encargaron también la reserva del hotel o hubiese cometido algún otro imperdonable error. Cayetana escogió El Fuerte, en pleno centro de Marbella, lamido por las olas; una auténtica maravilla para una aljeteña como yo que ve el mar en pintura y solo de higos a brevas.

A Adela y a una servidora nos faltó poco para ponernos a bailar.

—Muy mono —comentó Olivia con desinterés. Allá que se fue anclada en el brazo de Cayetana, las dos hartas de recorrer mundo en las mejores instalaciones cinco estrellas. Adela y yo nos quedamos un poquitín rezagadas llenándonos el ojo con tanto lujo desacostumbrado.

De inmediato me figuré allí mismo acompañando a Roman. Habría tropezado un par de veces delante de todos con la gruesa alfombra del vestíbulo y cuando el mozo de los equipajes me abordara para ayudarme con la maleta, creería ser víctima de un atraco. Menudo sofoco, si es que no encajo, no encajo...

—¡¡Marinaaa!!

Leñe. Otra vez en la inopia.

—¿Qué?

—¿Cama de matrimonio tamaño normal o *king-size* ?

Acudimos a la cena como niñas con zapatos nuevos. Cayetana llevaba un impecable conjunto crema de pantalón de pata ancha con blusa de idéntico color y plataformas; todo muy de gasa, muy elegante y con caída. Olivia prefirió un vestidito años cincuenta de estampado en brocado blanco y amarillo que le otorgaba una encantadora semejanza con Marisol en sus tiempos de la tómbola. Adela, fiel a su estilo, vestía *leggings* negros y una camisola estampada juvenil y colorista. Y yo... Bueno, yo después de

probarme todo lo que encerraba mi maleta me decidí por una túnica de colores que me llegaba hasta media pierna y unas merceditas rojas de tacón. Me observé en el espejo del armario. Un temible «cuerpo entero».

—Maldito seas, Carletes, por crearme una duda existencial acerca de mis gustos estilísticos. Yo antes iba directa a la cómoda y siempre sabía qué escoger. Ahora titubeo, recelo y temo. Y no llego a vestirme nunca.

Me tiré en plancha a la cama, frustrada y exhausta; la cara se me había vuelto a llenar de granos y empezaba a sospechar una espantosa conexión entre mi sistema nervioso y aquellas asquerosas protuberancias que me desfiguraban sin compasión. El número de espinillas era proporcional a mi estado de ánimo: cuanto más chungo, más y más gordas.

Mierda. La culpa la tenía Roman por dejarme sola todo un día después de haber compartido con él mi momento más íntimo. ¿Acaso no imaginaba lo especial, importante y extraordinario que había sido para mí hacer el amor con él? No, claro, cómo iba a saberlo. Las mujeres que frecuentaba serían diosas del sexo, practicantes habituales, nada que ver conmigo, ¿por qué iba a darle más importancia que la de un simple rato de placer entre adultos?

Ni que fuera virgen.

Ya, pero casi.

Era mucho pedir que se lo figurase...

O no.

Golpecitos en mi puerta. Adela berreando mi nombre desde fuera. Tenía que salir ya, me esperaban.

Crucé la habitación como una ráfaga y al pasar por delante del espejo de la entrada reparé en mi cara pálida y demacrada. Si es que no deberían poner tantos espejos por todos lados, te acosan, te amargan, qué presión.

—Un segundo, tengo que maquillarme un poco —le rogué a las chicas que me esperaban en el pasillo. Se abrieron tres pares de ojos desencajados—. ¿Qué? ¿No estáis siempre echándome en cara que no me ocupo de mi aspecto?

—Te noto un pelín estresada, Marina —Cayetana entró diligente y me rodeó los hombros con el brazo—, aceleradilla, diría yo. Andad, chicas, nos vemos en el comedor. Le echo una mano y nos unimos en un santiamén. Oli, pide champán del que tú y yo sabemos.

Se despidieron con un guiño. Íntimas, vaya. Mientras, yo me desesperaba por recoger los lagrimones que mis ojos arrojaban.

—¿Te pinto un poquito? —se ofreció Caye—. Marinita, ¿qué te pasa? ¿Qué le decía? ¿Que tenía crisis de ansiedad? ¿Ansiedad por no estar a la altura, por valer menos que un billete falso de cincuenta? ¿Por no poder aspirar ni en mis mejores sueños al hombre que me había secuestrado el juicio y el corazón?

No era más que una estúpida por pensar eso. En lugar de amargarme, debería repetirme cien mil veces lo mucho que valgo y lo afortunado que era Roman por tenerme. Mejor tragarme la bola y bajar a cenar.

—Nada, estoy tontorrón, cosas del período. —Caye me miró con desconfianza—. Anda, sí, arréglame este careto... si puedes.

Como la tonta que tropieza quinientas veces con la misma piedra, repetí el martirio de estar más pendiente de las llamadas y mensajes entrantes en mi móvil, CERO, que de lo que me llevaba a la boca, ALGO carísimo y delicioso, seguro. Ver a las chicas divertirse y parlotear disfrutando de un momento tan especial sin que el maremoto de mis pensamientos me permitiese unirme al cotarro, era para darme de tortas. Pero yo soy yo, ya lo sabéis, no cambio. Evoluciono despacio, que no es poco.

Pretender irse de despelote con las amigas estando enamorada hasta las trancas es una soberana estupidez. Algo como ingresarse en un manicomio estando completamente cuerdo: ves a los demás brincar y hacer un montón de cosas extrañísimas con las que tú no disfrutas.

No obstante, quería integrarme, y cuando más firme era mi resolución de sacudirme la melancolía, esperando el momento oportuno para ponerme a reír como una condenada a muerte, tronó el móvil de Cayetana y los acontecimientos dieron un vuelco inesperado.

—¿Cómo dices? —Teniendo en cuenta que era su novio, envidié su capacidad para fingir desinterés e indiferencia— ¿Síiii? Bueno, podemos hablarlo. ¿Y de qué se trata? —Abandonó su silla con el teléfono pegado a la oreja. Nuestros ojos curiosos la persiguieron—. ¿Cómo que no piensas adelantarme...? Neiiil...

Cuando regresó venía arrebolada, con los ojos insultantemente festivos y una sonrisa bobalicona pegada a los labios.

—Chicas, me vuelvo a Madrid —anunció. Estuve a punto de caerme de culo al suelo.

—Estás de broma —aventuró Olivia con el tenedor en el aire, a mitad de camino entre el plato y su boquita de piñón.

—«Vuelve pronto que tengo una sorpresa para ti» —declaró Caye con tono hueco—, esas han sido sus palabras. —Dio dos botes sobre la misma loseta —.¡Es un anillo, un anillo de compromiso, un pedruscón de antología, ya veréis! Me voy Pa Madrid cagando leches.

—Pero ¿no ibas a hacerlo sufrir? —pregunté con desmayo, agotada solo de pensar en el trajín del regreso.

—Ya ha sufrido —dedujo—, ¿no ves que va a pedirme que me case con él?

—¿Cómo estás tan segura? —Se hizo el silencio. Adela siempre se las arregla para preguntar lo menos conveniente. Caye levantó burlona una sola ceja.

—Mis queridísimas pequeñuelas, ¿alguna vez habéis visto que me equivoque?

¡Dios, qué segura sonaba! ¡Qué envidieja verde y abundante!

—Id preparando las pamelas, menudo bodorrio vamos a organizar.

Las pamelas y las maletas, me temo.

—Acabamos de llegar, yo ya me había hecho la idea de disfrutar del sol hasta el fin de semana —objetó Olivia pensativa—. Creo que me quedo.

—Yo también me quedo, para una vez que salgo de Madrid —decidió Adela.

Mi corazón se dividió al segundo entre mis ganas locas de correr a los brazos de Roman y el cariño infinito que sentía por mis amigas. Peeero...

—Me marchó contigo, Caye —rematé—. Estás tan exaltada que cualquiera se fía de la que puedas liar en el avión.

Si no llega a ser por los ánimos que me insufló una eufórica Cayetana en el viaje de vuelta, taxi a casa incluido, no me habría atrevido a marcar el número de Roman. Según ella, una pierde el tiempo fingiendo a los quince años pero una mujer hecha y derecha siempre expresa sus deseos clara y abiertamente y va con la verdad por delante.

¿Le dijo la sartén al cazo? La madre que la parió.

El caso es que a mí, sus consejos de pacotilla sí que me sirvieron, no soy

una mentirosa compulsiva cualquiera y me prometí que nada más quedarme a solas lo llamaría. Fue lo que hice agazapada en mi portal como una fugitiva a cubierto.

—¿Hola?

—¡Marina!

Me respondió mucho más cálido y afectuoso de lo que me esperaba. De lo que merecía, seamos sinceros.

—He vuelto.

—¿Quedamos? —propuso con sencillez. ¿Por qué tenía que mostrarse siempre tan sólido? No vacilaba, no le temblaba la voz; era como si tuviera por seguro que yo diría sí arrojándome a la carrera a sus brazos.

Ni más ni menos que lo que querría haber hecho. Pero no lo que dije.

—Voy a dedicarle lo que queda de día a mi hermano y a Merche; además, estoy cansadísima.

Guardó un sospechoso silencio. ¡Ayyy...!

—Nena, ¿cuándo terminará este juego?

La crítica pregunta me pilló por sorpresa.

—No sé a qué te refieres.

—A cuándo concertar una cita contigo dejará de ser una expedición por la selva del Amazonas.

—Cuando tú termines de estar tan ocupado con tus reuniones y compromisos —zaherí a conciencia— y recuerdes que yo también tengo vida.

—*Touché.*

Ah, ¿sí? ¡Leñe! ¿Tan fácil?

—Me gustaría que almorzaras conmigo mañana a mediodía.

—De acuerdo —respondí nerviosa y halagada por la invitación y la nueva oportunidad.

—Que sepas que quiero presentarte a alguien —advirtió. Toda yo me puse rígida—, es por si te desagradan las sorpresas, otra cosa que intento averiguar de tu intrincada personalidad.

—Me gustan las sorpresas —mentí gruñona— y no soy para nada intrincada. ¿De quién se trata?

¿Otra amiga de la infancia? Por Dios, no, que no fuera eso o me cortaba las venas con un papel de lija.

—Pienso guardar ese secreto y llevármelo a la tumba —se mofó. Casi podía verlo, sonriendo de medio lado, burlón y arrogante. Pero guapísimo a más no poder.

Empecé a sudar imaginando mil horrores.

—No puedes dejarme así, tienes que...

—Vaaale, hasta la tumba no, solo hasta mañana. Ponte guapa.

—¿Ponte guapa? ¿Qué significa...?

—Te recojo a la una y media, por favor, procura estar lista, no me agrada comer frío, a ver si esta vez podemos evitarlo.

Me dejó boquiabierta. Menudo mandón.

—Que descanses, preciosa. Ah, y solo para que lo sepas, me alegra que hayas vuelto tan pronto.

Cuando colgué me sentí ridícula. Habíamos vuelto por un capricho inesperado de Cayetana pero él lo ignoraba, debió de pensar que cogía un avión a la desesperada porque no podía soportar la distancia.

Engreído.

Necesitaba averiguar quién era el personaje misterioso que pretendía presentarme. Saber a qué atenerme; odio las sorpresas, de ordinario me pillan con la guardia baja y cara de panoli.

Carletes y Merche se acosaban en una sangrienta partida de parchís y mi sobrina hacía todas las trampas habidas y por haber; su padre le permitía ganar y se hacía el longuis con tal de verla contenta. Cuando aparecí por la puerta se me tiraron encima, especialmente Merche, que arrampló con el tablero y con todas las fichas.

—¡Titaaa, has vuelto!

—He vuelto, cariño.

—Corto el viajecito, ¿no, cari? —Mi hermano me evaluó cuidadoso desde su silla. Me encogí de hombros sin respuesta.

—Las cosas de Cayetana, lo mismo se le antoja ir que venir.

—¿Y tú? ¿Por qué le sigues la corriente?

No. Otro con la misma cantinela.

—¿Tú también vas a decirme que soy el perrito faldero de mi amiga? —lo desafié con un tono algo más elevado de lo que pretendía.

—¿También? ¿Quién te acusó primero? Ah, no me lo digas, el guapérrimo Roman Hellman.

—¿El señor alto? —intervino Merche.

—Sí, hija, alto, estupendísimo y todo lo demás que puede ser un hombre perfecto —la ilustró mi hermano rezumando admiración.

—Carletes, por el amor del cielo.

Un pelín histérica le di la espalda y me adentré en mi dormitorio invadido, con la intención de cambiarme de ropa y darme una buena ducha. Merche vino trotando detrás de mí. Carletes se lanzó al sofá con el mando de la tele en la mano.

—Te agradecería que no conspirases con él en mi contra —le pedí a chillido limpio desde el cuarto— Bastante complicado lo tengo ya.

—Uiss, qué palabra más fea. ¿Quién conspira?

—¿Qué es «conspirar», tita? —nos cortó Merche.

—Juntarse para amargarme la vida —refunfuñé.

—Ni caso, princesa —exclamó él desde el tresillo—, le ha debido sentar mal el *jet-lag*. Hija, por Dios, qué humor de perros.

—No pido la luna, solo que dejéis de mangonear mi vida —mascullé con los brazos hacia el techo.

—Siempre lo hemos hecho, Mari, quiero decir que nunca te ha importado —me sorprendió mi hermano con toda la naturalidad del mundo. Exactamente, era cierto, nunca protesté por las intromisiones, siempre me mostré sumisa a las órdenes de los demás, así era como me conocían.

Tiempo de cambiar. Y de mejorar. Y de hacerme respetar. Y de todas esas cosas importantes.

—En cualquier caso, cielo, no la cagues, bastante hago yo con echar a perder mi historia con Lolo —insistió Carletes disponiéndose a disfrutar de su culebrón favorito—; Roman es sencillamente ¡¡PERFECTO!!

•20• Vienes de pena...

Volví a hacer acto de presencia en el salón, con mi bata de pollitos y el pelo recogido en un sinfín de horquillas de colores.

—¿Podéis acostaros para que yo me pueda acostar también?

—Si son las siete de la tarde, Mari, dónde vas —rio mi hermano.

—Voy a la cama si pudiera, que estoy reventada, pero no puedo porque la ocupas tú. —Me dejé caer como un fardo en la esquina del sofá. Calculé mal y fui a dar con el culo en el suelo. Esa fue la gota que colmó el vaso, me eché a llorar estrepitosamente. Antes de que pudiera reaccionar tenía a Merche y a Carletes encima, abrazándome y besuqueándome con agonía.

—Vienes de pena, el cansancio te sienta regular; voy a preparar una infusión de esa de las tuyas —se ofreció mi hermano pequeño—, Merche, pon a arder las varillas de incienso de tu tía.

—No dejes que la niña juegue con cerillas —hipé en mitad de mi berrinche.

—Suenas como mamá, no va a jugar, solo a encender una varilla con supervisión paterna a menos de dos metros de distancia. Yo prendo la cerilla y ella acerca el incienso, ¿verdad, cariñito?

Merche corrió a cumplimentar lo que le habían ordenado muy orgullosa de sentirse útil; yo me mantuve en el suelo despatarrada, desahogando toda la tensión acumulada desde hacía días.

—Estás nerviosa, te vas a tumbar en el sofá, te arroparé con un edredón ligero y con mimos; te beberás la infusión y Merche y yo te desvelaremos la sorpresa que hemos preparado.

Levanté unos ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar, envueltos en una interrogante enorme.

—Hemos ido de compras. Te hemos renovado el guardarropa, cari.

—¡Ha sido divertidísimo! —me aseguró Merche que venía caminando feliz con su varilla de incienso en la mano. Percibir el simple aroma en el aire me sosegó, yo es que soy mucho de olores.

—Pero si solo he estado fuera un día —dije sin creerme lo que escuchaba.

—Para unos shopalcoholics como nosotros, seis horas son más que

suficientes, ¿a que sí, Merche?

Entrechocaron las palmas en el aire. Realmente formaban un equipo estupendo, me hubiese encantado que Flori pudiera verlos. Qué alegrón.

—¿Con qué dinero?

—Nena, soy dueño del mejor y más boyante pub de Aljete, no irás a creerte que sigo con los bolsillos vacíos. —Tomó asiento a mi lado, en el suelo y me cogió la mano—. Si no he alquilado directamente y ya un apartamento es porque necesitábamos pasar unos días juntos, te echaba de menos, hermana, necesitaba tu calidez humana. Mari, eres única, desprendes un nosequé y un quéseyo que curan el alma.

Y yo que pensaba que no tenía dónde meterse, cómo me toman el pelo. Le golpeé el hombro en broma.

—Déjate de monsergas y enseñadme lo que me habéis comprado.

Pegó un bote, fue a la cocina, me puso por delante la taza con la infusión caliente y desapareció con su hija en el dormitorio.

—Titaaa, ¿preparada para el desfile?

—Sí, claro —qué otro remedio me quedaba. Dejé mi patética posición en el suelo y me acomodé entre los cojines del sofá. De repente mi ánimo se había puesto un par de tiritas y mejoraba a toda mecha.

Lo que me pude reír con mi sobrina vistiendo, cuando podía, las prendas que entre los dos habían elegido para mi armario. Vestidos de primavera estampados en tonos alegres, ceñidos en la cintura con preciosas faldas de vuelo, zapatos de salón con tacón mediano con los que ejercitar el andar garboso que se me resistía, chaquetitas imitación Chanel, pantalones y tops vaporosos con un aire irresistible de elegancia, diademas de pedrería para el pelo, collares babero con los que transformar radicalmente una simple camiseta de algodón de las que poblaban mi cómoda.

Me descubrí tapándome la boca con las manos y dando grititos y saltos sobre el sofá.

—¿Te gustan, tita?

—¿Qué si me gustan? ¡Me encantan! ¡Me encanta todo! ¡Qué bonito, qué moderno, y no deja de ser mi estilo! ¡Carletes, eres un genio!

Mi hermano se sopló las uñas de la mano derecha.

—Bueeeno, si lo quieres llamar así... De acuerdo ¡Lo soy!

Los abracé hasta que los músculos de mi espalda dijeron basta y gimoteé hasta quedarme seca. ¡Ay, pero qué bien sientan estas escenas de rotundo

afecto familiar cuando son sinceras!

—Bajo a por pasteles y lo celebramos con una merendola de campeonato —anunció Carletes radiante como un fluorescente.

—De acuerdo, lo celebramos. Especialmente porque a estas horas — consulté mi reloj de pulsera— es probable que a mi mejor amiga le estén pidiendo matrimonio.

Y una porra. Con Cayetana Lundberg nunca se sabe. Está abonada a la vida trepidante y a darnos a los que la apreciamos unos sobresaltos mortales. Me telefoneó a la una de la mañana, cuando la borrachera de felicidad por mi nuevo armario, el panzón de pasteles que me había metido entre pecho y espalda y el cansancio del ajeteo, me habían convertido en un leño que reposa inerte en un sofá.

—¿Marina? ¡Marinita!

—Dime que aún llego —balbuceé adormilada—, dime que no te ha dado un flash y te has casado esta misma noche.

—¡No me lo ha pedido! —aulló. El alarido colaboró a mi desperece total.

—¿Cómo? Dijo que tenía una gran sorpresa para ti, que no te podía adelantar por teléfono —recordé sus palabras.

—¡Menuda sorpresa! La madre que parió al vikingo este que me ha tocado en suerte. No vas a creer de qué se trata.

—No es un anillo con pedrusco —deduje yo sola.

—Es una sueca.

¿Einng? ¿Tríos? ¿Orgías? ¿Comuna?

—Una tipa como un tren que se me ha instalado en casa, es su socia en la revista; Neil asegura que se conocen de toda la vida y son como hermanos pero yo no me fío, me mira raro.

—Ojo con las «amiguitas de la infancia», yo tengo otra que me mira más raro aún.

—Menuda pájara —agregó muy afectada—, tengo que librarme de ella cuanto antes.

—¿Ha dado fechas? ¿Pistas de cuándo tiene pensado marcharse?

—Ya sabes cómo son estos vagabundos mundanos, llega con su sonrisa de

yonohesido y su cámara de fotos bajo el brazo a conocer Madrid y a plantearle proyectos apasionantes que lo mantendrán alejado de mí, apuesto lo que quieras.

Vi claro el conflicto de intereses y la catástrofe avecinarse, vestida de mil modos distintos.

—Por cierto, ¿te he despertado, chiqui? Siento haber sido tan crédula, he desinflado unas mini-vacaciones extraordinarias, las cuatro juntas, sin motivo real. Claro, que me alegro de haber venido, no los dejaría solos ni un minuto. En fin, Marina, te tengo al corriente y si se te ocurre algo maléfico... —caviló un rato—, sé que es mucho pedir, así que vamos a dejarlo en si se te ocurre algo. Pues eso, me llamas. Descansa.

Sí, sí. ¿Quién descansaba ahora con aquella bomba a medio explotar?

De haber adivinado lo que todavía quedaba por ocurrir, levanto una loseta del suelo y me escondo debajo.

Me pasé la mañana asesorándome con mis estilistas particulares para no desentonar en el almuerzo con Roman. Picada por la incógnita de quién sería el visitante fantasma que quería presentarme, mi pretensión era sorprender en positivo sin cambiar mi esencia. Optamos por un vestido a lo Grace Kelly parecido al de Olivia en Marbella y unos zapatos salón metalizados que hacían mi pie moreno y esbelto.

Algunos granos se habían esfumado y mis mejillas resplandecían de excitación. Carletes me recogió el pelo en una coleta alta y me aconsejó unos pequeños pendientes de circonita para las orejas. De cara al espejo el resultado era más que satisfactorio.

—Pero no parezco yo —me abrí paso entre las exclamaciones de admiración de Merche y Carlos.

—¿Y? —me asaeteó mi hermano.

—Voy demasiado... vestida.

—Vas a un almuerzo en un lugar elegante, con toda probabilidad. Marina, no puedes seguir saliendo a la calle con esos vestidos imposibles de algodón barato, como no sea por la mañana para comprar el pan. Debes reciclarte. Bien mirado no es tan difícil vestir apropiadamente, bastan unos buenos básicos bien elegidos y complementos divinos. Por cierto... —se metió en el dormitorio y regresó con el collar babero entre las manos. Lo

depositó sobre el escote de mi vestido—. La guinda perfecta si el sitio es lujoso. —Estudió mi expresión horrorizada—. Mételo en el bolso, Mari, y si ves que se tercia, te lo colocas. ¡Vamos! ¡Sé espontánea! ¿Sé espontánea? ¿Dónde he oído yo eso antes?

Dieron la una y media casi sin sentir y Roman pulsó el teclado del telefonillo. Hijo, qué puntualidad, cómo se le notan los genes alemanes. Con una carrera de gamo Carletes me arrebató el honor de contestar y se enzarzó en una amigable charla con el hombre de mis sueños. Por más señas que le hice no obtuve sino su espalda, de manera que me despedí de Merche que me enseñó sus deditos cruzados y bajé por mi cuenta. Al llegar al portal aún estaban charlando.

Roman perdió el hilo de la frase al verme aparecer. Abrió los ojos con desmesura y su boca se entreabrió en una sonrisa de triunfal satisfacción.

—Estás preciosa —silabeó sin hablar para no interrumpir el carrete de mi hermano.

—Y me la cuidas y no importa si se hace tarde, Merche y yo tenemos pensado ir al cine... blablablá... y que lo paséis genial.

Por fin se calló.

—No te preocupes, Carlos, un beso a la peque, a Marina la cuidaré como si fuera mi vida.

Caminó dos pasos y llegó hasta mí, que me había quedado clavada en la acera, con las manos por delante de la falda sujetando el bolsito estampado. Atrapó mi cintura, me pegó a su cuerpo, mantuvo su frente unida a la mía respirando mi aliento sin mover ficha, para finalmente besarme la punta de la nariz y a continuación los labios. Cuando el apasionado beso acabó, me costó un mundo recuperar el ritmo de mis latidos.

—Estoy súper nerviosa, ¿a dónde vamos?

—Ningún sitio donde pudiera llevarte te haría justicia. Comeremos donde un amigo mío cerca de Velazquez y luego a casa de mis padres.

Frené en seco.

—¿De tus padres, has dicho?

—Sí, papá está de viaje, y ya lo conoces, a quien quiero presentarte es a mi madre.

Palidecí y se me formó un nudo insoportable en la garganta. Si me pilla comiendo no lo cuento. Estábamos en mitad de la acera, rodeados de gente apresurada a un lado y otro, pero por alguna razón extraña me sentí encerrada en una burbuja solo con él.

—Espera, espera, no pienso ir a ninguna parte.

No me hizo el menor caso. Tiró de mi brazo y me condujo hasta un flamante deportivo cabrio rojo aparcado.

—Primero el almuerzo, ya sabes. Si estoy hambriento no sé esperar.

—Este no es tu coche —señalé incrédula la brillante carrocería. Él accionó el mando y las puertas se abrieron.

—Marina, te aseguro que sí, no voy por ahí robando vehículos. Ponte cómoda y procura controlar la histeria.

—Es que... tú no puedes, yo... no puedo... ¡No puedes presentarme a tu madre! ¡Así, sin anestesia!

—No seas dramática, nena, no voy a anunciarle nuestro compromiso, solo quiero que os vayáis conociendo.

—¡Pero si apenas hemos salido juntos seis veces! —me escandalicé por la vertiginosa velocidad de los acontecimientos.

—Digamos que mamá necesita tiempo.

—Digamos que yo también.

—Además, ni siquiera se trata de una visita de cortesía, no es nada formal, solo tengo que recoger a Don y tú me acompañas.

—¿Cuántos días lleva con ella?

—Demasiados. Lo malcría, le da a comer empanadillas de queso y luego huele su pienso y dice que me lo coma yo.

—Quizá va siendo hora de que tenga su propio perro —sugerí sin quererme meter demasiado en asuntos familiares escabrosos. Roman asintió.

—Estoy planteándome regalarle uno, es verdad. Por fin podrá acostarlo en una cuna, sacarlo a pasear en carrito y comprarle golosinas. Mi madre es una persona a la que le cuesta sacar a flote sus sentimientos.

Logró que me estremeciera cuando, ya sentados, apoyó la mano en mi muslo y lo acarició.

—Todo va a ir sobre ruedas, ya verás.

No, no era cierto, no iría nada bien, sé cuando no estoy preparada para

enfrentarme a algo tremendo y esto, sin duda, lo era. Decidí no andarme con rodeos.

—No puedo imaginar cómo va a sentarle que le presentes una aspirante a novia en paro.

Torció el gesto.

—¿Eso te preocupa?

—Roman, eso preocupa a media España.

—¿Quieres trabajar para empresas Hellman?

—No.

—Hay cientos de posibilidades, puestos que te podrían gustar.

—No —repetí contundente.

—¿Por qué no?

Giré sobre el trasero y lo miré de frente. Su perfil al volante era irresistible, me hacía la boca agua y me desconcentraba.

—Porque no quiero que seas mi jefe, bastante por debajo estoy ya.

Su innegable buen humor logró relajarme durante la comida. Un tono de voz aterciopelado y firme, como sus caricias, unos ojos azul eléctrico más brillantes que las propias bombillas, un cuerpo de infarto empaquetado en un pantalón de traje gris marengo que alargaba aún más sus esbeltas piernas y una camisa blanca simplemente desabrochada hasta el nacimiento del vello de su pecho. Demasiado hermoso para ser verdad; demasiado perfecto para mí.

•21• La matriarca Hellman

Por encima de nuestras cabezas Rihanna cantaba su *Stay*.

—Confiesa cuántos coches tienes. Ya te conozco dos y no pueden ser más diferentes.

—Tengo esos dos y una moto. ¿Te gusta sentir el viento y la velocidad en la cara?

Me tembló una rodilla.

—Son peligrosas —argumenté con prudencia. Roman estiró el brazo y cazó mi mano sobre la mesa. Su pulgar me acarició el centro del dorso y la sensación se propagó como un incendio hasta mi vientre.

—Conmigo estás a salvo, bebé, te lo juro, puedes fiarte. Eres tan... especial.

Turbada, aparté los ojos y los clavé en la fuente de ensalada.

—No me llames bebé.

—¿Por qué no? Es cariñoso —aseguró sin soltar mi mano.

—No suena cariñoso, suena... condescendiente —gruñí.

—Condes... —se echó a reír— ¡Anda ya!

—¿Por qué me lo discutes todo?

—Será que me gusta ver cómo arrugas el morrito.

—Te estás burlando de mí otra vez. —Me removí inquieta en la silla incapaz de aceptar ni un solo bocado más, ni siquiera el delicioso *soufflé* de chocolate que acababan de servirme—. ¿A qué hora has quedado... con ella?

—En cuarenta minutos, acábate el postre, tomaremos café y nos vamos.

—No me entra nada —confesé con la mano en la tripa—. Oye, Roman, no tienes que hacerlo. —Me miró sin comprender—. No tienes que presentarme a tu familia para que me sienta segura.

Suspiró hondo y denso. Como si estuviese a punto de transmitir una noticia crucial.

—Creo que nada en el mundo o en mi mano, podría lograr que te sintieras segura, nena.

Lo tomé como una ofensa. Si me nombran abiertamente mis complejos se me cae el techo encima.

—Soy como soy —me atrincheré—. Eso es lo que hay.

—Normalmente no soporto tantas manías, ni tantos peros, sin embargo en este caso, lo que no soportaría es perderte.

Me lo confesó con una luz mágica en los ojos que me deslumbró por completo. No era más que plastilina en sus manos, seducida por su aroma de hombre irresistible y por la promesa de nuevas caricias.

—¿Nos marchamos?

De un salto abandoné mi silla, tan temblona que se me resbaló el bolsito de las manos. Roman se inclinó a cogerlo.

—Voy a empolvarme la nariz.

Tenía que estar lo más presentable posible para enfrentarme a mi suegra y la naturaleza, para auxiliarme, me envió dos granos como dos tapacubos en la barbilla y el lateral de la cara. Contemplé dolida mi piel pálida y mis ojos claros demasiado grandes. Deshice la coleta a toda prisa, cepillé el cabello y lo moldeé de modo que acaparase protagonismo tapando la parte de mi rostro en que tenía lugar el desastre. Apliqué un poco de brillo a mis labios, hice unas cuantas respiraciones profundas con el «Omm» por bandera, me persigné y salí a la plaza. A torear.

Por si no estaba bien acogotada con la perspectiva de la presentación social, la apabullante visión de la mansión familiar consiguió, en un pestañeo, hundirme en el asiento del deportivo.

—No quiero ir, Roman, no quiero entrar, da la vuelta, por favor —gimoteé como una cría asustada. Él parecía divertirse con mi sofoco.

—No dramatices, nena, se trata solo de... mi madre.

—¿Y te parece poco?! —me desesperé incapaz de hallar el modo de huir sin que se notara. Pescó mi barbilla con sus dos dedos y me obligó a mirar los discos turquesa con los que me hipnotizaba.

—Vas a gustarle muchísimo.

—Si no le gusto a nadie, ni siquiera a mí.

Roman retiró el brazo y me examinó con gravedad.

—Quizá ese sea el foco de todos tus problemas.

Tras su tajante sentencia no volvimos a pronunciar palabra aunque sí me tomó de la mano para subir las escalinatas de acceso y no me la soltó

cuando me hice la remolona y tuve la tentación de correr a esconderme bajo el coche; después de llamar a la puerta y ser recibidos por un mayordomo ¡de los de verdad!, entramos al mayor recibidor que había visto en mi vida.

—Parece un museo italiano —susurré sobrecogida.

—Mamá es aficionada a la pintura. Más que aficionada una obsesa.

Señor... Yo no tenía repertorio para impresionarla acerca de ese tema. *Las Meninas*, Picasso, Dalí y poco más. Observé temerosa la escalera que brotaba de entre el mármol en daderos y se hundía en el techo como una serpiente dormida. Su grandiosidad y los ornamentos de la barandilla me recordaron el lugar preferido de Escarlata O'Hara para bronquearse a grito pelado con su Rhett.

Don llegó trotando, al aire sus largas orejas, a saludar con un «arf, arf» ronco. Nos lamió las manos y nos meneó el rabo en plan helicóptero. A Roman estuvo a punto de tirarlo al suelo del entusiasmo.

—¡Cariño! Pasa, estoy a punto de salir a la terraza de la biblioteca.

Una voz femenina. Aguda, de magnífica pronunciación y deje autoritario. Roman intercambió conmigo una mirada de aliento y me apretó la mano.

—Vamos allá —dijo por los dos.

Roman se parecía físicamente a su madre que era un clon de Grace Kelly traducido a nuestra época. Bueno, al menos le gustaría mi vestido. Recortada su silueta delante de un ventanal francés en forma de arco de media punta, degustando una taza de té con sublime finura. Al vernos interrumpió la tarea de llevarse la infusión a los labios y dejó el brazo suspendido en el aire.

—Roman, tesoro, cómo me alegro de verte. —Reparó en mí con un leve parpadeo.

—Mamá, esta es Marina —nos presentó después de besarla. Hice lo propio no sin antes tropezar con la esquina de la alfombra persa. ¿Por qué puñetas las fabrican tan gordas?

—Encantada, señora —musité. No se molestó en pedirme que la llamase por su nombre de pila como ocurre en las novelas. Me repasó analítica y al parecer, insatisfecha y muy molesta porque Don me reconociera y me moviese amistoso la cola.

—¿Me acompañaréis en el té? —fue su único ofrecimiento. De debajo de las losas surgió una doncella uniformada y recogió nuestras demandas.

—Otro para mí, Natalia —exigió una voz varonil y bien timbrada. Me giré a medias para cotillear. Perteneía a un señor distinguido, alto, esbelto, muy bien vestido, con un extravagante chaleco y un fular de cachemir en torno al cuello. Casi calvo y gafitas redondas sobre el puente de la nariz. La madre de Roman dio instrucciones al servicio y yo fui, para mayor suplicio, nuevamente presentada.

—Marina, este es mi tío Arturo.

El modo afectado en que flexionó la mano me reveló el porqué de su extremo recato. ¿Sería este el vergonzoso secreto que guardaba la estirpe y al que se refirió Marta? Menuda estupidez, en los tiempos que corren.

—Encantado, querida. —Miró interrogante a su sobrino—. ¿Alguna cooperante?

—No, es una amiga —sonrió travieso—, muy especial.

Me puse como un pimiento morrón.

—Seamos prudentes con los títulos que otorgamos antes de que generen derechos no deseados —susurró Natalia al borde de la taza de porcelana—. ¿Todo en marcha, hijo? ¿Qué me cuentas de nuevo?

Se enzarzaron en una evaluación pormenorizada de los últimos proyectos de Amero mientras yo me deshacía como el humo sintiéndome cada vez más fuera de lugar. Nadie se interesó por mí ni por lo que hacía para ganarme la vida, menos mal. Consumí mi té sin acompañarlo con ninguna pasta por terror de que al moverme se me cayera al suelo. Arturo me espiaba desde su posición junto a la estantería repleta de libros de piel. Finalmente optó por sentarse en un butacón cerca de mí.

—¿Y bien, encantadora Marina? ¿A qué te dedicas?

—Soy... economista —balbuceé—, directora financiera, en concreto.

Esa información salida de mis labios hizo enmudecer a Natalia que volvió a repasarme con renovado interés.

—Ah, qué interesante —comentó Arturo como quien habla a un niño de guardería—. ¿Y trabajas?

—He trabajado en diversas firmas... —Decidí señalar la de más renombre —Eagles & Walkers...

Natalia frunció la nariz e hizo un gesto de disgusto.

—Terrible escándalo.

—Un espanto, sí —convino su cuñado derramando sobre mí su compasión—. ¿Una *muffin*?

Diría que lo que me estaba ofreciendo era una simple magdalena, de las de toda la vida, pero acepté para no desairarlo. Ahora tenía las dos manos ocupadas.

—Tuve mi propia empresa —añadí con la esperanza de gustarles más.

—Tuviste —recalcó la fría Natalia. Tragué saliva azorada.

—Sí, ahora busco algo diferente.

Arqueó las cejas.

—¿Algo diferente? ¿Qué se puede buscar de diferente cuando uno asiste a la universidad y se prepara para un oficio?

—Natalia, estamos ante un alma creativa —la disuadió Arturo con una chispa de mofa en su tono—, no hay más que verla.

—Hay pausas en la vida que definen todo un proyecto futuro —interrumpió Roman con una sonrisa. Le agradecí la intervención y aproveché para darle un mordisco a la magdalena—. De vez en cuando es muy sano parar y decidir con tranquilidad, ¿no os parece?

Dios. El trozo de magdalena o como se llamara acababa de pegárseme en el paladar. No pude responder, solo mover la cabeza como un tentetieso.

—Bueno, hay personas inconstantes incapaces de centrarse en una tarea y llegar hasta el final —comentó Natalia con tono monocorde—; y a cada bache que no superan le llaman pausa.

Yo luchaba con desesperación contra el pegote en el cielo de la boca. No llegaba a despegarlo por más que aplicase la punta de la lengua. Arturo acababa de rellenarme la taza con té caliente. Demasiado caliente como para usarlo como herramienta de emergencia.

—Mamá, esta crisis ha cambiado muchas perspectivas —insistió Roman algo incómodo. Traté de sonreír pero no pude. Arturo escrutaba los extraños movimientos de mi boca.

—No digas tonterías, hijo, el potencial de alguien genuinamente valioso se detecta a primera vista. —Y me dedicó un veloz pestaño.

Había que intentarlo, me dije. Iba a ser solo un sorbito, un sorbo pequeño. Me llevé la taza a la boca y me deleité sintiendo cómo el pegote de masa medio cruda se deshacía. Pero también noté, a continuación, que me

abrasaba.

No podía soltar un grito, ni tirar por los aires la taza con su plato como habría querido. Apreté los ojos, contraí la cara y dejé que dos formidables lagrimones corrieran por mis mejillas.

Arturo hizo un mohín de contrariedad.

—¿Lo ves, Nat? Citáis la crisis y se nos emociona. Es un alma sensible.

Y tú eres un hijo de la gran... pensé.

Roman tosió con exageración, retiró la taza de mis manos vacilantes y la dejó, con la suya, sobre una mesita.

—Nos vamos a tener que ir. —No se me escapó que al cogerme la mano, su madre dio un respingo—. Tenemos miles de planes para hoy. Don...

El perro se puso en posición de alerta, como en una cacería. Qué gracioso.

—El «hoy» casi se nos escapa de entre los dedos —canturreó Arturo distraído.

—Ha sido una visita muy corta —protestó Natalia. Seguramente se mezclaban en ella las ganas de perderme de vista y las de permanecer más tiempo con su hijo adorado.

—Repetiré cuanto antes, prometido. —Se inclinó y la besó respetuoso. A continuación estrechó la mano de su tío. Yo lo imité lo mejor que pude pese al envaramiento de mi posible suegra.

No volví a respirar con normalidad hasta que me vi dentro del coche con Don en la estrecha plaza trasera metiéndome la lengua en la oreja.

—Dime, Julieta, ¿ha sido muy terrible? —quiso saber mirándome con aquellos dos pedazos de cielo de verano. Preferí ser sincera.

—Lo suficiente.

—Cambiarán. Las primeras impresiones son siempre equívocas.

—Conocer a las familias es siempre un error. Si vieras la mía querrías exiliarte al antiguo oeste.

—Tu hermano es muy... carismático.

Puse los ojos en blanco.

—Por favor, mi hermano no ha salido de Aljete en su vida.

—Aun así, se adaptará con una facilidad sorprendente, ya verás, sé reconocer a un camaleón cuando lo veo.

—¿Carletes un camaleón?

—Le auguro grandes éxitos en Madrid.

Yo tenía mis dudas. En realidad, sacos, carros, trenes atestados de dudas acerca de casi todo en mi vida.

—Eso será cuando sepa qué camino tomar, claro —farfullé—; y cuando resuelva la custodia de su hija y cuando su exmujer decida por fin si se muda a Madrid o se marcha a Tailandia a recolectar arroz.

—Tailandia —identificó Roman con una sonrisa amable—, allí tenemos otro colegio para niños desfavorecidos.

—Hay poca gente favorecida en ese país. Dime algo, tu padre es el impulsor de todas esas actuaciones humanitarias, ¿verdad?

Roman asintió con orgullo.

—Mamá se ocupa de las relaciones públicas y junto con el tío Arturo se entretiene editando una revista: Ray, no sé si la conoces.

Se me abrieron las carnes.

—¿Bromeas? ¿Ray? Es la revista de moda y tendencias más importante del panorama europeo después de *Vogue*.

—¿Ah, sí? No tengo ni idea. Pues es suya.

•22• No hacéis buena pareja

Soñé con el rapapolvo que Natalia echaba a su hijo a la menor oportunidad. La vi claramente, de pie ante el ventanal, erguida y digna como una reina, con un traje de chaqueta entallado a medida y su pelo rubio recogido en un moño italiano. Comprobé el desdén que emanaba de su lenguaje no verbal, vi sus preciosos ojos azules desconfiar y el tono áspero de su voz me levantó ampollas en la piel.

—Será todo lo buena chica que quieras, pero es tan vulgar y... sosa. Hijo, perdona, no hacéis buena pareja.

Vulgar y sosa, vulgar y sosa, no hacéis buena pareja, vulgar y sosa.

Me desperté sudando empapada y con el corazón tamborileando a cien por hora. Tenía razón Roman, mis inseguridades y mis complejos eran la clave de toda mi desgracia. No podía gustar a nadie si no me gustaba a mí misma, si no estaba orgullosa de mis logros. Tenía que conseguir algo grande, algo que me llenase, algo que me hiciese valiosa a mis propios ojos, entonces esa energía imparable se extendería como las ondas de agua en un estanque conmovido por una piedra y alcanzarían al resto del mundo. La audacia tiene magia, genio y poder, debía empezar ahora mismo.

Mierda, eran las seis de la mañana de un sábado cualquiera. Mal momento para buscarme un futuro resplandeciente.

Me dejé caer contra la almohada y los muelles del sofá me hicieron trizas la espalda. La noche anterior, tras la horrible entrevista, Roman y yo habíamos cenado juntos en la terraza de su apartamento: nada extraordinario, unas *pizzas* y una botella de vino que compramos de camino, y me había hecho el amor con tal dulzura que olvidar la mirada calculadora de Natalia había sido un juego de niños. Mi chico, si es que tenía derecho a llamarlo así, tenía la maravillosa capacidad de aislarme de los problemas con su sonrisa, con sus bromas simples, con su entretenida conversación. Y cuando me tocaba... Un simple roce accidental y Marina Valdemorillos perdía la cabeza.

Me entretuve revisando las fotos que tenía de él en mi cámara. Casi todos primeros planos, cortando la *pizza*, sirviendo el vino, acostado en la cama, ¡Señor, qué bueno estaba!, al volante de su todoterreno, qué gracioso comiéndose el campero...

Después de desayunar café, Cola-Cao y tostadas con aceite y sal, Carletes, Merche y yo fuimos a dar una vuelta.

—Que sepas que estoy buscando apartamento —me comunicó mi hermano con toda solemnidad.

—¿Y eso? ¿Piensas abandonarme?

—Sé razonable, cari, cada noche que pasas en ese sofá-cama se me clava en el alma. Estamos viviendo como gorrinos en un jaulón.

Yo no estaba totalmente de acuerdo. Bueno, sí, con parte de la historia, lo del sofá-cama y tal, pero no con el resto.

—Me hace mucho bien vuestra compañía, hacía tiempo que no me sentía tan arropada.

Carletes me rodeó los hombros con su poderoso brazo. Merche trotaba enlazada a mi mano, procurando no pisar las losetas blancas de la acera.

—A finales de semana Merche volverá a Aljete. Pero habré pasado siete maravillosos días con ella gracias a ti, no se puede pedir más, eres la mejor hermana del mundo. Necesito encauzar mi vida, mandar a la mierda al exigente de Lolo, disponer de casa propia y todo eso, si pretendo pedirle a un juez la custodia de mi hija —agregó en tono confidencial—. No puedo declarar que mi patrimonio se reduce a un sofá cama en tu salón.

Eché atrás la cabeza para liberar una carcajada.

—¿Tengo razón o no tengo razón?

—La tienes, Carletes. Aun así, mi consejo es que dejes pasar algo de tiempo y que las cosas se tranquilicen, te permitirá plantearle a Flori un acuerdo más equilibrado. Papá te apoya, por si no lo sabes.

Se le iluminaron los ojitos.

—¡Anda ya! ¿En serio? Y yo que pensaba que pondría el grito en el cielo cuando se enterase.

—Es más listo de lo que parece.

—Yo siempre lo esquivé en favor de mamá... Y mira ahora, ¡menuda plancha!

—¡Eh! Mamá te adora, es solo que le has roto los esquemas y ella es muy rígida y muy anticuada. —Se me vino Natalia a la cabeza—. Ya verás que el tiempo es la medicina ideal para todos.

—¡Ojalá, Mari, ojalá! Merche, toma cinco euros y compra un helado. — Cuando mi sobrina se alejó correteando mi hermano se enjugó una lágrima

—. A veces cierro los ojos y simplemente, me desespero.

—Cariño... —Lo abracé con ganas—, todo va a ir como la seda, te lo prometo.

Para interrumpir ese tierno momento de apego fraternal estaba el móvil y tras su timbrado, una Cayetana enfadada como nunca, dispuesta a contarme sus desgracias.

—¿Te acuerdas de que te dije que era una lagarta? —soltó a bocajarro.

—¿De quién me hablas, Caye?

—De la tal Petra, la sueca. ¡No imaginas lo que ha pasado!

—Puedo imaginar muchas cosas, te lo aseguro —la advertí.

—Desde que Neil me la presentó juega a hacerse la simpática, como si quisiera ser mi amiga del alma: que si «Caye por aquí», que si «qué estilo», que si «qué belleza simpar», que si... ¿Sabes lo que me ha soltado la muy perra esta misma mañana?

—Ni flores, pero adivino que compartirás conmigo ese secreto monstruoso.

—Sin coñas, Marinita, que estoy que me cuelgo de la lámpara. Aproveché un rato que estábamos solas y sin moros en la costa para alertarme de que mi viki es su amor de juventud y que ha vuelto para recuperarlo. ¡Se ha atrevido a retarme!

—Evidentemente no sabe dónde se ha metido.

—Le he dicho muy tranquila: te desmoño si das un solo paso en esa dirección.

—Bien por ti, amiga.

—Pero enseguida entró Neil y nos pilló enfrentadas; la muy guarra me pone una sonrisa postiza y se deshace en arrumacos. Comprenderás que no puedo comportarme como una bruja o Neil pensará que la buena es ella. En fin, querría verte esta tarde, Marina, pero de momento te dejo, no puedo descuidarme un minuto, las lagartas acechan. —Mantuvo la tensión unos segundos y tras la pausa, añadió—: y tu Roman está bien bueno, como no lo cuides..., ándate con ojo y procura tenerlo contento.

Se me tensó hasta el último gramo de nervio disponible.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decirme?

—Tú verás, a buen entendedor... Y tú lo eres, ¿verdad que lo eres? Lista, inteligente y... brígida.

—Frígida, Caye, frígida —corregí echando chispas— y perdona que te diga pero te equivocas.

—Ya veremos si me equivoco, espabila, gordi, te lo digo por tu bien.

No, ahora no podía colgar sin más y dejarme con cien mil preguntas y aquella información venenosa y corrosiva.

—Vamos a comer juntas, necesito verte —reclamé con ansiedad.

—Hasta hace tres minutos pensé que era al revés.

—Nos necesitamos mutuamente, Caye, eso está bien por una vez; dime hora y lugar y estaré allí como un clavo.

Acordé, colgué, suspiré y meneé la cabeza. Carletes no apartaba sus ojos de mi cara. Adiviné confesiones importantes.

—Y a tu Lolo, ¿qué diantres le pasa?

—Que está en plan mandón y egoísta, a él solo le importa su pena, su pena, ¡hala!, requiere un regreso a Aljete ur-gen-te y yo por ahí, ya te lo he dicho: no-pa-so.

Aunque atravesábamos una primavera preciosa en pos ya del verano, el lugar de culto de Cayetana Lundberg sigue siendo el centro comercial con aire acondicionado para que no se le estropee el maquillaje. Es cierto que suda por la cara, yo lo he visto y es muy angustioso, sufres el doble. Comimos en un coqueto restaurante semivegetariano con profusa decoración en distintos tonos de verde que nos sosegó a ambas. A veces, nada como la cromoterapia para cambiar de perspectiva.

—La muy cerda, le abro las puertas de mi casa, muy a mi pesar, todo hay que decirlo, y me responde con un desafío de ese calibre. Mi vikingo, ni más ni menos. Esta no sabe con quién se la juega.

—¿Cuánto mide la tal Petra? —indagué solo por ver si reparaba en la hora completa que llevaba torpedeándome con lo mismo.

—Eso ya me lo has preguntado antes, es alta, ¿a qué viene tanto interés?

—A que si es alta y fornida puede empotrarte en la pared, Caye, que seas prudente.

—¡Se quiere ligar a mi prometido!

—Aún no te ha dado el anillo, ¿verdad que no?

Caye me asaeteó con una mirada de hielo de esas que dan pavor.

—Marina, ¿tú de qué parte estás?

—De la tuya, preciosa, siempre de la tuya. —Me incliné hacia ella—. Solo quiero que te tomes esto con inteligencia y calma, las escenitas a lo latino no son del gusto de Neil, ya sabes que se queda descolocado.

—Mi furia ibérica es de lo más le pone —aseguró con una risilla lasciva, zarandeando su espesa melena.

—Pregúntate qué buscas en tu relación con Neil, qué deseas exactamente. ¿Fundar un hogar? ¿Niños, quizá?

Fue como si le nombrase la hecatombe zombi.

—¿De qué hablas? ¿Niños? ¡Qué horror, no! ¡A mi edad complicarme la vida de semejante manera! Solo quiero que las cosas se queden como están, que Petra desaparezca con su cámara con flash y sus proyectos de viajes exóticos y mi viki vuelva a ser mío al cien por cien.

—Estoy segura de que lo sigue siendo.

—No la has visto. Pulula a su alrededor como una mantis religiosa. En tu caso y en el mío, el problema es de la misma índole: el equipo de lagartas que jamás se rinde.

Perdí el color de las sonrosadas mejillas y se me anudaron las tripas.

—¿Hay muchas alrededor de Roman? Te consta y no me lo quieres decir, ¿verdad?

Caye trató de hacerse la distraída; no coló, desde luego.

—Pagamos y le damos un poco a la pata por el centro, tengo que comprar perfume.

—Caye, no me has contestado, no te hagas la sueca.

—¡A esa ni me la nombres!

—¡Que me cuentes lo que sabes o serás responsable de mi muerte fulminante aquí mismo! —grité con los dientes apretados.

Abonó el almuerzo sin pronunciar palabra y mi corazón desbocado ya iba por libre cuando se colgó de mi brazo y acercó la boca a mi cuello para sisear con discreción.

—He cotilleado, aquí y allá, lo mismo para ti que para Olivia. Ese pequeño de los Balboa, menudo golfo... Bueno, me centro —rectificó al ver mi cara desesperada—, por ti he indagado mucho más, la verdad. Roman es un buen chico, no se le conocen escándalos del tipo de «te preño y te dejo tirada» o «te preño y te hago abortar». No está relacionado con la bebida ni

con las drogas, es un joven normal, que nunca se ha casado, muy entregado a las tareas filantrópicas que promueve su familia. Tan reservado en sus relaciones que se ha llegado a rumorear que es gay.

No pude reprimir una carcajada de loca. Caye se me quedó mirando con la boca abierta. Carraspeé y recuperé la compostura.

—Ya veo, andan equivocados —dedujo—. Pues más valdría: tiene una cola interminable de pretendientas ávidas de sangre, aguardando la menor oportunidad para echarle el guante. Es de lo más codiciado dentro y fuera de Madrid, porque encima es popular. Un hueso duro de roer, Marina, los proyectos de la Fundación Amero lo obligan a viajar continuamente, no podrás vigilarlo todo el tiempo.

—No creo en las parejas que se vigilan, el amor verdadero implica confianza y libertad absoluta.

Vi que Cayetana miraba al techo como si de allí colgase alguien con quien se comunicaba en silencio.

—Pisa el suelo, bonita, aún no tenéis nada oficial que él deba salvaguardar.

Me derrumbé con estrépito. Mi amiga maldijo el modo directo y cruel en que se había expresado y se deshizo en mimos y disculpas pero yo sabía que era cierto, no querer enfrentarme a la verdad y seguir flotando en un sueño infantiloides podía ser mi elección para no dañarme, pero no convertía mi fantasía en real. No estaba ciega hasta ese punto.

—Te voy a regalar un perfume para animarte. —Me besó el pelo—. Dime cuál te gusta o mejor, no me lo digas. Hola, Susana.

—Señorita Lundberg, bienvenida —saludó afable la dependienta de la lujosa tienda en la que Caye me había colado sin apenas darme cuenta—. Hacía tiempo que no la veíamos por aquí.

—He estado viajando y he apurado vuestras pequeñas maravillas hasta la última gota.

La chica soltó un gorjeo encantador. ¿Por qué no podía yo reírme igual de mona cuando la madre de Roman estaba presente?

—Marina, te presento a Susana, del taller de Bella Bittante.

No quise ponerme en evidencia preguntando si los perfumes se confeccionan a medida como los trajes. Me hice la entendida y sonreí tirante. Lo que menos me importaba en aquel preciso instante eran las narices de otra.

—Es todo un arte, como ya sabe —explicó la joven—. ¿Qué le apetece, el de siempre?

—De momento le soy fiel, no sé por cuánto tiempo, vuestras estanterías son demasiado tentadoras. Pero quiero que elaboréis en el taller uno especial para mi amiga. Uno que levante mucho los ánimos y refleje su dulce y caritativa personalidad.

Lo de caritativa me sonó como un insulto. Ya ves si será pobre la imagen que tengo de mí misma... ¡Pues no! ¿Cuánto tiempo iba a estar luchando contra ese sentimiento ridículo? Decidí darme un pisotón a mí misma cada vez que se me pasara por la tela del juicio.

—Puede elegir las notas base aquí mismo y en el taller harán el resto. — Me tendió una tarjeta preciosa y satinada—, haría bien en visitarlo, no es nada común, puede que le interese.

La acepté por compromiso y ni me detuve a leerla. Fue directa a mi bolso. Toda mi mente la ocupaban escabrosas escenas de Roman flirteando con parisinas artificiales vestidas de marca, londinenses de largas piernas y madrileñas ricachonas, con tratamientos de queratina de los caros, en la melena.

Y en el fondo del pozo, yo. En soledad.

Me clavé el tacón en el empeine para recordarme que no debía pensar esas cosas. Joder, qué dolor.

Dejé a Cayetana parloteando con Susana y gastándose los cuartos, algo que se le da de fábula y vagué por entre los estantes de fino cristal, era un mundo de hadas, parecía una joyería. Los aromas se mezclaban en el ambiente como torbellinos de colores, casi podía verlos. Inspiré hondo y robé unos cuantos solo para poder custodiar algo verdaderamente hermoso en mi interior.

—Marina, ¿vienes a elegir tu perfume?

Lamenté decepcionarla. Giré sobre mis talones pero no me moví del sitio.

—¿Sería mucha molestia dejarlo para otro momento en que esté más inspirada? —supliqué.

—Ningún problema —garantizó Susana—, puede pasar directamente por el taller.

—Lo haré. —Asentí una sola vez.

—Bien, sea lo que sea lo que mi amiga escoja, lo cargáis a mi cuenta — dictaminó Cayetana recogiendo su bolsita de fragancias y abandonando la

tienda con el paso firme que la caracteriza.

Fui correteando detrás de ella.

—Volviendo al tema de antes, mi querida Marina, el asunto de los complejos es muy jodido y tan global como la contaminación acústica. Resulta inexplicable que unas vivan atormentadas por sus pecas mientras otros se matan por llevar una pelirroja exótica colgada del brazo. Obvio que no podemos gustarle a todo el mundo pero si algo tengo claro a estas alturas, es que solo hay que gustarle a la persona adecuada y que cuando eso ocurre y te ves reflejada en sus pupilas amorosas, los complejos se disuelven.

Frené en seco y la miré como si acabasen de presentármela.

—Leches, Caye, tienes más razón que un santo, ¿de dónde me sacas esas profundidades? ¿Ha sido el efecto del perfume?

Rio como una quinceañera coqueta.

—Mírame a mí, con este carácter que no me aguanto ni yo, con alguien tan deseable como Neil, ¿quién lo iba a pensar?

—¡Marinaaaa! ¡Caaaye!

Olivia de Talier con los brazos hasta el sobaco de bolsas de *boutiques* exclusivas. Era el día de los encuentros felices, por lo visto.

•23• Baladas italianas a la carta

—Qué casualidad haberos encontrado —manifestó toda apresurada— , mira, así me ahorro unas llamadas que tengo la agenda echando humo. Reservad la noche del jueves próximo para nuestra fiesta flamenca, no admito ausencias, ni imprevistos, ni excusas malas...

—¿Fiesta quéee? —me alarmé. Fiestas, eventos, cachondeo, estos ricos no piensan en otra cosa. ¿Aquí cuándo se trabaja?

—Flamenca, Marina, trajes de gitana, castañuelas, guitarreo, cuadros de cantaores... Va a ser la bomba. Abril sevillano en pleno Madrid, ¿qué os parece?

—Una idea formidable —aplaudió Cayetana que de ordinario no se perdía una—, me vendrá de perlas para limar asperezas con Neil y a la Petra me la dejo en casa. ¿Dónde se celebra y quién la organiza? Cuenta, cuenta...

Se engancharon del brazo y recorrieron juntas la galería comercial comentando los detalles en tono distendido. No soy de las que la perspectiva de un sarao pone a dar saltos de alegría, más bien me retraigo. Además no tengo traje de flamenca y debo estar ridícula con uno puesto. Tendría que invitar a Roman, decírselo al menos. Igual odiaba el flamenqueo, a fin de cuentas era más alemán que español...

Uff, ¿por qué no tengo unas amigas normales de las que simplemente quedan para ir al cine y a tomar unas tapas?

—Luis vendrá conmigo, de acompañante oficial. No es que sea una declaración de principios pero casi, porque nos verá juntos todo el mundo y al que le pique, que se rasque. Va media ciudad, se celebrarán sorteos y hay una tómbola benéfica, lo que se recaude irá en favor de los niños con piel de mariposa. Odio que existan enfermedades tan injustas y terribles.

Cayetana y una servidora asentimos con las cabezas. De pronto, los ojitos de Olivia se iluminaron desde detrás de sus gafas.

—¿Os dais cuenta de que será la primera ocasión en la que estamos juntas las cuatro con nuestros respectivos?

—¿Las cuatro? —Caye arqueó las cejas con asombro.

—Sí, Adela también viene. —Sacó con atropello del bolso una agenda de

piel muy gastada. Pasó hojas con ansiedad—. Debo tenerla apuntada aquí, por alguna parte.

Contarle a Carletes mis temores acerca de la fiesta fue un catastrófico error. Enseguida me secuestró el ordenador y se puso a investigar las tendencias más punteras en moda flamenca y a elegirme un traje. Viendo mi estupor ante los enormes floripondios que las acicaladas damas se incrustaban en las cabezas y mi negativa a imitarlas, me impuso «el disfraz» como un regalo que pensaba hacerme en agradecimiento por mi hospitalidad.

—No irás a decir que lo rechazas, Mari, que me rompes el corazón. Lo evalué desde lejos con cierta gravedad.

—Eso es chantaje del penoso, Carletes, de ti no me lo esperaba.

—En el amor y en la guerra todo está permitido.

—¿Dónde anda el amor, si puede saberse?

—Flota *in the air*. Irás a esa fiesta divina de la muerte con tu chico del brazo. Si eso no es un buen empujón a tu relación tortuguera, que venga Dios y lo vea.

—¿«Tortuguera»?

—Lentorra... en plan tortuga. ¡Me voy de compras! ¡Meeercheee!

La nena salió a escape de la habitación, vestida de rosa y con un bolsito de Barbie, brillante, en bandolera. Era el vivo retrato de una muñeca, ya se notaba la diestra mano de su padre mutándole el estilo. Parecía tan dichosa, con las mejillas enrojecidas por la excitación y los ojos a centellas, que tuve la absoluta certeza que pese al embolado en el que se acababa de meter, Carlos era el mejor padre que podría haberle tocado en suerte.

Llegó la tarde, hice balance, y yo me había comportado como una excelente buena amiga: soportando con una sonrisa las neuras de Caye y el desmedido entusiasmo de Olivia por su movida flamenca, expresado con comentarios exagerados en voz alta y aguda que me levantaron dolor de cabeza. Lo disimulé, no se coscó ni de lejos.

Y atendiendo a mi familia.

Misión cumplida, el resto del día me pertenecía por derecho; a partir de entonces iba a ser la mejor compañera de mí misma y a comportarme según se espera de una novia (o similar). Juré no responder más que a las

llamadas de una persona, mi churri. Iba a demostrarle que sí era importante en mi vida, que las líneas de mi agenda no tenían sentido sin sus citas, que me atrevía a quererlo sin tapujos.

De paso iba a probarme todo eso a mí misma, que me venía requetebién.

—No estoy pa nadie, ea —decidí tajante.

Dicho y hecho. Al poco rato de avisarme Roman, ya teníamos planes y me vi desorganizando mi ya no tan triste armario en pos del modelito ideal. Mi hermano había llegado hacía poco y me espiaba royendo una zanahoria, apoyado indolente en el quicio de la puerta, mientras Merche nos leía un cuento a gritos desde el salón.

—Eso no, cari. Eso tampoco. ¿Sabes ya lo que vais a hacer? —Sacó la cabeza—. ¿Y qué le contestó el corderito? —Mi sobrina chilló algo acerca de unas margaritas pochás. Carletes volvió a concentrarse en mí—. Porque todo dependerá de dónde paséis la tarde. Yo me decantaría por unos pantalones que son más funcionales, se adaptan a planes muy diversos, dependiendo de los complementos. —Fue directo a las perchas y sacó uno negro—. Este capri es ideal, con un blusón de gasa floreada y unas bonitas sandalias. Si no te arriesgas con el tacón... —se mordió el labio pensativo—, quizá unas bailarinas negras imitación Chanel, creo que te compré unas, deben de estar por aquí, en alguna parte.

De milagro acerté a oír lo que decía, arrodillado ante el armario con medio cuerpo bajo los estantes. En ese momento entendí lo mucho que le debía y me pregunté qué habría sido de la pobre Valdemorillos mediana, sin el saber de su hermano pequeño. Sacó la cabeza todo despelucado de entre los estantes, victorioso con las manolequinas en las manos.

—¡Lo sabía! Aquí las tenemos. Te quedarán de escándalo, vas a ser una especie de Audrey Hepburn a la madrileña, irresistible. Eso sí, los gafones de sol y el recogido, imprescindibles.

—¿Tenéis plan la niña y tú? —quise saber un poco violenta por el abandono continuo al que los sometía. Carletes meneó la cabeza con énfasis.

—Mogollón, tú tranquila y a lo tuyo, a nosotros no nos faltan diversiones. Tenemos fichados cuatro trajes de flamenca de élite con sus complementos. Esta tarde toca volver y decidirse. Ah, también merendaremos chocolate con churros. —Regresó al salón con su Merche—. ¿Y por fin, dime, qué le pasó al dueño del corderito?

Rematé mi look con un brazalete azabache y unos pendientes colgantes de piedras oscuras, como recién salidos de los baúles del Titanic. Roman me recogió con el todoterreno y nos fuimos directos a cenar. Empezaba a conocerme bien, no me llevó a ningún local demasiado formal que me hiciera sentir tensa, todo lo contrario; escogió una pintoresca pizzería que nos trasladó mágicamente al centro de la Toscana. Comimos, reímos y entre los dos consumimos una botella completa de Pinot Grigio rosado y abandonamos el restaurante cogidos por la cintura, algo achispados y más contentos que unas castañuelas.

—Supongo que habrás hecho los deberes y avisado a la parentela de que no vuelves hasta mañana bien entrada la noche —dejó caer con retintín mientras cerraba mi portezuela.

—Supones regular. No he dicho ni pío —me excusé. Roman me regañó con un movimiento de ceja que yo encontré de lo más seductor.

—Dime al menos que se lo esperan —suplicó con los ojos en blanco. Giró la llave del contacto sin cambiar la cara de sufridor en casa.

—Es posible, Carletes va mucho más adelantado con lo que pasa en mi vida que yo misma, pero Merche se va, no puedo llegar muy tarde y perderme la despedida. —Volví a mirarlo a la defensiva—. No me advertiste, no iba a invitarme a pasar la noche en tu apartamento digamos..., por el morro —justifiqué medio borracha por su proximidad.

El coche, que ya circulaba, frenó de sopetón. Roman se mordió el labio superior y suspiró con exasperación al fulminarme con su mirada celeste.

—Rezo por no tener que tratarte como a una extraña, una invitada a la que ofreces cama por pura cortesía; espero que te sientas con la libertad de quedarte en casa cada vez que quieras y te apetezca. —Se inclinó, atrapó un mechón de mi melena, lo olió con un mohín de agrado, y a continuación lo besó—. Y que eso ocurra muy pero que muy a menudo. Te quiero en mi cama siempre que sea posible —susurró a mi oreja. Se me erizó el vello, absolutamente transportada por su contacto.

No se me ocurrió otra cosa más original que asentir sacudiendo la cabeza.

—Apuntado —aseguré muy seria.

—Eso espero.

Cuando la puerta del ascensor que conducía directamente al apartamento de Roman se abrió, nos cazó en plena sesión de besuqueos apasionados, ropa arrugada fuera de sitio, y manos demasiado vivas corriendo por

debajo en busca de la piel. Me parecía inaudita la capacidad calorífica de su simple cercanía, cómo conseguía en cuestión de segundos que me olvidara de todo lo que me rodeaba enviándome a un paraíso aislado que no pertenecía a nadie más que a nosotros dos. Con él todo era sencillo, simple, como decía Adela, las cosas, si fluyen, no necesitan más vueltas: sabes que es tu media naranja cuando no tienes que esforzarte.

Solo en esos casos te arrastran al dormitorio en un parpadeo y tú no opones resistencia.

—¿Te gustan las baladas italianas? —me preguntó a media voz mientras ajustaba el equipo de sonido.

—Todas; no sabría cuál escoger.

—Esta colección no tiene desperdicio —me aseguró con una sonrisa lobuna. Apretó el botón del mando a distancia, regresó a la cama donde yo lo esperaba recostada y aún vestida, lo depositó en la mesita de noche y se ocupó con rapidez de mis botones—, aunque no sé si te permitiré estar muy pendiente de la música...

No, desde luego que no, si continuaba lamiendo mi cuello con la punta de la lengua como estaba haciendo, y me despojaba de la blusa con aquella habilidad, sin mirar siquiera. En un par de segundos ya me tenía desnuda y a su merced, ardiendo bajo su peso, gimiendo y jadeando, queriendo más. Abrasada por su sutil tacto, llena por completo y saciada bajo sus envites.

—Oye, esta es buenísima —murmuró cuando los dos nos entregábamos a gritos a un éxtasis compartido.

—¡Oh, síii! —Me dejé ir envuelta en un torbellino de placer irrefrenable—
¡Mi favoritaaa!

Esa noche hicimos el amor otras dos veces. Dormimos desnudos, enredados en las sábanas y en nuestros propios cuerpos, y comprobamos que el menor roce bastaba para encender de nuevo todo un incendio de pasión. Un giro, apenas despiertos, que dejaba nuestras bocas demasiado cerca, una mano perdida en un sueño acariciando la espalda del otro, una pierna que se doblaba y recorría sutil la zona del sexo... Creo que nos dormimos a eso de las seis de la mañana.

Las persianas del dormitorio eran automáticas, Roman había programado la hora a la que debían alzarse y actuar a modo de despertador pero yo

estaba demasiado agotada como para saltar de la cama y ponerme en marcha, de modo que tras algunos besos y unas frases absolutamente incoherentes por mi parte, comprobé que mi chico estaba aún más guapo por las mañanas con el pelo desordenado, y me volví a dormir hundida en almohadas.

—¿La *signorina* tomará zumo de naranja, huevos revueltos, tostadas y café?

El ofrecimiento me desperezó ipso facto. Saqué un ojo de debajo del cojín de plumas. Allí, frente a mí estaba Roman, espléndido en su desnudez, con una enorme bandeja con patas llena de succulentos manjares, clavándome unos ojos sedientos como si yo estuviese incluida en el menú continental. Me senté en la cama de un salto.

—¿Todo esto es para mí? Dios, qué rico, qué bien huele, ¿lo has preparado tú solito? —Huelga decir que nadie me había llevado el desayuno al dormitorio en la vida, solo mi madre, alguna vez, cuando estaba muy malita, pero se componía fundamentalmente de jarabes, cataplasmas y Vicks VapoRub, nada para botar de alegría. Aquello era tan distinto... Bueno, con Roman todo era novedoso, aquel rubio propietario de un perro detective había abierto para mí las puertas de un universo desconocido y maravilloso. El de la gente que se ama de verdad y se prodiga en detalles. Vale, sí, el de los ricachones sin límite, también, pero me gustaba más el primero.

—Ya ves, yo pensaba remolonear todavía un par de horas y has conseguido que cambie de opinión. ¿Qué tal mis pelos? —quise saber.

—Pareces una loca. —Colocó la bandeja por fuera de mis piernas extendidas y me besó con delicadeza en los labios—. Eso sí, una loca preciosa.

Le propiné un débil puñetazo en el bíceps, que fue lo único que se me puso a tiro.

—¡Tonto! Me acabo de despertar, ¿qué esperabas?

—Lo que tengo —me dedicó una sonrisa mareante—, ni más ni menos. ¿Qué? ¿Muy cansada? —me preguntó mientras servía dos tazas de café colmadas y yo devoraba las tostadas al horno con aceite de oliva, tomate y orégano. Negué con la cabeza y no por aparentar. Me dolían los músculos de todo el cuerpo por la batalla campal de la noche anterior, sí, pero rebosaba energía para dar y regalar—. Me alegro, porque tengo un plan que

necesita de todo tu arrojo.

Sorbió un poco de café, dejó la taza en la mesita y corrió hasta el vestidor contiguo entusiasmado como un colegial. Permanecí a la expectativa, las caninas abiertas, sin poder parar de comer. Reapareció con una caja en las manos.

—¿Qué es? —pregunté al fin, viendo que no se decidía a desvelarlo.

—Tu equipamiento para hoy.

Torcí el gesto en una mueca que intentó parecer una queja.

—Es domingo, mi equipo de hoy no debería pasar de un albornoz y ropa interior limpia.

Roman dejó la caja a mi lado, sobre la cama. No detecté en él ni chispa de contrariedad. Me miró provocativo y yo agaché la cabeza con una sonrisilla timorata dispuesta a concederle cualquier deseo por extravagante que fuese.

—Si no te apetece salir nos quedamos, ya habrá tiempo en otra ocasión. Pero si aceptas... —abrió una pausa para elevar la intriga— prometo regresar a tiempo de despedir a Merche, tan cansados y satisfechos de los éxitos obtenidos que no olvidarás este domingo mientras vivas.

—No vale, me has picado —me carcajeé—, ahora no puedo con la curiosidad.

—Bien —apuntó a la caja—, ábrela, igual te da alguna pista.

—Sí, claro, qué tonta, ¿cómo no lo he pensado antes?

•24• La tirolina asesina

Aparté con mucha pena la bandeja, y sujetando un pedazo de tostada con los dientes, desmonté el paquete, tan decorado como un regalo de cumpleaños. Dentro descubrí ropa deportiva, unos pantalones ajustados de *lycra* hasta la rodilla, unas zapatillas de correr, calcetines, sujetador deportivo y una camiseta a juego con los pantalones. Entorné los párpados recelosa a más no poder.

—No estarás pensando en llevarme a participar en una maratón —me solivianté. En un rincón de la caja descubrí unos preciosos mitones de piel rosa—. ¿Bicicleta? Soy capaz de matarme.

—Ni lo uno ni lo otro. Voy a dejarte con la intriga hasta que lleguemos. —Levantó las manos en son de paz—. Solo si dices sí.

—¿Qué otro remedio me queda?

—Pues vamos a ducharnos.

Reparé de nuevo en su cuerpo perfecto sin cubrir, y me atacó la calentura como un dardo desde la entrepierna. Estiré un dedo por delante de su cara.

—Un segundo. ¿Esta tarea misteriosa por casualidad necesita de esfuerzos físicos?

—Ajá.

—Entonces, vade retro, Satanás, me ducharé sola y bien lejos de ti.

—¡Nooo! —lloriqueó haciéndome reír.

—Son las reglas. Si te acercas a mí no respondo y si lo hacemos una sola vez más no podré salir de casa, te lo juro.

—Está bien, es justo, reglas para todos. —Hizo un gesto amplio con la mano y me indicó el camino hacia el baño. Bien envuelta en la sábana para no pasear desnuda ante sus ojos, bajé de la cama por el lado opuesto y caminé insegura sin quitarle la vista de encima.

—¿No te fías? —se carcajeó.

—Ni un pelo —admití.

—Haces bien.

Cuando cruzaba relativamente cerca de él, estiró el brazo, tiró de la sábana y me la arrancó del cuerpo. En pelota picada salí de estampida hacia la

ducha con Roman pisándome los talones.

—¿Lo ves? ¡Tramposo, que eres un tramposo!

Me acorraló entre la pared y su glorioso cuerpo desnudo, me besó con pasión y me ciñó la cintura. Empujándome suavemente me obligó a caminar de espaldas hasta la zona de aguas, sin dejar de buscar mi lengua con la suya un solo instante, ni de saborear mis labios, rojos e inflamados por culpa del deseo más atroz.

Y más inoportuno.

—No, para... para —gemí al borde del desmayo. Sus besos se atrincheraron en mi pecho y de ahí descendieron a mi vientre—. No sigas... ¡Para! —Él ya no me escuchaba, siguió bajando—. Estaré rendida, no podré dar un solo paso dondequiera que vayamos y te decepcionaré... — Pero no hice nada por apartarme—. ¿Vamos a hacer senderismo? —En ese momento su lengua alcanzó mi monte de Venus y me estremecí toda con un pequeño grito—. Pienso despeñarme...

Roman se puso en pie sin distanciarse. A pesar de mis protestas fingidas, hubiese dado lo más valioso porque no interrumpiera el jugueteo.

—Soy un hombre de negocios, no siempre juego limpio, lo reconozco — confesó segundos antes de accionar el mecanismo del agua y que una fina lluvia templada cayese sobre nuestras cabezas unidas.

Admito que de cuando en cuando también sé ponerme coñazo y aquel era uno de esos días. Lo ametrallé a preguntas mientras ejercía de conductor perfecto, tratando de averiguar a dónde nos dirigíamos. No soltó prenda por muy pesada que me puse. Ole sus nervios de acero, yo habría cantado hasta la Macarena. Detuvo el coche frente a una especie de bosque vallado que no me sonaba de nada, y aparcó en la sombra.

—¿Hemos llegado? —Miré los alrededores por completo desconocidos.

—Hemos llegado. —Saltó al exterior, abrió mi puerta, me ayudó a bajar y luego recogió su mochila del maletero. Me pareció grande hasta que la acomodó en su espalda y se perdió como si fuera de juguete—. Sígueme.

—¡A la orden! —bromeé algo acalorada. Sus músculos se marcaban con cada movimiento en una lección de anatomía que me distraía. No sería difícil pegarme una buena leche con alguna piedra.

Atravesamos una verja que abrieron para nosotros dos chicos vestidos

como guardabosques, y nos intrincamos en una masa de árboles centenarios.

—Bienvenido, señor Hellman, está todo dispuesto.

—¿El almuerzo? —preguntó él entregando a su vez la mochila.

—En la cafetería a las dos en punto.

Me cogió cariñosamente del brazo.

—Conformes, vamos.

Dejé que guiase mis pasos y lo seguí muerta de curiosidad hasta el fondo. ¿Qué demonios era aquello?

Pues lo adiviné en cuanto vi las empalizadas, los cables de acero tendidos de un árbol a otro, los puentes colgantes construidos a base de endeble tablas, los arneses, las poleas y la masa de cinchas plegadas que nos ofrecía uno de los empleados.

—Es... ¿un parque temático?

—Algo parecido. Aventura en mayúscula, cerrada para nosotros —anunció con una explosión de felicidad en sus ojos intensamente azules.

—No esperarás... —señalé con un dedo las alturas—, no esperarás que me encaramé ahí arriba.

—Es muy sencillo, voy a explicarte cómo funciona el sistema de poleas —se agachó ante mí y estiró el arnés—. Pasa las piernas por aquí, una por cada agujero.

—Roman —baluceé bloqueada por el miedo pero obedeciendo—, Roman, te juro que por ti haría cualquier cosa, lo que me pidas, pero sufro de vértigo, no puedo escalar, yo... sí que es verdad que voy a matarme.

—Lo peor que puede pasarte es que te quedes colgada; el arnés te sujeta, no temas. —Apretó las correas en torno a mi cintura y mis piernas. No daba la impresión de desistir.

—Colgada ¿a qué altura exactamente? —gruñí aterrorizada. Miré los gruesos troncos que se perdían camino del cielo y el pellizco del estómago se apretó al límite—. Esto no es buena idea, lo sé.

—Lo vamos a pasar genial. —Roman acabó de atarme, se puso en pie cuanto alto era y se ajustó su propio arnés—. Verás qué divertido. Dijiste que te gustaban los deportes al aire libre —añadió con las cejas arqueadas.

Me retorció sobre mis pies.

—¿Eso dije? ¿Cuándo? Bueno, puede que lo dijera, alguna noche estando

borracha... Muy borracha —especifiqué—. Algunas veces se dicen tonterías para no ser penosa del todo...

Roman pasó su largo brazo junto a mi cuello, rodeó mis hombros y me apretó contra él. Dejó un suave beso sobre mi coronilla.

—Yo cuido de ti, Julieta, ya lo sabes. En cada cima —señaló las plataformas construidas como casitas de árbol a muchos metros del suelo— encontrarás la línea de la vida.

—Suenan a peligro y a tragedia. —Tragué saliva compungida.

—Es un cable de acero grueso y fortificado. Cada movimiento que hagas lo harás enganchada con estos dos mosquetones. —Los abrió y cerró repetidamente para que me fijase—. Nunca los sueltas a la vez. Si llegas, suelta primero el de abajo y lo conectas de nuevo a la línea de la vida que está marcada con rojo; es muy visible, no te preocupes. A continuación, sueltas el segundo y haces otro tanto. Procura que los mosquetones nunca se abran en el mismo sentido. Uno hacia ti, otro a la inversa. ¿Lo ves? —Volvió a manipularlos—, así, si se abrieran...

—¿Si se abrieran? —exclamé con pavor—. Deja, deja, ya está bien de explicaciones.

—¿Lo tienes? —me palmeó el trasero—. ¡Ole las agallas de mi niña! Empezaremos por este bajito para principiantes. Sube tú primero.

Lo que me ofrecía era una simple escala colgando de un árbol, de esas de cuerda con palos de madera atravesados a modo de peldaños. Aparentemente peligrosa, endeble, en perpetuo movimiento. Apoyé mi mano temblorosa en el primer madero rezando a todos los santos. La madre que parió al árbol «bajito», de al menos diez metros de altura.

—No has enganchado los mosquetones. —Roman me detuvo cuando ya había reunido valor suficiente como para mover un pie. Mierda. Tuve que acumularlo de nuevo pero ahora estaba bien sujeta y era menos suicida.

—Allá voy, si otras lo han conseguido... —dije sin convencimiento alguno. Los primeros escalones fueron horribles. La escala entera se agitaba y bailoteaba de derecha a izquierda. Reforcé la presión con los pies y separé las piernas para mantener el equilibrio. En media docena de empujones estaba en lo alto con agujetas en el culo.

—¡Suelta el segundo mosquetón, el más bajo! —me indicó Roman todavía en la escala—. ¿Has localizado la línea de la vida?

No era difícil verla, un grueso cable de acero definido con cinta aislante en

rabioso escarlata. Me peleé un rato con el cierre del enganche, aparentando una seguridad que no sentía y lo cambié de sitio. Lo mismo con el más alto.

—Bien, ya estás arriba. Empieza a cruzar el puente, yo te seguiré. Tenemos que dejar cierta distancia de seguridad entre nosotros.

Observé su odiosa habilidad para trepar y manejar los mosquetones y los cabos; en comparación yo era patosa y miope. Miré de reojo el puente colgante sujeto por cuerdas en precario equilibrio, donde unos tablones en forma de riñón, demasiado lejos el uno del otro, habían sustituido al suelo.

—La virgen, que me desmoño. Seguro que Lana cruzaría de puntillas y sin despeinarse.

Mano de santo, oye. Fue imaginarme a la morena presumida alardeando de súper-woman delante de mi chico y subírseme la bilirrubina a los sesos. Me lancé de cabeza al puente sin mirar siquiera por dónde iba.

—¡Marina, cuidado! ¡No corras!

No, qué va. Era mucho mejor cruzar a la carrera dando saltos y no pensárselo demasiado o querría bajarme aunque fuese en plancha. Mi desenfrenada carrera me llevó a la siguiente plataforma en el siguiente árbol.

El caso es que empezaba a divertirme.

Roman aterrizó a mi lado, aseguró los mosquetones, comprobó el estado de los míos y me dio la enhorabuena.

—Me estás sorprendiendo, nena, te veo muy capaz.

—Tú no sabes con quién estás tratando —me jacté—, puede que parezca pusilánime pero soy una *crack* de los deportes de riesgo. —Me froté las manos en un alarde de arrogancia—. ¿Qué viene a continuación?

—La tirolina.

—¿La tiro... qué?

—Me lanzaré yo primero para que veas cómo funciona y te esperaré para sujetarte cuando llegues. Mira la polea extra que llevas colgada del arnés. La colocas sobre el cable de la tirolina que une los dos árboles, así, ¿ves? y enganchas los dos mosquetones en estas muescas de los extremos. Uno y otro. Cuidado con no pillarte los dedos ni tocar el cable, podrías quemarte con la fricción. Los colocas aquí dentro para controlar el timón.

Fui incapaz de articular una letra. Las piernas me temblaban casi prodigiosamente, si tenemos en cuenta que los huesos suelen ser rígidos.

—Yo... esto... Creo que me bajo aquí mismo —tartamudeé.

—¿Y esa *crack* del riesgo?

—Ha debido marcharse, solo quedo yo —aseguré con una sonrisa tristona—. Nada, lo dicho, que me rindo.

—Pero si la tirolina es lo mejor del recorrido, acaba allí mismo, venga, Julieta, no te rajes.

—Si es que no me sostienen las piernas —protesté—, la culpa la tienes tú con tanto desgaste.

—Ya conoces mi lema, pienso besarte hasta que me digas basta.

Antes de que pudiera contestar algo a la altura, adoptó postura de sentado, se propulsó y desapareció rodando cable abajo colgado del arnés a una espantosa velocidad. En la otra punta le esperaba una colchoneta donde apoyó los pies para frenar y una argolla amarilla de la que se agarró para saltar a la plataforma. Desde allí agitó una mano victoriosa y me animó a avanzar.

Mis pies habían echado raíces. Roman parecía estar a kilómetros de distancia. En un país vecino, como poco.

—¡Vamos!

Mi cerebro solo era capaz de conformar una palabra: NO.

Bueno, y otra más: SOCORRO.

Maldita sea, ¿cómo me había dejado convencer? Mis ojos resbalaron. No, Marina, no mires abajo, el vértigo, los mareos, te caerás redonda. No lo pienses, déjate ir, igual que ha hecho Roman.

Que alguien me baje de aquí, de inmediato.

Mis manos crispadas alrededor de la polea, el artilugio aún enganchado a mi cinturón, los nudillos blanco nuclear.

El miedo que me paralizaba, las lágrimas a punto de rebose.

—¡Venga, cariño, ánimo!

No podía clavarme allí eternamente aunque hubiese querido. Me persigné tres veces seguidas, respiré hondo, evité mirar al suelo o calcular distancias. Si había que morir lo haría con gallardía. Seguro que la tal Lana venía a ejercitarse todos los jueves, yo no iba a ser menos.

Coloqué la polea sobre el cable después de asegurar los mosquetones y luego los encajé en los huecos. Flexioné las rodillas y sin dejar de mirar allí donde Roman me esperaba con los brazos abiertos, permití que las ruedecillas bien engrasadas se deslizaran sobre el cable. El recorrido era en

pendiente y largo, yo diría que interminable, pero a mitad de camino estiré las piernas al frente y solté un alarido de júbilo completamente fuera de control.

—¡Qué chulooo!

Mi entusiasmo no tuvo la culpa: la polea giró sobre sí misma como una peonza y me vi desplazada a velocidad de bala, de espaldas, sin ver a dónde puñetas me dirigía.

—¡Gira, gira! —chilló Roman desde su posición— ¡Mete los dedos! ¡Controla la postura!

Y una porra. Choqué contra la colchoneta con un ímpetu demoledor cuando gritaba a pulmón «soy Lara Croooft» o algo parecido, y él no fue capaz de agarrarme a tiempo. Reboté y salí despedida en dirección contraria girando como la aguja de una brújula locuela. Volví a descender a los pocos minutos con un ataque de risa y mucho mejor humor. El pánico se había esfumado y yo conseguí introducir los dedos en su sitio y controlar la posición de la polea. Encaré la colchoneta de frente y aunque fui y vine dos veces más, al final consumé la llegada como una campeona.

•25• Las mujeres no se orientan

Roman me abrazó ansioso mientras yo desmontaba mis mosquetones y los apretaba en torno a la línea de la vida.

—¿Has visto? —exclamé triunfante.

—¡Fantástico!, has estado superior. —Pero su sonrisa no era de relax precisamente.

—Creo que me he ganado un beso.

—Te has ganado un millón y un almuerzo a la americana. —Me sujetó con excesiva cautela y buscó sediento mis labios con los suyos—. No me fío de ti, Marina —susurró pegado a mi boca—, eres un peligro público, vamos a tierra firme y allí te daré tu merecido.

Mi regreso al mundo de los vivos fue mucho más glorioso y campechano que mi tembloroso ascenso. Bien por mí, me estaba convirtiendo en toda una profesional y solo con un día de entrenamiento. Ya podía temblar Lana con todos sus huesitos.

—Tengo un hambre atroz —comenté mientras me deshacía del arnés. Al final había sido tan divertido que hasta lamenté acabar—. ¿Hacemos otro recorrido luego? ¿Roman? —miré alrededor pero no vi a nadie, solo árboles en una masa densa e impenetrable—. Roman, ¿dónde estás?

Bastante desconcertada solté el arnés que cayó al suelo. El suyo yacía allí, junto al mío pero ni rastro de su propietario. El más temible silencio me rodeaba. Se me erizó el vello de los brazos.

—No tiene gracia —me quejé a grandes gritos—, no conozco este bosque, podría perderme y no aparecer nunca más, que lo sepas.

Nada. Puse los brazos en jarra.

—Pienso encontrar el lugar del almuerzo —lo reté sin creerme lo que decía—, yo sola y sin tu ayuda. Pero es una broma pesada que puede acabar en catástrofe. Quedas advertido. Porque a ver, ¿quién te dice que no me caeré dentro de un pozo?

Caminé sin rumbo unos ocho minutos cada vez más desorientada. El entramado de ramas mitigaba la luz de manera alarmante. Empecé a sentir un temor más agudo que colgada de la tirolina.

—Oye...

—¿Te rindes?

Roman saltó como un gato y quedó agazapado a mis pies. Me dio un susto de muerte del que me desahogué aullando como una enajenada y golpeándolo con ambos puños mientras se partía de risa.

—Lo siento, lo siento —jadeó entre carcajadas—, no pude evitarlo, me lo pusiste en bandeja.

—Eso no se hace con una pobre chica sin GPS cerebral como yo —le reproché furiosa sin dejar de aporrearlo. Consiguió, con ningún esfuerzo y una sola de sus manos, inmovilizarme ambas muñecas, elevarme los brazos por encima de la cabeza y atraparme entre él y el tronco de un árbol. La excitación, el calor, la respuesta de todo mi cuerpo fue instantánea. Mordí su boca con frenesí y recorrí su interior con mi lengua.

Estaba enganchada a él, a su forma de ser. Hasta a su humor alemán algo negro y a sus bromitas de gracia discutible.

Cuando nos separamos con la respiración agitada, nos quedamos mirándonos, las pupilas de uno fundidas con las del otro, la lujuria a punto de doblegarnos en mitad de un bosque.

—Te deseo —murmuró ronco y emocionado. Hundió su cara en mi cuello y me besó y me mordió a la altura de la oreja. La presión en mi vientre se convirtió en un peso muerto que caía sin remedio hasta la entrepierna. La cabeza me daba vueltas embriagada de deseo, pero la imagen de dos inocentes guardabosques con cara de pasmados que nos sorprendían en plena faena, rompió el encanto del momento.

—Te perdono... pero vamos a comer primero o morderé lo que más tierno tengas.

Soltó una alegre carcajada y se pasó una mano con disimulo a la altura de la bragueta. Con el pantalón de deporte ajustado, el bulto adquiría dimensiones extraordinarias.

—Si buscas algo blando ya sé dónde no vas a morderme.

Jamás hubiese encontrado la dichosa cafetería sin un mapa. Estaba, según me explicó Roman, casi a la entrada, a la derecha, en un claro rodeado de altos árboles. Era preciosa, con un porche amplio y agradable en el que habían dispuesto una mesa para la comida. Crema de calabaza con

pimienta, pollo asado con patatas, y gofres con nata. Se me hizo la boca agua.

Roman me ayudó a tomar asiento, al parecer, se sentía muy satisfecho.

—Disculpa por mi pequeño experimento de antes. Le explico a mi madre la facultad natural de las mujeres para extraviaros y no me cree.

—Ah, ¿no? —solté irónica.

—Estáis programadas desde la época de las cavernas para quedaros en casa cuidando de...

—Las gallinas —me anticipé de muy mal humor. Aquel estar orgullosísima de mis intrépidas peripecias en las copas de los pinos, me daba alas.

—Iba a decir la prole, pero en fin, supongo que también tendrían gallinas —se burló mientras trinchaba el pollo. Perseguí sus movimientos con mirada codiciosa. Quería esas manos sobre mi piel y las quería ya.

Tuve que obligarme a seguir con la discusión.

—Y claro, vosotros, para cuando desertabais de los ejércitos, cagaditos de miedo, debíais tener bien desarrollado el sentido de la orientación, para poder volver a casa con el rabo entre las piernas —rugí.

—Uh, uh, qué hostilidad percibo en tu tono —se mofó—. Al final resultará que eres una feminista exaltada de esas que reivindican el derecho a desayunar en la cama toodos los días...

—No me des ideas, lo de hoy me ha gustado, juro que podría acostumbrarme. —Al tiempo que replicaba alargué el brazo en un movimiento reflejo buscando arrearle un buen mamporro, pero me esquivó con insultante agilidad y pegó la cara en el plato de los gofres. Cuando alzó de nuevo la cabeza, llevaba los morros pringados de nata.

—Bésame, Julieta —pidió con guasa—, vamos, atrévete a probarla, está fresca y riquísima.

Roman nos acompañó en el difícil trance de la despedida. Desprenderse de la alborotadora Merche dolía mucho. Mi hermano recorría taciturno el salón conteniendo las lágrimas, cuando llegamos del día en el bosque. Tanto él como la peque se alegraron de la presencia de Roman.

—Princesa Merche, ¿me aceptáis un helado tamaño XL? —ofreció mi

chico con su soltura natural—. Os lo compro aquí abajo, si me acompañáis. Dicho y hecho. Merche se aferró a su mano con desmedido afán heladero y al tiempo de salir, le agradecí con un esbozo de sonrisa el que nos diese a mi hermano y a mí unos minutos de intimidad. Carlos se estrujaba las manos sin tregua.

—No voy a dejarla viajar sola, como comprenderás —rumiaba—, pero odio la idea de pasearme por el pueblo. Seré un cobarde pero no puedo hacerlo, no puedo, eso es todo. —Frenó y suspiró—. Es superior a mis fuerzas.

—Hay otras soluciones —lo calmé—, no hace falta que te expongas. Llamo a papá y que se llegue a recoger a la nena con la furgoneta. Tú no tendrás que salir de la estación de autobuses. No te haces una idea de lo feliz que le va a hacer verte.

—¿En serio? —Se mordió una uña—. Ay, no sé... Me lo cuentas y me lo creo, claro, por qué no iba a creerte, pero es que... tantos años considerando a papá como el rígido, gruñón, inflexible..., se me hace cuesta arriba verlo ahora haciendo palmas con las orejas con... con lo mío.

—A ver, no exageres, tampoco es que lo pregone a grito pelado y con orgullo, pero nuestro padre es como se supone que debe ser un buen padre: quiere a sus hijos y los acepta tal y como son. Los chismorreos de la gente le traen al paio.

—Eso deja a mamá en una posición delicada —subrayó.

—Simplemente es una esclava del «qué dirán» pero se le pasará con el tiempo. —Me acerqué y lo besé en la frente—. Te quiere demasiado como para no superarlo.

—Bueno, vamos allá. Telefona y luego me cuentas. —Se dirigió a la puerta—. Ah, en la butaquita del dormitorio tienes el traje de faralaes. De encaje, rojo coral, un primor. Los abalorios recuerdan a las joyas victorianas, de lo mejorcito que se ha visto, lo ha escogido tu sobrina, para que lo sepas. Y espera una foto tuya con él puesto —remató con un dedo tieso.

—Oído cocina —me resigné. Nadie iba a salvarme, por lo visto, de vestirme de gitana en aquella fastidiosa verbena.

Pensé que la semana discurriría sin más citas dado el ajetreado ritmo de trabajo de Roman, y me resigné a no verlo hasta el jueves en la fiesta flamenca. Pero su capacidad para sorprenderme no menguaba. El martes después del almuerzo me llamó para avisarme de que me recogía.

No era el mejor momento: me pilló en plena discusión trascendental con mi hermano tras volver de Aljete todo ofuscado, y anunciar que me abandonaba. Y yo no llevaba precisamente las de ganar. En condiciones normales habría saltado por encima de las hogueras con tal de dar una vuelta con Roman pero aquello era demasiado importante:

—Empieza por el principio, Carlos, y relájate. Y deja de dar vueltas por el salón que es muy chico y me mareas. ¿Fue papá a la estación?

—¡No! —Sonó como un alarido desgarrado. Muy desgarrado. Di un respingo.

—¿Cómo que no? Si hablé con él y me dijo...

—¡Pues cambiaría de opinión! ¿Lo ves? Se avergüenza, se avergüenza de su hijo mariquita. No vino, nos dejó plantados.

—Entonces, ¿quién recogió a Merchita? —Me tapé la boca con las manos

— ¡No me lo digas! ¡Flori!

—¡Tampoco! —Acababa de sentarse en el sofá, a mi lado. Más bien se derrumbó y yo salté por los aires.

—Dios, te juro que no aguanto esta incertidumbre.

—¡Lolo! ¡Vino Lolo! —Se volvió a levantar y reinició sus garbeos en círculo.

—¿Cómo que Lolo?

—Ay, Mari, qué violento fue. —Se llevó las manos al pecho clavando su atormentada mirada en la lámpara del techo—. Parecíamos... extraños, todo tan... frío. Aunque claro, no hemos parado de discutir desde que vine a Madrid, pero... Esperaba más de él, la verdad.

—No entiendo nada.

—Cari, esas cosas pasan. En un entorno determinado, hacíamos buena pareja. En Aljete, éramos dos encantadores gays pueblerinos e inocentones. Ahora sé que hay más mundo, mucho más. Quiero aprender, viajar, tratar con gente interesante. —Se giró drástico y teatral sobre sus talones—. Lolo solo quiere Aljete, Aljete, Aljete. ¿Sabes cuál es su problema?

Negué con la cabeza y los ojos desencajados.

—¿Que es muy tradicional?

—Su madre. —Golpeó una palma con la otra—. Su puñetera madre. Lolo está en deuda con ella, lo estará toda su vida, no dejará el pueblo así lo maten, de modo queee... Ains.

—Habéis cortado —deduje con pesar. Carlos alzó un hombro.

—Algo así. —Se repasó las uñas—. Lo encontré tan...

—¿Distinto?

—Tan cateto, ¡cari!, que todo lo tengo que decir yo. Lo encontré cateto. Me temo que en la euforia loca de mi salida del armario, lo idealicé. Parecía un patito desvalido allí, en mitad del salón, guapo, alto y morenazo pero sensible. Fui hasta él y lo abracé. Se dejó querer.

—Eres muy enamoradizo, eso es lo que te pasa. —Un besito en el pelo—. Desde peque eras de un caprichoso... ¿Y qué hiciste con Merche? Para responderme, Carlos se secó al vuelo una lagrimilla que corría por la comisura de su ojo.

—Lolo me dijo que papá estaba fuera, con la furgoneta. Merche salió con él. No hemos quedado mal ni nada, supongo que con el tiempo volveremos a ser grandes amigos. También se le ha pasado el subidón, después de estar medio depre y encerrado en su casa semana y media. Su madre lo ha cuidado, lo ha mimado, le ha hecho comiditas y ahora la quiere más que nunca. Cada uno de nosotros sabemos que nuestros caminos estarán mejor separados.

—No me explico lo de papá —lamenté entristecida. Era un jarro de agua fría en todo el espinazo. Me senté. Nos sentamos cariacontecidos.

—Mentiría si te digo que me sorprende. En fin, tesoro, a otra cosa, mariposa —disimuló como pudo el nudo que tenía en la garganta—: Merche y yo hemos aprovechado su visita para ver apartamentos. Creí que era justo que su opinión también contase. —Se llevó la taza de infusión, ya helada, a la boca y observó contrariado mis mohines—. Ay, cari, no te aflijas, si no me voy lejos, es aquí, a dos pasos, pero independiente, dos dormitorios, uno para la niña que le pienso decorar a conciencia... Imagina que la comisión judicial quiere venir a inspeccionar el modo en que vivimos...

—Tienes grabado a fuego el proceso de adopción, tu hija ya es tuya, nadie va a venir a controlarte —me enfurruñé.

—Por si acaso, Mari, por si acaso. —Me regaló una palmadita de ánimo en el muslo—. Tengo tantos planes, soy un hombre nuevo que respira en libertad y... ¡Adivina! —Iba a sugerir algo pero no me concedió tiempo— ¡Tengo trabajo!

Eso sí que no me lo esperaba. Salté de emoción en mi viejo sofá.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde?

—De redactor de estilismos en una revista. Nada del otro mundo, creo que hasta los becarios van por delante, pero es un comienzo, Mari, un arranque maravilloso con un futuro prometedor.

Inmediatamente me contagié de su excitación y estaba menos triste.

—¿Cómo se llama la revista? —lo azucé— ¿Cómo se llama? ¿Aquí, en Madrid? ¡Ay, qué callado te lo tenías! Dime, dime.

—La culpa es tuya que con ese novio que te has echado, no paras en casa. Ray. ¡Raaay! ¿No es un sueño?

Me quedé sin palabras. Y sin resuello. Viendo mi cara de lela, Carletes repitió la pregunta.

—Sí, sí, un sueño —convine aún atónita—, menuda suerte.

—Se lo pido al genio de Aladino y no me sale mejor —gorjeó—, ¡qué oportunidad! Verás cuando se lo cuente a Lolo. —Vaciló—. Ya no somos novios, ¿debería contárselo?

Eso ya no lo escuché. Lo de Ray me golpeó directo en el centro de las entendederas, era demasiado fuerte. ¿Por qué precisamente allí? Si era tan difícil entrar, si había tantos filtros, tanto enchufe de cuatro clavijas hasta para pasar la mopa, ¿cómo es que un don nadie como Carletes conseguía un puesto de redactor? ¡Maldita casualidad! ¡Qué encrucijada! Entusiasmada por lo que supondría para él como oportunidad profesional pero acongojada por lo que podía acarrear.

Decidí no desinflar su globo de ilusión, lo noté demasiado feliz. Hice lo que pude por componer una sonrisa y desearle lo mejor, cuando tomó mis manos entre las suyas.

—Y otra cosa, tesorito, voy a terminar de renovarte el guardarropa, ahora me puedo permitir unas cuantas piezas especiales que tengo en mente.

—Carlos, yo...

Me calló con dos dedos cruzados sobre los labios. Desistí porque el interfono anunciaba la llegada de Roman y aún me faltaba calzarme.

—¿Me ves bien?

Evaluó mi aspecto: vaqueros pitillo, camiseta de tulipanes con mensaje en positivo, cazadora vaquera y All Star rosas.

—Funcional y práctica. Para un diario por la tarde, tiene un pase. Conste que pienso pulir tu estilo al máximo.

—O lo que es lo mismo, seré tu conejillo de indias —refunfuñé. Carlos soltó una risita traviesa.

—Anda, no lo hagas esperar.

•26• Contigo no pasaría

Los ojos se me abrieron como sartenes cuando vi a mi chico a lomos de una potente motocicleta negra y cromada, embutido en una chupa de cuero, los iris azules más intensos que nunca, y barba de dos días. Arrebatador, enloquecedor, absolutamente irresistible. Con mucho dolor aparté mis ojos de él para posarlos con prevención sobre la moto.

—No me pongas esa cara de susto que estás en mis manos, nena, te prometo que sé cómo domarla. —Me ofreció un casco negro y me hizo señas para que me acercara. Me lo encajó y se entretuvo en distraerme mientras me abrochaba. Antes de poder arrepentirme ya me encontraba pegada a su ancha espalda, abrazada, sintiéndome inexplicablemente segura.

—Hoy sí es el día. Hoy iremos al Circo del Sol —me anunció alegre. Retorcí la maneta y salimos a todo gas.

Guay, ¿no?

A medida que los kilómetros escapaban por debajo, me fui relajando. Su impecable manejo de aquella monstruosa máquina rugiente y su perfecto control me ayudaron a confiar. Apoyé la cabeza contra su espalda y aspiré el aroma del suave cuero de su cazadora. Entrecerré los ojos abandonada al soplo de la brisa.

No lo suficiente como para no verlo. Allí, tirado en el arcén. Di un respingo y me espabilé por completo.

—¡Para, para! —grité. Me acompañé de fuertes tirones de su manga—
¡Para la moto!

En cuanto lo hizo salté al suelo y salí de estampida en dirección contraria. A mi espalda, Roman se quitó el casco con curiosidad, aseguró la pata y vino hacia mí. Me giré con un bulto gimiente y ensangrentado entre los brazos.

—Es un perrito, lo han atropellado.

—¿Está vivo? —se abrió paso entre mi cepo y le acarició el morro. Asentí —. Entonces no perdamos tiempo, vamos al veterinario que atiende a Don, es un auténtico fenómeno.

Se desprendió de la cazadora de cuero y envolvió al herido para mantenerlo

calentito. Con ese gesto ganó diez puntos más; creo que ya iba por cuarenta y seis sobre diez en mi escala del hombre perfecto.

El joven doctor amigo de Roman desapareció tras la puerta de la sala de curas con el cachorro en brazos y nos quedamos esperando en el área de recepción, retorciéndonos las manos de impaciencia. Roman me rodeó con el brazo para estrecharme cariñoso contra su costado, y me besó los labios con infinita dulzura. Yo casi lloraba.

—No te preocupes, confía, es el mejor.

La preocupación que leí en sus ojos me contó su amor por los animales y su desvelo por el destino del pobre vagabundo.

Pasada una media hora el doctor volvió a dejarse ver sacándose unos guantes de látex; nos catapultamos a preguntarle con ansiedad.

—Se ha llevado un buen golpe, animalito, ha sido toda una fortuna que lo hayáis descubierto a tiempo.

—Todo el mérito es de Marina —se apresuró a aclarar Roman. El veterinario me sonrió.

—¿Qué tiene? —pregunté yo angustiada.

—Dos patas rotas y contusión grave en la cadera pero saldrá de esta. Vamos a operarlo y procuraré teneros al corriente de su estado, la recuperación será larga, lo advierto. —Nos miró a ambos—. ¿Tenéis pensado algún nombre para vuestro ahijado?

—Marino —dijo Roman

—Romano —sugerí yo al mismo tiempo. Nos miramos sorprendidos por la coincidencia.

El veterinario disimuló la risa con un carraspeo.

—Bueno, no es preciso que lo decidáis ahora, ya me lo diréis cuando lleguéis a un acuerdo.

Al salir a la calle, Roman evaluó mi lamentable estado.

—Vas hecha una pena, tienes la camiseta y la cazadora llenas de sangre.

—La tuya también se ha ensuciado —le recordé—, y es mucho más cara.

—¿Qué tal si nos vamos de compras? —insinuó con aquella sonrisa torcida que me volvía turulata. No me disgustó el repentino cambio de planes ni la chispa que detecté en sus pupilas.

—Entonces damos por perdido el circo —lamenté con una pizca de tristeza—, y ya van dos. Lo siento.

—¿A quién le importa? Otra vez será. Lo primero es lo primero. —Me agarró por la cintura, me sentó en la motocicleta como quien sienta a un sobrino, y me encasquetó el casco. Luego se puso el suyo y se acomodó ante los mandos—. ¿Preparada para una maratónica jornada de shopping?

—Calla, anda, que te pareces a mi hermano —reí—. ¡*Avanti* toda!

Se empeñó en conducirme a un centro comercial exclusivo de esos cuya mera proximidad pone mi tarjeta de crédito en cuarentena. Me empujó dentro de una boutique y mientras yo saludaba tímidamente a las dependientas que nos cercaron, tratando de ocultar las manchas de mi ropa, Roman desplegó sus encantos más visibles.

—¿Ha visto la película *Pretty Woman*? —preguntó a una de ellas. La chica pestañeó frenética, fascinada por sus ojazos.

—Sí, ¿por...?

—Hágase la idea de que somos los protagonistas. —Le mostró una hilera perfecta de dientes blanquísimos. La dependienta, ruborizada, tropezó con su compañera.

—¿Y piensan... gastarse una cantidad indecente de dinero? —susurró la causante del choque, demasiado cerca de Roman, para mi gusto.

—Indecente, casi pornográfica, se lo aseguro.

Puedo imaginar el calor que le subió a las mozas cuello arriba y el mosqueo cuando Roman giró sobre sus talones, cogió mi mano y me dedicó el cien por cien de su atención sin acordarse más de ellas. Al lado de su desparpajo y júbilo desmontando percheros, Carletes se quedaba en gayumbos.

—Pruébate esta —me alargó una camiseta de tacto sedoso—, y esta, y esta también, qué bonita.

—No te pases, solo necesito una.

—No me discutas, Julieta, y no me arruines la diversión; límitate a relajarte y disfrutar.

Me dirigí a los probadores con tal montaña de tops y camisetas que apenas se me veía. La verdad, eran todas preciosas, me vería en un serio aprieto a la hora de elegir.

—¡Nos lo llevamos todo! Ponte la que más te guste y las demás que nos

las envíen a casa —indicó Roman desde fuera, ni que me hubiese leído el pensamiento.

—Pero no puedo...

—Y pruébate también esto. —Entró un largo brazo sosteniendo una cazadora de cuero sedoso que olía de maravilla. La acepté bastante aturdida—. ¿Ya estás?

Antes de que pudiera contestar se coló en el probador y me agarró por detrás apuntando a mis pechos con los pulgares.

—Ahí, ¡sí señor!, marcando delantera —me sedujo con un susurro.

—¿Qué haces? Van a verte las dependientas —me alarmé tratando de zafarme de sus besos por el cuello.

—¡Bah!, les he dado quinientos euros a cada una para que cierren la tienda y se tomen un café. ¿A ver esas tetillas?

—¿Quinientos...? —Miré el bulto debajo de su ombligo y me dio la risa—. Sal de aquí volando o tendremos que comprarte otra talla de pantalón. Quinientos euros... ¿Has perdido la chaveta?

—Por ti, Julieta, que no te quieres enterar. —Me obligó a girar y a encarar el temido espejo de cuerpo entero con él todavía pegado a mi espalda, en un abrazo de amor, apoyado en mí, entrelazando sus pies con los míos, cubriendo mi cuerpo con el suyo—. Mírate, mírate bien. ¿Entiendes por qué te quiero?

Se creó un silencio tenso cargado de significado. Mi corazón se lanzó al galope, su olor me poseyó en un pestañeo. Sus manos cerca de mis senos, su boca cerca de mi oreja y de mi cuello.

—Me... ¿tú me quieres?

Volvió a aferrarme los hombros para que quedase frente a él. Me miró con una intensidad que hipnotizaba.

—Nunca pensé que diría esto tan pronto ni tan convencido pero sí, nena, te quiero. Te quiero a mi lado el resto de mi vida.

Por un momento pensé que iba a desmayarme. Por suerte se quedó en un tambaleo nervioso porque pude apoyarme en su torso.

—¿Tú no sientes lo mismo? —preguntó con una nota de desilusión en el tono.

—No es eso... es que... Sencillamente no puedo creerlo. —Se me saltaron las lágrimas. Me las enjugó con un beso.

—Eh, no, nena, eso no. No quiero que llores nunca en tu vida si puedo evitarlo.

Sus manos entraron por debajo de mi camiseta, subieron por mi espalda y desabrocharon mi sujetador mientras me besaba apasionadamente. Perdí la cabeza. Hacer el amor en un estrecho probador no es que entrase dentro del catálogo de mis fantasías sexuales pero estuvo genial.

Tanto que ni reparé en que no le había contestado.

Salí de la tienda roja como un coche de bomberos bajo el severo escrutinio de las dependientas, con camiseta y cazadora nuevas, y unas tres mil bolsas que enviarían directamente a mi domicilio. Sus miradas de envidia no se suavizaron con la abultadísima cuenta. No las culpo, era complicado de entender que una chica como yo tuviese un novio como él.

¿Novio? ¿Había dicho «novio»?

¡Bien por mí! Empezaba a creérmelo.

Tomamos café con cruasanes y visto que ya no llegábamos al Circo del Sol ni en broma, Roman me propuso un plan alternativo rodeado de misterio.

—Me gustaría llevarte a un sitio. No todo el mundo lo consideraría adecuado pero tratándose de ti... Igual te gusta y mucho.

Su mirada era de profundo amor. Alentada por lo que me transmitía, levanté la mano y le acaricié la mejilla. Me chiflaba el tacto de su barba de dos días, suave y cosquilleante. Él atrapó mis dedos, se los llevó a la boca y me los besó.

—¿Vamos entonces? —repitió.

Me encogí de hombros convencida de que con él bajaría a los mismísimos infiernos.

—Soy toda tuya.

Su moto rugió de nuevo por la ciudad y mientras atardecía a nuestras espaldas, nos condujo por un entramado de calles hasta un edificio de estilo victoriano con un gran jardín trasero. Roman empujó la verja, me

franqueó la entrada.

—¿Sabes lo que es? —sacudí la cabeza—. Un asilo. Aunque preferimos llamarlo «albergue» o «residencia».

Miré a mi alrededor gratamente sorprendida.

—Es... Nunca lo habría imaginado, es... bonito. ¿Pertenece a la Fundación?

—Uno de nuestros primeros proyectos en Madrid. Tiene una prolongada trayectoria, ya funciona solo. Pasa.

Las instalaciones ocupaban un palacete el triple de grande que el de Cayetana aunque mucho más funcional en todos los aspectos. Los jardines extensos y cuidados, con definidos senderos de arena blanca por los que algunos ancianos paseaban del brazo de un familiar o un enfermero.

Daba la impresión de que eran felices. Aquello no se parecía a nada que yo hubiera podido imaginar; echando mano de la escasa información que manejo, daba por sentado que las residencias de ancianos eran lugares tétricos y fantasmales donde viejecitos olvidados de Dios languidecían hasta marcharse a mejor vida.

Entramos en un enorme salón con dos chimeneas de piedra, decorado acorde con los cánones de la época en que ellos fueron jóvenes, sofás Chester de piel, mesitas de madera de los años cincuenta, lámparas de techo con pantallas de cristal verde... Todo era tan agradable, tan luminoso. Nos saludaron con mucho afecto, nos ofrecieron bebidas refrescantes y mientras tomábamos asiento, mi dedo apuntó a los jóvenes que conversaban con los abueletes riéndoles las gracias de sus batallitas, jugando a las cartas o al ajedrez, leyéndoles en voz alta. Observé las lágrimas que rodaban por las mejillas de una anciana emocionada por los poemas que escuchaba y admiré la entrega de los chicos.

—¿Trabajan aquí?

—Son voluntarios, cooperantes, gente generosa que cede su tiempo libre para acompañarlos y hacerles sentir queridos e importantes. A esas edades es vital sentirse de algún modo todavía útil. Muchos de estos abuelos están solos en el mundo.

La emoción me caló hasta el tuétano mismo de los huesos. Tan conmovida, que me hubiese arrojado en los brazos de Roman y lo habría besado hasta pellarle los labios, allí mismo, delante de todos.

—La residencia es un lugar, digamos, difícil de visitar —prosiguió él a media voz—, algunas almas, sensibles en exceso, sienten un rechazo

abierto a sumergirse en este universo que consideran decrépito y terminal. Alcé una ceja. Podía imaginarme quiénes eran aquellas puñeteras «almas sensibles»: Lana y compañía, por ejemplo.

—Contigo sabía que no iba a pasar —concluyó con aire orgulloso—, que tú serías capaz de apreciar el amor que se esconde tras estas paredes.

•27• Tirititrán, tran, tran.

Sujetando aún el vaso de té helado, me aproximé al chico que leía las poesías y contemplé admirada la escena un buen rato. La abuela levantó la cabeza, reparó en mi presencia y me sonrió dulcemente. Interpreté su gesto como una invitación que acepté sin dudar.

—¿Puedo? —solicité algo tímida. El voluntario me entregó el libro de poemas y me cedió su butaca.

—¿Eres nueva, chiquita? —quiso saber la abuela. Le dije que sí y me preguntó mi nombre.

—Marina, me llamo Marina.

—Qué nombre tan precioso, ¿te gusta Antonio?

Tardé en caer en la cuenta de que hablaba de Machado.

—Sí, mucho, muchísimo. ¿Quiere que le lea?

Ella no respondió pero se dispuso a escuchar. Cruzó las manos sobre su vientre y entrelazó los dedos. Me sumergí de lleno en el campo donde el olmo viejo hendido por el rayo y en su mitad podrido...

Mientras duró la asombrosa experiencia, las pupilas de Roman se mantuvieron fijas en mi persona. Creo que llevé la presión con bastante dignidad. Aunque me habría perdido en sus ojos para no volver, fingí ignorarlo. Eso sí, me permití un suspiro de felicidad.

Acabamos reunidos en un corro que cantaba a voz en grito «Que viva España» y «Asturias patria querida». Roman se desmadejaba de risa y no se sabía las letras, supongo que en su recatado entorno nadie había entonado jamás semejantes himnos. Llegó la hora de la cena y los acompañamos al comedor, en el que los ancianos se reunían en mesas de a seis y donde me concedieron nuevamente el placer de dar de comer a un abuelito enfermo de Parkinson al que le resultaba imposible sostener la cuchara sin verter la sopa. Fue como si me tocara el Gordo de la lotería.

Al despedirnos, sentí que algo mío se quedaba allí con ellos y que no pasaría mucho tiempo antes de que regresara a visitarlos. El camino de vuelta fue pausado y romántico, abrazada a la firme cintura de mi chico, con la mejilla apoyada en su ancha espalda. Sin comentarle que había descubierto sus ojos húmedos mirarme enternecidos, cuando leía a

Machado.

Roman no me puso ningún inconveniente y llegué a la fiesta flamenca más feliz que un grillo en una tomatera, colgada de su fornido brazo creyéndome por un día la reina del bulevar, a pesar del bochorno que me ocasionaba el floripondio sembrado en mi coronilla. Allí nos reunimos con Cayetana, Neil, Adela, Juan, Olivia y el esquivo Luis de Balboa que por lo que pude comprobar, fingía independencia pero no le quitaba el ojo de encima a mi amiga. Eso era buena señal, ¿no?

Tenía que contárselo cuanto antes, me consta que la pobre estaba muy colada y tan insegura como yo. De hecho, pensándolo fríamente y en comparación con Luis, Roman me había demostrado por activa y por pasiva su sinceridad y su interés; ni punto de comparación mi nivel con el de Olivia, y sin embargo... Yo parecía sufrir más mis dudas que ella.

¿Soy imbécil o soy imbécil? Tonta perdida. Ya es oficial. Pisotón al canto. Enseguida formamos un corrillo animado y dicharachero de ocho humanos dándose tortas por hablar primero.

—Todavía alucino con la mente genial que ha propuesto esta fiesta —nos asaltó una eufórica Olivia—, ¡un sarao andaluz! Guay, ¿verdad? Mira, en honor a tus raíces, Cayetana.

La sorpresa me abrió los ojos y me permitió observar la mueca de desagrado de mi mejor amiga.

—¿Andaluza? —repetí anonadada—. Si pensé que eras vasca.

—Bueno, sí, papá que en paz descansa, era industrial de Bilbao, como ya sabéis, pero teníamos una tata andaluza que...

—Caaayeee —la amonestó Neil con paciencia. Ella se revolvió impaciente.

—Ojú, sí, vale, mi madre también era... es de Málaga.

Los ojos de Olivia florecieron con la confirmación de su informe. La pequeña odiaba quedar de mentirosa y había oído rumores en alguna parte, que de momento, parecían ser ciertos.

—Anda, salerosa, bien calladito te lo tenías —aplaudió Adela que se amolda a todo sin protestar.

—Bueno, ya sabes —le restó importancia con un floreo de su larga mano —, llevo sangre malagueña en mis venas pero no lo voy contando, no me

gusta presumir.

Las carcajadas del grupo las interrumpieron las primeras notas de unas conocidas sevillanas. Olivia nos animó a bailar y los chicos se colocaron en fila, a toque de corneta invisible, esperándonos.

Yo solo me veía de bruces en el suelo enredada entre tanto volante, no tenía ni idea de cómo manejar ese baile. ¡Por Dios bendito!

El tiempo que emplearon mis amigas en despegarme de la loseta de mármol lo aprovecharon cuatro pijas rubias de bote con los brazos en alto pidiendo guerra digo, sevillanas flamencas, que formaron línea delante de nuestros muchachos, cual muralla brotada de ninguna parte.

«Muro instantáneo» marca ACME.

Tuve la tentación de cubrirme la cabeza como si fueran a estallar petardos. No sabía quiénes eran aquellas chulapas tan risueñas y tan dispuestas a bailar el tralará con Neil, Roman, Juan y Luis, pero sí lo que implicaba quererle sisar el novio a Caye aunque fuese por casualidad.

Mira, me equivoqué.

Mi amiga sabía comportarse en según qué circunstancias y en aquel fiestón estaban todos sus conocidos. Esbozó una sonrisa de hiena, se acercó al grupo, agarró con una mano los volantes de la falda de la más alta y pegó un tirón.

—Disculpeen, estos caballeros ya tienen sus damas, graaaciaaas...

Estupefactas se quedaron, mirándola, mirándose. Hice señas a Adela y seguimos a Olivia que ya la apalancaba agarrándose a su Luis. Bufé de alivio. Sonaban los primeros compases y no había muerto nadie.

Todavía.

En una de mis atolondradas vueltas, completamente a merced de Roman que llevaba la voz cantante, palidecí. Natalia Hellman entraba con el porte aristocrático que la caracteriza y una bata flamenca inspirada en los mantones de Manila, atendiendo las múltiples muestras de afecto y consideración aquí y allá. La seguía de cerca la pérfida Lana, aunque de momento no parecían habernos visto.

Se me aflojaron las piernas y la cuestionable calidad de mi danza descendió en picado. Sin embargo, ir en grupo es un modo inmejorable de pasar desapercibida, lo comprobé cuando acabado el baile, nos pusimos a beber vino blanco y rebujitos y nos disolvimos en la masa. Perder de vista a Natalia y a Lana fue un premio de primera. Lo malo es que también perdí a Roman. Pregunté, pero todos estaban demasiado ocupados rellenando sus

copas y zampando jamón. Tras varios minutos me pareció distinguirlo entre la gente, charlando en corrillo con su madre y la lagarta.

Mierda. En ese nefasto momento, Natalia giró y sus ojos se cruzaron con los míos. Los de mi suegra en potencia soltaron un destello que ni los dientes de oro de un capo mafioso. Me eché a temblar. No presagiaban nada bueno.

Ya no conseguí relajarme ni participar en la conversación; Juan y Adela, tiernamente cogidos por la cintura, contaban, entre bromas, los pormenores de sus noches de amor. Vi que Roman se acercaba a la mesa de las bebidas y se hacía con dos copas. Bueno, menos mal, terror superado. Ya volvía. Una para él, otra para mí, brindaríamos y pelillos a la mar...

No me figuraba que pasaría de largo sin mirarme, prácticamente simulando no conocerme, para ir a ofrecérselas a su madre y a su «pretendiente». Analicé de lejos sus movimientos galantes y despreocupados, sin poder cerrar la boca, ofendida, herida, incapaz de comprender su cambio de actitud.

Natalia volvió a buscarme y me dedicó una cruel sonrisa de triunfo.

Aguardé paciente, convencida de que regresaría; ni me percaté de que el resto del grupo se separaba y me quedaba sola, solo tenía ojos para él. Pero él no me miró ni una sola vez. Pude oír cómo mi corazón se desgarraba y se rompía en dos. Habría soportado cualquier cosa, cualquiera, salvo aquella fría y aterradora indiferencia que me estrujó el estómago.

Me regalé un pisotón de los buenos, que me trituró los huesos.

—Yo valgo mucho —me dije—. No estoy dispuesta a pasar por alto este... este... ultraje. —Me estiré los volantes y me re Coloqué la flor del pelo—. Vamos allá, Marinita.

Con más miedo que vergüenza recorrí los metros que me separaban de aquella gente selecta, y traté de abrirme hueco junto a Roman. Imposible. Lana se me atravesaba cada vez que lo intentaba y me dejaba fuera del corro. Lo peor es que Roman no movió un meñique por mí. Reía y comentaba cosas con otro invitado, en fluido inglés. Cuando me cansé de esquivar a la morena, me coloqué a espaldas de mi amor, en lugar de a su lado, y probé a rozarle el brazo para llamar su atención. Pero alguien clavó antes unos dedos crueles en el mío y pegó un tirón.

¡Era Natalia!

—Querida, déjalo ya, te estás poniendo en evidencia —me susurró con muy mala leche. Tuve la impresión de que Roman nos espiaba con una

oreja.

—Yo... Hola, señora Hellman, me alegro...

—Vuelve con tus amistades, anda —me cortó. Lo pronunció con desprecio. Lana la acompañó con una risita diabólica—. Este grupo es privado.

Empezaron a picarme los ojos. No, de eso nada, no iba a llorar ni a desmoronarme para darle gusto. Me aclaré la garganta y me estiré muy digna.

—He venido con Roman.

—Eso, lo dudo —recalcó su madre. Él no dijo ni pío. Fingió no verme y siguió conversando y riendo. Cada carcajada suya se me clavaba en el corazón como la punta de una catana.

—Pues es la pura verdad. ¿A que sí, Roman?

No me hizo el menor caso. Lana volvió a regocijarse en mi desastre. En realidad, todos se rieron por lo bajini. Me puse como la sandía.

—¿Verdad, Roman, que hemos venido juntos a la fiesta? —repetí alzando la voz. Esta vez no pudo zafarse. Calló, hizo por sonreír sin conseguirlo, me disculpó ante su interlocutor como si yo fuese una niña torpe y maleducada, y sentenció con voz de trueno:

—Claro que no. Ella viene con sus amigas —explicó a su madre—, nos hemos encontrado por casualidad, es todo. —Y retomó su blablablá en inglés, justo donde lo había dejado.

¿Cóoomooo?

Fue como si me aplastaran la tráquea. Natalia y Lana cruzaron una mirada de burla cuya víctima era yo, cortada en rodajas.

—Las hay con una imaginación desbordante, Natalia —cuchicheó Lana a su cuello, lo suficientemente alto y claro como para que yo lo oyera.

—O que no saben beber. La falta de costumbre y vida social...

Esperé, convencida de que en algún momento inesperado, Roman me rescataría de aquel escarnio, me apretaría contra sí, riendo, me diría que era una broma pesada de las suyas... No lo hizo. Ni me defendió. Más bien se dio la vuelta, tomó del brazo a su madre y la apartó de mí como si mi traje de flamenca tuviese algo contagioso.

—Hija, de verdad, eres lo peor —Lana me dedicó unas últimas palabritas inyectadas de maldad y soberbia—. Luego te quejarás si te enteras de que

él nos narra estas batallitas ridículas tuyas, y nos hartamos de reír. ¿Qué más necesitas para entender que Roman no está interesado?

Dicho lo cual, meneó su bata de cola y salió como una bala tras ellos. A comerle la oreja a mi chico.

Yo fui trotando en busca de consuelo. Cayetana. Mi infalible Cayetana.

Pero también allí cocían habas. Di con ella en un discreto recodo, medio escondido tras unas palmeras ornamentales, en mitad de una monumental bronca con Neil. Parecía mentira que pocos segundos antes se derritieran en arrumacos.

—¿Por qué no me dijiste que Petra iba detrás de ti? Si lo sabías, ¿por qué no me lo advertiste? —lo acusaba como una fiera. Neil respondió con su conocida pachorra nórdica.

—No lo sabía, si tuviera que preocuparme por todas las que quieren tema conmigo...

Temí que se le enganchara al cuello por el modo en que lo miró.

—¡Serás engreído! ¡Idiota, prepotente! Tú... ¡tú eres mío! Se acabó el cachondeo, voy a agarrarla por los pelos y la saco de España.

Neil dio un paso adelante.

—Ni se te ocurra, que te conozco —siseó peligroso.

—¡Ah! ¿La defiendes?

—Voy a disculparte delante de Petra. Es nuestra invitada, has debido portarte de forma horrible con ella todos estos días, y yo no me he dado cuenta siquiera. ¡Qué vergüenza!

—Te juro que si sales por esa puerta tendrás muy difícil seguir la relación que tienes conmigo —advirtió Caye afilada y furiosa.

Y sin pensárselo dos veces, volcó su copa de vino sobre el pecho de Neil. Habría querido tirársela por la cabeza pero ni con tacones llegaba. El sueco la detuvo agarrándole fuerte la muñeca homicida.

—Caye, te quiero mucho, pero hazte mirar lo tuyo, por favor. A estas alturas ya es grave.

Se dio media vuelta y la dejó compuesta y sin réplica.

—¡Neil...! —lo llamó en un gemido agónico. Él no se detuvo. Era el mejor momento para aproximarme y rodearla con el brazo—. Cagoentó —masculló.

—Lo suscribo —afirmé deslumbrada por el tono tajante del vikingo—.

¿Estás llorando? —No me dejaba verle la cara, hizo lo posible por tapar sus lágrimas pero no pudo engañarme—. Cielo, ¿qué ha pasado?

—Voy a perderlo. Esa valquiria del demonio va a salirse con la suya —hipó—, mi noviazgo con Neil pende de un hilo por su culpa.

—Deberías controlar esos prontoos tuyos —le sugerí con delicadeza. Se revolvió colérica.

—Soy una anfitriona desastrosa, bueno, ¿y qué? Si es que la odio a muerte, no debería ni haberse bajado del avión la muy gorrina. Tengo que dar con una solución por drástica que resulte. ¿Tú tampoco lo entiendes?

—Lo entiendo, lo entiendo —tartamudeé todavía impresionada por la entereza con que Neil había hecho frente a la pataleta de mi amiga. Si un calmado y pacífico escandinavo podía presumir de agallas estando su honor y su dignidad en juego, una Valdemorillos también podía. Y esa idea ridícula pero potente, quedó revoloteando en mi cabeza como una polilla testaruda alrededor de un foco.

Quizá ese fuera el origen de que cuando Roman se nos acercó sonriendo como si nada, yo explotase que ni la Mascletà de Valencia.

—¿Quieres beber algo? —me ofreció con su voz más dulce y una aparente inocencia que me encendió.

—¿Ahora sí? ¿Ahora sí te acuerdas de que has venido conmigo?

Vi sus mejillas colorearse un pelín. A Cayetana no se le pasó por la cabeza intervenir.

—Marina, entiende...

—¿Que entienda? ¡Ya estoy harta de entender a los demás! ¡Lo que quiero es que me entiendan a mí, que ya es hora! Me has estado ignorando desde que tu madre y esa... esa... han llegado —me atropellé—. Evitándome a conciencia, que nadie note que somos pareja.

—Nena, escucha...

—No pienso escucharte, no pienso escucharte más. Dices una cosa pero haces otra —el trote de mis palabras se convirtió en galope— y luego pretendes que confíe en ti. ¿Cómo voy a hacerlo? Te has avergonzado de mí delante de tu familia, algo que no te perdonaré mientras viva.

—Julieta...

—¡Y una porra, Julieta! Tu madre me ha humillado, me ha ridiculizado, y tú lo has permitido. Lana se lo ha pasado de lo lindo a mi costa y no me has

defendido, me has negado, como San Pedro, me has tratado como a un vulgar estorbo. ¡Ahora, gracias a ti, para todos soy la cateta ignorante que se coló en la fiesta por equivocación!

—¡Yo no he dicho nada de eso! —quiso defenderse. Tarde. Taaarde.

Hice amago de escapar y él trató de dar un paso. Lo frené con las manos en su pecho y mucha más brusquedad de la pretendida.

—¡No me sigas! ¡No me sigas que no respondo!

Salí a escape y por descontado, me pisé el último volante del vestido y caí de bruces. Permití que Caye me ayudase a incorporarme pero a Roman lo espanté a base de manotazos. Encajé las mandíbulas y las palabras escaparon entre mis dientes.

—¡Ni te acerques! ¡No-me-to-ques!

Enfilé la puerta y todavía tuve tiempo de oír a Cayetana silbar y decirle:

—Debes gustarle mucho en todos los sentidos, desde que la conozco nunca la había visto así de enfadada.

•28• Absoluta soledad

Asalté el primer taxi que se dignó a parar y me quité de la circulación por si Roman me perseguía. En lugar de volver a casa fui directa a un hotel barato y me hospedé. Entre lagrimas llamé a Carletes y lo puse sobreaviso.

—¿Tan gorda ha sido la bronca, cari?

—Más. Y no hubo bronca, solo la desilusión más tremenda de mi vida — berreé con desconsuelo.

—Por Cristo, con él y en él, no puedo dejarte sola en esas condiciones, dame la dirección de tu escondrijo y me planto en...

—¡No! —chillé— Roman podría verte, debe andar buscándome. Mejor que le digas que no sabes dónde estoy. Necesito quedarme sola y atiborrarme de guarrerías.

Mentira, lo necesitaba a él. Lo más pronto posible. Y a sus caricias, sus besos, a la calidez que impregnaba sus palabras. Que volviese a generar la confianza en lo nuestro, que se había derrumbado.

—Mañana podría disponer de las llaves del nuevo apartamento si lo necesitas. Es un buen refugio, nadie sabe dónde queda —me sugirió. A pesar de mi embotamiento entendí que era una magnífica idea.

—Sí, consíguelas, dame las señas y nos vemos allí a la hora que me digas. ¡Ah! Procura que no te sigan —aconsejé con muy mala uva.

El resto de la madrugada la invertí en llorar como una demente, atiborrarme de patatas fritas del minibar, escuchar constante, el pipipí del teléfono desconectado de mi hermana mayor, y recordar una y otra vez, en dolorosa letanía, el brazo de Roman rodeando los hombros desnudos de Lana, sus cabezas juntas al reírse y mi tremenda humillación pública.

Me estaba bien empleado, por cerrar los ojos a la realidad. Allí la tenía, golpeando fuerte: jamás sería bienvenida ni encajaría en su mundo. Podía ser su juguete a solas pero nunca en sociedad. No era lo bastante buena.

Cobijarme en una dirección que de momento nadie controlaba resultó ser la mejor y la única manera de no caer rendida de nuevo en brazos de mi

amado. El mismo que me había ninguneado en público por no desairar a su madre y a su excelso círculo de amigos, dejándome por mentirosa, y aparentando, más bien, preferir a la sublime Lana como pareja.

¡Ay, qué dolor!

Sus llamadas y mensajes se acumularon en mi móvil, cada vez más desesperados, y acabé por desconectarlo para no pensar en él, lo cual era, a todas luces, una solemne tontería: nadie iba a borrar a Roman de mi cabeza de un plumazo, serían el tiempo, mucho, y la voluntad, más; y aún así quedaría tocada de por vida.

Lo dramática que me pongo cuando me pongo, oye. Pero el ofuscamiento no me permitía ver más allá de mis narices y solo alcanzaba a recordar mi desgracia..., y el estado del perrito atropellado, que se convirtió en otra obsesión. Mis neuronas saltaban a la comba entre una imagen y otra.

Desconocía el nombre del veterinario, que para más inri era colega de Roman, ignoraba la dirección de la clínica, ¿cómo iba a preguntar por Marino-Romano? ¿Y si se moría y yo no me enteraba?

Traer a mi mente tan agradables pensamientos, mejoró mi incontenible capacidad de generar lágrimas. Lloraba, lloraba, y cuando atardecía, lloraba aún más.

Esa tarde, cuando Carletes volvió del trabajo, preso del entusiasmo más feroz, me encontró, como de costumbre, ovillada en su flamante sofá, lloriqueando sin ver la tele.

—¿Novedades? —me estudió preocupado—. No, claro, cómo iba a haberlas si nadie sabe dónde te escondes y estás desconectada. —Soltó un montón de bolsas y revistas que le ocupaban las manos—. Que sepas que solo esta mañana, tu Roman me ha llamado cinco veces. —Se acopló en el filo del tresillo y me cogió una mano—. Ya no sé qué decirle, no se cree que no sepa dónde andas y miento fatal. De un momento a otro se me verá el plumero.

Di un respingo.

—Si te vas de la lengua me marchó, Carlos, me pierdo en el mapamundi y ya ni siquiera tú sabrás de mi paradero.

—¿Es una amenaza? —se escandalizó.

—Una advertencia.

—Suena igual de mal.

—Me da lo mismo —rugí exasperada—. Sabes mejor que nadie que no

puedo verlo, ni hablar con él, ni permitir que me convenza.

Carletes chasqueó la lengua en un gesto muy suyo y jugueteó con mis dedos lacios.

—Lo que hizo estuvo feo, no lo niego, pero a veces, la presión que ejercen los padres nos confunde, te lo juro, y hablo con conocimiento de causa. Su amor nos convierte en víctimas, mira Lolo, por culpa de su «maders lov». Roman se equivocó, de acuerdo, pero eso no significa que no vayas a perdonarle...

Rescaté mi mano y me levanté de un salto para alejarme de su pernicioso influencia. No podía seguir escuchando aquello que mi corazón anhelaba llevar a cabo y solo frenaba mi juicio.

—Ya está bien, no voy a cambiar de opinión, no me conviene cambiar de opinión —recalqué. Luego lo miré con reproche—. Si me quieres y te importo más que él, te limitarás a apoyarme, hacer lo que te digo y no sacarás más esta conversación.

—Es que pasan los días y no te veo avanzar, estás más pocha, más chuchurría...

—¡Basta! —exigí con todo el brío que me quedaba. Odiaba verlo tan compungido pero a diferencia de mi vida anterior, ahora la que importaba era yo—. La próxima vez que te llame, le dices que salgo con otra persona, que me respete, que necesito tiempo y merezco ser feliz.

—¡Pero eso es cruel, cari! ¡Y sobre todo es mentira! —se horripiló. Como si siempreuviésemos que ir con la verdad por delante. Yo hasta hace poco también era de esas, mira con qué resultados.

—Es la única forma. Roman es caballeroso y gentil, se apartará de mi camino—dije. Y solo con escucharme rompí a llorar con desespero. Mi hermano me obligó a tumbarme de nuevo y se dedicó un buen rato a trenzarme el pelo sin alisar.

—¿Ha llamado papá? —preguntó tímido, pasado un ratito.

—No.

—¿Y tú? ¿Lo has llamado?

Me mordí el labio. Debí hacerlo pero no lo había hecho. Tenía demasiado miedo de escuchar algo horrible y decepcionante; que mi madre lo hubiese convencido, lo hubiera puesto en contra de Carlos.

—Lo siento, la verdad es que no.

—Hay un abogado que me busca. Representa a Flori —comunicó despacio y con indiferencia. Yo salté sobre el cojín.

—¿En serio?

—No pasa nada, yo tengo otro. Empieza la lucha.

Me sorprendió su calma. Era como anestesia flotando en el aire.

—Deberíais quedar para hablar —sugerí. Carletes asintió.

—Es verdad eso que dices de que el tiempo amansará a la fiera. Flori se está desinflando: primero quería ejecutarme en la plaza del pueblo, luego simplemente me odiaba, y ahora dice el abogado que empieza a comprenderme. —Su rostro experimentó un súbito cambio: se crispó, y su sosiego dio paso a una horrible mueca contorsionada—. ¡Como si yo fuese a fiarme a estas alturas de un picapleitos! —chilló—. Por cierto, he traído algo que quiero que veas —anunció repentinamente animado. Señor... ¿Se estaba volviendo tarumba? Este ir y venir de su humor, no me parecía ni chispa de normal. Me alargó las revistas que tenían varias páginas marcadas—. Échales un vistazo y dime qué opinas de esa chica, Brianda.

¿Qué podía importar lo que yo opinase? Obedecí porque no me quedaban fuerzas para discutir. Era una modelo de piel muy pálida, me ganaba por goleada, con el pelo algo más corto que yo, teñido de naranja ácido. Para el reportaje la vestían con furiosos estampados mezclados de forma imposible. La suma final, no obstante, impactaba.

—Es guapa —comenté poco convencida.

—No te preguntaba eso, si no lo fuera no estaría ahí y tú la superas en mucho. Lo que quiero que me digas es si te daría la risa al verla por la calle.

Volví a fijarme en las fotos.

—Creo que no, la rodea un halo de... seguridad, puede que sea seguridad, que dice algo así como «me pongo lo que me da la gana y si no te gusta no mires». ¿No?

Carletes asintió meneando la cabeza.

—Yo no lo habría definido mejor. Es una aristócrata rebelde que ha creado su propia firma de ropa y está consiguiendo un éxito estrepitoso, tipo Los Chichos en América. A casos como este me refiero, cuando digo que puliendo tu estilo base... —sonó su móvil, miró la pantallita y palideció—. Es Roman, Roman de nuevo, ainsss...¿qué hago?

—Decirle que tengo novio antes de que se te embrolle la lengua, ¡vamos!
Sin tenerlas todas consigo vi a mi hermano, hecho un manojo de nervios, meterse en el dormitorio pulsando con pesar el botón de responder. Me mordí los labios y regresé con la hermosa Brianda. Unos minutos más tarde, Carletes se sentó a mi lado. Yo aguantaba la ansiedad como podía.

—¿Y bien? —espeté seca.

—Pobre, se ha tragado la trola enterita, qué pena me ha dado.

—Ni me lo cuentes —le prohibí.

—Es que se ha derrumbado, yo...

Lo fulminé con una mirada.

—Si hubieses estado allí conmigo, si llegas a oír lo que dijo, cómo me trató, si hubieras visto la maquiavélica mirada de triunfo de su madre, pensarías de otro modo. Las cosas, cuando no tienen futuro, cuanto antes se corten, mejor.

—Vale —se resignó retirando una lágrima díscola de la comisura de su ojo

—. Volviendo a la nueva colección inspirada en ti...

Lo que me faltaba. Carletes iba a volverme majara perdida.

—Has heredado de mamá la capacidad de saltar de un tema a otro, a lo loco. ¿De qué me hablas ahora?

—Brianda Fitz-James-Stuart es la prueba viviente de que funcionaría, le he hablado del proyecto a Arturo y está dispuesto a sustentarme, le parece maravilloso.

Se me encendieron las alarmas.

—Arturo... ¿Te refieres a Arturo Hellman? —asintió—. ¿De dónde sale esa familiaridad entre vosotros? ¿Por qué lo tuteas? —indagué temiéndome lo peor. Mis temores se confirmaron cuando vi colorearse los mofletes de mi hermano y sus ojos huir de los míos— ¿Carletes?

—Ayyy, es muy amable, le interesa mi punto de vista porque le parece original, muy del estilo de Ray, quiere ascenderme, facilitarme las cosas... ¿Le digo que no? Tendría que estar muy majareta para rechazar su respaldo.

—Es el jefe y es peligroso.

—No tienes ni idea de lo que dices, es un amor. —Su tono apasionado lo traicionó y a mí me erizó el vello.

—Es el tío de Roman, hermano de su padre, créeme que lo conozco.

—¿De qué? ¿De un té vigilados por la cuñadísima? Natalia Hellman intimida a todo el mundo, eso ya lo he notado. Pero Arturo dispone de fortuna propia, no la necesita ni depende de ella, Ray es su proyecto, su vida. No se dejará manipular.

—¿Sabe que eres mi hermano?

Carlos se encogió de hombros.

—Nunca me preguntó el apellido, pero supongo que sí. Para algo es el jefe, las fichas del personal están a su alcance y con nuestro Valdemorillos por bandera, atar cabos no debe de ser muy difícil.

—Es vital que ella no descubra que os gustáis. Porque os gustáis, ¿verdad? Carletes, mírame y dime la verdad. No se trata de un simple entendimiento profesional.

Fue incapaz de mantenerme la mirada. Agarró un cojín, se abrazó a él y empezó a pellizcarle los flecos.

—Es tan interesante, guapo, sexy, seductor, con ese estilo a la italiana que me alucina. Y hemos hecho tan buenas migas...

Se me cayó el techo encima. Con los dedos arándome el pelo di un par de vueltas por el salón como una loca encerrada.

—Pero, ¿y Lolo? —sacudió lentamente la cabeza—. ¡No sabes dónde te has metido! ¡No imaginas lo que vas a sufrir! Esa familia no es para nosotros, Carlos, ¡espabila!

—¡A Lolo, que le den! Si no vamos a volver, pase lo que pase. Y sabes que no estoy nada de acuerdo con esa teoría clasista tuya, Mari, que ya no vivimos en los cincuenta.

—Te usará hasta que se canse y luego te largará de un patadón en el culo —sentencié. Y curiosamente, me sentí confortada en mi drama personal al afirmarlo.

—Pues que me quiten lo bailao —se emperró Carletes irguiendo la barbilla—, prefiero arriesgarme, a no vivirlo.

Dejé caer los hombros. Eso no es lo que se suponía que yo debía escuchar, sino todo lo contrario. Recogió muy digno sus revistas y se encerró en su dormitorio. Mi hermano y yo en bandos separados aunque la razón era yo quien la tenía. Iba a tocarme recoger los tristes pedazos de su corazón roto, hecho trizas, como el mío.

Así de asquerosa es la vida a veces.

•29• Perfumes a la carta

Tenía que buscar, con urgencia, trabajo y nuevos entretenimientos que me alejaran de mi monotema mental: él. Aunque no era fácil, ni siquiera pensaba que fuese posible. No dormía, me levantaba y me acostaba suspirando como una ida, con su imagen en mente y su penetrante olor incrustado en el cerebro. Trastornada, vacía, completamente enajenada.

Revolviendo mi bolso descubrí la tarjeta del taller de perfumes que me había regalado Cayetana. También había procurado esconderme de ella, y de Adela, y de Olivia. Toda precaución era poca, sabían que estaba perfectamente y poco más. Decidí ir a por su regalo, al menos eso se lo debía y moviéndome en metro era difícil que me cazaran.

Me desplazé hasta la plaza de María Guerrero, donde Bella Bittante tenía su negocio. No se trataba de una tienda al uso, era una antigua casa con jardín rehabilitada y preciosa que te transportaba a un mundo mágico con solo cruzar el umbral. El remolino de aromas perfectamente enredados que me dio la bienvenida, me noqueó al instante.

El interior era fresco en comparación con la temperatura de la calle, decorado con sutil gusto, muchos espejos, plantas y muebles vetustos recuperados. Las estanterías plagadas de divinas botellas de cristal me recordaban a las farmacias antiguas. Los mostradores parecían arcones de la época Luis XV y en una esquina descubrí un mueble de madera tallada con incrustaciones de nácar, increíblemente hermoso, que no supe identificar. De inmediato me recordó la vieja casa de mi abuela.

—¿Deseaba algo?

Cielos, con la fascinación del lugar ni me había percatado de que había una mujer allí sentada, manipulando vasos de precipitados y pipetas. Se me encendieron las mejillas. Parecía contrariada por la interrupción.

—Sí, disculpe. Me envía Cayetana Lundberg, creo que es cliente suya. — Recalqué el nombre de Caye, básicamente, para que no me echase a patadas de la tienda.

Su expresión cambió del negro al blanco. La mención de Caye la hizo sonreír con amplitud. Caí en la cuenta de que tenía más o menos mi edad, la había imaginado mayor; morena, de pelo largo, francamente guapa.

—Una de nuestras mejores clientas, en efecto, y una personalidad única.

—Somos amigas, tiene mucho empeño en que confeccionen ustedes un perfume para mí —expliqué presionada por tanta formalidad—, la chica en el centro comercial me entregó su tarjeta...

Mientras rebuscaba en el bolso dispuesta a enseñársela, la mujer se desprendió de sus gafas graduadas y se puso por fin en pie como una verdadera anfitriona. Al levantar la vista vi una mano tendida que me apresuré a estrechar.

—Soy Bella, lamento el recibimiento. Cuando me concentro en alguna mezcla debe ser que cambio de universo —soltó una risita encantadora—, luego tardo varios minutos en aterrizar de nuevo. Siéntese, haga el favor. ¿Le apetece un café?

Acepté un té de buen grado y mientras se ausentó me dediqué a admirar el «escritorio» donde la sorprendí trabajando. Montones de botellitas se repartían por toda la mesa.

—¿Le gusta? —Apareció con una bandeja y la acomodó en una mesita cercana a las butacas—. Es el órgano de perfumista, único y muy antiguo, creo que no hay otro en España, al menos, con toda seguridad, en Madrid.

—Es maravilloso —comenté abducida en parte por los olores—, trabajar aquí debe de ser como un regalo del cielo.

—Bueno, yo no lo considero trabajo en el estricto sentido del término —me ofreció una taza y acercó el plato con las pastas para que quedase a mi alcance—, más bien me atrevo a considerar la tienda un *atelier* de artista.

—¿Crean perfumes personificados para cada cliente?

—Eso hacemos —respondió desde el borde mismo de su taza—. Un perfume que resuma la personalidad de quien lo lleva y que nadie más tendrá.

Acababa de caer en la cuenta del magnífico regalo que Cayetana me había hecho, ignorante de mí.

—Perdone la indiscreción, ¿tiene mucha gente trabajando aquí, con usted?

—Como ves no hay dependientas, no hay subalternos, solo yo. Yo recibo al cliente, lo analizo y creo la mezcla. Así ha sido desde hace siglos, procedo de un gremio familiar.

—Asombroso —balbuceé.

—¿Te llamas?

—Marina, Marina Valdemorillos.

—Sí, tu nombre me suena, Cayetana insistió tanto. Dime el color que más te llama. No el que más te guste, sino el que siempre atrae irremediabilmente tu atención.

—Rosa —dije tras pensarlo un poco.

—Bien. ¿Quién es Marina Valdemorillos? ¿Podrías definirte con un par de palabras? —me pidió, llevándose una pasta de té a la boca. Eso, ¿quién era yo? La pregunta del millón, estaría bien saberlo, me ahorraría muchos disgustos. Además, no había venido a parlamentar relajadamente con una desconocida, tenía que encontrar trabajo aquella misma tarde, no quedarme allí embobada perdiendo el tiempo. Pero así es justo como estaba: hechizada sin remedio, algo similar a lo que me ocurría mirando a Roman —. No hace falta extenderse —volvió a incitarme, vista mi enorme pausa.

—Es complicado... —apunté arrebolada.

—¿Confiada? ¿Sensible? —sugirió.

—Todo eso. Y...

—¿Tímida?

Dios, ¿tan transparente era? Debía llevar mi ñoñería pintada en la frente.

—Sí, soy bastante pusilánime —admití abochornada— pero estoy trabajando duro para mejorar.

Bella me observó con discreta curiosidad.

—Entonces tu perfume cambiará, no te quepa duda. Mira qué bien, no sabíamos cómo arrancar y ya tenemos tres adjetivos. Ahora te veo — entrecerró los párpados maquillados de azul—, como un buqué de flores blancas. Azahar, muguete...

—¿Jazmín? —aventuré. Me observó con picardía contenida.

—No, el jazmín no es en absoluto inocente, solo lo aparenta. Tiene una enorme carga afrodisíaca. —Me dedicó una afable sonrisa aunque yo hubiese dado algo por descifrar su lenguaje técnico—. Es demasiado pronto, no todavía. Cierra los ojos, busca un estado de calma y descríbeme un olor de la infancia que te venga a la memoria.

Cerrar los ojos fue un acto intuitivo acelerado. El sosiego no fue difícil de lograr, envuelta en aquella atmósfera silenciosa, balsámica y ligera, un oasis protegido en el desierto de la gran ciudad. De hecho, me costaba recordar otro momento tan pacífico en mis ajetreados últimos meses. Y

aquellos olores deliciosos... Esboqué una sonrisa sin despegar los párpados.

—La ropa limpia recién planchada de mi abuela —susurré de un modo íntimo—, la guardaba en una cómoda heredada, ese mueble en el que usted trabaja me la recuerda. Yo me escabullía mientras ella cocinaba, y hurgaba en sus cajones porque cada vez que removía las telas, el aroma ascendía hasta mi nariz y me impregnaba. ¡Y la borla! La borla de sus polvos para la cara.

—Bien, esa eres tú —confirmó Bella con un delicado suspiro. Parpadeé indecisa, ¿en serio yo era una bola de talco? Menudo futuro—. Un buqué de flores blancas con una nota almizclada.

Apoyó la taza en la bandeja y me animó a seguirla. Me invitó a sentarme a su lado en el órgano del perfumista, retiró las botellas y los vasos, y sacó un juego sin estrenar.

—Todo perfume se compone de notas de salida, notas de corazón y notas de fondo que son las que otorgan cuerpo al perfume, perduran y convierten la fragancia en inolvidable, las responsables de que te enamores y le seas fiel. Las primeras son la tarjeta de presentación al olfato y se desvanecen enseguida. —Descorchó varias botellas etiquetadas—. Aspira el aroma con delicadeza y dime cuál prefieres.

Me tomé mi tiempo tal y como ella me indicaba y cuando señalé uno de los cuatro, Bella sonrió satisfecha como si acabase de confirmar algo que ya sospechaba.

—No esperaba menos de ti. —Introdujo la pipeta y extrajo unas gotas que vertió en un vaso—. Ahora prueba con estos otros.

Repetimos la operación unas cuantas veces. Debieron pasar casi dos horas, no lo sé, el santo se me fue al cielo y en lo que duró, no sentí el dolor de la pérdida ni recordé mi miserable destino de enamorada solitaria. Bella fue vertiendo chorritos de esencias en el vaso y agitándolo como una perfecta sumiller. Finalmente, ayudándose de un embudo diminuto, lo traspasó a una botella de cristal que imitaba a una antigua, y con una pluma verdadera y tinta esmeralda, escribió mi nombre en una etiqueta con impecable caligrafía. Me tendió el tarro con orgullo. Lo recibí con reverencia, como algo sagrado. Parte de mí, de alguna manera, estaba encerrada entre aquellos vidrios esmerilados.

—Ahí lo tienes. Mi querida Marina, delicada y etérea como un hada, con un toque angelical. Espero volver a verte pronto y que podamos añadir

alguna otra nota más profunda o atrevida a tu fragancia. Bienvenida al universo de los perfumes.

Salí del jardín contigo a la tienda en una nube, sin tocar el suelo. ¿A qué olería Roman? A algo dulce y sabroso. ¿Chocolate? Solo así se explicaban las infames ganas de devorarlo que me dominaban en cuanto se me ponía a tiro.

Cuando contacté con Caye para darle la noticia, que ya disponía de mi propia fragancia gracias a ella, no imaginaba que se empeñaría en verme para almorzar. Bien, mis condiciones fueron hacerlo en el sitio más alejado posible, donde jamás de los jamases pudiera chocarme con Roman en los retretes. Y por más que porfió no me bajé del burro. Fue increíble verla ceder y acoplarse a lo que no era más que un capricho. Pero era mi capricho, y por una vez en la vida, lo exigí hasta salirme con la mía.

—La verdad, entiendo tus cautelas, lo de no querer verlo y tal —protestó ya ubicadas en la mesa. Yo me cubría la cara con la cartulina de la carta—, pero arrastrarme hasta El Escorial para tapear me parece un poco exagerado.

Saqué un ojo de detrás de mi parapeto.

—¿Acaso no te ha dado la lata preguntando por mí?

—Lo expresas como si te ofendiera —se escandalizó—. Que semejante espécimen de macho beba los vientos por ti y pierda su tiempo en telefonar a todo bicho viviente que pueda darle noticia de tu estado, te sienta mal. ¡Ver para creer!

—¿Te ha llamado, sí o no? —repetí insistente. Cayetana bufó y retorció la servilleta.

—Pues sí, la verdad, un montón de veces, pobrecillo.

—Otra con la lástima. ¿Y qué le has dicho?

—¿Qué le voy a decir? Que hasta donde sé estás bien y en tu casa de siempre. Pero no es así, ¿te has mudado? —negué con firmeza— ¿Estás en un hotel? —volví a negar—. Vaya, veo que no me lo piensas contar. Muy bonito.

—Es mejor para todos, en serio.

—Menuda película de misterio te estás montando, ONG querida, a este

tipo de humillaciones no debe de estar acostumbrado me extrañaría mucho: Roman Hellman es de los que no suplican, se lo encuentran todo hecho, hasta la cama, y sin embargo por ti...

—No me cuentes lo que ya sé —la corté con aspereza. Dejé la carta sobre la mesa—. Me tomaré una sopa de verduras y un filete de rosada a la plancha.

—Yo me tomaré dos o tres gin-tónicos para abrir boca. ¡Camarero!

—Creí que la de la hecatombe emocional era yo, ¿por qué te das a la bebida de esa manera y a estas horas?

—Ay, Marina, no sabes lo que tienes. Un hombre estupendo que te desea, y le desprecias.

Compuse una mueca de profunda incredulidad.

—¿Quién desprecia a quién? Caye, ¡por Dios!, cualquiera que te oiga pensará que no estuviste en esa fiesta, que no viste cómo me ignoró, simuló delante de todos no conocerme siquiera, y me trató como a un moscardón cojonero.

—La verdad, tengo que reconocer que no estuve muy atenta, también tuve fuegos que apagar.

—Pues entonces no me critiques —gemí al borde del sollozo—, ya estoy sufriendo bastante con esta separación; las cosas no pasan de la noche a la mañana, la gente, antes de herirte, da pistas, aunque por lo general estemos demasiado ciegos como para verlas. Luego nos llega la puñalada, por la espalda y de sopetón. Trato de anticiparme a lo que pasará, no tenemos ningún futuro, él es un cagón cobarde que ve a su madre y se mea en los pantalones... ¿Caye? Cayetana, ¿me estás escuchando?

—Sí, sí, deja, que a la vez también le doy al coco. —Movié ambas manos en un amplio ademán—. Te comprendo pero no te apoyo porque yo soy... ¿cómo decirte? Más guerrera, no me resigno, yo lucharía, un carajo darlo por perdido y hundirme.

No se me ocurrió nada que replicar, así que suspiré. Tendría razón pero yo no era ella, ni a soñar que me echase.

—Te pongo un ejemplo: después del broncazo con Neil en la puñetera fiesta flamenca, mal palo le den, me las apañé bastante bien para hacer las paces. Admito que cuando tuve que disculparme ante Petra y decirle que estaba encantada con su visita por poco me da un ataque, pero por la tarde salí a comprar el mejor salmón noruego y un vinito blanco especial que

vuelve loco a mi chico. Llegué a casa con planes lujuriosos para toda la noche. ¿Y qué te crees que me encuentro?

Abrí desmesuradamente los ojos. Como pensaba, Caye no se paró a esperarme.

—¡La zorra de Petra confraternizando con mi viki en el porche trasero!

—¿Besuqueándolo? —me llevé espantada las manos a la boca.

—No, mujer, si la llego a pillar en esa tesitura la despellejo allí mismo. Haciéndole arrumacos, carantoñas, sirviéndole champán como una *gheisa*... —Se le había hinchado la cara de coraje—. ¡Hija de la Gran Bretaña! ¡Falsa, pedorra! Así que no tuve más remedio que interrumpir.

—Claro, ¿y...?

—Les dije que estoy embarazada.

•30• Tratados con el enemigo

El chute de ilusión me traspasó completa, como un buen disparo.

—¿En serio? ¡Caye! Pero eso... ¡eso es fabuloso! ¡Enhorabuena!

Fui a abrazarla eufórica pero me frenó a mitad del aspaviento.

—Que no, Marina, que no te enteras de nada.

—Ya sé que no entraba en tus planes pero... ¿No es genial?

—¡Es mentira!

¿Cómo que mentira?

—Fue lo primero que se me ocurrió, y no sabes qué efectividad, oye, a la Petra se le desencajó la jeta y ya está haciendo las maletas —explicó con una carcajada.

—¿Y Neil? —indagué con prudencia. Caye desvió la mirada al suelo.

—Se ha vuelto tarumba de la alegría.

—Pobre... ¡Qué crueldad! ¿Cómo has podido?

—¡Era una situación de emergencia, ONG, tienes que entenderlo! Si me sirve para destetar a la Petra, bienvenido sea. —Recuperó su tono distendido de mujer de mundo—. Luego lo pierdo y santas pascuas, en las telenovelas ocurre constantemente.

—No compares, Caye, no compares tu vida y milagros con un culebrón portorriqueño —la regañé.

—¡Bah! Sin dramas. Verás como todo sale a pedir de boca. La sueca se pierde del mapa con el rabo entre las piernas, mi viki me colma de mimos y luego... ¡Oh, qué pena, el bebé se malogra! —me estremecí escuchando su macabro plan—. No puedo preñarme a mis años, Marinita, sería difícil tirando a milagroso.

Me hundí en la miseria. No quería formar parte de aquel fraude tan indigno. Ya podía imaginarme la cara felicísima de Neil eligiendo en Ikea los muebles para el cuarto de Cayetanita. ¡Espantoso!

—¿Por qué me lo has contado? —reclamé con desmayo.

—Porque eres mi mejor amiga, y porque tienes que sustentar mi versión de los hechos, jurar que me has acompañado al médico y todo eso, si la Petra decide darme guerra.

—Caye, por el amor de Dios...

—Come, que se enfría —me ordenó cuchara en ristre.

Miré la sopa que el camarero acababa de servirme. Se me había pasado el hambre. Por si no tenía suficientes desgracias en mi día a día, ahora aquello.

Si algo no podía negar es que el apartamento de Carletes era una monada confortable y comodísima. Se lo habría cambiado por el mío con los ojos cerrados. Allí me pasaba los días buscando trabajo, inútilmente, todo hay que decirlo, y navegando por internet en busca de más establecimientos como el de Bella Bittante, que a diferencia del suyo, quisieran admitirme como aprendiz. Me hacía muchísima ilusión. Ese universo hasta entonces desconocido de las fragancias me había arrebatado y de repente, se convertía en una opción laboral más que deseable.

Aparte de esa tarea, lloraba, gemía, le daba la tabarra a Berta, me preguntaba por el estado de Marino-Romano, vivo o muerto, moqueaba, me atiborraba de carbohidratos y revisaba las fotos de Roman dentro de mi vieja cámara. Sus llamadas a Carletes ya no eran tan insistentes y cuando volví a conectar mi propio móvil, apenas me llegaron unos diez avisos de perdidas.

No contesté a ninguna, claro.

Esperaba muchas más.

Pero de todo se hartan los humanos. Y seguramente, Roman estaba ya en ese camino infernal, el del olvidarme para siempre.

¡Dios!, me ponía mala solo de pensarlo.

Y otra cosa que me martilleaba insistentemente: tenía que hablar con mi padre, cuanto antes, entender por qué le dio plantón a su hijo en Aljete, no me lo esperaba. Las posteriores conversaciones telefónicas con Merchita no arrojaron ninguna luz: el abuelito la estaba esperando con su furgoneta, se puso felicísimo al verla, y la llevó a casa de mamá, que también se puso muy contenta. Hasta ahí todo normal.

Aparentemente.

¿Qué se estaba cociendo en el pueblo?

Descolgué el teléfono y marqué el número de casa de mis padres. Esperé conteniendo el aliento. Riiing, riiing, tres llamadas.

En cuanto respondieron, colgué.

Tenía que esperar un poco. Sí, esa idea era buena. Esperaría a que Carletes estuviera más repuesto, ilusionado y fuerte, para encajar el rechazo de su padre con menos dolor.

Y yo igual. Yo también necesitaba cerrar unas heridas antes de abrir otras. Puse en marcha la tetera pensando en consolarme, cuando el ruido de la puerta atrajo mi atención.

—¡Vaya, hermano, llegas tarde! ¿Y ese iPad? —señalé la tableta ultrafina y carísima, que mi hermano abrazaba como a un recién nacido—. ¿Cuándo te lo has comprado?

—Es un regalo de Arturo —no pude evitar tensarme—, qué eficaz instrumento de trabajo, mira, mira, que te enseño...

Dios, parecía un niño en una tienda de golosinas. Por lo visto, el pérfido tío Hellman seguía adelante con su plan destructor, aprovechando el alejamiento de Lolo. Quizá despedazar a mi hermano fuese la manera de dejar claro quién mandaba allí y las consecuencias de desafiar a la poderosa e influyente familia. Hubiese dado cualquier cosa por conocer de antemano sus intenciones.

Pero las desconocía, de momento tan solo podía elucubrar. Y equivocarme, desde luego. Y comerme las uñas de impaciencia hasta los codos, malditos fueran todos ellos.

—Total —exclamé con desgana—, que la cosa sigue adelante.

Carlos me miró como si hubiese soltado una blasfemia en mitad de una misa.

—¿Y por qué iba a interrumpirse?

—¿Estáis saliendo? —Dejé las bolsitas de té en mi taza y corrí tras él—. No me engañes, Carletes, ni me tomes el pelo, tienes que sincerarte, ¿estás liado con Arturo Hellman?

Derrapó en la curva hacia el baño y me dirigió un vistazo asustado.

—Hija, dicho así suena tan poco romántico.

—Créeme, a los Hellman no les van los romances —afirmé amarga como la hiel. Carletes puso los ojos en blanco.

—Cualquiera lo diría, teniendo en cuenta el modo adorable en que Roman se ha comportado siempre contigo.

Apreté los labios.

—Supongo que meterse en el papel formaba parte de la diversión. Lo

mismo que comprarme ropa cara para que encajase en su mundo perfecto.

—¡Ay, no hables así! ¡Me desquicias! ¿Por qué lo haces? Arturo es majestuoso. Tú no lo has visto perfeccionando su *swing* en el simulador de golf que tiene en su despacho. ¿Por qué eres tan injusta conmigo y hasta contigo?

Sus saltos, los puños apretados, la cara enrojecida y los aullidos ahogados con los que se expresaba, me dieron la medida de su enfado. Quise disculparme con una caricia pero me alejó de un manotazo. Fui a ocuparme del té mientras se le pasaba.

—Quiero vivir esta historia, demonios, me importa un bledo cómo termine, bien o mal, la habré disfrutado mientras dure. ¡He optado por la visión positiva del mundo! ¿Qué hay de malo en ello?

—¡Puedes ahorrarte los gritos! —chillé perdiendo momentáneamente los papeles.

—Y tú, tus monsergas de agorera «nadavaasalirbien», estoy harto de verlo todo negro, Mari, no tengo la culpa de que tengas una opinión tan pobre de ti misma...

Se interrumpió, seguramente porque vio descomponerse mi cara. Me olvidé de la merienda. Trató de acercarse. Ahora yo fui la que reculé.

—Lo siento, hermana, lo siento, no era mi intención...

—Déjame, déjame, Carlos... —Anduve de espaldas hasta la puerta. Por el camino agarré mi bolso y una chaquetita ligera que colgaba del perchero de la entrada—. Lo peor de todo, lo que más me duele, es que tienes razón.

Escapé del apartamento enjugándome las lágrimas en el ascensor. Pese a mi aturullamiento, sabía perfectamente a dónde dirigirme.

Catadeperfumes brotó de la subrealidad Google como por encanto. Uno de esos regalos inesperados que de buenas a primeras te hace el destino y Raquel y María, sus propietarias, me recibieron con los brazos abiertos. La simpatía inmediata que se despertó entre Raquel y yo nada más mirarnos ayudó a que me aceptasen como ayudante pese a no haberse planteado nunca contratar a una. Yo tenía muy claro lo que quería, aprender, dar asistencia, mantener en orden el taller y desarrollar una obra maestra que solo a mí iba a pertenecer: un perfume con el olor de Roman.

— Algo en tu vida debe estar cambiando para que una chica que pertenece

a otra realidad menos artística, y no te lo tomes a mal, se sienta atraída por nuestro negocio —me confesó amablemente Raquel, mientras dábamos un paseo aquella misma tarde, por el parque público cercano al taller—. Esto es creatividad en estado puro.

—No me ofendes —reí—, soy economista, sería necio negarlo. Sin embargo, creo que es hora de dar un giro tajante a mi vida, me temo que he sido muy infeliz hasta ahora —agregué bajando la voz.

Mi recién estrenada jefa me observó con preocupación.

—¿En serio? Enhorabuena, pocas personas son tan brutalmente sinceras a la hora de analizarse.

—Es más sencillo engañarse, lo sé por experiencia, pero no dura. Con ciertos aromas algo se rebela dentro de mí, es casi físico, lo noto correr por mis venas como... —Corté avergonzada por mi excesivo apasionamiento. Raquel rio suave, se enganchó a mi brazo y acompasó su marcha a la mía.

—Voy a contarte un secreto a voces que nadie parece recordar: el poder del olfato. Quien siente con tanta intensidad es que está muy vivo, lleno de energía para dirigir su destino; puedes descubrir tu fuerza interior, la determinación de tu carácter a través de la impetuosidad con que los olores avivan tus emociones. Es todo un tratado de sabiduría antigua.

No veía el momento de empezar.

—Sabes que el sueldo es ridículo —me recordó.

—No me importa, Raquel, te lo juro. Esto va más allá del trabajo y del salario, es un asunto de crecimiento personal. —Dos enormes lágrimas rodaron por mis mejillas con el nombre y apellido de mi amado. Corrí a retirarlas. Raquel me apretó la mano libre con inusitada ternura.

—Me alegro mucho de que nos acompañes en Catadeparfumes, de verdad que me alegro, Marina, eres un ser muy especial y llegas en un momento irrepetible, me pregunto si estaría escrito: hemos recibido, por primera vez en nuestra vida empresarial, invitación oficial para participar en el Concurso anual de fragancias. ¿Sabes a lo que me refiero?

No me quedó otra que admitir mi ignorancia. Jamás oí nombrarlo.

—¿Es importante?

—¿Importante? —Elevó los ojos a las alturas—. En este mundillo no eres nadie hasta que te permiten participar y te aseguro que no es fácil. Tiene carácter internacional, acuden todas las grandes firmas a presentar sus nuevas creaciones, aglutina medios de comunicación y miles de entradas

en los blogs especializados de todo el mundo. Es una auténtica convocatoria de celebridades.

—Qué suerte que se celebre en Madrid comenté con alborozo.

—Comenzó con Ray Italia, promovida por las grandes firmas, pero al fin y al cabo, Ray siempre ha sido una revista española, aunque tenga delegaciones a lo largo y ancho del mapa. De modo que...

—¿Has dicho Ray? —balbuceé temblona. ¿Esa familia es que lo acaparaba todo, o qué?

—Sí, ¿se me olvidó nombrarlos? El concurso y los galardones son suyos.

•31• La pared espía

Las semanas pasaron lentas y dolorosas hasta un total de... dos y media. Soy consciente de que parecen pocas pero se me antojaron una eternidad imposible de soportar. ¿Cuántos días más aguantaría vivir sin verlo, sin sentir su voz varonil susurrándome al oído? ¿Sin que me acariciara?

Mi arrogancia de los primeros días, cuando el recuerdo de su altanería y sus desprecios en la fiesta aún estaba fresco, se extinguía poco a poco, se debilitaba, y la actitud valiente de Carletes encarando su relación, tan diferente a la mía, me desarmaba y hacía sentir confusa.

Empezaba a considerar otras posibilidades de lucha. Quizá me hubiera pasado de listilla... Nada estaba claro a medida que el tiempo pasaba, en lugar de consolidarse, mis decisiones se ablandaban.

¡Oh, mierda! ¿Por qué tenía que ser tan inolvidable? ¿Tan endiabladamente único? ¿Por qué me mareaba la simple memoria del aroma de su piel?

Volqué todo mi esfuerzo y mis horas en Catadeperfumes con la esperanza de olvidar, o de al menos sustituir el Roman de carne y hueso que no se me estaba permitido abrazar, por una fragancia clausurada en un frasco. Su perfume debía sintetizar su concepto libertario y moderno de la vida, unido a su innegable disciplina germánica. Tan íntimo y personal como su olor fundido en mí.

Rodeada de aromas, Marina crecía. Cada vez que me llevaba un tarrito a la nariz era incapaz de contener la emoción, el estallido abrumador de estímulos sensoriales me trasladaba a un ansiado limbo, donde era más fuerte, más segura, más enérgica.

De repente sentí una nostalgia abrumadora, casi física, como un disparo, me negué a reflexionar, me lié la manta a la cabeza y le escribí un mensaje. Claro, conciso y corto. Como debe ser, ¿no?

Tengo que hablarte.

Estaba muy bien. Más que bien, fenomenal.

Al cabo de medio minuto tenía una respuesta parpadeando en mi pantalla, que leí con el corazón en un puño.

Día completo en el despacho.

¿Eso era todo? ¿Qué significaba? ¿Me recibiría o me darían con la puerta en las narices? No oculté mi desilusión, esperaba que se volviese loco de

alegría, que respondiera con una llamada... Qué áspero, qué poco cariñoso. Igual no había sido tan buena idea después de todo. A lo peor ya salía con Lana y yo sobraba porque estaban arreglando la boda a toda prisa...

Me entraron unos sudores terribles solo de imaginarlo. Tuve que sentarme. En realidad, a Roman no le gustaba Lana. Pero a su madre sí. ¿O era a su tío? ¿Natalia la apoyaba solo por fastidiarme o la consideraba una candidata seria? La cabeza me daba vueltas, lo mejor era salir de dudas cuanto antes, mientras la valentía durase.

Me despedí de las chicas de Catadeparfumes, me retoqué el suave maquillaje en el baño y me dirigí al metro en tal estado de nervios que el ruido de las puertas al cerrarse me sobresaltaba.

Mierda. Si al menos hubiese caído en apuntar la dirección de la clínica veterinaria a donde llevamos el perrito atropellado, sabría cómo se encuentra y tendría una cosa menos por la que agobiarme.

Llegué finalmente al edificio Amero, y mientras subía a la planta de dirección hice respiraciones en el ascensor y traté de dejar la mente en blanco.

Pa ná.

Fue abrirse la puerta, ver tantos escritorios salpicados y al fondo del amplio corredor, la cara amable de su secretaria a la que ya conocía de otras veces, y bajárseme la tensión, todo en uno. Si para colmo me cruzaba con Lana me daría un infarto de miocardio.

—¡Señorita Valdemorillos! —La secretaria de Roman me recibió de pie y casi con afecto—. Va a disculpar que me haya tomado la libertad de responder a su mensaje —la miré sin entender—, el señor Hellman lleva todo el día reunido y me ha dejado su móvil. —Lo mostró desde la palma de su mano—. Me alegré mucho al leerlo... —Se le colorearon las mejillas—. Bueno, quiero decir que el señor Hellman lo está pasando muy mal, lleva semanas sin ser el mismo y yo... yo pensé... Igual me he entrometido. Vi cómo se retorció las manos y me vi a mí misma. ¡Alguien del entorno de Roman que me apreciaba y se exponía por hacerme un favor! Estuve a un tris de abrazarla y romperle amorosamente las costillas delante de toda la oficina. En lugar de eso, me comporté como una señorita comedida y susurré un agradecimiento emocionado.

—Él no sabe que está aquí —me informó saliendo de detrás de su escritorio—, le haré un hueco en cuanto sea posible. Mientras tanto, pase a su sala de espera.

Caminábamos juntas cuando una idea terrible me asaltó la cabeza: Roman ni siquiera sabía de mi visita, no era él quien había contestado a mi mensaje. Agarré con ansia el brazo de la secretaria.

—¿Y si no quiere verme?

—Verá como sí —fue su sonriente respuesta—. Y por si quiere saberlo... Yo la apoyo.

Me inundó una oleada de patética gratitud. Aquel corazón mío, por completo desbocado, tenía que calmarse. La salita contigua al despacho de Roman era muy confortable y las mesas centrales estaban plagadas de revistas. No me entretienen los cotilleos, pero creo que revisé unas diez en un abrir y cerrar de ojos. Todo marchaba bien hasta que oí voces a través de la pared y decidí prestar atención.

Distinguí sin margen de error a Natalia vociferando, lo cual no era muy habitual en ella, siempre tan templada. Y a Roman. Puede que hubiese alguien más, me pareció percibir un murmullo inconexo entre sus palabras entrecortadas. Miré alrededor buscando algo de lo que servirme y en una mesita auxiliar junto a los sofás de piel descubrí una bandeja con vasos para agua y una jarra colmada. Cogí uno, empujé la puerta con la punta del pie para que desde fuera no pudieran verme, y lo apoyé junto a la pared panelada de madera.

—No sé por qué insistes —oí decir a mi amor—, sabes que no quiero volver a sacar el tema. Si yo digo blanco, tú dices negro. Por norma. Odio cuando lo haces.

—Será porque yo las cosas las zanjo definitivamente y esto no está ni mucho menos resuelto, no creas que me engañas.

—¿Y bien? ¿Qué esperas?

—¡Que recapacites! Que te des cuenta de una vez por todas de lo inútil de tu sufrimiento, que vuelvas a vivir y a disfrutar como un joven de tu edad.

—Si no te molesta, yo decidiré qué me importa y qué no. Y si sufro es cosa mía.

—¿Tienes listo el discurso? —Roman se mantuvo callado—. Sabes que ese evento es crucial para la empresa. Y lo de Ruanda, si sale adelante, será por el empuje de Lana, deberías agradecerle el esfuerzo de algún modo, llévala a cenar, sé cortés...

—No lo hará, tiene la cabeza en otra parte —replicó en murmullos una voz que no supe identificar.

—¡Pero si está muy flaca! —aulló Natalia. Ejercí mayor presión con el vaso contra la pared.

—Está perfectamente proporcionada —rebatió Roman brioso.

¿De quién demonios hablaban? El latigazo de los celos descargó bien fuerte contra mi espalda, sentí mi interior en carne viva.

—Y no es ningún bellezón —prosiguió afilada.

—Ni falta que le hace. ¿Acaso has visto sus ojos cuando miran, o su boca? No, claro que no, tú no te fijas en esas cosas.

—Va siempre muy desaliñada —insistió la matriarca.

—Llegados a este punto debo intervenir. Esa chica tiene un estilo alternativo propio y bastante personal...

—¡Oh, vamos, Arturo, no digas sandeces! —lo cortó la voz femenina.

¡El tercero en discordia era Arturo! ¡Arturo también estaba presente! ¿A quién defendía Roman con tanta pasión? Empezaron a temblarme las piernas.

—¿Por qué no me dejáis en paz? Tenéis un millón de proyectos de los que ocuparos además de mi propia vida, de la que ya me encargo yo, gracias.

—Roman, no me lles al límite de lo imposible, no puedo permitir que alguien como ella ingrese en la familia, sin clase, sin fortuna, sin apellido...

—Con todos mis respetos, madre, ¿tengo que recordarte que tú no eras nadie cuando conociste a papá?

Ahugué una exclamación. Me costaba creer que Roman hubiese sido tan duro con su propia madre. A ella le debió parecer lo mismo porque su respuesta sonó quebrada y amarga. Por un minuto hasta me compadecí.

—No esperaba de ti semejante apreciación grosera y fuera de lugar. —Tendió una larga pausa—. Lamento mucho tener que plantearte un ultimátum así, pero si no te olvidas por completo de esa niñata y retomas tus actividades con normalidad, es posible que no me quede otra opción que desheredarte.

—¡Natalia! —escuché exclamar a Arturo muy alterado. Yo estaba clavada en el suelo, rígida y agarrotada. Solo sentía el borde del vaso marcándome dolorosamente la mejilla.

—¿Piensas que me importa? Mamá, para vivir feliz la necesito a ella, no a vuestro maldito dinero. Y ella, cosa que te alegrará saber, ya está con otra

persona.

¡Mierda! ¿Quién era «ella»? ¿Era yo? Yo no tenía fortuna, ni apellido, bueno, apellido sí, pero de ilustre nada. Y no era un bellezón. Sí, puede que hablasen de mí. Apreté la oreja contra el vaso y el vaso contra la madera de la pared, en una agonía terminal por no perderme los detalles.

—¿Lo ves? Hijo, es una niñata vulgar que osa descambiarte a la primera...

—Estupendo, restriégamelo por la cara. Como si no me doliese bastante.

—Pudo luchar por ti y en lugar de eso, se busca otro ligue... Ahora desprecias las empresas y la fortuna pero estoy convencida de que cuando te hagan falta...

¡¡Blamm!! ¡¡Zas!!

La porción de la pared donde me apoyaba, que no era otra cosa que una puerta camuflada, cedió hacia adentro y yo salí despedida como un bólido de impacto, hasta caer de bruces a los pies de Roman. Recuperé la verticalidad en un santiamén, antes incluso de que analizaran qué diablos había pasado, y sin mirar a nadie en concreto, salí por pies como alma que se lleva Satanás, con el vaso todavía en la mano.

Crucé el vestíbulo del edificio como una exhalación, salí a la calle boqueando con los ojos anegados en lágrimas por el mal rato, deseando poder despegar hacia las alturas como Superman para perderme entre las antenas parabólicas, y me lancé a la calzada justo cuando se abría el semáforo para el tráfico y se avecinaba un camión. Lo cierto es que no lo vi, ni miré. No pasó por mis ojos mi vida en un segundo, solo una mole metálica que rugía y hacía sonar un claxon atronador, que con una ventolera capaz de empotrarme contra las farolas, ocupó el espacio donde décimas de segundo antes se apoyaban mis pies. Algo cálido aferró mi cintura igual que un gancho y me catapultó contra un pecho de acero que me resultó conocido. Por encima de mi llanto y mi aturdimiento, el olor de Roman y su tacto eran inconfundibles.

Me debatí entre sus brazos por recuperar la libertad, jadeando como un tren de vapor.

—¡Suéltame! ¡Que me sueltes, digo! ¡Maldita sea!

—¿Maldita sea? ¡Acabo de salvarte la vida! —Agarró el puño con el que trataba de golpearle y lo inmovilizó por encima de mi cabeza. Noté que me

quemaba la muñeca justo donde me había tocado—. ¿Quieres parar ya y agradecermelo en lugar de darme manotazos como si espantases a un perro?

Sus ojos turquesa intenso se clavaron en mí con fijeza y sufrí un ridículo ataque de miedo. Mierda. Era suya al cien por cien. Le pertenecía aún en contra de mi voluntad.

«¡No me sueltes! Diga lo que diga, ¡no me sueltes!» quise gritarle. Pero me mordí la lengua y le clavé el tacón del zapato en el empeine para que aflojara el lazo. Solo así pude retroceder un paso, mientras él se quejaba del dolor.

—¡Estás como una regadera! —exclamó herido y cabreado— ¿Te lo ha dicho alguien ya?

—No. ¿Vas a ser tú el valiente? —lo reté con voz áspera por la rabia.

—Por lo menos sé lo que quiero —me espetó con desprecio. No me esperaba algo así, me dejó aturdida.

—Ah, y yo no, por lo visto.

—No, tú, no. ¿Se puede saber qué hacías espiando en mi despacho?

—¡Yo no estaba espiando! —me defendí indignada—. Solo había venido a disculparme, a hacer las paces, a... a... ¡No sé! ¡A volver a ser amigos! —me desesperé.

—¿Y para qué demonios quieres que volvamos a ser amigos? ¡Yo no quiero!

Se me paró el corazón.

—¿No quieres?

—No, no quiero. No tengo ninguna necesidad de seguir sufriendo, la vena masoquista la superé a los diecisiete, en el instituto, con mi tercer desengaño amoroso, gracias.

Se giró dispuesto a entrar de nuevo en el edificio y dejarme allí tirada. No podía permitirlo. No eran más que faroles, se estaba riendo de mí, castigándome por haberlo plantado.

¿Verdad?

Lo agarré de la manga y tiré bien fuerte.

—¡No me dejes con la palabra en la boca! —rugí—. ¡Estoy hasta el moño de que todo el mundo se largue en mitad de mis discursos!

—Pues procura que sean más interesantes —me escupió a la cara. Pero al

menos se detuvo—. Y suelta esto o acabarás cortándote. —Me arrancó el vaso de las manos y lo tiró a una papelería.

—¿Tanto me odias? ¿Tengo que recordarte que fuiste tú el que me ignoró a propósito en una fiesta llena de gente? ¿El que afirmó que nos habíamos tropezado por pura casualidad? ¿El que negó ser mi pareja? Conseguiste que todos me mirasen con compasión.

Vale, eso último no pasó, pero podía haber pasado. La sola idea consiguió emocionarme y las lágrimas humedecieron mis ojos. Parece que el hombre de hierro se ablandó un poco.

—De acuerdo, cometí un error, lo admito. —Su tono recuperó la ira—. Pero lo tuyo es peor, es *vendetta* cruel y fríamente calculada. Tienes el corazón inundado de resentimiento.

—¿De qué hablas? —estallé enfadada.

—De tu nuevo novio, por supuesto. —Sentí una sacudida nerviosa. ¡La trola de que salía con otro! ¡Dios, la había olvidado!—. Jamás imaginé que tu desamor era tan leve ni que se curaba tan rápido.

—Ah, eso. —Dejé caer los brazos, rendida y frustrada. Mis mentiras se me volvían en contra.

—Sí, eso. ¿Qué pasa? —indagó ligeramente interesado— ¿Ya no sales con él, quienquiera que sea?

Me mordí el labio inferior. ¿Qué hacía? ¿Confesarlo todo? Menudo papelón. Pero si no lo hacía iba a perder a Roman para los restos y ya que había llegado hasta allí y el cielo había querido impedir que me enterraran aquella misma tarde aplastada por un tráiler...

—No hay nadie —musité muy bajito.

—¿Cómo? No te oigo.

Cabrón.

—Que no hay ningún novio.

—¿Ni nuevo ni antiguo? —insistió con malicia.

—Ni nuevo ni antiguo. —Hundí avergonzada los ojos en la acera.

—Dime que no me estás mintiendo.

—¿Irme con otro? Parece que no me conoces.

Antes de que pudiera reaccionar, Roman me cogió en volandas y se puso a dar vueltas conmigo en brazos, con la mejor sonrisa del mes pintada en su cara.

—¿Qué haces? ¡Suelta, qué vergüenza!

No, no me sueltes, ni te atrevas.

—¿Es que no lo ves? Soy feliz contigo, no me explico que no puedas verlo.

—¿Feliz porque tienes un juguete nuevo? —zaherí a conciencia. No me bastaba una explosión de alegría, tenía que demostrarme mucho más.

—Te quiero, Marina, ¿por qué diablos no puedes creerme? —Me mantuvo en brazos y me paralizó con su mirada poderosa. Tragué saliva.

—Secuéstrame.

—Por mí te arrastraría hasta la otra punta del mundo, donde nada ni nadie te influyera.

—Qué emocionante —bromeé más relajada—, lo más lejos que he viajado en mi vida es a Alcorcón.

—Entonces, ¿estamos juntos de nuevo? —Me levantó todavía más alto. Sentí las miradas de los transeúntes de medio Madrid fijas en nosotros, y en nuestras bochornosas muestras de amor de quinceañeros majaras—. Si no me dices que sí no pienso bajarte, que lo sepas.

—Sí, sí —me dio un ataque de risa. Cuando mis pies se posaron de nuevo en el suelo, me encontré con su boca que buscaba la mía y con sus labios ardientes devorándome. No le importó un pimiento hacerlo allí mismo, en la puerta del edificio Amero, a la vista de cualquiera.

—¿Y si baja tu madre y nos pilla? —dije sin aliento cuando terminó el fogoso besuqueo.

—¡Olvídate de ella!

—No puedo después de todo lo que he escuchado. No vas a enemistarte con tu familia por mi culpa, tu madre habló de desheredarte, has debido de cabrearla una barbaridad.

Y en ese momento tomé realmente conciencia de dos cosas: de lo mucho que lo amaba y de lo complicado que iba a ser convencer a Natalia de que yo no era una cazafortunas sin escrúpulos.

Como ella.

•32• El anillo antiguo

—Te quiero a ti, nena, me importas tú y estar contigo. Si quiere alejarme de su dinero, que lo haga, está en su derecho, es suyo. ¿Piensas que voy a quedarme con los brazos cruzados? Nunca he vivido de la pasta de mis padres, no soy un niño mimado.

—Ya pero las opiniones de las madres influyen —insistí cada vez más descorazonada—, a mí me pasa, he hecho muchas tonterías en mi vida por hacerle caso a la mía, te lo aseguro. Porque si no, ¿para qué sirven? —Las palabras empezaron a salir en tropel de mi boca, me comí la mitad de las letras, como los tropezones de una sopa—. Están para eso, para aconsejar, para ver lo que uno no ve, para decirnos...

—Marina, Marina, cierra el pico y óyeme. —Me atrapó la cara con las dos manos y me calló con un beso en los labios—. Es su problema. El de ella, ¿entiendes? No el nuestro. La mujer que me enamore necesita gustarme a mí, no a mi madre. Si escoge sufrir, no es que me alegre, pero pienso seguir adelante incluso sin su bendición, siempre que tú estés de acuerdo. —Volvió a hipnotizarme con su mirada efervescente—. ¿Lo estás?

—Si estoy ¿qué? —balbuceé atontada.

—Sorda. Sorda y despistada. ¿Quieres casarte conmigo?

Pensé que no me lo había pedido de verdad, que estaba experimentando una alucinación por culpa de la histeria. Luego supuse que no lo decía en serio. Pero corrían los segundos y Roman permanecía en la misma postura, sin desviar sus pupilas de mí, como aguardando algo importante. Debía de ser mi respuesta pero no podía dársela, se me acababa de atascar la lengua, creí que para siempre.

—Hagamos algo loco, algo de lo que acordarnos el resto de nuestras vidas, casémonos le pese a quien le pese —me animó sugerente.

Tardé bastante en poder dominar mi trémula voz.

—Estás..., estás..., me lo... ¿He oído bien?

—Conste que no me importa ponerme de rodillas —amenazó—. Si todavía

no lo he hecho es porque nos está mirando el portero y sé el apuro que ya estás pasando. Pero si es necesario...

Empezó a flexionar una pierna. Lo agarré como pude de la chaqueta a la altura de los hombros.

—¡No!

—¿No me aceptas?

—¡Que no te arrodilles! —sonreí como una niña enamorada. Bueno, lo que era, ni más ni menos—. Acepto, claro que acepto, ni que estuviera loca. —Tiré de su solapa y me puse de puntillas para chuchichearle cerca de la oreja—. Y si me vuelves a coger en brazos delante de todo Madrid, te meto una patada en las espinillas que te va a hacer la tibia esquí alpino. Tú eliges.

Salimos corriendo acera adelante, cogidos de la mano, riendo eufóricos. Con el alma encharcada de gozo y las mejillas arreboladas de excitación, terminamos en una cafetería con los brazos enredados por encima de la mesa, sin poder dejar de tocarnos. Hablando de nosotros, hablando de Marino-Romano al que Roman había visitado casi a diario, contándonos lo difícil que fue vivir separados.

—Bueno, hemos descendido al abismo de los infiernos y hemos salido de él, ¿verdad, Julieta?

Asentí sin conseguir otra cosa que reír como una boba. Puede que no pareciera posible, pero en el trajín de aquella intensa felicidad trataba de organizar mis pensamientos. El café se nos quedó frío mientras nos emocionábamos con lo mucho que nos habíamos echado en falta desde aquella puñetera fiesta gitana.

—Sé que me comporté como un gilipollas y un gallina, fue imperdonable, pero pensé que mi madre montaría una escena, que te pondría en evidencia, no sé... —hundió los dedos en su espeso pelo—, supongo que me dejé llevar por el pánico y no me di cuenta de que el que te ponía en evidencia era yo.

—Creí que eras un negociador con nervios de acero en situaciones desesperadas —me burlé.

—Mi madre es capaz de hundir un galeón pirata con sus doce cañones y todo. Va mucho más allá de una situación desesperada, créeme.

Eso era cierto, no me gustaba, pero lo era. De repente me puse seria.

—Otra chica menos insegura que yo se lo habría tomado de otra manera, mejor, puede. A mí se me juntó todo. Pero no quiero que te enemistes con ella por mi culpa, no tengo derecho.

—¡Bah! No va a durarle toda la vida, recapacitará, se dará cuenta de que está equivocada, es cuestión de tiempo.

—Eso espero, de otro modo no podría perdonármelo.

Roman se llevó mi mano a los labios y rozó mis nudillos con un suave beso que consiguió acelerarme el pulso.

—Siempre preocupándote por el prójimo. —Logró que sonara a regañuza —. Eso tiene que cambiar, Julieta.

—¿Aunque el prójimo seas tú? —aventuré callándome el resto de la frase: ¿que eres lo que más me importa en este mundo?

—Quien sea es lo de menos. Tú eres lo primero, debes serlo. Y ahora, ¿qué tal si nos relajamos delante de la televisión en mi casa? Tengo un comodísimo sofá que ya conoces, pero que me gustaría volver a presentarte —me propuso con aire pícaro.

—No sé si puedo esperar —acepté loca de contenta.

Tres horas más tarde estábamos en su cama, desnudos, abrazados, exhaustos después de desfogar la pasión sometida y enlatada durante las semanas de separación. Roman me había arrastrado a su apartamento, los besos dieron paso a sentimientos más guerreros ya en el ascensor, donde empezamos a arrancarnos la ropa sin ningún pudor y yo había recorrido su liso abdomen con cientos de mordisquitos; el primer orgasmo me llegó en el recibidor contra la pared, como tantas veces antes había visto en las películas y jamás pensé que fuera posible. Roman había sujetado mi trasero y me había alzado contra su cadera; la fiebre, la ansiedad, las ganas de devorarnos el uno al otro habían simplificado la lección de contorsionismo. Luego habíamos repetido en el salón, sobre el sofá, sin tiempo siquiera de poner música romántica como era nuestra intención. La tercera acometida había tenido lugar en el dormitorio, sobre la cama, con un Roman más que excitado que se dejó ir a la par que yo, entre suspiros entrecortados y jadeos lujuriosos.

El sexo con amor es fabuloso.

En el anular de mi mano izquierda giraba un elemento nuevo: un antiguo anillo victoriano, una joya que Roman se había empeñado en regalarme cuando de vuelta a casa pasamos por la puerta de un anticuario. Desde el momento y hora en que lo había calado en mi dedo, aquel objeto se había convertido en mi máspreciado tesoro.

—¿Es una promesa de compromiso, señor Hellman? —quise saber tratando de sonar desinteresada.

—Es un compromiso —me aclaró—, nada de promesas. Todo lo que quiero en esta vida eres tú.

El resto de la semana y la que siguió, fueron insuperables y no nos separamos más que lo indispensable. Roman acudía a la oficina las mínimas horas posibles, yo a Catadeperfumes, y nos pasábamos el rato paseando, comiendo, vigilando la estupenda evolución de Marino-Romano en la clínica (¡por fin!) o haciendo salvajemente el amor. Realmente podía acostumbrarme a aquella forma maravillosa de vida.

Hasta aparqué el dramón de mi hermano con mi padre, y su lucha por la custodia. La verdad, él tampoco parecía muy angustiado, andábamos los dos Valdemorillos flotosos y felices en brazos del amorrr.

¡Viva Cupido!

Les enseñé el anillo a mis amigas y les conté el notición. Se tiraron dos horas brindando con todo lo que cupiese en un vaso. Pero como no hay luz sin sombra, ni felicidad completa, por encima de mi cabeza revoloteaba el pecado de la mentira. Sin quererlo, yo era cómplice de Cayetana en un burdo engaño que tenía a Neil más contento que unas castañuelas. Me dolía verlo entusiasmado con la idea de ser padre cuando sabía que no era cierto, que de un momento a otro mi amiga daría por finiquitado el teatro y desinflaría sus ilusiones del modo más pragmático e insensible. No había derecho.

Cuando me telefoneó para pedirme que comprase un regalo al bebé en su nombre, me dejé caer desconsolada en el sofá y miré la televisión que estaba apagada.

—Pero Neil, yo... —intenté protestar. No me dio cancha.

—Detesto ir de compras y no sabría qué elegir, seguro que aparezco con un cacharro espantoso que no sirve para nada.

—Dispón como gustes de mi tarjeta de crédito y compra algo realmente especial, por favor, Marina, confío en ti. Quiero que sea una sorpresa para Caye.

Odiaba escuchar juntos el nombre de mi amiga y el sustantivo «sorpresa».

—Está bien —me rendí— pero no te prometo nada, soy un horror cuando se trata de escoger un regalo.

—Será tu primer sobrino —me animó con entusiasmo—, seguro que te motivas lo suficiente.

Sí, sí, seguro que me motivaba. Tuve que contarme un montón de embustes y embaucarme con que era una buena causa (¿lo era?) para dar el primer paso. Me fui a un centro comercial de los que habitualmente no piso pero cuyo acceso me franqueaba la American Express de Neil Lundberg. Me colé en la más lujosa tienda de juguetes y me entretuve retrocediendo a la infancia por un par de horas.

No era fácil elegir, las estanterías estaban plagadas de peluches tiernos, llamativos, de flamantes colores y tamaños imposibles y puestos a dar el campanazo, me decanté por el mayor que exhibían: una réplica de la gallina Caponata de color verde intenso con las patas naranja y una aguerrida cresta colorada. Debía medir más de dos metros, apenas podía manejarla con ella.

—Es para mi sobrino —informé muy contenta a la dependienta que renunció a envolverla—. No se preocupe, voy en taxi.

Al salir me quedé atrancada en la puerta del establecimiento y las chicas tuvieron que ayudarme a desenganchar a Caponata de las bisagras. Era tan blandita como una nube de algodón, ojalá alguien me hubiera regalado algo parecido cuando era pequeña. El hijo o hija de Cayetana iba a dar saltos de alegría...

«No seas tonta, Marina, ya te estás haciendo ilusiones; ¡que no hay bebé, baja de las nubes!».

Darme de bruces con Natalia cuando no tenía la mayoría de mis sentidos en tierra, fue lo peor que podía pasarme, el encontronazo menos deseado y en un nefasto momento. Los segundos que invertí en reaccionar y poner mi sistema nervioso en modo pánico «on», debió emplearlos ella en urdir su estrategia para aniquilarme. Obedeciendo al instinto y a un súbito ataque de inspiración, salí que me las pelaba arrastrando el peluche, escapando a toda pastilla del enemigo.

Podía oírla en la distancia, llamándome. Cerré las orejas. Nada iba a detenerme. A ver si con un poco de suerte me infiltraba entre la gente. Algo más distanciado divisé un nudo humano, debían de estar haciendo una demostración o algo parecido, podría camuflarme con éxito...

Como si tal cosa fuese posible cuando te paseas por un corredor amplio cargada con una gallina verde de dos metros de altura.

Miré de reojo por encima de mi hombro. ¡Maldición! Allí venía, sin perderme la pista y taconeando a toda prisa. Si no inventaba algo y rápido, me alcanzaría sin remedio.

Y de repente... los retretes. Idea genial.

No entiendo por qué no los fabrican más holgados. Cualquiera puede tener una descomposición y un problema de anchuras, en simultáneo, ¿no es verdad? Ochenta centímetros de vano no es suficiente cuando luchas por tu vida. Y yo en aquellos momentos lo hacía. Caponata y una servidora nos internamos en el diminuto cubículo y yo quedé empotrada entre la barriga de la gallina y la pared, con toda la pelusilla verde colándoseme por la nariz.

Apenas podía respirar.

Y las fibras de la suave piel de Caponata me hacían cosquillas en las napias, me estaban entrando unas ganas terribles de estornudar... Aguanté estoica un tiempo que me pareció prudencial. Natalia era una mujer ocupada e impaciente, no iba a esperar eternamente a que saliera, tarde o temprano desistiría y yo sería nuevamente libre.

Veintidós, veintiuno, veinte... tres, dos, uno... ¡Salgo!

De momento no la tenía a la vista y si yo no la veía a ella, ella tampoco a mí. Qué alivio. Miré en todas direcciones con satisfacción, menuda hacha escondiéndome. Me alejé a hurtadillas de la zona de los servicios con los músculos de los brazos entumecidos por el peso del peluche. Entre mis lacios dedos se resbaló el bolso.

Mierda.

Me las compuse para agacharme a recogerlo sin soltar a Caponata y cuando me incorporé triunfante...

—Ya era hora de que dejases de hacer el indio, querida.

•33• Amenazas serias

¡Coño! ¡Qué sobresalto! Natalia Hellman en persona taladrándome con una mirada azul, fría como el Perito Moreno.

—Luego pretenderás que te tomen en serio —agregó como si hiciera falta algo más para fulminarme.

—¡Señora Hellman, qué alegría verla! —tartamudeé con cara de agonía—. Disculpe que no le estreche la mano...

Su sonrisa duró exactamente media décima de segundo. Luego se marchó para no volver.

—En otras circunstancias te invitaría a un café para charlar pero habida cuenta de tus condiciones —apuntó a Caponata con la barbilla y mucho desdén— iré directa al grano, no tengo mucho tiempo que perder, ya he malgastado bastante con esta absurda persecución.

No tenía sentido añadir que no la había visto y que tal y cual, de manera que me mordí la lengua y aguardé sentencia. Hasta el último centímetro cuadrado del centro comercial se cargó de tensión eléctrica.

—Quiero que desaparezcas de la vida de mi hijo —soltó a bocajarro—. De una forma elegante y discreta, desde luego, que parezca que ha salido de ti. Quiero que alejes de él tu nefasta influencia.

¿Nefasta influencia? ¿Yo podía ser algo así? Se me encogieron las tripas.

—¿Por qué le caigo tan mal? —consegui articular. Natalia abrió desmesuradamente los ojos, antes de soltar una breve carcajada.

—¿Caerme? No te confundas, querida, no eres tan importante, ni me caes ni me dejas de caer. Soy una madre preocupada que se desvela por los intereses de su único hijo; Roman es heredero de un imperio, la mujer que lo comparta, ten por seguro que estará a la altura —recalcó como la noticia de una mala enfermedad.

No pensaba cometer un error tan tonto como preguntar si yo lo estaba. No. No soy tan estúpida, conseguí licenciarme en Ciencias Económicas.

—Nos queremos... —alegué esperanzada.

—Eso tiene solución.

—No, eso es lo que debería importarle, que quien se acerque a su hijo sea

sincera y no una vulgar interesada.

Me midió con los ojos. De arriba abajo.

—Para vulgar ya te tenemos a ti. Marina, no dudo que seas una buena chica, ya se lo he dicho a Roman, simplemente no encajas. Búscate otra pareja más acorde a tus... virtudes, que seguramente serán muchas.

Fue como si me arrojasen encima una palangana de cubitos de hielo.

—¿Y si no lo hago?

—Oh, sí lo harás, claro que lo harás, como ya lo hiciste en su día, chaquetera.

Bajé abochornada la cabeza.

—Eso fue una mentira piadosa. Jamás saldría con otro chico que no fuese Roman.

—Pues vas a tener que planteártelo o quedarte para vestir santos, porque de lo contrario la carrera de tu querido hermano se irá al garete y te aseguro que no solo perderá su actual empleo: ni el diario del pueblo más perdido en los mapas le dará trabajo.

Pestañeeé cogida por sorpresa. Natalia debió notarlo porque mostró los dientes como una depredadora que mira a su presa acorralada, dispuesta a no concederle la menor oportunidad.

—¿Creías que no sabía que Carlos es tu hermano? Mi querida niña, me subestimas. No niego que tiene un brillante porvenir a nivel internacional incluso —exageró para hacerlo aún más doloroso—, pero todo se esfumará envuelto en la peor deshonra, si decides ponerte tozuda y no colaborar. Hasta pienso emplear a mis mejores abogados para imposibilitarle la custodia de su niña. —Sonrió con maldad—. Estoy bien informada, no muevo ficha sin trabajármela. Así que tú dirás, la pelota está en tu destartalado tejado.

Permanecí allí con la sangre agolpándoseme en la cabeza y los dedos apretados contra la tripa de Caponata. Por Dios, esa mujer debía ser especialista en putear al personal sin que se le moviera un músculo de la cara.

—¿Entonces? —espetó como si aguardase la firma de un contrato demasiado insignificante— ¿Puedo considerar que estamos de acuerdo?

Yo no había conseguido articular ni una letra más.

—Te advierto que no soy de las que se dan por vencidas. Aunque vuestro noviazgo sin futuro siguiera adelante, tarde o temprano acabaría en fracaso

porque voy a continuar luchando contra este despropósito con todas mis fuerzas, desde todos los ángulos. Ni siquiera un impensable matrimonio sería un obstáculo, te lo aseguro.

Se me erizó el vello de todo el cuerpo. Había citado «matrimonio», lo sabía, lo había dicho con retintín, iba a boicotearlo con premeditación y alevosía.

Hundí los hombros vencida.

—De acuerdo.

—De acuerdo ¿qué?

Eso, a meter el dedo en la herida y luego a retorcerlo.

—No me haga repetirlo, no sea cruel. Ya sabe a qué acuerdo me refiero.

Di media vuelta muy digna, aunque el colosal peluche no ayudó demasiado a que mi movimiento fuera garboso, y me perdí entre la gente deseando que la tierra me tragase.

Cuando salí a la calle lloraba desconsoladamente y me ahogaba. El dedo que vestía mi modesto anillo de compromiso me daba punzadas y una sensación de vacío infinito se apoderó de mí.

Mi mundo entero se desmoronaba, nada que yo pudiese hacer iba a evitarlo.

Confeccioné una lista con mis opciones. Vale, la elaboré después de inflarme a llorar encerrada en casa, con Berta maullándome a la oreja la mar de preocupada. Todo lo preocupada que puede llegar a estar una gata doméstica con los ojos verde pimienta.

-Desaparecer

-Echarme otro novio.

Esa imbecilidad la taché de inmediato. Lo de un clavo saca otro clavo no va conmigo, soy mujer de un solo hombre.

-Quitarme de en medio hasta que me cicatricen las heridas que son muchas.

Suena igual que desaparecer, solo que con más detalles.

-Pedir dinero prestado a Cayetana para pillar el primer autobús, tren o avión a la Conchinchina y evaporarme. Me debe una.

Lo que vuelve a ser, en el fondo, lo mismo que desaparecer.

Si es que no se me ocurría otra solución para que Roman no me persiguiera

o no volver a verlo, sabía que flaquearía, que caería rendida en sus brazos con un solo segundo que fijase en mí sus ojazos, y su futuro, el de mi hermano, el de la Fundación, demasiadas cosas, dependían de que yo desapareciera. Natalia Hellman me había acorralado relamiéndose como el lobo que vigila a su captura y no pensaba concederme ni el último deseo. Pero ¿cómo arrinconar el recuerdo del hombre que me había enseñado a amar?

La única buena noticia, que por lo visto Nat no se olía los amoríos de Carlos con Arturo. Puede que yo fuese demasiado ingenua pero es lo que parecía.

El siguiente paso en la lista era espantoso, horrible, iba a tener que emborracharme para acometerlo. Cortar con Roman sin descubrirle la verdad. ¿De qué manera?

Me envió un alegre mensaje citándome en una cafetería del Retiro y no le adelanté nada, claro. Respondí fingiendo despreocupación y me vestí mientras lloraba con amargura. Un top liso negro, una falda de vuelo roja por encima de la rodilla y sandalias de medio tacón. Adorné mi melena con una flor escarlata. Por algún motivo sentimentaloido quería que guardase de mí un bonito recuerdo.

Pero a medida que me acercaba al campo de batalla, empecé a sudar y los ojos me ardieron. La voz templada de Natalia, sus amenazas veladas, me sacudían los tímpanos como una descarga eléctrica y conseguían que algo desagradable con olor a basura estallase una y otra vez, como una cadena de repeticiones, en la zona derecha de mi cerebro. Al atravesar la puerta de la cafetería llevaba la cara descompuesta.

Allí estaba Roman, vestido con una camiseta azul eléctrico a juego con sus inigualables ojos y unos vaqueros que lo hacían aún más sexy e irresistible, si es que aquello era posible. Me sentí el ser más desgraciado de la tierra.

—Cariño, ¿te encuentras bien?

—Sí, claro —aseguré sentándome después de que me besara. No le había devuelto el beso e hice lo imposible por mirar en otra dirección.

—Tienes mal aspecto. Estás guapa, muy guapa, pero tienes mal color.

—Me habrá sentado mal la comida. —Traté de sonreír. Me salió de pena. Para compensar me aparté el pelo de la frente.

—Te he traído algo. —Sonaba tan entusiasta, tan jovial. Crucé los dedos mientras esperaba que pusiera sobre la mesa su sorpresa rogando para que no fuera la autorización matrimonial que estábamos tramitando. Era una cajita compacta y blanca con los ángulos muy bien definidos. La empujó hacia mí—. Venga, ábrela.

—No sé si debo —balbuceé aturdida.

—¿Cómo que si debes? Ábrela ahora mismo. —Me dedicó una sonrisa de aliento. No supe oponerme y desgarré el sello de garantía. Dentro había otra caja, negra.

Por un momento fantaseé con que se tratara de una broma.

—¿Es pitorreo?

—Claro que no. Es un regalo. —Le brillaban los ojos y de qué modo. Volví a apartarme, frenética, el flequillo.

Al levantar la tapa quedó al descubierto un fantástico móvil inteligente de última generación, al que solo le faltaba cantar. Me quedé pasmada mirando el brillo inaudito de su lisa pantalla.

—Hace unas fotos de escándalo. ¡A la porra con la vieja cámara!

—Eso, a la porra —repetí como un eco atontado—. Roman, tenemos que hablar.

—¿Ni siquiera vas a sacarlo de la caja?

—Luego, luego lo saco.

—Si no te gusta se puede cambiar —me advirtió enfriando el tono.

—Lo que tengo que decirte es importante —recalqué. La sonrisa se acabó de congelar en su preciosa cara.

—Bien —cruzó los dedos de las manos sobre la mesa—, te escucho.

—He estado pensando...

—Oh, no, no, por favor.

—¿Qué pasa? —me rebelé inesperadamente— ¿Está prohibido meditar?

—No, claro, pero es que cada vez que lo haces... —Sacudió la cabeza e introdujo los dedos por entre el pelo—. Continúa, perdona.

—Tenemos que dejarlo.

—Dejar ¿el qué?

Puse los ojos en blanco. Si la situación ya era incómoda de por sí...

—No me estás ayudando mucho —protesté.

—No tengo ninguna intención de ayudarte, todo lo contrario, quiero ponértelo tan, tan difícil que decidas no soltar eso que hayas elaborado con tu peligrosa cabecita.

—No es justo.

—Lo que no es justo es que no me permitas relajarme; en cuanto avanzamos un pequeño paso, empiezo a obsesionarme con el momento en el que retrocederemos. Dame un poco de tregua, Marina, te lo suplico.

No llegó a alzar la voz pero su tono sonaba saturado de tensión.

—Será la última vez que tratemos este asunto, Roman, de verdad. —Hundí los ojos en el suelo—. No te amargaré más la vida, puedes estar seguro.

—Todo esto es muy frustrante. No estoy dispuesto a que tus inseguridades joroben una relación fantástica.

—¿A qué relación te refieres?

—A la que podríamos tener tú y yo con un poco de paz.

Me retorcí incómoda en mi asiento.

—Podríamos, tú lo has dicho, tiempo potencial que significa «aún no ha ocurrido», es una mera posibilidad que... —Me tapé la cara con las manos, furiosa por no poder contener el llanto, hasta que lo sentí muy cerca.

—Nena, por favor. —Me hablaba suave, en susurros aterciopelados que me hicieron levitar. Roman me desquiciaba, con él temblaba de pies a cabeza, me hacía dudar de mi integridad, de mis deberes como hermana y como novia enamorada.

Pues no. Tenía que llegar hasta el final.

Me puse en pie, brusca, jadeando. Un dolor insoportable me comprimía el pecho. Seguro que me estaba dando un infarto, iba a morir allí sin poder explicarle lo mucho que le quería.

Vamos, me dije, no te atranques ahora, no lo pienses, solo dilo, pero dilo ya.

—No habrá boda —silabeé mirando hacia la barra. Me arranqué el anillo del dedo y lo dejé caer junto al móvil nuevo—. La decisión está tomada y no hay marcha atrás.

Pensé que me gritaría, que me soltaría todo tipo de cosas, que trataría de convencerme, como siempre, de que lo nuestro era nuestro y no le concernía a nadie, que pasaba de su madre, que no iba a cambiarme por una herencia... Y me preparé para resistir, tensé todos los músculos igual que

un atleta, pero no. Ni miró el anillo ni dijo nada. Lo que leí en su cara al mirar de reojo, fue perplejidad y a continuación, desencanto.

El dolor me atravesó la espina dorsal como una daga.

—Cuando te pedí que nos casáramos, te animé a hacer una auténtica locura, algo, puede que absurdo pero maravilloso, de lo que arrepentirnos toda la vida. Te supliqué que te atrevieses a quererme. Está claro que te sobrestimé, pensé que lo que sientes por mí sería suficiente contra tus miedos.

No respondí, no me moví siquiera; tenía la boca seca y el corazón desbocado. Supe que Roman se levantaba de la mesa, aguardaba unos minutos en silencio esperando que yo cambiase de opinión, y luego desaparecía por la puerta.

Y fue como si el aliento que me mantenía viva se evaporase con él.

•34• Agujeros negros en el alma

Las chokolatinas, el helado, las jarteras de llorar y las charlas con la gallina no me consolaron lo más mínimo. Frente a mí, en la mesa, el anillo y su regalo. Habían pasado dos días sin noticias de Roman. Cero. Nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra. No había derecho, era yo, no él, la que debía esfumarse. Él era importante para la gente, para los proyectos humanitarios de la Fundación, para su familia. Yo no era más que una chica extravagante que ni siquiera era de Madrid y podía volver a Aljete o a cualquier rincón del planeta sin que me echasen de menos.

Eso creía yo.

De repente todo el mundo parecía necesitarme: Carletes empeñado en convertirme en la nueva Brianda, no sé con qué fin. Neil pidiéndome la entrega de la gallina por segundo día consecutivo. De acuerdo, él no tenía ni idea de que era una gallina ni de su tamaño, pero el dinero que gasté le pertenecía y haciendo de tripas corazón maquillé mis ojos para disimular la rojez, que no la inflamación, guardé el móvil nuevo en un cajón y el anillo en mi monedero, y pedí un taxi con el que pasar desapercibida.

Así y todo el taxista hizo mohines cuando vio a Caponata y la fue espiando por el espejo retrovisor todo el camino. Me daba igual, estaba hueca, todo me resbalaba de un modo sorprendente. Lo único que de cuando en cuando me asaltaba era la tentación de regresar al taller y retomar con ahínco el reto de elaborar el perfume de Roman. Cada vez lo tenía más claro, debía ser una prolongación de su olor propio, tan personal e intransferible como su huella digital pero tan mío como la mezcla de su olor en mí. Tenía que expresar todas las emociones que me transmitían los rasgos de su carácter, su fuerza y su sensibilidad, su voluntad, el orden que rodeaba su vida, la falta de caos, su estabilidad pese a su espíritu idealista algo soñador... Y lo más importante, el aroma de su piel, el recuerdo de su olor a chocolate... No, más apetitoso, más sutil e irresistible. ¡Praliné! Y la suavidad de su piel blanca, como flor de algodón, la fuerza con la que me abrazaba, segura y suave, masculina y noble, como el aroma del vetiver ... A algo fresco y a la vez dulce, puede que una naranja.

Ahora que ya no lo tenía, ahora que lo había perdido para siempre, las imágenes eran más vividas y las sensaciones, más reales. Si me pasaba la

lengua por los labios reseco podía sentir el latido de los suyos cuando me besaba. Si los recorría despacio hasta las comisuras, mi piel vibraba.

Lo echaba de menos con desesperación, no iba a salir viva de aquello.

Al peluche y a mí nos costó salir del taxi y creo que pagué un plus por exceso de equipaje. Pulsé el timbre del palacete de Caye y una señorita muy amable que daba las «buenas tardes» acompañada de una sutil campanita, hizo que la verja se abriese automáticamente para nosotras. Tragué saliva unas cuantas veces. Aún no tenía claro si iba o no a contar mi desastre particular.

Tras la puerta me esperaba una especie de *baby-shower* a la madrileña, una celebración privada en toda regla, con las cuatro amigas de siempre más un buen puñado de desconocidas con pinta de pijas estiradas, un cóctel en una mesa decorada con cigüeñas y chupetes amarillo suave, *cupcakes* de colores pastel por todas partes y hasta una vasija de ponche color rosado.

Neil se había pasado, pobre hombre, entregado a la causa.

Le dirigí una mirada de reproche a Cayetana mientras alrededor brotaban exclamaciones de admiración y sorpresa por las características de mi obsequio.

—De parte de Neil —aclaré con sinceridad. Cayetana lo besó eufórica y yo envidié en el acto, su capacidad para fingir.

La verdad, solo quería salir corriendo de allí lo antes posible, pero lo tenía crudo, Adela y Olivia se empeñaban en abrazarme y zarandearme de un lado a otro.

Aprovechando que Adela se lanzó en plancha sobre los bocadillos, Olivia se acercó con un refresco en la mano y aires de misterio.

—Tengo algo que comentarte, es muy, muy... importante.

Ya estábamos. Por un instante me sentí vulnerable y también furiosa. ¿Por qué todo Cristo me cuenta sus penas? ¿Es que no saben que tengo suficiente con las mías?

Señalé el ponche.

—¿Lleva alcohol?

—Un poco. Creo.

—Sírreme dos vasos.

—¿Algo no marcha?

—Necesito emborracharme, ¿tú nunca has necesitado emborracharte?

—Sí, más de una vez pero espera a que te cuente lo mío, con tres copas de

más me tomarás por loca.

Me giré a mirarla tratando de parecer paciente.

—Desde que me contaste que vives con un fantasma que se llama Gilda y que te aconseja qué ponerte, ya pensé que estabas como una chota.

—Pues tiene que ver con Gilda. —Puso cara de circunstancias—. Lo que tengo que decirte está directamente relacionado con mi fantasma.

Cinco cócteles después, ya no tenía muy claro hasta qué punto me había comprometido a ayudar a Olivia de Talier con una de sus estrafalarias misiones. Todo el mundo parecía estar pasándose lo bomba menos yo que vagaba perdida por el tremendo salón de verano y de ahí al jardín, y vuelta a empezar. Las conversaciones cruzadas, las risas y la música de fondo empezaban a marearme. Cayetana me esquivaba a propósito, imagino que el temor a que le echase la bronca por lo lejos que estaba llegando con lo del niño falso la superaba, pero leí en su rostro un interrogante acerca de mi estado. Ella sabe que nunca o casi nunca bebo, y revoloteaba a mi alrededor sin reunir el valor para preguntarme.

Quién nos ha visto y quién nos ve. Cayetana Lundberg intimidada por una servidora.

Terminé vomitando a escondidas, malita de la muerte y pidiéndole a Neil que llamara un taxi pero cuando por fin iba a escabullirme, cuatro brazos me echaron un gancho ineludible y me devolvieron a tirones al salón.

—No, ni lo sueñes, no puedes marcharte ahora —me prohibió Caye.

—Estoy agotada, necesito dormir catorce horas seguidas —juré arrastrando la lengua.

—¿Va todo bien?

Asentí sin comprometerme. Detestaba el ambiente, oílas cacarear con alegría acerca de lo bonita que es la espera y de a quién se parecería el niño o si el nombre elegido sería español o sueco; no podía ni siquiera mirar a Neil a la cara y ver sus ojos chispeantes de emoción sabiendo que todo era una burda mentira, tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos pero no podía ensuciar hasta ese punto la reputación de mi amiga. ¿Por qué demonios tuvo que contármelo? Hacerme partícipe de su embuste fue una faena; de ignorarlo, yo habría aplaudido de corazón, me habría alegrado como el resto y desde luego, no me sentiría una miserable, como era el

caso.

—De verdad, es solo cansancio —insistí—, deja que me vaya, Caye por favor.

—Antes tienes que pasar por la biblioteca —me indicó Adela palmoteando.

—¿La biblioteca? Tengo en casa una pila de libros sin leer esperando turno. —Observé sus expresiones excitadas sin entenderlas— ¿Es imprescindible?

—Completamente —corearon Olivia y Caye.

Me pesaban los pies, me pesaba la culpa y la depresión me aplastaba. No debí haber venido, me lo seguía repitiendo y me lo repetiría toda la noche y hasta que...

Abrieron la puerta y se colocaron a mi espalda.

—¡Oh, Dios mío! —me llevé las manos a la boca abierta— ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—Creo que está claro, un preciosísimo vestido de novia —declaró Cayetana con orgullo.

—¿Para...? —Ni me atrevía a pronunciarlo.

—Para ti, cariño, para ti. —Olivia me abrazó desde detrás y enseguida se nos unió Adela como un huracán desorientado.

En efecto, en mitad de la sala, cubriendo un maniquí descabezado, esperaba el más glamouroso traje de novia que hubiese visto en mi triste vida. Tan romántico... en suave encaje, de un delicado blanco nieve. De esos que te enamoran y te hacen desear ser soltera para poder ponértelo, nada más verlo.

—Dijiste que te casabas pero no mencionaste el traje y como estás en paro y estas cosas son tan caras... —me aclaró Olivia robándole la palabra a Caye.

Me puse a temblar convulsivamente sin poder apartar mis ojos del vestido.

—¿Te gusta? —rio Cayetana. Hasta que me miró a la cara; entonces se asustó de verdad—. ¡No te gusta!

—Nena, ¿qué te pasa? —ladró Olivia—. Te estás poniendo verde...

—Va a desmayarse, va a desmayarse —alertó Adela gritando a pulmón—. ¡Avisa a Neil! ¡Llamad a una ambulancia!

Yo quería calmarlas, asegurarles que no me iba a morir aunque estuviese

cerca, pero no podía controlar mis músculos, todos los nervios activados y en tensión provocaban espasmos en forma de tics nerviosos, y el llanto. El llanto incontrolado que me encogió el corazón. Y las terribles náuseas.

—Sí me gustaaa —berreé en cuanto pude—, me gusta muchooo...

—¡Joder, Marina! —Caye hizo amago de arrearme una colleja— ¡Qué susto nos has dado!

—Se supone que era una sorpresa —completó Adela.

—¿Va a darte otro ataque igual cuando se te ponga delante el cura? —Olivia recuperó los colores y el buen humor—. Anda que cuando diga: en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza y hasta que la muerte...

—¡Nooo! —Se me escapó un grito apocalíptico y ensordecedor. Todos los ojos se clavaron en mí—. Nadie va a casarse, no se celebrará ninguna boda.

Desperté tumbada en un sofá con todos en círculo, haciéndome fresco con abanicos. Me escocían los ojos, me estallaba la cabeza, sentía que si me incorporaba iba a vomitar.

—Dios mío, qué tragedia, tienes que contárnoslo —lloriqueó Adela.

—Todo con detalles —gimoteó Olivia dale que te pego con un paipai.

—¿Te ha plantado, el muy cabrón? —se sulfuró Cayetana.

—Os dejo solas para que habléis. —Con mucha discreción, Neil se escurrió por detrás y se encargó de llevarse a las demás invitadas—. Estoy en la sala entreteniéndolas, si necesitáis algo, ya sabéis, no hay más que llamar.

—No, Caye —le aclaré en cuanto nos quedamos solas—, lo he plantado yo a él.

Mi amiga parpadeó rápido y seguido.

—Voy a necesitar una copa. ¿Alguien se anima?

Acabaron poniéndose púas de *whisky* a cuenta de mi ruptura. Yo me limité a derrumbarme contra el sofá, esta vez consciente, pero deseando la muerte.

—Dios, ¿qué esperaba? —gemí a la desesperada, con las mejillas blanco calamar—. Nuestra relación se forjó en un parque sembrado de cagarrutas de perro y en un supermercado, de ahí no podía salir nada bueno.

—Marinita, no digas bobadas, Roman te quiere. —La contundencia del tono de Olivia hizo que todas la interrogasen con la mirada.

—¿Sabes algo...?

—¿Quizá Luis te ha dicho...?

—¡No! ¡No hace falta que nadie me diga! ¡Solo hay que tener ojos en la cara! ¿No habéis visto cómo la mira? ¡La adora!

—Eso sí —convino Adela meneando la copa con el ponche rosa.

—¿Entonces...? —Cayetana se encogió de hombros algo extraviada—
¿Dónde está el problema? ¿Está atravesando una crisis?

Quise decirles que no siguieran por ese camino, el problema no era que Roman no me quisiera, que me quería, era que pensara que yo no lo amaba a él. Pero Caye ya me clavaba sus ojos inmisericordes.

—¿Estás tú, atravesando una crisis?

—No, no...

—Mira, yo a veces tengo tentaciones —nos contó Olivia en tono confidencial—, tirar la toalla, rendirme con Luis. Es guapo, y rico, y perfecto.

—Tú también eres rica —apuntó Caye afilada.

—Pero no soy guapa ni perfecta, yo soy... Bueno, me importa un pito, yo soy yo. Pero entonces, de repente, voy y lo pillo mirándome desde lejos y me sonrío y es como si fuese primavera y pienso: ¿qué leches? ¿Por qué no? Tengo un millón de cosas buenas, ¿por qué no iba a gustarle?

—Pues claro, mujer. Mírame a mí con Juan, parecemos un número de circo.

—No digas eso —la regañé entre hipidos.

—Mi sentido del humor os parecerá un poco negro a veces, pero es que me mondo solo de mirarme al espejo. Juan insiste en que le gusto, yo tenía mis dudas... Ya ni lo pienso, ¿para qué? ¿Para amargarme y destrozarme una relación preciosa?

Qué sensato sonaba eso, Roman vino a decirme más o menos lo mismo y yo lo había rechazado.

—¿Es eso lo que te pasa, tesoro? —me arrulló Cayetana—. ¿Tienes complejos? ¿Es eso?

—Todas los tenemos —intervino Olivia.

—Todas, hasta yo —nos sorprendió la anfitriona.

Eso no había quién se lo creyera pero Caye se mostraba muy segura de lo que decía. Nos miró una por una con esas pausas grandilocuentes que tanto le gustan para crear expectación.

—Lo digo completamente en serio. Sabéis que lo mío no son las inseguridades en cuanto al aspecto físico pero sobre otros puntos...

Dejó la frase en el aire. Ya sabíamos que no soltaría más datos. No importaba, su afán de ayudar era evidente.

—Y ahora me tenéis preñada y en pleno ataque de cuernos por culpa de una sueca catetorra —continuó con exagerado pesar.

—Bueno, ya verás que cuando nazca el niño todo va como la seda —sugirió Olivia con inocencia. Caye le dirigió una rápida mirada.

—Puede, sí...

—Ninguna de nosotras le ha puesto el ojo encima a la tal Petra, ¿cómo es?

—chismorreó Adela sirviéndose unas cuantas *cupcakes* más.

—Mira a ver si Neil viene —ordenó Caye. Sacó su móvil del bolsillo—, me pilla puteando a la infalible y para qué queremos más. ¿Queréis ver una foto del objeto de mis tormentos?

Por supuesto que queríamos, hasta yo, en mitad de un océano de desesperación, quería fisgonear.

—¿Se llama «infalible»? —Adela, para variar, cayendo directamente del limbo.

—Es un mote, ¡Adelita, por Diooosss! Es que todo lo hace bien, todo, retodo, hasta joder al personal. A ver dónde está una que le saqué a traición —deslizó su dedo por el archivo de fotografías de su teléfono—. La tía insoportable... ¡Ajá! ¡Aquí!

Contuvimos la respiración mientras el aparatejo pasaba de manos. Las caras iban adquiriendo una expresión de profunda incredulidad.

—¿Est...esta?

—¿Petra es... esto?

—Cayetana, si parece un camionero.

A ver, Petra era, digamos, alta. Muy alta. Exageradamente alta, le sacaba dos cabezas a Neil, con su pelo corto teñido en furioso color fresa y su aspecto de marine trabajado en las barras paralelas. Tenía de femenina lo que nosotras de osos panda.

—Siento decirlo, pero ¿cómo es posible que esta chica te provoque celos?

—Lo entenderíais si los vieseis juntos, es... son tan colegas, se entienden, hablan el mismo lenguaje y no me refiero al sueco —se adelantó—. Cuando charlan la energía es potente y de los dos, como si dispusieran de un universo privado en el que me han prohibido entrar.

Enmudecimos. Jamás creí que Cayetana pudiera expresarse con tanta sensibilidad.

—Si me perdonáis, tengo que irme. —Traté de incorporarme y enseguida me trabaron.

—De eso nada, antes tenemos que arreglar lo de tu boda.

Las miré llorosa.

—Os lo pido por favor, dejadlo, dejadlo de momento, no hay nada que yo pueda o quiera hacer. Necesito estar sola y... y... pensar. Necesito pensar — repetí frotándome la frente y las cejas con la punta de los dedos.

Mierda, iba a llorar otra vez. Agarré el bolso para salir a escape. Mis amigas petrificadas en el salón me observaron a distancia.

—¡Procura arreglar las cosas! —El grito de Cayetana fue lo último que escuché antes de abandonar la casa— Si no, a ver qué hago yo con el vestido, con el dineral que me ha costado.

•35• El desfile de Olivia

Con la borrachera mis recuerdos eran difusos pero resulta que al final, le había prometido a Olivia que saldría con ella en un desfile benéfico. ¡¡¡¿Un desfile?!!! ¡¡¡¿Yo?!!! ¿En qué estaba pensando cuando le dije que sí?

Tenía que volver cuanto antes a casa de Cayetana y buscar por la moqueta del saloncito el tornillo que había perdido.

Decidí llamarla desde el taller e inventar una excusa para zafarme. Me notaba más resuelta con todas aquellas motitas olorosas flotando alrededor. Más enérgica.

—¡Marina! —me avasalló nada más descolgar— ¡Menos mal que me llamas! Han anticipado la fecha del desfile, es esta noche.

Estuve a punto de dejar caer el móvil al suelo.

—¿Esta... esta no... noche?

—No he tenido un minuto libre, todo se ha precipitado, quedan un montón de cosas por hacer y no te había avisado. ¡Menos mal que se te ha ocurrido llamarme! Tú siempre tan divina, tan eficiente, ¿qué sería de mí sin esa ayuda que vas a prestarme?

Se atragantó.

—¿Estás llorando?

—Estoy atacada. Necesito que salga bien, todo esto es por Luis. Por Luis y por Gilda.

—Lo entiendo. —Resoplé sin que se notara. ¿Cómo me las apañaba para dejarla tirada? Imposible—. Dime, ¿a qué hora y dónde?

No, si al final no iba a tener motivos de queja, todo aquel barullo interminable me tenía medio loca y la falta de tiempo libre me impedía deprimirme como Dios manda por la idílica relación que se me había ido a la mierda. Parecía impensable que la tarea autoimpuesta de elaborar el perfume de Roman me trajese tanto consuelo. Cuando se lo comenté a Raquel, sonrió como si ya lo supiera.

Lo del consuelo, no que habíamos roto. Lo de la separación la puso muy

triste.

—No quiero imaginarme cómo será en carne y hueso esta maravilla que estás sintetizando.

—Alto, atlético, con el pelo claro, los ojos enormes, rasgados, color turquesa, las manos más grandes y bonitas que he visto jamás, una voz aterciopelada y varonil, un cuerpo de multa...

Pude haber seguido recitando las lindezas de mi chico todo un mes pero las lágrimas se encargaron de frenarme. Raquel me tuvo abrazada un buen rato y finalmente, con un suspiro de hermana mayor, me besó el pelo. Ella no sabría nunca lo importante que fue ese abrazo justo en ese momento terrible.

Por la tarde tenía que presentarme para el desfile, de modo que al abandonar el taller, preferí caminar un rato y despejar mis nervios. Me compré un bocadillo en un puesto de perritos calientes y paseé sin rumbo hasta encontrar un bonito jardín en cuyo césped me dejé caer para conectar con la madre tierra y llenarme de iones negativos.

Tiritirititiii.

¡Hala, mi móvil! ¡Al carajo la relajación y la conexión espiritual!

—¿Sí?

—¿Marina? Soy Flori.

¡Anda, la osa!

—Flori, qué alegría... ¿Está bien mi sobrina? —me alarmé.

—¿Merchita? Fenomenal, estupendamente, en el cole. Que no es de ella de quien quiero hablarte... ¡Ay, Marina!

Llegados a ese punto se atrancó. Le dio la llorera y no hubo forma.

—¿Van mejor las cosas? ¿Te ha devuelto el saludo el cura? ¿Sigues pensando en mudarte? ¿Estás menos depre? ¿Comprendes mejor las tendencias de Carlos? ¡Por Dios, cuñada, dime algo!

—¡Soy un zorróoon!

Me dejó perpleja.

—¿Perdona? ¿Decías?

—Que soy un zorrón.

—No, si eso ya lo he oído.

—Al final va a resultar que la vida de perversión en las sombras de tu hermano, sí que me ha afectado. Ya no soy la que eraaa.

No fui capaz de argumentar ni una coma.

—Si te llamo es porque sé que me entenderás, mira qué bien te tomaste lo de Carlos. Porque me darás un buen consejo, seguro. Y porque no tengo a nadie a quien contárselo.

—¿Te has enamorado de la carnicera, Florinda? —aventuré sin querer creérmelo—. Mira que si ha pasado, ha pasado, en los sentimientos no manda nadie, lo importante es que tú seas feliz...

Sus lagrimones se cortaron de cuajo.

—¿Qué coño dices de la carnicera, Mari? —espetó muy seca.

—Yo... no sé... como no me lo aclaras...

—¡Me atrae mi abogadooo! —volvió a berrear—. Como a las guarrillas de las películas.

¿Os podéis creer que me alegré y todo? ¿Su abogado? ¿Le ponía su abogado?

—Pero es tan guapo, elegante y sensible... —prosiguió—. Con su traje de chaqueta, su corbata y sus zapatos lustrados. Con ese pico de oro que Dios y la universidad le han dado. ¡No sabes lo requetebién que me ha explicado el problema de Carlos! Empiezo a entender que no salió del armario por mortificarme...

Me piqué y con motivo.

—A ver, eso ya te lo dije yo en su día y no me quisiste creer.

—Estaba furiosa, Mari, «sobrebordá» de sensaciones, y todas malas.

¿Sobrebordá?

—Alberto, se llama Alberto, ha venido a poner luz en mi oscuridad —suspiró melodramática—, me cuida, se interesa más allá del caso, viaja desde Madrid cada dos por tres para verme, me ha invitado a comer unas cinco veces... Pero qué fatal, no está bien esto que empiezo a sentir, me parece horrible.

—Sin embargo yo creo que es una buena noticia —aplaudí sin querer pasarme de entusiasta—, significa que tu corazón sale del hoyo y vuelve a latir.

—¿Tú no lo ves mal? A mí me parece una desvergüenza, verás cuando se enteren en el pueblo.

—Pues que no se enteren —aconsejé sin pensar.

—¿Llevarlo en secreto, dices? ¡Jo, qué morbo!

—Espera y disfruta. Tienes que ver cómo se va desarrollando la cosa. Cuando estés segura de que siente lo mismo que tú...

—Te llamo.

—Vale, me llamas. No era eso lo que iba a decir, sino «das el siguiente paso», pero de acuerdo, me llamas. Y lo vemos.

—¿Sabes lo que me ha traído?

—¿Aparte de ilusión?

—Eso es lo de menos, Mari, me ha traído paz.

—Flori, qué maravilloso suena.

—Pues si lo vives, más. Reconozco que cuando Carlos me dejó yo estaba como loca, toda retorcida, veía rojo, solo pensaba en vengarme, en destrozarle la vida como él había hecho con la mía. Ahora nooo. Alberto ha negociado el alquiler del pub por un buen fajo mensual y ha acordado con el abogado de Carlos, repartir la ganancia al cincuenta por ciento. ¡Y me parece justo! ¿Por qué no me llamaste «bruja» cuando amenacé con quitárselo todo?

Si ella supiera...

—Es que eres muy buena, Mari, te pasas de buena, te mereces lo mejor del mundo.

—Lo único que me preocupa es Merche —admití algo turbada—. Y la felicidad de los tres.

—Merche verá a su padre los fines de semanas alternos y la mitad de las vacaciones hasta que yo me mude a Madrid. Si lo de Alberto sigue adelante...

—Y si no sigue, también —me arrebaté—. No vas a decidir tu futuro en función de que un señor te quiera o no. Si quieres salir de Aljete y empezar de nuevo, estás en todo tu derecho. Decide lo que te convenga y te apetezca, independientemente de los sentimientos de Alberto.

Florinda mascó mis consejos un buen rato.

—Qué bien hablas, Mari. Qué suerte tengo de que seas mi cuñada.

Yo en un desfile de modas. ¡Socorro! Olivia me había pasado la dirección, la apunté en un papelito y se lo pasé tal cual al taxista para que él decidiera. Entre mi marabunta de emociones descontroladas destacaba el

arrepentimiento. Arrepentimiento por haber cedido una vez más anteponiendo las necesidades de Olivia, que no digo que no fueran importantes, a las mías, que eran no morir infartada.

Nada más asomar la nariz me cogieron en volandas y me condujeron al *atelier* de peluquería. La chica que manejaba el cotarro se llamaba Elena y parecía aún más histérica que yo. Hacía malabarismos para que la pila de papeles desordenados que sostenía no se desparramase por el suelo.

—Eres Marina, bien. Amiga de Olivia, por lo visto, bien. Te tacho de la lista porque ya estás aquí, bien. ¿La habéis peinado?

La peluquera soltó un gruñido de disgusto.

—Por Dios, Elena, acaba de llegar.

—Ah, bien, bien.

Desapareció como una exhalación estresada y volvió a cruzar dos veces la estancia hablando por el móvil o consigo misma. Era espantoso verla, estaba disparando mi agobio a unos niveles imposibles. La peluquera se acercó muy dispuesta enarbolando unas planchas calientes que me provocaron pavor; me deshizo la coleta y me devolvió la gomilla.

—¿Te han dicho qué te hago, cielito? —Me encogí de hombros—. A ver que te estudie los rasgos...

Atrapó mi barbilla y tiró de ella en todas direcciones. Mi cuello se quejó por la brusquedad del puñetero «estudio».

—Elena, ¿qué lleva esta niña?

Igualito que si le hubieran consultado las soluciones a la crisis financiera, Elena ahogó un gemido y se puso a revolver el mundo de papel que llevaba encima, pasando hojas y hojas con cara de estreñida. Al final parece ser que encontró algo.

—Burro cinco, prenda siete —salió disparada hacia el fondo de la habitación y regresó trotando con una especie de tubo elástico del mismo color que los ojos de Roman, en una percha. Me bajó la depresión al centro mismo del pecho.

—¿Estilettos? —prosiguió la peluquera. Su asistente se acercó a ordenarle la mesita de los rulos y los cepillos. Llevaba unas gafas de culo de vaso de aspecto preocupante.

—*Stiletto*s —corroboró Elena con una mueca de total desesperación.

—Bien, la peino a lo Marlene Dietrich.

Sonaba bien. Me quedé quietecita para que no se torciera la raya y ella se

empleó a fondo, manejando los utensilios con una habilidad que impresionaba.

—Está medio listo, ponte el vestido y te maquillamos, no sea que se manche.

Obedecí sin rechistar; yo fui tempranera pero a esas horas, la sala estaba ya repleta de chicas de toda condición y color de pelo, que iban y venían nerviosísimas, en bragas y sujetador o encaramadas en tacones a medio vestir. El sueño de cualquier adolescente poseído por la testosterona.

Estiré los brazos como una muñeca de trapo y me contorsioné para ayudar a que el vestido se deslizara. ¡Dios! Sentaba como un guante, era tan ceñido que no hubiese podido colar un papel de fumar entre el tejido y mi piel. Formaba bandas superpuestas como las de las momias pero con *glamour*. Lo malo era que no me permitía moverme, ni sentarme, ni apenas andar y ya no te digo respirar. Lo comprobé en vivo y en directo cuando se le cayó el cepillo a la cegata, vi que lo buscaba a tientas y me lancé a recogerlo.

De boca a las losetas. Tuvieron que levantarme entre dos. Pero conseguí devolverle el cepillo a su dueña que me miró bizqueando.

—¿Qué hacías?

—Nada —carraspeé—, estaba comprobando la temperatura del suelo.

Aguardé con paciencia hasta que acabaron de toquetearme la cara, aguantándome las cosquillas que me hacían los pinceles para ojos y el rímel. Toda orgullosa, la artífice de mi transformación hizo girar mi sillón de ruedas y me enfrentó al espejo.

—¿Qué tal?

—¡Oh! Pero ¿quién es esa?

Aquellos labios rojo mate, la tez pálida, uniforme y aterciopelada, todos los granos, resurgidos y esplendorosos tras el fiasco con Roman, ocultos bajo una sutil capa cremosa; los ojos profundos y expresivos, agrandados y resaltados con maestría. ¿Así podía ser yo? Iba a ser verdad que las caras, bien arregladitas, mejoran una barbaridad.

—¡Estás divina!

Distinguí la vocecita admirada de Olivia a mi espalda y torcí el cuello para mirarla.

—Me muero de los nervios, Olivia —confesé con la voz totalmente agarrotada.

—¿Qué me vas a contar?

—No sé cómo me he metido en este fregado.

—Piensa que es por una buena causa. —Y me guiñó un ojo, la muy malvada. Debe saber que ese truco, conmigo, nunca falla. Suspiré y la despedí más calmada.

Minutos antes de mi numerito, corrí a mi bolso, saqué el vaporizador con mi perfume y deposité un par de gotas bajo mis orejas. El olor ascendió en remolinos hasta mi nariz y de ahí, a la parte del raciocinio que dirige el valor bélico. Supongo, porque explotó, me poseyó y me convirtió en otra mujer sin miedo a... casi nada.

El efecto me duró exactamente cuatro minutos y cuarto. Bueno, tres. Transcurrieron, asomé la nariz al patio de butacas rebotante de espectadores y empecé a hiperventilar. Se me nubló la vista, me tiritaron las piernas y estuve a punto de partir un tacón. Necesitaba otro chute de confianza. Más perfume, sí, unas cuantas gotas más... No iba a haber quien se me acercara, ya olía bastante y a distancia. No era perfume lo que me faltaba, era otra cosa, tenía que averiguar el qué...

—Guapa, ve preparándote, arrancamos en dos minutos —recomendó Elena de pasada, leyendo sus notas sin ni siquiera mirarme. Asentí con firmeza. De pronto el dato estalló en mi cerebro como una descarga a ballesta. Salí corriendo de vuelta a la zona de peluquería donde habíamos dejado nuestras pertenencias personales.

Volví a cruzarme con Elena que me miró horrorizada.

—¡Quieta! ¿Dónde vas? ¡Sales en...!

—Un segundo, solo será un segundo —exclamé medio ahogada.

Rescaté mi bolso, abrí el monedero y miré dentro: allí estaba. Mi anillo, mi anillo de compromiso, el precioso regalo de Roman. Lo metí en mi dedo e inmediatamente me sentí envalentonada. Regresé corriendo justo a tiempo, cuando los primeros acordes de la música daban la bienvenida al espectáculo.

Tal vez no debí visualizarme tropezando y cayendo de bruces una y otra vez, eso tortura una barbaridad. Fíjate, tantísimos nervios y al final resulta

que solo tenía que caminar como si fuese por la calle y contar mentalmente: uno, dos, tres, siete, ocho, veinte... para seguir distraída. Creo que me aplaudieron mucho, creo. Oír no oía nada, solo un eco sordo que me retumbaba directamente en el cráneo, tipo tambor y dado que soy un poco miope, me contenté con divisar bultos oscuros por todo el patio de butacas. El horror fue extinguiéndose con cada paso que daba.

Debo decir que el desfile fue un éxito apoteósico aunque los planes de Olivia y Luis se torcieron ligeramente. Nunca supe los detalles pero los distinguí a lo lejos, muy cabreados, gritándose y gritándole a Elena y luego, de nuevo conversando como si fuesen los mejores colegas del mundo. Yo a los ricos es que no los entiendo.

Bueno, ya había cumplido mi parte, era hora de irse. Casi le había tomado cariño a los taconazos y estaba vistiéndome y volviendo a ser yo, cuando Adela entró en el vestuario como una tromba helada.

—¡Nena! ¡Nena! ¡Ay, nena!

Como no salía de lo mismo, me decidí a desatascarla preguntando.

—¿Te ha gustado? Dime, ¿lo he hecho bien?

Dio un respingo, como si no supiera a qué me refería.

—¿Eh? ¡Ah! ¡Sí! Verás cuando te cuente...

—Cuenta, cuenta, ¿se ha recaudado mucha pasta? Ayúdame con la cremallera, porfa.

—¿Qué pasta ni qué ocho cuartos? Roman, Roman ha estado aquí.

Me quedé tiesa. Fría congelada.

Ahora sí que me desmayaba y nadie iba a impedirlo.

•36• Atreverse o no, esa es la cuestión

—Roman... —silabeé con la boca abierta.

—Con sus padres. Y con una tipa morena guapetona con un vestido del tamaño de un calcetín.

Lana. Hija de la Gran Bretaña. Babosa adosada...

—¿Y?

—Los tenía a tiro de piedra, la madre se ha pasado todo el desfile haciéndole fotos a las modelos. Y al final han tenido una bronca en la misma puerta.

—¿Tonteaba con Lana, con la morena? —quise saber toda ansiosa.

—¿No has oído lo de la bronca? De campeonato, oye. Me escondí detrás de las cortinas y lo escuché todo.

—Pero ¿iban cogidos del brazo o algo?

—Joder, qué pesadilla... No me acuerdo... —Frunció el morrete al recordar. Yo no paraba de retorcerme las manos—. No, creo que ella sí quería tema, ya sabes, se pegaba melosa pero él ponía tierra de por medio; la verdad, nunca he visto a Roman con ese careto de rancio. Más borde.

—¿Y sobre qué discutieron?

—Verás, la madre insistía en mostrarle las fotos de su cámara, le decía que debía buscarse una chica así... Esto lo dijo cuando la morenaza iba al baño. Supongo que fue al baño porque le perdí la pista y la bruja aprovechó para meterle por los ojos toda una colección de chicas alternativas. Y el padre contestó...

—¿El padre?

—Ahora que lo pienso era un poco demasiado joven para ser su padre. Comprendí de inmediato.

—Arturo Hellman, su tío.

—Sí, puede. Era gay. Creo.

—Crees bien. Es muy gay. —Pensé en Carletes y se me escapó una sonrisa.

—Le pidió que lo dejase en paz de una vez.

Pestañeé perpleja.

—¿En serio dijo eso?

—Sí, pero porque volvía la morena.

Vaya, eso no me consoló mucho. Adela seguía impresionada, con los ojos pegados al techo.

—Estaban todos muy enfadados. ¡Mucho! Y la señora, que iba súper bien vestida y con unas joyas divinas, repetía como un loro: mira esta, qué estilo, qué monería, qué saber estar. ¿No te da un aire a Marlene Dietrich?

Le sonsaqué la información con cuchara; estaba claro que Adela no se fijaba en las mismas cosas que yo. Pude hacerme una idea bastante aproximada del marrón y de que Roman había acabado marchándose de muy malos modos, dejándolos plantados en la puerta misma del teatro donde había tenido lugar el desfile.

Con lo que a Lana le había salido el tiro por la culata.

Bien por mi chico.

Vale, tuve que soportar un interminable rosario de conjeturas *made in* Adela a cada cual más peregrina, como que Roman estaba hasta la coronilla de su madre (le dije que no, que la quería y la respetaba mucho), que Lana era la candidata del tío Arturo, fijo, pero que a doña Natalia no terminaba de convencerla (cualquiera lo diría, a juzgar por cómo se achuchaban las dos mirándome de reajo, el día de la gala flamenca) y que si Roman me estaba poniendo la cornamenta y ese era el motivo secreto por el que le había dado portante y cancelado la boda, ella guardaría la confidencia por los siglos de los siglos y me apoyaba. Ah, y que Lana era una guarra.

Salvo esto último, nada era, posiblemente, cierto pero no quise desilusionarla, se lo estaba pasando fetén, la pobre.

Ahora venía la peor parte: quedarme sola otra vez, enfrentarme a las consecuencias de mis propias decisiones.

Tras cumplir con el pavoroso cometido de desfilar por la beneficencia y recibir mil veces el agradecimiento de Olivia y del propio Luis de Balboa, me quedé sin histerias a las que echar la culpa de mi vida desastrosa. Cada

vez que decidía que era una cobarde y una vergüenza, recordaba a mi hermano y la razón por la que me apartaba de los Hellman. Comprobaba que por encima de mis vaticinios pesimistas su historia de amor se consolidaba, y Carletes era inmensamente feliz, con un brillo especial en los ojos, una energía inusitada, millones de planes compartidos, su nena los fines de semana, viajes, diseños y las puñeteras gafas con cristal rosa de la felicidad, incrustadas en el puente de la nariz.

Yo quería, por encima de todo, colocarme esas gafas aunque solo fuera veinticuatro horas en mi vida y verlo todo de colorines. Se me resistían, leches, y de qué manera.

Estaba sentada en el borde de la cama de Carletes, en su apartamento, devorando un paquete de kikos tras otro, analizando la ligereza de sus movimientos al empaquetar una maleta. Ni le había contado mi conversación con Flori, ni pensaba hacerlo. Mejor dejar las cosas como estaban, que de momento, fluían divinamente.

—Y por fin voy a conocer Mónaco y Milán, capital de la moda. ¿Te imaginas?

No podía imaginarme algo tan maravilloso pero le dije que sí, que me hacía cargo. Y con la congoja me tragué un kiko entero, por poco me ahogo. Carletes vino hasta mí con un bañador de floripondios en la mano y me arreó un puñetazo en la espalda que casi me parte en tres. El kiko salió despedido y el aire regresó libre a mis pulmones.

—Pasé años pensándome si salía del armario o no, calculando las implicaciones del notición. ¡Atreverme! Esa era la cuestión. Bueno, lo que pasó, ni más ni menos, Aljete en pie de guerra, señalándome. El cura salpicando agua bendita a mi paso y las viejas agitando al cielo sus rosarios. —Chasqueó ruidoso la lengua—. No es que no quiera a Flori, le tengo un tremendo cariño, ya se lo he dicho a su abogado, me moriría si le pasa algo malo pero la pasión, el amor desbordado... se llama Arturo.

—Ea. Y se llamaba Lolo hace poco más de un mes —le recordé con aspereza.

—Cari, golpes bajos, los mínimos. A Lolo siempre le estaré agradecido y le guardo una esquinita en mi corazón.

—Solo trato de determinar hasta qué punto esto no es un capricho o que el glamour de Ray te ha deslumbrado.

Por respuesta, Carletes me hizo un puchero. Lo abracé con cariño.

—Peque, entiéndeme, no quiero que sufras.

—Si sufro ya me sacudiré las pulgas cuando lleguen, soy de los que cruzan los puentes el día que toca, ni antes ni después.

—Qué valiente, ojalá aprendiera yo un poco a ser así —me lamenté—. ¿Y Merchita? ¿Cuándo vuelve para una temporada?

—Dos días después de mi regreso del viaje, todavía no me lo creo, la bruja cediendo. Tengo tiempo de ordenar y hacer la gran compra en el súper.

—¿No preferirías que se quedase conmigo?

—¿Para qué, Mari? Tengo aquí su cuarto, con su camita, no necesito dejarla a dormir en el sofá ni fastidiarte más, es mi hija, mi responsabilidad.

—Y mi sobrina y te prohíbo que insinúes siquiera que me molestáis. Es que...—busqué la palabra adecuada para no herir a nadie—, en fin, como estás con Arturo...

—¿Y? Anda como loco por conocerla, ha confeccionado un listón así de largo —abrió los brazos— de actividades y sitios a donde llevarla.

—¡En serio!

—Palabrita. Mi Arturo es un cielo, lo que yo te diga.

Torcí la boca. Que me perdonase mi hermano pero me costaba imaginar al estiradísimo Arturo poniendo buena cara si Merche le tiraba encima la bola del cucurucho de chocolate.

—No lo conoces —agregó Carletes como si me leyera el pensamiento.

—Será eso —acepté con resignación.

—No todos los Hellman son iguales.

—Cierto. Algunos son peores. —Me sorbí una lágrima con disimulo. Mi hermano frenó sus labores recolectoras y vino a sentarse a mi lado aferrado a un nudo de calcetines.

—Cari, ¿qué pasó exactamente?

—Distancias irreconciliables —susurré con la voz rota. Me tomó la mano y me acarició la palma con el pulgar.

—¿Por qué no me lo quieres contar?

Me encogí de hombros. No tenía muchos pretextos, la verdad, básicamente hacerme la longuis, engañarme a mí misma, y disimular. Jamás iba a confesarle que era por él, por preservar su felicidad y su futuro.

—Será que no tengo las ideas muy claras. Tomé una decisión demasiado dolorosa como para saber, todavía, si me favorece. Supongo que a la larga...

—Aquí estoy para cuando necesites un hombro en el que carcajearte —me animó. Sacó un montón de calzoncillos del cajón de la cómoda y los lanzó a la maleta al más puro estilo Angeles Lakers—. Aquí, aquí, o en Skype. Nos quedamos un rato callados, observando cómo se llenaba la maleta rumbo a tierras extranjeras y hoteles cinco estrellas. Me corroía una endivieja no del todo sana.

—¡Por poco se me olvida! —Se golpeó la frente con la palma, corrió al armario y sacó una preciosa caja de regalo de un estante. Parecía una sombrerera antigua—. Esto es para ti. ¡Ábrelo!

Deshice el lazo dubitativa y temblorosa. Dentro había dos pañuelos de seda preciosos, con el estampado más estrambótico que hubiera podido diseñar alguien en su sano juicio.

—¿Qué te parecen?

Los estiré asombradísima.

—¡Palomitas de maíz! ¡Y una hamburguesa! ¡Qué fuerte!

—¿Te gustan?

—Sí, son... originales.

—¡Son míos! —anunció con una palmada y un saltito feliz.

—¿Tuyos? Creí que me los regalabas.

—Quiero decir que los he diseñado yo, Arturo me ha facilitado una línea de complementos mía, mía en exclusiva, DCarlos. ¿Cómo te quedas?

—¡Vaya! Dan ganas de hundir los dedos en las palomitas y de morder el de la hamburguesa, están tan conseguidos...

—Me flipa ese puntito extravagante que siempre le has dado a tus estilismos. Arturo cree firmemente que se puede trabajar a fondo partiendo de esa idea y lograr algo realmente distinto que sorprenda al mundo de la moda.

Suspiré a la vez que sonreía. Al final iba a resultar que Arturo lo amaba de verdad. Mierda. Yo no podía disfrutar libremente del hombre que me había enseñado a querer. Ellos sí; ellos se ponían el mundo por montera mientras yo me deprimía y me arrugaba. ¿Qué clase de condena era aquella? Como quiera que se llamase, iba a hacerme enfermar.

—¿Están llamando a la puerta? —preguntó atusándose una oreja. Presté atención y sí, el timbre volvía a sonar.

El corazón me dio un vuelco. ¿Y si era Roman? ¿Y si mi amor, pese a mi absurdo arrebató, insistía en quererme?

Salí corriendo cual gacela esperanzada y cuando abrí la puerta me quedé de una pieza:

—¡Papá!

Carletes llegó corriendo desde el dormitorio.

—¿Papá?

Allí lo teníamos, de cuerpo presente, con sus viejos pantalones de pana, su chaquetón de borreguito y su boina negra entre las manos, dale que te pego, venga a marearla dándole vueltas. Me arrojé en sus brazos mientras a mi hermano se le borraban los colores y se metía de vuelta al salón, muy bloqueado.

—¿Cómo nos has encontrado? Si este apartamento no lo conoce nadie —protestó casi furioso. Yo tiré de papá hacia el sofá y lo obligué a darme la chaqueta y a sentarse.

—Información telefónica. Marina o alguien llamó a casa y se quedó grabado el número. Chari, la de la tienda de teléfonos me hizo la gestión. Está a tu nombre, Carlos.

—Ya sé que el teléfono está a mi nombre —gruñó sin mirarlo a la cara.

Yo sufría un montón, la tensión era terrible.

—¡Qué eficiente esa Chari! —casi chillé— ¡Y qué maja! Gracias a ella y a mí, que fui la que llamé, estás aquí. Nos alegramos mucho. ¿Verdad, Carletes, que nos alegramos una barbaridad?

¿Para qué se iba a molestar en contestarme? Parecía que le habían metido el palo de una escoba por el trasero; ocupó, todo rígido, una esquina alejada del sofá.

—Y esto... ¿cómo es que has venido? —me entrometí de nuevo. Ellos se miraban de reojo entre avergonzados y desafiantes. Hombres—. ¿Algún problema...?

—Echo de menos a mi hijo, eso es todo —confesó papá sin soltar la boina, clavando una mirada tan intensa en Carletes, que se me saltaron las lágrimas. Mi hermano dio un respingo.

—Tiene gracia que digas eso después de negarte a entrar en la estación de

autobuses solo por no verme.

Me puse en pie de un salto, haciendo de muro separador, hablando a una velocidad, que parecían haberme dado cuerda.

—¿Café, té, chocolate? Tendrás hambre, papá, voy a preparar cositas.

—No tengo muchas ganas, hija, he comido un bocadillo por el camino...

¡Dios! Qué cansado y viejecito se le veía. Estaba sufriendo en serio con aquella historia, no había derecho. Amonesté a Carlos con una mirada dardo para que suavizara ese talante borde que le había salido de repente.

Me castigó con el látigo de su indiferencia, mirándose con atención las rodillas.

—Yo voy a preparar algo de todas formas —me animé sola—; comer en compañía une mucho. —Recalqué el «une» a modo de mensaje subliminal para el cabezota de mi hermano. Corrí hasta la cocina y sin perder puntada de lo que se avecinaba desde el salón, preparé una tetera.

Mi padre, después de un silencio tremebundo que me puso histérica, inició sus lentas explicaciones. Nunca ha sido hombre de muchas palabras.

—Carlos, nada me hacía más ilusión ese día que abrazarte. Hasta me peleé con tu madre con tal de ir.

—Se nota, se nota. —La pierna de Carletes se meneaba sola, presa de un tic—. Te mueres por verme, vas, pero no entras, oh, sí, lo entiendo. ¡Perdona! —giró de golpe y lo miró de frente—. No lo entiendo. ¿Me lo explicas?

—¡Tengo magdalenas! ¿Alguien quiere? —vociferé desde la despensa. Como no me contestaron regresé a donde pudiera oírlos por si volaban los cuchillos y había que intervenir.

—No entré a la estación porque me lo pidió Lolo —confesó papá con la voz ronca por la emoción—. Tuvo que llorar mucho para convencerme, me hizo migas el corazón, ese muchacho. Me rogó, me suplicó. Me dijo que tenía que hablar contigo, que no le cogías el teléfono, que no volverías a Aljete y él no tendría otra oportunidad.

A mi hermano se le desencajó la mandíbula inferior. Yo respiré aliviada.

—Es buen muchacho, ese Lolo, siempre lo dije.

—Ya no estamos juntos. —El tono de Carletes, por un microsegundo, volvió a ser cortante.

—Yo en eso no me meto. Si os queréis, bien, si no, nada. Pero es legal.

—Cierto —convino mi hermano recuperando la calma. La barbilla empezó a temblarle.

¡Huyyy!

Así permanecieron los dos, frente a frente en mi desvencijado sofá-cama, mirándose a través del metro de distancia que los separaba. Carlos tragó saliva antes de volver a hablar.

—Entonces... ¿no fue porque no me quisieras?

—Claro que no, hijo mío, te quiero más que nunca. Y tu madre también, dale tiempo y te lo demostrará. ¿Sabes que la hemos bajado del autobús a tirones? Es que si la dejo acompañarme, no hago lo que vine a hacer.

—¿Que es...? —lo retó Carlos expectante.

—Recuperar a mi Carletes.

¡Dios, qué bonito! Me enjuagué una lágrima y me quedé observando desde lejos para no molestar.

—¿De verdad no te importa...?

Papá sacudió la cabeza de un lado a otro, en el «NO» más mudo y rotundo que le he escuchado en la vida.

—¡Oh! —Mi hermano se llevó la mano a la boca en un gesto afectado. A continuación abrió de par en par los brazos—. ¿Me achuchas, papá?

—¿Cómo no?

El culo de Carlos recorrió el sofá, y todo él se abalanzó sobre nuestro padre, en un estrepitoso abrazo lleno de grititos y gimoteos. Con el afán de estirar la cabeza y no perderme la enternecedora escena, tiré la tetera al suelo.

¡A la mierda! ¡Yo también quería participar!

Formamos una piña de Valdemorillos saltones, enganchados, en mitad del salón, a la que solo le faltaba la banda sonora: «Let her go» de Passenger, hubiera sido la repanocha.

•37• Catadeparfumes

Las paces con papá nos beneficiaron a todos y el taller de Catadeparfumes se convirtió en mi remanso de paz preferido, Raquel en mi confidente. Me mortificaba la ausencia de noticias por parte de Roman, quizá debía abrir los ojos y aceptar la cruda realidad, que se había hartado de mis inseguridades, de esperar, de mis vaivenes de quinceañera perdida.

Eso sí, tenía su olor encerrado en una botella. Casi.

Raquel entró y me sorprendió ociosa con la mirada perdida en el horizonte a través de las macetas.

—¿Quieres participar en algo excitante? —me ofreció con delicadeza.

Por un momento me hice unas ilusiones algo desproporcionadas.

—Te refieres... ¿te refieres al concurso...?

Raquel dudó un instante y enseguida rio más relajada.

—No, no es el concurso.

No, claro, ¿cómo iba a serlo? Si es que cuando me tiro a fantasear me salgo de la carretera. ¿Qué podía yo pintar en un concurso de esa categoría?

—Es algo mucho mejor, algo que no olvidarás mientras vivas. Te avisaré cuando todo esté listo.

Una vez que Carletes y Arturo se montaron en su avión y se perdieron de vista, comenzó para mí una estúpida cuenta atrás: de repente, mi hermano estaba lejos y a salvo, su historia de Cupido y su futuro familiar y profesional no corrían peligro, y mi determinación se desplomó como un saco sin patatas ni nada dentro que lo llenase. Me sorprendí deseando un mensaje de Roman con todos los poros de mi cuerpo, escuchar su voz aunque fuese cuestión de segundos, verlo, acariciarlo, jurarle amor eterno y pedirle disculpas por toda la complicación que sin querer, había introducido en su vida. El anhelo romántico dio paso al enfado, y este a la irritación más disparatada: endurecí todo lo que pensaba, Roman ya no era tan genial ni tan sexy, y yo me merecía que fuese él quien luchase por nuestra historia. Al fin y al cabo era su familia, no la mía, la que nos incordiaba. Los Valdemorillos estaban en Aljete bebiendo carajillos, tan

pacíficos, sin meter cizaña ni joderle la vida a nadie.

Las horas que no invertía en el taller las malgastaba en casa haciendo el ganso, comiendo palomitas de maíz delante de la tele, viendo repetida mi lista de pelis lacrimógenas favoritas: *Bambi*, *Stardust*, *La princesa prometida*, *Tú, yo y Marnie*, *Quédate a mi lado...*, no siempre en ese orden. En fin.

Entonces iban y me invadían inconmensurables oleadas de soledad.

No pasaba nada, era joven y bella.

Vale. Era joven, dejémoslo ahí. El dolor pasaría.

Y un carajo.

Ojalá no hubiera cortado con Roman. ¿Dónde diablos se estaba metiendo? ¿Por qué no aporreaba mi puerta desesperado gritando lo mucho que me amaba? Perdía el tiempo de forma miserable. ¿Quién sofocaba las llamas de su corazón? ¿O es que ya no ardía... por mí?

¡Ay, madre! Era eso... Roman había arrinconado mi recuerdo, nuestros besos, mi casi virginidad, nuestros momentos súper especiales. Era eso. Había dejado de quererme. Me desplomé en el sofá y el bol de palomitas quedó bajo mi culo. Me puse perdida, mis pantalones se cubrieron de manchitas de aceite como pequeños lunares.

—¡Oh, mierda, mierda, Berta!

Mi gata salió escopetada pasillo adelante maullando como una descosida.

—¡No me he vuelto loca! —chillé al techo de mi apartamento— ¡No me he vuelto loca aún!

Pero me faltaba el flequillo de un calvo. Nada, vamos.

Me sujeté la cabeza con las dos manos y me tiré bocabajo para poder llorar más y mejor. Tenía razón Caye, no podía seguir aliviando penas a base de películas y guarrerías multicalóricas. Bien, pues cambio de estrategia: iba a pasarme berreando los dos próximos años, estaba decidido, pero cada vez que me encontrara al borde del barranco, ciega de dolor, bastaría con meter la nariz en la botellita del perfume del hombre de mis sueños y aspirar bien fuerte.

Sería como si Roman estuviese de nuevo a mi lado. Sin embargo faltaba algo, un ingrediente, el punto y final. Tenía que acabarlo.

En ese momento, exactamente como si disfrutásemos de conexión

telepática privada, sonó el teléfono de casa: Raquel me buscaba. ¡Yupiii! Una distracción de la que poder echar mano. Me sentí tan eufórica que hasta decidí sacar mi cochecito de su aparcamiento. Pero el esperado ronroneo del motor, que no llegó, me envió derechita al metro. La batería descargada, ¿cómo no? ¿Qué esperaba? Si no usas las cosas se deterioran. Si no cuidas tu relación y te permites ciertas excentricidades, tu pareja te cambia por una morena despampanante embutida en vestidos apretados, de nombre Lana.

¡Oh, Dios, no quería ni pensarlo!

Por fin Catadeparfumes desvelaba esa actividad misteriosa a la que había sido invitada y de la que no me había vuelto a acordar dado mi pocho estado de ánimo, de «soltera que no quiere serlo». El no saber de qué se trataba me hizo prudente y elegí un precioso vestido blanco con ribetes negros y cuatro bolsillos con volantes de encaje, dos a la altura del pecho y dos en la falda, elegido por Carletes y muy Chanel, según su criterio. Lo combiné con unas bailarinas y una diadema adornada con pedrería negra. Raquel y María me esperaban en la puerta del taller con dos grandes maletas-baúl que ya había visto en otra ocasión y que usaban para los desplazamientos. Yo misma había encargado una pequeña para mis mezclas. Se sostenían en vertical y al abrirlas, igual que una puerta, revelaban un interior rígido y compartimentado en pequeños estantes, donde se sujetaban decenas de botellitas con esencias.

Ibamos a alguna parte.

No podía imaginar dónde, ni que fuese a desatar en mí una felicidad que ya creía perdida.

El moderno automóvil de las dueñas de Catadeparfumes me condujo por unas calles ajardinadas desconocidas pero tan bonitas que las apunté en mi memoria para volver a recorrerlas en cuanto tuviese oportunidad. Iba asomada a la ventanilla como una cría, preguntando el nombre de las plazas, extasiada con lo que veía; decididamente, Madrid no era Aljete, la ciudad tenía rincones francamente preciosos con los que disfrutar.

Nos detuvimos frente a un edificio antiguo con la fachada de ladrillo visto, rojiza y algo polvorienta. La acera era la cuna donde crecían pequeños arbolillos redondeados por la tijera de podar de algún artista urbano. De inmediato me sentí como en casa.

—¿No vais a decirme de qué se trata? —rezongué mientras ayudaba a bajar los baúles de esencias—. Ya está bien de misterios, ¿no os parece? Creo que se apiadaron de mí después de cruzarse una mirada pícara.

—Es un orfanato de niños muy especiales —me explicó María.

—Son ciegos —completó Raquel con dulzura.

Se me comprimió de amor el corazón. ¿Qué se supone que podíamos hacer nosotras tres por ellos? La idea de aportar un granito de ayuda me resultaba irresistible, me llevó a cruzar el zaguán como un *tsunami* en hora punta.

Nos recibió una monjita diminuta y sonriente con las manos entrelazadas sobre la túnica, que repartió efusivos abrazos justo después de las presentaciones. El pórtico de entrada nos condujo a un patio interior con muchas plantas y una fuente.

—La congregación les agradece tanto, tanto el detalle, venir hasta aquí...

—iba la hermana deshaciéndose en elogios.

—Lo hacemos con mucho gusto, en serio —la calmó Raquel—, no tiene que agradecer nada.

—Estos niños están necesitados de atención y estímulos, ya sabe. Especialmente los que han perdido la vista por algún traumatismo después de haber conocido la vida normal como vidente.

—Podemos imaginarnos.

—Los olores aguzan los recuerdos —susurró Raquel. Me encantó escucharla, llevaba mis antenas parabólicas desplegadas, concentrada en no perder ni un detalle—, lástima que nadie tenga demasiado interés por emplearlos como terapia.

Unas cortinas de colores estampadas con globos aerostáticos daban paso a la sala común. Me invadió la misma sensación equívoca que cuando visité la residencia de mayores con Roman: aquello no se parecía a mi idea preconcebida, a la imagen triste y nostálgica que los pocos datos sueltos acumulados a lo largo de mil lecturas, habían forjado en mi cerebro. Reinaba la alegría, había música y los niños danzaban felices dentro de un círculo trazado con tiza en el suelo. Las monitoras los alertaban con júbilo cada vez que alguno estaba a punto de traspasar el límite y ellos volvían en el acto al interior de la marca. La monjita me explicó que esos ejercicios los ayudaban a situarse en el espacio y a tener una mayor y mejor conciencia de su posición abstracta.

Por primera vez en muchos días no estaba triste ni deprimida ni fatal de la

muerte. La sonrisa se escapaba de mi interior y afloraba a mis labios sin poderse contener.

Raquel y María abrieron los baúles mientras las monitoras ponían orden y aclaraban a los niños lo que iba a pasar a continuación; parecían muy excitados.

Noté un ramalazo de placer, como un estremecimiento infantil por todo el cuerpo.

—Ayúdame a apartar los olores dulces —me indicó Raquel—, vainilla, praliné, haba tonka, coco, regaliz. Y ahora los afrutados: grosella, melocotón, frambuesa, lima. Vamos a recrear tartas, pasteles, golosinas...

—¡Qué buena idea! —aplaudí entusiasmada.

Verlo y experimentarlo fue infinitamente mejor que suponerlo. Los niños se lanzaron como posesos a «degustar» los olores y sus carcajadas de entusiasmo llenaron la sala, atropellándose por ser el siguiente o por indicar lo que le sugería el aroma.

—¡Caramelos!

—¡Gominolas!

—¡La tarta de manzana de la hermana Teresa!

—¡No! Son flores.

—Las flores no huelen dulce.

—Sí —los corregía Raquel con delicadeza—, es la flor del cerezo. ¿No os huele a fruta?

Y ellos rectificaban y asentían con las cabecitas.

Me emocioné y se me saltaron las lágrimas. Yo era parte de aquel proyecto tan hermoso, Catadeparfumes era mucho más que un taller de olores preciosos, era una buena obra, era amor empaquetado en cristal. Y a mí eso me sobraba.

—¿Quieres probar? —me ofreció con amabilidad Raquel. No la obligaría a pedírmelo dos veces. Me arrodillé en el mismo círculo con los niños y fui seleccionando esencias de las distintas familias, jugando con ellas y con las narices curiosas que me rodeaban.

Una sensación de intensa satisfacción que desplazaba todo lo demás se hizo conmigo y cobraba más y más fuerza conforme avanzaba la tarde. Hasta me pareció percibir una ráfaga de luz brillante que vertía sobre mí su potencia y desaparecía al momento. Estaba elevándome a las alturas del karma en sosiego, al Nirvana.

¡Ayyy! ¡Qué gusto!

Un par de palmadas me sacaron de mi sopor cuando más concentrada estaba. La monjita portera apareció con una bandeja repleta de bebidas frías hechas en casa; zumos de colores y apetitosos aromas. Los niños se volvieron locos de júbilo.

—¿Has disfrutado? —me preguntó María entre sorbo y sorbo.

—No te imaginas cómo. —Dejé que mis ojos vagaran por la sala—. Es mucho más gratificante de lo que me habría figurado, si me lo cuentan no lo creo.

Claro, que tampoco habría creído que era capaz de deslizarme en tirolina a más de diez metros de altura sin perder los dientes. Debe de ser que no tengo demasiada fe en mí misma.

Me pongo a ello pero que ahora mismo.

—Me alegro, guapa. Te estás convirtiendo en un eslabón importante de nuestra cadena. —Raquel me pasó el brazo por los hombros y sentí que pertenecía por fin a algo de lo que sentirme orgullosa. Tuve un ataque repentino, una idea me rondaba insistente la cabeza, era el momento de compartirla.

—Habéis dicho que los olores estimulan la zona cerebral que controla la memoria —asintieron a dúo—, entonces, podría funcionar en el tratamiento contra el Alzheimer —sugerí. Ellas se miraron positivamente asombradas—. Si es así, tengo otra propuesta que haceros.

•38• El perfume es la mejor terapia

Cumplimos nuestro objetivo a los dos días justos. Allí estábamos, en la residencia de la Fundación Amero, rodeadas de venerables ancianos expectantes que perseguían nuestros avances en el descorche de botellitas, con ojillos arrugados y chispeantes.

Moraleja número 1 (atención, lección, en jerga Carleteña): es fantástico no perder, a ninguna edad, la capacidad de sorprenderse.

Me enorgullecía que las chicas de Catadeparfumes hubieran tenido en consideración una sugerencia mía y la incorporasen a su programa de beneficencia. Juraban y perjuraban que utilizar aromas para reactivar la memoria adormecida en los abuelos, especialmente cuando sufrían de esa terrible enfermedad que te lleva a olvidar quién eres y quiénes son tus seres queridos, era una auténtica revolución. ¡Dios! Imposible expresar con el abecedario conocido, lo que para mí significaba como éxito personal.

¡Mi vida tenía un sentido más allá de hacer el tonto, perder trabajos y sufrir por mi amor imposible! De acuerdo, esta última parte no cejaría nunca en su empeño: iba a mortificarme al máximo el resto de mi juventud y pronta madurez, por haber sido tan idiota, por haber permitido que el único hombre que me había importado, desapareciese de mi insípido horizonte.

Bueno, quizá ya no era tan insípido.

De repente, en mitad de toda esa amalgama de pensamientos y decisiones revueltas, percibí el fogonazo de luz espiritual, igualito que en el orfanato... ¡Un momento!

Parecía el flash de una cámara de fotos. Igual no me estaba transportando al éxtasis carnal ni nada parecido, solo tenía a un cotilla metomentodo retratando sin permiso mis más tiernos momentos con los niños y con los abuelos.

Fruncí el morro y espí los alrededores pero no vi nada desencajado. Serían imaginaciones mías, lo único digno de mención fue una de las voluntarias de la residencia, una chica pelirroja con la mejor melena conocida, sí, incluyendo la de Lana, que me abordó con una carta en la mano.

—¿Es usted Marina Valdemorillos?

—Sí —contesté con una pizca de recelo.

—Me han pedido que se lo entregue.

Me quedé como una boba con la tarjeta en la mano, porque no se trataba de una carta. No acerté ni a preguntarle quién le había pedido el favor, ya que salió embalada y se perdió camino de las cocinas. Abrí la cartulina y una pequeña tarjeta resbaló hasta el suelo.

Era cartón del bueno, grueso y color crema pálido, pero no venía impresa, estaba en blanco por una cara y por la otra, una pulcra y florida caligrafía a pluma, rezaba:

«Agradecidos por tu iniciativa» Iniciativa. ¿Qué iniciativa? Caramba. ¿He dicho ya que no me gustan los misterios?

Al día siguiente, lo inesperado: aparecimos en todos los periódicos locales. Menos mal que no estábamos en Aljete, donde el impacto habría sido demoledor. Las dimensiones de Madrid capital me garantizaban cierto anonimato...

O no.

La cosa fue así: bajé por la mañana a dar una vuelta con Berta, que ya se había acostumbrado a lo del paseo matutino en plan perruno y Don Pedro, el quiosquero de mi barrio, me llamó desde lejos a grandes voces, agitando un periódico por encima de su cabeza. Fui corriendo antes de que lo tomasen por loco.

—Enhorabuena, chiquita, sales en contraportada.

—¿Yo? —me burlé—. Se ha debido usted de confundir.

—Mujer, la cara se te ve bien enfocadita.

—¿La...?

Agarré el periódico con una mano y el cordón de Berta con la otra. Me las compuse para pasar las hojas sin ahorcarla. ¡Era cierto! ¡Allí estaba! Dos instantáneas de inexplicable calidad, primero con los chicos del orfanato y a continuación con los abuelos de la residencia. ¡Cielos! Ambos, proyectos de la Fundación Amero. Se hablaba de Catadeparfumes y de su novedosa iniciativa pero era yo la retratada.

—Eres una buena chica, siempre lo dije —alabó con su voz cascada. Enrojecí y por un puñado de minutos no me atreví a mirarlo a la cara. Al final me pidió un autógrafo y me regaló el diario todo emocionado.

Raquel llamó por teléfono la mar de contenta.

—¿Has visto los periódicos? ¿Los has visto?

—He visto uno —admití sin bajar de la nube.

—¡Hemos triunfado, nena! Y sin pretenderlo. Tenemos un ángel anónimo que se ha hecho eco de nuestras actividades cuasi-secretas.

Le agradecí que me incluyese en el lote y que su maravillosa humildad le impidiese un ataque de celos por no salir en la foto.

—¿Sabes... sabes quién las ha publicado?

—Bueno, la noticia aparece en prácticamente todos los medios de comunicación escrita, incluso en los digitales, y las fotografías se repiten pero no citan la fuente. Ha podido ser cualquiera, un paparazzi desempleado, un reportero distraído que captó el gran momento caritativo del año... Las señoronas que presumen de benefactoras deben de estar grises de envidia.

Inmediatamente me vino Natalia Hellman a la cabeza. No, ella no, por favor, creo que no era posible que me odiase más ni peor.

—Esta publicidad inesperada le va a venir de perlas a Catadeparfumes de cara al concurso.

—¿Tenéis ya algo preparado?

—Ummm... Algo hay, pero está aún sin rematar. Es una sorpresa.

Sin rematar. A falta de ese toque distinguido y definitivo que lo convertiría en una bomba volátil. Igual que mi perfume particular.

Tenía que volver al trabajo. Estaba bien, podía hacerlo, seguro.

Estaba chupado.

Era cuestión de dejar libres mis conexiones con la madre tierra, entonar el «Ommm» y bañarme en la luz universal hacedora de lo que llamamos milagros... Entonces pasaría, daría con la tecla, es decir, con el ingrediente deseado. El que faltaba para completar mi obra maestra. Un olor único e irrepetible. Si lograba la iluminación espiritual conseguiría acabarlo.

—Venga, venga, Marina, sin prisas pero sin pausa, cierra los ojos y deja que la intuición fluya. ¿Qué puñetero ingrediente añadirías a la jodida mezcla? —me dije—. ¿Qué falta para ser exactamente ÉL?

Quizá tenía que volver a olerlo una vez más. Ya estaba bien de esconderse.

La búsqueda de Roman se convirtió en *Misión imposible V*. No solo no estaba en su oficina, a la que telefoneé tímidamente haciéndome pasar por una artesana de la madera de Camboya, sino que hacía semanas que no aparecía y nadie sabía dónde se encontraba. Dejé cien mil mensajes en el contestador de su apartamento, después de que nadie respondiese a mis primeras cincuenta llamadas. Me trasladé hasta allí e interrogué a fondo al portero que ya me conocía. Me confirmó lo que sospechaba. Roman debía haberse marchado hacía más de una semana, no había vuelto a topárselo.

Me preocupé. Mucho.

Pasé al plan B, pedir ayuda a Cayetana y sus relaciones sociales infalibles. Indagó por mí, se comunicó con parientes y conocidos. Nadie daba norte de su paradero. Tampoco parecían muy preocupados, eso fue lo que más me enfureció.

¿Y si le había pasado algo malo? ¿Y si se había suicidado? ¿Y si al final resultaba que sí me quería y había emigrado al Asia profunda por amor y para no volver?

Tenía que averiguarlo. Si al resto de la humanidad no le importaba, a mí me quitaba el sueño. Llevaba los pulmones estrujados de angustia y ansiedad, no me dejaban respirar. Ni siquiera en el taller, con todos mis aromas dispersos por la mesa, lograba concentrarme.

De modo que decidí plantarme en Amero, con un vestido lencero de seda lisa blanco roto, un sobre-vestido de gasa blanca transparente con bordados en azul añil y unas sandalias rojas con una flor en el empeine, los fusiles cargados y la mayor resolución de mi vida.

Subí directa a la planta donde Roman tenía el despacho. Las mesas vacías me miraron burlonas: o estaban todos en una reunión, o era la hora del desayuno, o el mundo se había ido al carajo sin yo enterarme. La verdad, me cortó un poco el rollo.

Bicheé entre los ordenadores encendidos y de pronto, huérfana en una mesa, la vi. Una vasijita de barro de esas que contienen polvos de sol, un carísimo cosmético que logra ponerte morena y divina en dos brochazos; en su cajita, sin abrir. Carlos me había alabado sus ventajas pero mi paupérrimo presupuesto no me había permitido hacerme aún con una. Me asaltó una maldad indigna y desconocida, un deseo irreprimible de poseerlo y de enfrentarme a los colegas de Roman con el mejor aspecto posible. Espié a un lado y otro. Nadie a la vista. Fue tan sencillo que me asusté, solo alargar la mano, un movimiento de despiste y lo tenía

camuflado en mi bolso de donde no volvería a salir.

Paso dos, buscar un baño con hermoso espejo donde acicalarme. Di con él a mitad del pasillo. Justo cuando destapaba el tarro de polvos de sol, un murmullo de gente que se acercaba me llegó a la oreja, los administrativos ocuparían posiciones delante de sus ordenadores mudos y para cuando entrase de nuevo, todos los ojos se posarían en mí. Debía prepararme. Y sobre todo, estar guapa. Muy guapa. Dejar claro por qué el jefe se había colado por una servidora y no por otra chica con ínfulas de modelo.

Menuda estupidez. Ya sabía yo que el físico no era mi mejor atributo ni la razón primera de su interés por mí.

Debí distraerme cavilando al tiempo que manipulaba el tapón de corcho, porque salió despedido lejos de mi alcance y vertí los polvos directamente sobre mi pechera.

—Mierda, mierda y más mierda, no, ahora no.

Sobre todo porque la puerta del baño se abría y alguien entraba, una mujer mayor que apenas me distinguió ya que me refugié rauda y veloz en un retrete.

Mientras más frotaba, peor se ponía la mancha, elevada ya a categoría de manchurrón de los dañinos.

Joder, qué mala suerte, no podía salir y enfrentarme a quien fuese con un lamparón semejante por montera. ¿O sí podía?

Me estiré muy digna y decidí ignorarlo. Sonreí al darle a la señora los «buenos días» y me dirigí con paso firme al escritorio de la secretaria de Roman. ¡Mecachis!, no era la de siempre, mi aliada, aunque me recibió con toda cortesía y si bien sus ojos volaron a mi churrete, se abstuvo de comentarios hirientes.

Y de los otros, la verdad es que se calló como una muerta.

—Buenos días, necesito hablar con Roman Hellman. Ya sé que no está en la oficina —agregué sin dejarle decir nada—, pero es urgente que me facilite su paradero.

La chica me miró sin demasiados recursos para negarse. Le puse ojitos, cara de pena, morritos, y le hice un puchero.

—Por favor. Solo dime que has hablado con él en la última semana —supliqué en un susurro, inclinada sobre la mesa para mayor confidencialidad— y que está bien. Dime solo eso...

Estaba a punto de derrumbar sus defensas, ya había asentido lentamente con la cabeza y parecía dispuesta a desembuchar, cuando una voz conocida

me atracó de malos modos por la espalda.

—¿Otra vez aquí, pequeña mojígata? ¿Más préstamos cutres que devolver? Decidí responder antes de girar y la buena de Lana recibió un NO rotundo que la desconfiguró. Ya de frente, sus pupilas volaron directas a la mancha de mi vestido, claro.

—Podrías vestirme como Dios manda antes de salir a la calle.

No entiendo de dónde brotó aquella mala leche que me poseyó como algo diabólico y efectivo.

—Da la casualidad de que me visto como me da la gana, queridísima Lana. No he venido a visitarte a ti, Dios me libre.

Noté que se ponía rígida como una tabla y que apretaba los puños hasta blanquear los nudillos, al borde del arrechucho fulminante. Más coraje me entró.

—Por lo que sea que quieras aquí no eres bienvenida —me recordó con los dientes prietos—. Espera, te lo diré en tu idioma de barriobajera para que lo entiendas: lárgate de aquí con viento fresco y no vuelvas a molestar.

Seguramente se figuró que la pobre Valdemorillos saldría huyendo despavorida. Estiré los labios y le mostré los colmillos.

—Y una mierda —vomité con todas sus letras. La sustituta de la secretaria de Roman se puso en pie, violenta y roja como la sirena de una ambulancia.

—Deje, yo me encargo, señorita Lana.

—Sí, ella se encarga —corroboré desafiante— y tú sobras.

Lana me miró con la boca torcida y aires dementes.

—¿Perdoona?

—Lo que has oído, maja. —Curioso, pero cuanto más se fijaba ella en la mancha, más me crecía yo, como si llevar pegado algo que de ordinario te ridiculiza, fuese mi más potente escudo— ¡Que salgas de nuestra vida ya! De la mía y de la de Roman, que no te quiere —elevé la voz a conciencia y me satisfizo comprobar que todos los empleados despegaban sus cabezas de los teclados—, que no te ha querido en la vida, que te considera una plasta, que parece que no te quieres enterar... Ni su madre te traga, no te fíes de las carantoñas falsas, guapa de cara.

Lana abrió la boca para escupir algo pero se quedó sin inspiración. Pegó los labios mugiendo como un toro bravo. Avancé un paso y ella retrocedió intimidada.

Eso me dio más alas que un Red Bull.

—Pesada, pegajosa y entrometida. Te estás poniendo en evidencia delante de todo el mundo —espeté antes de que mi brío se esfumase.

—Tú sí que te... —se atropelló—, con esa... Ropa sucia.

—Es una mancha, una mancha, ¡una maaanchaaa! ¿La ves? —Estiré la tela con dos dedos y se la metí por las narices—. ¿Tú nunca te has manchado, doña perfecta?

—Llevas una ropa que nadie se pondría, ni siquiera para un carnaval — consiguió disparar con mucho esfuerzo.

Me encogí de hombros. De repente Lana y su fastuosa melena me importaban un comino.

Dirigí la mejor de mis sonrisas a la amable secretaria, espectadora perpleja de nuestra contienda verbal.

—Mil gracias, señorita. Si contacta con Roman, sea cual sea el motivo, no deje de transmitirle mi preocupación. Dígale que lo estoy buscando.

Sin permitir que Lana metiera baza, giré chulesca y me dirigí a la puerta. Apenas dos pasos más tarde, regresé ante la secretaria.

—Puede agregar «desesperadamente» si le apetece, no me molesta.

De tres zancadas me puse a salvo fuera de su alcance. Temí oleadas de abucheos a mi espalda, los pelotas de siempre, ya se sabe, pero no. Hui más tiesa que un ajo ante miradas de admiración. Creo que Lana, la inalcanzable, engendraba enemigos en las sombras.

Conseguir no había conseguido mucho. O sí, la asistente de Roman parecía saber de qué hablaba cuando esbozó aquella sonrisa, igual lo tenía localizado...

Ojalá así fuera.

Y me había vaciado de tensiones y malos humos. Qué agradable sensación la de escupir veneno hasta «jartarse» en pleno careto de la tontalaba de Lana. Venir a cebarse conmigo cuanto más me cantaba el cabreo.

Error por su parte. Gustirrinín del caro por la mía.

•39• Esos giros del destino

Entonces sucedió: una tarde de aquellas, cuando menos lo esperaba, desde el laboratorio de Catadeparfumes llegó un estruendo apocalíptico seguido de un alarido inhumano; solo algo así habría sido capaz de arrancarme de mi estado letárgico e hípermegaconcentrado. Corrí para averiguar qué nueva desgracia se cernía sobre nuestras cabezas. No esperaba encontrarme a Raquel arrodillada en el suelo llorando ante un montón de cristales y un charco intensamente perfumado, fue demoledor.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Busqué rastros de sangre, por fortuna, en vano.

—Oh, Marina.

—¿Qué ha sido? ¿Una explosión?

—El perfume del concurso. —Miró el charco y yo seguí la dirección de sus ojos. Apunté con el dedo.

—¿Es... Era... eso?

Asintió lentamente con la cabeza, los ojos arrasados en lágrimas. Me tapé la boca abierta con las manos.

—Tendrás la fórmula escrita en alguna parte —me figuré. No me respondió pero su mirada desesperada fue lo suficientemente elocuente— ¿Cómo has hecho eso? ¿Cómo has podido no ponerla a salvo?

—Se supone que era secreta —fue su débil pretexto.

Sacudí la cabeza completamente aturdida.

—¡Raquel!, ¿quién aquí iba a copiarla?

—No es cuestión de copias, es... es un método, un método de trabajo que he desarrollado durante años basado en la intuición...¡Dios! No lo sé, no la apunté, eso es todo. —Se derrumbó, no pudo seguir justificando lo injustificable. Hasta ella entendía el terrible error que había cometido.

Le acaricié el pelo y la ayudé a ponerse en pie. Había que barrer todos aquellos cristales cuanto antes. La verdad es que olía fenomenal.

—Seguro que te irás acordando —dije por animarla.

—No dispongo de tiempo —se frotó los ojos con los puños—, hay que entregarlo mañana al mediodía.

¡¡¡¿Mañana?!!!

—No quiero decírselo a María, no puedo, me va a matar.

—Mujer, no es el fin del mundo.

Me miró como si estuviera loca.

—No, solo el fin de nuestro futuro como empresa.

Ah, es verdad, el concurso. Ray. El concurso más importante del planeta. O casi.

Ser una ignorante simplifica mucho las cosas, solo tienes que cerrar los ojos y fingir que no sabes que esa competición existe dentro del mundo del alto perfume. Inmediatamente estás mucho más feliz y descargada.

Al volver en mí, observé que Raquel me clavaba una mirada suplicante.

—¿Nos dejarías el tuyo?

¿Mi perfume? ¿Se refería al perfume con olor a Roman Hellman?

—Es muy bueno —enfaticó.

No, no, mi perfume no.

—Y se trata de una emergencia —reincidió. Esperaba mi respuesta balanceándose, como si contuviese una vitalidad brutal a punto de explotar.

Se me secó la boca por completo. Apreciaba a Raquel como a una hermana, le debía mucho, muchísimo, puede que su apoyo y sus ánimos me hubieran salvado la vida, pero aquello era pedir demasiado, mi perfume era privado, íntimo, replicaba la piel del ser que amaba, no podía presentarlo a un concurso y que un montón de jueces esnobs metiesen sus narices entre los pliegues del cuerpo glorioso de mi exnovio.

El perfume de Roman me pertenecía. Era solo mío.

—De acuerdo —jadeé. Y para cuando quise percatarme del desaguado que acababa de cocinar, era tarde. Raquel daba saltos mortales de alegría y me estrujaba eufórica las costillas en un «gracias» a gritos y con mayúsculas.

¿Cuándo aprendería a tener la boca cerrada?

Ahora tenía dos problemas tremebundos por los que desvelarme. Recuperar mi obra y localizar al que la había inspirado. ¿Por dónde empezaba?

Aquella misma noche, encomendándome a todos los santos, me deslicé a hurtadillas hasta el taller y cometí la peor fechoría de mis treinta y pico años. Alumbrándome con la ayuda del móvil repasé los estantes y las mesas de trabajo hasta dar con mi mezcla. Yo sí había tenido la precaución

de apuntar los ingredientes, su orden y cantidad. Menos el que faltaba, claro. Podía reemplazarla en un momento futuro; ahora actuaba por impulsos, a corazonadas, y mi intuición me ordenaba... Que tirase el contenido de la botella por el desagüe.

Eso hice. Sin aliento, con las manos empapadas de sudor y sin pensarlo demasiado para no echarme atrás. Y una vez hecho, el desastre ya no tenía arreglo. Solo que yo no podía ni respirar.

Tocaba acometer el paso dos.

Madrugué porque no quería que la irritación de las chicas acabase en hecatombe. Prefería que fuese un disgustillo lo más pequeño posible. Era imprescindible «no estar presente» cuando descubrieran que el perfume Roman se había evaporado, nunca mejor dicho. ¡Señor! Ya lo decía mi madre, los follones y una servidora estamos hechos los unos para la otra.

Aún así, tenía el convencimiento de estar actuando correctamente. Tomé varias líneas de metro hasta alcanzar las plazoletas ajardinadas del barrio del orfanato. Caminé hasta las proximidades imbuyéndome del aroma de las flores y las plantas verdes y arrastrando mi pequeña maleta de esencias, la mía. Me recibieron con los brazos abiertos, hasta me invitaron a compartir el desayuno con los niños.

Fue genial, no me divertía tanto desde chica con mis hermanos. Terminamos arrojándonos magdalenas y bolitas de miga de pan a las cabezas y canturreando a voz en grito.

Luego seleccionamos a diez críos que habían resultado ser especialmente sensibles el día de las pruebas de aroma y me encerré con ellos y con dos voluntarias en una de las aulas. Aspiré fuerte y hondo, antes de emitir mi sentido discurso.

—Necesito vuestra ayuda. Mis amigas, esas chicas tan simpáticas que jugaron con vosotros el otro día —esperé con una pausa a que las recordasen—, están metidas en un grave lío, solo nosotros podemos solucionarlo.

Empezaron a aplaudir como dementes. La cosa se ponía bien. Entusiasmados, al menos, estaban.

—Raquel dice que los aromas se mezclan con la intuición —proseguí—, a vosotros os sobra, tenéis la clarividencia de la edad y el olfato muy

desarrollado, sois especiales y valiosos. Chicos, ¿vais a ayudarme a crear un maravilloso perfume que deje a todo el mundo con la boca abierta?

Dos horas más tarde, en plena faena, me sonó el móvil. Al ver el nombre de Raquel en la pantalla se me fueron los colores.

—¿Digaaa?

—Marina, no has venido esta mañana —dijo con aire preocupado.

—Lo sé, tenía varias gestiones inaplazables, es que con los nervios se me pasó decírtelo... —mentí a lo canalla.

—Emm... Vale... ¿Te importaría decirme... ejem... dónde tienes el perfume?

Noté que le costaba pedírmelo, pobre, le daba reparo. Y yo tenía que ganar tiempo como fuese.

—Pues debe de estar en mi mesa —improvisé sin comprometerme.

—Ya he buscado pero no, no lo encuentro.

—Busca mejor, no puede estar en otra parte. Uisss, me toca, estoy en una ventanilla única de la administración pública —expliqué con atropello—, tengo que dejarte.

—Pe... pero.

Prácticamente le colgué en seco. Era mucho más vital proseguir con la tarea que tenía encomendada. Delante de mí, a buen recaudo, vigilados de cerca por una de las monitoras, teníamos cuatro vasos de mezcla con diversas opciones ya rematadas o a punto de culminar. Los niños seguían divirtiéndose oliendo, cavilando un par de segundos y proponiendo. Yo me encargaba del resto.

De nuevo el teléfono. Ahora se trataba de Cayetana. Me retiré al fondo de la sala para hablar con mayor discreción.

—Hola, cielo —saludó con cierta ansia—, según todos los rumores, tu chico sigue *missing*.

Instantáneamente me contagié de su angustia.

—No le ha pasado nada, lo sé, lo presiento, no le ha pasado nada malo. Solo está... Escondido, haciéndome sufrir —musité casi sin voz—. ¿Recuerdas cuando lo intentamos nosotras? Fue idea tuya, una buena estrategia...

—Bueno, pero querrás localizarlo en cualquier caso, ¿no?

—Supongo. —Tragué saliva.

—¿Contactar con la familia más cercana, tal vez? —sugirió Caye. No era una buena idea, así que no respondí—. ¿Te encuentras bien?

No, no me encontraba siquiera, solo que no sabía bien por cuál de los quince motivos de distracción que tenía en lo alto.

Seguramente por Roman, que era mi amor sagrado.

O por la putada que acababa de hacerle a las chicas de Catadeperfumes o por la presión del concurso.

O por la suma de las tres cosas.

—Caye, ahora no puedo seguir hablando, te llamo más tarde.

—De acuerdo, si necesitas apoyo moral o fuerzas logísticas, ya sabes. Entre Olivia y yo nos devoramos un regimiento.

Torcí la boca tratando de sonreír. La verdad es que estaba muy estresada. Por lo pronto, el perfume, el perfume, y luego todo lo demás.

—Vamos, chicos —di dos palmadas al aire con una alegría que estaba lejos de sentir—, un intento o dos y terminamos.

•40• Donde nace la inocencia

A última hora de la mañana mi pequeño baúl acumulaba quince botellitas con diversas mezclas, a cada cual más impactante y doce llamadas de una Raquel cercana al psiquiátrico. Me había inventado todo tipo de excusas y la había tenido registrando hasta el último rincón del taller en busca de un tarro inexistente. Iban a salirme cuernos y rabo por bruja. Y todavía quedaban flecos sueltos. Convoqué a mis amigas a una reunión de emergencia en mi apartamento. No fue posible, Caye tenía manicura y pedicura a domicilio y no parecía dispuesta a cancelarlo. Replanteamos el asunto y nos apretujamos en su salón, todas en un mismo tresillo frente a ella que se dejaba mimar por la esteticista.

Noté a Olivia recocida en envidia.

—Podíamos habérselo montado mucho mejor, llamar a otras tres esteticistas y lo estaríamos pasando todas igual de bien.

—Eso debe de ser... una experiencia casi religiosa —alabó Adela sin quitar ojo de los masajes que recibían los pies de Cayetana.

—Una sesión de belleza para chicas —insistió Olivia—, deberíamos organizarla, ¡hagámoslo!

Me puse de pie hecha un manojo de nervios.

—A ver si nos centramos, ya sabéis a qué hemos venido y no es precisamente una pedicura.

—Hija, qué carácter —se quejó Olivia malhumorada.

—¡Hatti! Una tila para mi ONG —ordenó Caye con su aplomo de siempre, dueña de la situación y del mayor gustirrinín del palacete.

—Enseguida, señora.

La doncella filipina salió por patas a cumplir el encargo y yo volví a ordenar las botellas en fila india sobre la mesa auxiliar.

—Una por una, las he numerado. Os repartiré un folio con una cuadrícula. Asignaremos una puntuación de uno a cinco al perfume que más os llene, recordad que no basta con que os guste, tiene que fascinaros.

—Podrías ahorrarte el esfuerzo consultándome solo a mí —declaró Cayetana lánguida—, soy una fiera detectando olores sublimes.

—Oye, fiero, a mí también se me dan bien las cosas caras —contraatacó Olivia ofendida. Adela se encogió de hombros.

—Yo suelo usar Nenuco pero tengo una nariz portentosa.

—Usted también, si no le importa —introduje a la esteticista. La chica me observó aterrorizada. Por fin conocía a alguien aún más tímida que yo.

—¿Yo? —tartamudeó.

—¿Ella? —exclamó Cayetana sobresaltada.

—Y Hatti —resolví—. Cuanta más gente, mejor.

Aquello se convirtió en una merienda de negros. En menos de veinte minutos todas chillaban como energúmenas poseídas y discutían la primacía de sus votos. Se ponían de acuerdo sobre la mezcla número cuatro que parecía embelesar a todas por igual, para acto seguido, desdecirse y cambiar de opinión. Me estaban volviendo por completo majareta. Consulté angustiada mi reloj de pulsera.

—Chicas, chicas, guardad silencio un momento —rogué en medio de un batiburrillo de opiniones cruzadas—, tenemos que llegar a un acuerdo.

—La cinco es fantástica.

—La cinco ya existe, huele a Mademoiselle de Chanel.

—¡No es lo mismo, son bastante diferentes!

—Pero se le parece. Hay que escoger otra.

—A mí me sigue gustando la tres.

—La tres huele demasiado a sándalo... Tan intensa no contentará a una gran mayoría.

—A mí me vuelve loca —advirtió Cayetana olisqueando la muestra con deleite.

—Normal, a ti no te molesta que tu perfume te anuncie pero las hay más discretas.

—¿Se supone que un perfume discreto puede convertirse en una joya?

—Pues no lo sabemos, habrá que confiar en la suerte, ¿tú qué dices, Marina?

Volví a comprobar lo tarde que era con un nudo en el estómago.

—Yo digo que me quedo sin tiempo.

Las dejé discutiendo y chascarreando.

—Hatti —decidí con arrojo—, elige una.

La muchacha puso ojos de plato, espantados.

—¿Yo, señorita? —se apuntó al pecho. Yo señalé el reloj con desesperación.

—Tú. Dime cuál te trastorna el juicio hasta marearte de gusto, y ese será el seleccionado.

Hacia las cuatro de la tarde, yo hacía mi entrada triunfal en Catadeparfumes simulando tranquilidad, tratando de que no se me notara el tembleque de las piernas. Hatti se había decantado por la esencia número dos, las chicas habían puesto el grito en el cielo primero y enseguida habían apoyado la moción repitiendo a gritos que ellas también lo habían apuntado como favorito solo que yo no les había hecho caso. Llevaba un bolso de corazones fucsia colgado del brazo y la botellita, envuelta en un par de fundas de plástico, dentro.

Me salió al encuentro una Raquel demudada a punto de un síncope de los malos.

—Por fin te encuentro, Marina, no doy con el perfume, María sospecha que algo no funciona y he tenido que negociar una prórroga con Ray para la entrega de la muestra.

Le coloqué compasiva una mano en el hombro y apreté.

—Deja que busque yo, cálmate.

—Acaba a las seis y media y son...

—Podrías preparar un par de infusiones de jazmín y nos las tomamos en el jardín.

—Es que no...

Estaba blanca como la cal, me sentí traidora y embustera como la que más. Respiré a fondo y le insistí en lo de los tés.

—Venga, deja que lo intente. Puede que se haya traspapelado, o que la señora de la limpieza lo haya cambiado de sitio. —La miré fijamente a los ojos tratando de transmitirle serenidad—, yo daré con él.

—No ha venido nadie a limpiar desde ayer por la mañana —siseó con los ojos desencajados y la mandíbula tensa.

—Prepara los tés y unas galletitas. —La empujé fuera de circulación para poder actuar con total impunidad.

Por fin me la quité de encima. Saqué con disimulo la botella número dos, le arranqué la etiqueta y la introduje en un cajón de mi zona de trabajo mientras fingía vagar y rebuscar.

—Es que no recuerdo exactamente dónde la puse —declaré en voz alta para que me oyese—, ando tan desquiciada por culpa de todo lo que ha pasado...

Raquel asomó la cabeza desde la puerta de la cocinilla.

—Lo sé y no sabes cómo lo siento. Y más aún, tener que pedirte ese perfume en concreto tal y como están las cosas.

Me invadió una sensación de incomodidad insalvable. Sonreí forzada.

—Tú lo dijiste, es una emergencia.

Raquel volvió a la tetera y yo a mi teatro. Procuré hacer bastante ruido, que pareciera que buscaba con agonía. Por fin di término a mi actuación y levanté triunfal la cabeza con la botella en la mano.

—Aquí lo tengo. Al fondo de un cajón se escondía, el muy ladino.

Ella se acercaba con una bandeja, las tazas, la tetera, el platito de las pastas. Todo de fina porcelana antigua, de las que da gusto llevarse a la boca. Resopló aliviada, no hasta el punto de soltar la bandeja y dejar que todo se rompiera contra las losetas, pero casi.

Se apresuró a llamar por teléfono y a confirmar la participación a Ray.

Nos acomodamos en el coqueto conjunto de sillones y mesita de mimbre dispuesto en el jardín bajo las madreselvas y los jazmines, y Raquel sirvió el té con elegante parsimonia. Todo de nuevo en su lugar, los flancos cubiertos, un perfume listo para concursar, María en Babia, cada pieza encajada con la vecina.

Solo que nada era lo que parecía.

Esperábamos la llegada del mensajero que llevaría el perfume a la sede del concurso. Se me ocurrió preguntar.

—¿Cómo pensáis bautizarla?

Raquel se humedeció los labios antes de contestar.

—Pues verás... No fui del todo sincera con lo de memorizar la fórmula sin apuntarla. María y yo no nos poníamos de acuerdo con las notas base, discutimos y acordamos presentarnos por separado.

Ah, ¿lo ves? Ya sospechaba yo algo, no se fiaba de su socia, de ahí que se

hubiese esmerado en no dejar pistas.

—Pero luego ocurrió lo que ocurrió —se le torció la boca en una mueca— y aunque María sigue sin saberlo, algo cambió en su estado de ánimo, me pidió disculpas, afirmó que confiaba en mi instinto, lo hablamos civilizadamente y decidimos volver a ser la empresa unida que siempre fuimos. De modo que el perfume debía llamarse Catta pero ahora...

—¿Qué?

—Ahora ya no estoy tan segura. —Se inclinó y me cogió una mano—. Marina, has sido un engranaje vital en este asunto, da igual si ganamos o no, es el primer año que participamos, deberíamos ser justas y darte tu lugar.

¡Mi lugar! ¡Qué barbaridad! Aquello era un despropósito, excesivo y a todas luces exagerado... ¿O no? Bueno, al fin y al cabo había confeccionado el perfume con estas manitas... Si bien, tampoco lo había hecho sola...

—Podría llamarse Catta-Mar —sugirió pensativa. Me miró de reojo etiquetando el efecto de su oferta. Yo no podía olvidarme de los niños.

—También Innocence sería un buen nombre.

Antes de apurar la taza, Raquel, que no podía contener su impaciencia, se puso en pie y rescató la botella abandonada a su suerte sobre el mostrador. Volvió a mi lado con los dedos apretados en torno al recipiente que contenía la muestra, y una mueca de desasosiego en los ojos.

—Será mejor que lo proteja y le busque un embalaje adecuado, el mensajero está a punto de llegar y la prórroga al borde de consumirse. Apreté la mandíbula. Iba a abrirlo. Vi sus dedos girar en torno al tapón hermético y tirar hacia arriba. Aproximó la nariz y aspiró las notas etéreas de la mezcla.

En su precioso rostro se dibujó una sorpresa sin nombre.

—Pero este... este no...

No acabó la frase, en su lugar, volvió a oler muy concentrada. El exquisito perfume con una exótica nota de salida a base de coco que enseguida se perdía para dar paso a una nota a la vez dulce y refrescante de caramelo de limón, de trébol de cuatro hojas y de regaliz, se percibía sin problemas desde mi posición algo alejada. ¡Y su fondo de agua de mar! ¡Cómo no reflejar la inocencia con el sedoso almizcle líquido! Realmente fastuoso. Diferente. Asombroso, tenaz y delicado al tiempo. Un verdadero logro.

La impresión fue tan formidable que solo a cámara lenta, la sonrisa regresó a la boca de Raquel.

—Es...

—Es fabuloso —completé—. Lo siento.

—No, Marina, yo lo siento. No debí pedirte tanto, estabas en tu derecho.

Salí zumbando del taller con la lista de «pendientes» rebotando en la cabeza. Ahora los conceptos «perfume», «robo», «concurso» y «prisas» habían cedido ante el nombre «Roman» que se repetía como una letanía eterna en mi mente cansada. Había sido un día largo, agotador, pero no iba a permitir que se extinguiese sin acometer aquella gestión, por desagradable y áspera que me resultase.

E iba a llegar en taxi. Como una señora.

Cerré la portezuela y le indiqué al conductor la dirección de la sede de Ray. Arrancó con un suave tirón y se removieron mis tripas. No me quejé por la estridente música, no hablé del tiempo ni le pregunté por el equipo de fútbol del que era forofó. Traté de ordenar mi respiración y me convencí de que pese al mal rato, saldría de Ray con una información vital bajo el brazo: Natalia iba a decirme dónde se escondía Roman aunque para sacárselo tuviese que estrangularla.

Lo que es tener un objetivo, oye. No me impresionaron ni las obras de arte del vestíbulo, ni las mesitas de diseño, ni el penetrante olor a cuero caro de las butacas, ni las puñeteras alfombras persas. Me subí en el ascensor y apreté el botón de la planta cuarta a punto de perforarlo.

Me llevé por delante a la secretaria que trataba de detenerme y me perseguía al galope por todo el pasillo. La espanté con una colección de manotazos, una mirada fulminante y un sibilante «voy a verla» que la dejó acogotada a mitad del corredor.

Durante el episodio con Lana experimenté en mis propias carnes la sensación de triunfo que embargó a Adela cuando armó la marimorena en la peluquería por la estafa de las extensiones, y pensaba repetirlo. De verdad, sentaba de p.m. ponerse en su sitio.

De repente todo se había precipitado y Roman era una prioridad, mi prioridad; ni entendía cómo pude dedicar la mayor parte de la jornada al follón perfumero, que al fin y al cabo, ni me iba ni me venía. Estaba claro

que de un modo u otro, Marina no iba a dejar de ser Marina y antepondría los intereses ajenos a los propios.

Pero ese tonto equívoco no iba a repetirse muy a menudo. Ya no.

Empujé la puerta del despacho de la «mandamás» sin pedir permiso, y la pillé con un abanico de cartulinas coloreadas en las manos, dando una charla a tres subalternos con carilla de pasmados y entrega total.

Giró y me observó sin ocultar su desdén. Para su desgracia no logró intimidarme.

—Vengo a hablar con usted —afirmé. No era un ruego, lo había dicho con la barbilla bien alta.

—No tienes cita, querida —trató de mantener las formas delante de los muchachos.

—A la porra las citas, es cuestión de vida o muerte.

Vi la ira reflejada en sus pupilas. Pero sonrió, la tía, toda falsa.

—Déjenos a solas durante treinta minutos —ordenó a los ocupantes de la mesa que se incorporaron y desaparecieron cagando leches.

Muy lista. Ya había marcado el tiempo máximo que pensaba concederme. Decidí darle una sorpresa.

—Me sobran veinticinco. —Apoyé las manos sobre la mesa y me incliné hacia ella—. ¿Dónde está Roman?

Echó atrás la melena y soltó una aguda carcajada.

—¿Qué te hace suponer que lo sé?

—Es usted su madre. La mía lo sabría.

Dejó de sonreír con brusquedad. Bien, Marina, golpe bajo pero efectivo.

—Pues yo respeto la independencia de un hijo que ya no tiene quince años. No tengo ni idea. Y ahora, si me disculpas...

—Ha desaparecido, hace semanas que nadie lo ve. ¿No le ha dado por preocuparse?

—Puede que sea culpa tuya —me acusó con dureza. Mantuve la compostura.

—No me ha contestado.

—Creo que sí lo he hecho. No sé dónde está mi hijo pero donde quiera que esté, estará bien, lejos de tu influencia y tus ojazos de damisela en apuros. En ese momento la vi. Una fotografía mía en el desfile de Olivia de Talier, en tamaño A3, clavada en un corcho con cuatro chinchetas que me dejó

patidifusa, boquiabierta y a continuación, enfadada.

—Oiga, esa de ahí soy...

Natalia miró la foto, luego a mí y a continuación de nuevo a la foto, con el ceño arrugado.

—¿Tú? Pero ¿qué dices?

—¿Qué hace esta cosita insignificante en Ray?

Quien hablaba era Arturo, mi casi cuñado, que acababa de entrar envuelto en Dior para hombre, había juntado las manos y se las llevaba al pecho; la cosita insignificante era yo, por descontado. Pero no me dio la gana amilanarme.

—Decirles lo que nadie se atreve. —Estiré un dedo acusador y se lo metí a Natalia por encima de la nariz—. Son una familia de lo peor, si por su culpa le ocurre algo a Roman no se lo perdonaré en la vida.

Giré muy digna y me dirigí a la puerta pero antes de salir, me arrepentí, regresé y añadí amenazadora:

—No, si algo así ocurre, no descansaré hasta que lo paguen.

Ahora sí que me iba. Apoyé la mano en el picaporte dejando a mi espalda dos cuerpos atónitos y sin palabras, pero por segunda vez rectifiqué mi trayectoria y volví sobre mis pasos. Arranqué con una sola mano y mucha chulería la foto del tablón.

—Y me llevo esto, la foto es mía y usted no tiene ningún derecho a usarme de cuadro decorativo.

—¿Pero esa monada era ella? —oí preguntar a Arturo. Por su tono, como si hubiese recibido un mazazo en mitad del cráneo—. Natalia, ¿tienes copias?

•41• Pistas entre los pinos

Me marché a tomarme un descafeinado en cualquier parte. Confusa y desesperada, sin saber a quién recurrir. Después de hacerme la gallito delante de Lana y de Natalia Hellman, con éxito personal pero fracaso práctico, había que decidir el siguiente movimiento. Estuvo bien mientras duró, fue muy dramático y todo eso, pero ¿qué más?

Miré mi móvil y las cinco llamadas perdidas de Cayetana, seguramente para recordarme su ofrecimiento de ayuda. Qué maja. En ese momento, una ligera sacudida me indicó que entraba un mensaje.

Llámame, es urgente

Cayetana al ataque. Se me pasó por la cabeza que pudiera haber averiguado algo nuevo acerca del paradero de Roman, de modo que marqué su número sin vacilar.

—¡Marina, por fin! —resopló molesta.

—Acabo de salir de la oficina de Natalia Hellman.

—¿Y...? ¿Novedades?

—Ninguna. Es como un cubito de hielo, afirma que no sabe dónde está.

—Vale. Nena, me ahogo en problemas, no sé qué hacer.

Cayetana saltaba de un tema a otro con una agilidad que desconcertaba al más pintado.

—Alúmbrame, te lo ruego.

—Deja los alumbramientos para otra ocasión. —Resopló—. Estoy preñada.

Suspiré con fastidio.

—Ya lo sé, y no sabes cómo lo sufro. Ya mismo lo perderás y tendré que seguirte la corriente por mucho que el embuste me...

—No, no, no lo entiendes.

—Lo entiendo, Caye —subí el tono un poco más de la cuenta—, has alejado a la amenaza llamada Petra. Es lo que buscabas, pues ya lo tienes. Deberías contar la verdad cuanto antes.

—¡No!

—¿Ha vuelto Petra?

—¡Que no es eso!

—Entonces ¿qué es? —rugí.

—¡Estoy embarazada, pero de verdad!

No me caí de culo porque me pilló sentada. ¡Joder, joder, joder!, como diría Cayetana. La vida te da sorpresas, vaya que si te las da.

—¿Sigues ahí? —vociferó.

—Sigo —acerté a decir con un hilo de voz.

—Menudo plan, chiquitina, a mi edad.

—Pero... pero es una fantástica noticia, ¿no?

—¡Anda yaaa!

—Neil está entusiasmado con la perspectiva de ser padre, ¿qué hay de malo?

—El embarazo, los kilos, la hinchazón de tobillos, las estrías y las grietas en los pezones. Las noches sin dormir, los gases, la caca y los biberones. ¿Te parece poco?

—Venga, Caye —repetí para animarla—, todo va a salir muy bien, estaréis tan contentos que nada de eso que dices va a importar.

Escuché una especie de ronroneo confuso en la distancia.

—¿Caye?

—Einnn... —sorbió mocos por la nariz—. Puede.

—Te lo aseguro —dije con inusitada firmeza.

—Si nunca te has preñado, ¿qué me vas a contar?

—Y nunca lo haré. —Bajé repentinamente a tierra y me aniquiló la nostalgia—. A este paso...

—¡Uiss! Casi lo olvidaba... Sé dónde está tu caballerete desaparecido.

Me entraron ganas de retorcerle el pescuezo.

—¡Cayetana!

—A ver, como para acordarme, con el peso de la que tengo yo encima.

—Da igual, te perdono, cuenta, cuenta.

—Después de interrogar a medio Madrid localicé a un tal Salvador, un amigo de esos fieles que conoces en el cole, sigues en la universidad y que a día de hoy sigue contándose entre sus favoritos...

Aferré el teléfono con una presión capaz de destriparlo.

—O abrevias o la palmo.

—El chico quiere entrevistarse contigo.

—¿Roman? —aventuré cortocircuitada de emoción.

—Nooo. Salvador, Salvador Conde.

—Pero ¿y Roman? ¿Está bien?

—Se ha escapado a la sierra de Madrid. Tu Roman está viviendo en una cabañita muy cuca en mitad del monte, como un ermitaño con el corazón roto.

No solía acudir a muchas citas. Y menos con un hombre. Y menos a ciegas. Y menos estando perdidamente enamorada de otro. Pero atravesé Callao como una exhalación desde la parada del metro hasta una cafetería-pastelería que hubiese hecho mis delicias en otra oportunidad, digamos menos extrema.

Entré sudorosa y jadeante por la carrera, mirando a cada mesita donde la gente charlaba relajada, consumiendo tacitas de chocolate y miniaturas dulces. Desde el fondo, un joven de pelo rizado, castaño oscuro y enormes ojos negros, levantó una mano y me sonrió.

Me estiré lo que pude.

Allá vamos.

—¿Marina?

—Marina —confirmé aceptando la mano que me ofrecía. Me senté a continuación—. ¿Te llamas Salvador y eres amigo de Roman Hellman?

—En efecto.

—Entonces eres mi hombre —lo animé—. ¿Dónde está?

—Puedes tranquilizarte, está perfectamente. Si emborracharse y darse larguísimas caminatas por el monte gritando tu nombre a las copas de los pinos, puede considerarse «estado normal y sano». Está destrozado.

Joder, fue una regañuza en toda regla. Agaché las orejas primero y la cabeza después, abochornada. Me mordí el labio inferior. Nunca había sido tan culpable de algo en toda mi vida.

—¿Ya no me quiere ver?

Salvador ladeó sospechosamente la cabeza y una punzada de dolor me atravesó el pecho.

—¿Eso es un no?

—Marina, no estoy dentro de su cabeza. —Jugueteó distraído con la cucharilla—. ¿Qué quieres tomar?

—Un té de menta, por favor —acepté con la boca seca—. ¿Sois muy amigos?

—Desde el colegio. Roman es para mí más que un hermano, siempre que he tenido problemas ahí estaba él para ayudar y cuando la intención de ir a la universidad se frustró por falta de medios... Bueno, hice mi carrera porque Roman y su padre me pagaron los estudios. —Sonrió con extrema dulzura—. Universidad privada en el extranjero, compartimos cuarto durante cinco años y jamás tuvimos una sola discusión, ni un reproche. —Me miró fijamente a la cara—. No encontrarás un tipo mejor que él, por más que busques.

Menuda teoría absurda.

—¡Si no busco! ¡No quiero encontrar otro! ¡Lo quiero a él!

—¿Y si lo quieres por qué lo plantaste? Joder, chica, hasta te pidió matrimonio.

Desinflé los pulmones pero no pude satisfacer su curiosidad.

—No te entiendo, la verdad. ¿Sabes lo que es oír decir a un amigo que tú eres el amor de su vida pero que no quieres saber nada de él?

Recuperé parte de la compostura, decidida a cortar de cuajo su sufrimiento con una mentira piadosa.

—No es necesario que te tomes tantas molestias conmigo, no soy la novia de Roman ni voy a serlo, lo nuestro no podía durar.

—No irás a tomarte en serio los chismorreos de la gente. —Arqueó las cejas—. Vale, habrá hecho alguna que otra locura, como yo, como todos, pero está preparado para sentar la cabeza, ten paciencia, Marina, dale una oportunidad.

Hablar de cosas tan íntimas con un perfecto desconocido me escocía y me hacía sentir vulnerable. Creo que Salvador se dio cuenta porque bajó el nivel de energía y me apretó una mano con afecto, como un viejo amigo.

—Empecemos por el principio.

—Mejor será. ¿De qué me conoces?

—¿Además de las peroratas interminables de Roman y la colección de fotos que me ha enseñado? Del día que apareciste buscándolo en Amero y

te marchaste hecha un basilisco después de que Lana...

—Intentase ridiculizarme en público —rememoré con amargura.

—Bueno, a la vista queda que le salió el tiro por la culata, pero no le des mucha importancia. Ella es así siempre que no se sale con la suya.

—Roman le consiente más de lo debido —me enfurruñé— y al contrario de lo que afirmé, a su madre le gusta.

—Yo no apostaría por ninguna de las dos cosas.

La llegada del camarero con mi té y unas pastas recién horneadas, detuvo por un rato la conversación. Empezaba a sentirme muy a gusto con Salvador, parecía alguien en quien puedes confiar.

—Posiblemente fui la última persona que habló con Roman mientras empaquetaba sus cosas y se largaba. El plan es aislarse de todo y de todos y tomar una decisión definitiva.

Se me pusieron de punta todos los pelos del cuerpo.

—¿Definitiva?

—Marcharse al Amazonas sin fecha de vuelta.

Me atraganté con el primer sorbo de té y Salvador tuvo que palmearme la espalda hasta que recuperé el resuello. De todas las malas noticias que podían darme aquella era posiblemente, la peor.

—Tengo que evitarlo. Explícame dónde queda esa cabaña.

Se agravó su mohín.

—La cosa es complicada, te lo advierto. Ni los bomberos dan con ella.

—Un mapa, una brújula, una buena linterna... —hice un recuento mental apresurado—, Salva, estoy dispuesta a todo.

—Tendré que acompañarte. —La calidez que emanó de sus palabras me recorrió entera, fue como echarse una manta de lana suave por la cabeza en una noche gélida. Asentí agradecida y me dediqué, por un buen rato, a disfrutar de las pastas y del aroma de la menta.

—Por cierto, fui yo el que te fotografió y quien te mandó la tarjeta de agradecimiento —me sorprendió Salvador tras aquella agradable pausa. Le dirigí una mirada inquisitiva—. En el hospicio, con los niños, parecías un ángel, qué escena tan adorable. Y luego, con los ancianos... Sé que no es de recibo capturar la imagen de alguien sin su permiso y entregársela a los periódicos pero... —apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea y suspiró—, también sé qué clase de persona es Natalia Hellman, su

exagerado proteccionismo sobre Roman que a veces lo asfixia; no es mala, es solo amor mal entendido. Quería restregarle por las narices a esa Marina que pretendían perderse, seguramente, lo mejor que se ha acercado a Roman en todos estos años.

Pestañeé perpleja, pletórica y hasta orgullosa. Un completo extraño, un amigo de la infancia de Roman, me defendía con ahínco.

—Yo... No sé qué decirte.

—No tienes que decirme nada, si acaso, perdonarme la libertad que me tomé.

Hice un gesto con la mano restando importancia al hecho.

—Bah, por una buena causa posaré siempre que haga falta.

Madre mía, casi no podía creerlo, alguien del entorno de mi amorcito, que no me consideraba tonta perdida.

•42• La ardilla traviesa

Programamos la salida para la mañana siguiente muy temprano. Salvador me recogió en casa aunque tuve que invertir mis últimos minutos en responder la sarta de mensajes exaltados de Carletes, refunfuñando porque una convocatoria del consejo de administración de Ray totalmente imprevista, les había obligado a dar marcha atrás cuando ya estaban desembarcando en Mónaco y porque la psicóloga del colegio de Merchita lo buscaba con afán, para una entrevista telefónica. Lo siento, no podía distraerme. Revisé mi equipaje, llené hasta el borde el comedero y el agua de Berta, le susurré cariñitos en la oreja y cerré con dos vueltas de llave.

Los primeros kilómetros en dirección a la sierra fueron tensos; sin apenas conocernos, los temas banales de conversación no fluían con facilidad pero un sentimiento común flotaba dentro del escarabajo negro de Salvador: aquello por fin iba a arreglarse, era por Roman, todos acabaríamos satisfechos, casi no podíamos contener la alegría.

—Te dejaré frente a la cabaña y os quedáis solos; esto es algo que debéis hablar sin interferencias de ningún tipo.

Di dos saltitos sobre mi trasero y me restregué una mano con otra.

—Acelera, por Dios, acelera.

Al cabo de media hora, más o menos, la chicharra de mi móvil amenazaba con dejarme sorda. Era mi hermano. Seguramente sería urgente, me necesitaba, pero me daba palo discutir cosas privadas con Salva presente. Decidí arriesgarme, siendo discreta.

—Dime, Carlos.

—¡Ya era hora, tesorito! —bramó— ¿Dónde te metes?

—No estoy sola y ando fatal de cobertura, viene y va. Cuenta —lo azucé.

—Buenas noticias, cari. Ya tenemos un borrador de convenio regulador, ¿te lo leo?

Miré a Salva con el rabillo del ojo.

—Me temo que no dispongo de tiempo. ¿Es bueno?

—Buenísimo. Equilibrado y justo. Las cosas se reparten a pachas como buenos hermanos. Flori quería darme la mitad de la vivienda, fíjate. Me he negado, esa es la casa de mi niña, no la quiero, que se la quede. Me lo ha agradecido mucho. ¿Tú has hablado con ella, tesorito?

—¿Yo? Que va —mentí—. ¿Por qué lo dices?

—Porque está más suave que un guante, leches, ¡si está más agradable y dulce que cuando estábamos casados!

Contuve la risa: el humor de la bienfollada.

—Fíjate qué suerte. Entonces estás contento, ¿no?

—Más que un conejo en una mata de tréboles, cari. Acabo de llamar a papá para contárselo pero como quien ha cogido el teléfono ha sido mamá, no he dicho ni mú, he colgado.

—¿Por qué has hecho eso?

Carletes soltó una risilla traviesa.

—Papá se la está trabajando poquito a poco. No quiero estorbar. Otra cosa, este finde viene mi Merche y se la presento oficialmente a mi Arturo. ¡Ainssss! Estoy de nervioso... Vamos a llevarla a la Warner. ¿Quieres venir?

Respondí con una risita elegante. Se ve que le supo a poco.

—Cari, estás muy misteriosa, ¿te has metido en algún lío?

Volví a repasar a Salva que no estaba pendiente, gracias a Dios, más que de la carretera.

—Voy a buscar a Roman —confesé al fin. Carletes me dejó sorda con un alarido hipohuracanado.

—¡Aaaahhh! ¡Bien, bien bien! Me lo cuentas cuando estéis juntos, me lo cuentas todo, todito, todooo.

—Vale, te lo contaré, ahora tengo que colgar.

—¡Coñe, qué prisas! Venga, va.

—Carlos.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Y yo, hermana, y yo. ¡Viva Madrizzz!

Nada más divisar una bucólica casita de troncos marrón oscuro asomando entre la espesa arboleda, adiviné que habíamos llegado a nuestro destino y sin esperar a que Salvador apagase el motor, abrí la portezuela y me tiré del coche consumida de ansiedad. A mitad de camino giré medio cuerpo para despedir a mi nuevo amigo con un floreo de mano mientras él me hacía con el pulgar el signo de la victoria. Me sentí más fuerte y poderosa que nunca. El rugido del motor fue adormeciéndose hasta desaparecer y ya solo se oían los pajaritos en una furiosa competición de pio-píos. La cabaña daba la impresión de estar desierta; me acerqué a los escalones de entrada con el corazón desbocado.

—¿Roman? —llamé apabullada por las emociones.

Posé la mano en la puerta, empujé sin demasiado esfuerzo y el tablero me franqueó el paso. El interior era fresco y agradable en contraste con la calurosa mañana de fines de verano y su rabioso sol.

No me había contestado nadie, pero no me di por vencida. Podía estar en el baño, o duchándose, o dormido. Aún era temprano.

Con tanto silencio los golpeteos de mi pulso eran casi audibles.

—¿Roman? —repetí un poco más alto. Nada.

Me rasqué la cabeza. Mis ojos aflojaron la tensión y más acostumbrados a la penumbra del interior, fueron distinguiendo cosas. La estancia era confortable y hasta lujosa, no podía esperarse menos de la gran familia: con una chimenea colosal de piedra empolvada en cuyo hogar se apilaban unos pocos troncos finos carbonizados. Un juego de sofás de piel burdeos, cortinas color crema con pequeños estampados en vino y otros pocos muebles de madera maciza y tallada que derramaban sus aromas a savia por todo el salón. La zona de comedor, con una mesa grande para seis u ocho comensales, se comunicaba con la cocina por medio de un arco de medio punto ribeteado en piedra. La luz entraba tamizada por las cristalerías y el bailoteo de las ramas en el exterior.

De repente oí un ruido a mi espalda y me giré llena de esperanza. Desde el suelo me observaba una ardilla enana con los ojos redondos y desorbitados. En cuanto solté una risita salió zumbando.

Avancé buscando el dormitorio. Al apoyar la mano en la puerta noté lo mucho que temblaba, el ruido de mi corazón latiendo no me dejaba pensar.

—¿Roman? —No sabía cuántas veces había repetido lo mismo en los últimos quince minutos.

Mierda, era el baño. Así que algo enfadada, empujé la siguiente puerta sin

titubeos y la visión de una cama ancha, mullida y deshecha me cogió por sorpresa.

Vacía, claro.

Pero suya. Ya la habitación olía intensamente a él.

Me arrojé en plancha sobre la cama, amarré la almohada, hundí la cara y la nariz y aspiré hondo, me inundé de su fragancia.

Y levanté de un tirón la cabeza, súbitamente iluminada.

—¡Pimienta rosa! ¡Pimienta rosa es lo que le falta a mi mezcla! —entendí como una especie de revelación divina.

Volteé sobre el colchón con un grito de júbilo, me quité los zapatos para no manchar las sábanas y abrí en cruz brazos y piernas. La adrenalina acumulada se apaciguaba. Roman estaría por ahí fuera dando un paseo mañanero y volvería en cualquier momento. Solo tenía que esperar.

Y esperar.

Y esperar. Debí de quedarme frita.

Los ruidos de mi barriga me indicaron que el mediodía estaba cerca. Seguía inexplicablemente sola. Decidí llamar a mi nuevo compinche, Salva, para ponerlo al tanto de la situación pero el icono en el extremo superior izquierdo del móvil desencadenó mi pánico.

—¡Sin cobertura!

Salté de la cama y recorrí toda la superficie de la cabaña con el teléfono por delante como un zahorí. Nada, mierda, muerto cadáver.

—Por favor, Roman, vuelve, vuelve porque de lo contrario pienso morirme solo para fastidiarte.

No me morí, por descontado. Analizando, la situación, tampoco era tan catastrófica: el día era hermoso y soleado, la cabaña, lustrosa y el bosque, muy pintoresco. Mientras él pensara volver, nada iría mal, hasta podía divertirme. De modo que repté, solo algo decepcionada hasta la cocina, y registré las alacenas. Había bolsas de arroz y macarrones, tomate frito, salchichas, hamburguesas y huevos. Más que suficiente. Recuperé la ilusión en un santiamén.

Estaba liada friendo salchichas y canturreando «Devuélvemeee la viiidaaa...» cuando el ruidito a mis espaldas se repitió. Estaba dispuesta a conseguir la amistad de aquella ardilla timorata, preparé un pedacito de carne y me giré con los ojos brillantes de euforia.

—Mira lo que tengo para ti si me das un... ¡Oh!

Se me cayó la salchicha al suelo.

—¿Si te doy un beso?

Roman, era él, más guapo que nunca. Parado en la puerta desaliñado, el pelo claro, revuelto, barba de varios días, los ojos más azules en una cara bronceada, camisa desabrochada y corbata colgando con descuido alrededor de su cuello. Los pantalones del traje arremangados por mitad de las pantorrillas, descalzo, la chaqueta sobre un hombro y los zapatos en la otra mano.

—Extraña vestimenta para pasear por el monte —advertí irónica. Enarcó las cejas divertido.

—Tuve que asistir a una junta urgente y me ha dejado tirado el coche. — Me clavó sus ardientes pupilas—. ¿No piensas venir a saludarme?

—Ven tú.

—No —afirmó enérgico—, estoy triste, confuso, deprimido, hecho una mierda, y es por tu culpa; te toca.

¿Me tocaba? Daba lo mismo, los dos nos habíamos quedado petrificados, cada cual frente al otro, mirándonos, desnudándonos con los ojos, deseándonos pero con demasiado orgullo como para dar el primer paso. Era responsabilidad mía que se sintiera así. Ojalá nunca hubiese bajado con Berta al jardín, desearía que mis yogures de fresa no hubieran caído al suelo aquella noche en el súper llamando su atención y que el marroquí donde cenamos, hubiese estado cerrado por defunción.

—¿Cómo que me toca? ¿No eres todo un caballero? Pues ven a demostrármelo.

A modo de respuesta, Roman giró sobre sus talones y volvió a salir de la cabaña. Por el amor de Dios, ¡se me iba! ¿Qué soberana estupidez estaba yo haciendo?

Arrojé al aire la espumadera y salí corriendo para cerrarle el camino. Sus zancadas eran apresuradas y me sacaba mucha ventaja. Daba igual, no iba a desfallecer, para algo estaba allí, apreté el paso.

—¡Para! —le grité. No me hizo ni puñetero caso—. ¡Te he dicho que pares!

Un último esfuerzo antes de que desapareciera por un recodo del sendero. Tenía que inmovilizarlo. De un salto me encaramé a su espalda, me sujeté con las piernas en torno a su cintura y con los brazos alrededor del cuello, igual que un mono africano. Y desde atrás, me lo comía a besos.

No me correspondió. De repente me detuve.

—Sigues haciéndote el duro —le reproché—. Ya está bien.

—Sí, ya está bien.

Me solté y apoyé los pies en el suelo frustrada. Durante unos cuantos segundos eternos nos estudiamos sin hablar, tratando de contener el bombeo desenfrenado de mi corazón. Puesto que no movía ficha hice amago de abandonar, muy digna, pero agarró mi brazo con brío y tiró en su dirección.

—¡Hey! Si te quiero mía para siempre tenía que hacerme de desear, nada de caer rendido a tus pies a la primera de cambio.

—Serás canalla... —balbuceé.

Apoyó la mano en mi nuca, entre los mechones desordenados, y atrapó mi boca con sus labios, succionando el calor que emanaba de mis entrañas. Con un solo gesto entendí lo que quería y volví a encaramarme a su cuerpo, esta vez desde delante.

—Julieta, cariño, te he echado de menos —me susurró mientras caminaba sin dificultad conmigo a cuestas, de vuelta a la cabaña.

—Esto ha sido lo peor que he hecho en mi vida, lo más idiota —me justifiqué con los ojos anegados de lágrimas. Él me las secó con sus besos.

—No dejaré que te separes de mí otra vez, no pienso permitirlo, voy a coserte con hilo del bueno —amenazó apretando mi cara con la pinza de sus dedos, sin delicadeza alguna. No sé por qué, en lugar de enfadarme, el gesto me excitó.

Me sentía tan feliz, tan protegida y tan plena en sus brazos, con la humedad de su boca alrededor de toda mi cara, que cuando una vez dentro y camino del dormitorio frenó y retrocedió, me asusté.

—¿Qué pasa?

Sin responder, Roman accionó los mandos del hornillo y apagó el fuego de la sartén.

—Sé que eres una aventurera a la que le gusta correr riesgos pero voy a hacerte el amor lenta y lujuriosamente hasta las doce de la noche; mientras tanto, no quiero incendios.

O Roman era un experto amante, o conocía al dedillo mis puntos flacos y

los pulsaba con maestría. Prefería pensar lo segundo; lo primero, me ponía celosa. Con él dentro de mi cuerpo y nadie alrededor, me despaché a gusto gritando con cada orgasmo; esa reacción animal tan impropia de mí, lo caldeaba aún más y la rueda volvía a girar para los dos.

¡¡Yupiii!!

El tacto inequívoco de sus manos, ahora más ásperas tras la vida campestre, rozando mi cintura y subiendo hasta mis costillas, la parte baja de mis pechos, los sensibles pezones... El sentimiento de entrega que me dominaba, la certeza de querer pertenecerle por completo y para siempre, el modo en que me miraba, pausado y profundo, y me sometía con las estrellas que despedían sus ojos. Todo era otra vez como siempre, no habíamos perdido nada en esta separación, el amor, los sentimientos, el escalofrío al sentirnos se había disparado de nuevo.

¡Chúpate esa, Natalia! No tienes nada que hacer.

Y tu cuñadísimo te los pone también, que lo sepas, cuando te enteres de la misa completa no vas a poder con el berrinche.

Los labios de Roman, llenos y sedosos, me buscaban de nuevo y hacer el amor con él era más importante que nada; decidí mandar a la mierda el recuerdo negruzco de mi suegra. Bajo el peso de mi chico, elevé los brazos por encima de nuestras cabezas notando que sus manos palpaban buscando las mías y que los veinte dedos se entrelazaban a la perfección. Jugeteó a tientas con mi anillo.

—No te lo has quitado —susurró pegado a la esquina de mi boca.

Suspiré.

—Lo intenté pero no pude. Te tengo muy dentro.

Apretó con su cadera, se hundió aún más en mi interior, y me dio la risa.

—Debe de ser eso.

•43• Juntos forever

Al día siguiente bajamos al pueblo a comprar provisiones y avisar a Carletes de que me quedaba fuera un par de días, para que se ocupara de Berta. Con todo su cariño de hermano me dedicó unos gritos que estuvieron a punto de dejarme sorda.

—¿En serio estáis juntos ya? ¿Juntos otra vez y *forever*? ¿De verdad que no me engañas? —se desgañitó al auricular. Hice señas desesperadas con las manos para que bajase el tono pero claro, no podía verme.

—No chilles. Sí, estamos juntos pero por favor, no le digas nada a Arturo.

—Vale —aceptó de mala gana.

—No me fío.

—*Desconfiá*, mala mujer... No tienes por qué.

—Me llamó «cosita insignificante» —recordé ofendida—, te aseguro que no soy santa de su devoción.

—Disimulará delante de Natalia porque a mí bien que me ha mostrado la colección de periódicos con tu foto, poco orgulloso, pero en fin, ni entro ni salgo, *darling*, eso es algo que tendréis que arreglar vosotros personal y directamente.

—Te lo agradezco, hermano.

—Me llevo a Berta a casa. Disfruta y avisa cuando te dé por volver — agregó con retintín.

Como si él no tuviera quien le calentase la cama.

Los dos días que pasé con Roman en la cabaña de la sierra podían haberse alargado hasta la eternidad, el infinito y más allá, como el grito de guerra de Buzz Lightyear. No es por presumir pero tengo muy buena memoria y no consigo recordar unas horas más felices que aquellas casi cincuenta, pegadita a mi amor, haciéndonos arrumacos, dándonos de comer con libidinosa lujuria, paseando abrazados, desafiándonos en las caminatas, jugando a cocinar, quemando pasteles, encendiendo la chimenea por las noches. Nos acurrucábamos en el sofá y mientras yo leía en voz alta un par

de capítulos de mi novela favorita, él me acariciaba y me besaba el pelo. Morirse e ir directos a la gloria debe de ser más o menos así.

La última noche se la dediqué a Natalia con una pederreta; empeñada en que fuera inolvidable, especial, tiré de su mano y lo saqué de la cabaña. Ya había anochecido pero el cielo aún conservaba esa luminosidad naranja fuego, propia del atardecer tardío. Los escasos rayos de luz se filtraban por el entramado de hojas frescas. Roman miró a lo alto.

—Mira, hay luna llena.

—Celebremos un *picnic* de despedida, aquí, en el bosque, bajo esa luna —sugerí.

—No tenemos por qué despedirnos, podemos volver todos los fines de semana que quieras, siempre que te apetezca, la cabaña es nuestra —me recordó.

—Lo cierto es que mañana volvemos a la realidad y quiero llevarme un minuto de gloria —insistí acercándome insinuante. Roman sonrió tentado y me rodeó la cintura con sus grandes manos.

—Mi pequeña ONG. —Me besó la frente, la punta de la nariz, la parte alta de los pómulos y finalmente los labios.

Anda, otro.

—¿ONG? La madre que te... ¿Te has copiado de Cayetana? ¿O es que has visto las fotos?

—¿Qué fotos? —Observé su mohín de desconcierto. Parecía sincero, la verdad.

—Nada, ningunas, sigue besándome, no pares o te daré la peor patada en los cataplínes de tu vida, señor Hellman.

Sentí sus dedos largos separar mis mechones y palpar mi nuca. Me hizo encararlo y sus iris turquesa me traspasaron como una saeta candente. Supongo que no se podía ser más de alguien que yo era de Roman en aquel momento.

—Te quiero —murmuró pegado a la comisura de mi boca.

—Te quiero —correspondí sorprendida por la naturalidad con que la confesión brotó de mis labios. Sin titubeos ni vacilaciones, lo dije porque lo sentía desde lo más profundo.

Las manos de Roman se movieron con rapidez, desnudándome. Las mías, descocadas, volaron al borde de su camiseta, la levanté y él alzó los brazos

para que pudiera quitársela. Conforme nuestras energías se fusionaban, el calor fue ascendiendo y se me quitó el hambre. Ahora solo quería pertenecerle, que me poseyera a lo salvaje tumbados en el suelo bajo un árbol, absorbiendo los olores del bosque. No era la humedad de la hierba tierna lo que me puso los vellos de punta, eran los trazos que su lengua dibujaba sobre mi piel desnuda. Las palmas de mis manos buscaron sus nalgas redondas y duras y se clavaron en la carne. Me abrí a su avance mientras lo animaba a empujar, tirando de sus caderas hacia mí, siempre hacia mí.

Más, más.

Y cuando estallamos en un orgasmo conjunto a la luz de la luna, el pequeño testigo que espiaba nuestro placer desmadejado, nos hizo reír: la ardilla timorata con mis braguitas entre los dientes.

La vuelta a Madrid no me destruyó con tanta saña como temía. Con Roman a mi lado y la firme determinación de no separarnos le pesara a quien le pesara, me sentía capaz de afrontar los mayores obstáculos. Aunque esos obstáculos llevasen tacones de doce centímetros, un tarro entero de mala uva, y se llamasen Natalia. Al recobrar la cobertura, cientos de mensajes escritos, de voz y llamadas perdidas se atropellaron en las bandejas de entrada. Nos divirtió imaginar cuánta gente nos echaba de menos y se esmeraba en buscarnos.

Carletes.

Cayetana la desesperada.

Raquel, histérica por aquello del concurso: *Alea jacta est*.

Olivia porque Caye ya la había puesto al corriente.

Adela por causa idéntica a la anterior.

Arturo, que no me llamaba a mí, pero sonaba verdaderamente angustiado por la prolongada ausencia de su sobrino.

Salva, ansioso por conocer el desenlace.

Curioso, pero ni rastro de Natalia. ¿Es que esa mujer tenía un pedrusco por corazón? ¿Tan poco le importaba su hijo? ¿O es que aparentar una frialdad que no sentía para impresionar a la concurrencia era más importante que mantener unida a su familia?

No podía entenderlo, puede que Natalia no me tragase pero adoraba a su niño, Roman lo era todo en su vida.

Devolví las llamadas con paciencia, una por una, exaltada y tan contenta que apenas me salían las palabras. Reservé a Raquel para el final porque con el concurso encima, había que prepararse y supuse que necesitarían de mi ayuda.

Se ve que con los efluvios disparatados del amor, olvidé cuantísimo de encima lo tenía.

—¡Es esta noche! —me gritó Raquel fuera de sí desde su teléfono— ¡Esta noche es la gala en la que anuncian el fallo!

—¿Esta noche? —Me eché a temblar.

—En la sala de conferencias del edificio de la revista. Será una ceremonia muy formal.

—Muy formal —repetí con la boca repentinamente áspera.

—Con cóctel de lujo, champán, ostras, caviar y todas esas exquisiteces. ¡Ay, Marina! Estamos nerviosísimas, con todos los medios de comunicación convocados, los más importantes, los *photocalls*, ya solo salir en las fotos supondrá una promoción valiosa a nivel internacional.

Se hizo el silencio. Contuve el aliento.

—Vendrás, ¿verdad?

Me lo estaba temiendo.

—Er... ¿Es... necesario?

—¡Marina! —se revolucionó.

—Verás, me agobian las aglomeraciones... Pero si es tan importante para ti, ahí estaré sin falta.

Nada más colgar ya me había arrepentido. Iba a meterme en la madriguera de la loba, a contonearme en sus propias narices después de haberla insultado y chillado. Milagro sería si no me ponían de patitas en la calle con una denuncia de obsequio extra.

Pero ya que iba a exponerme lo haría con conocimiento de causa. Al más puro estilo «por la puerta grande» *made in Cayetana*.

Mientras almorzábamos, informé a Roman de mis planes para la tarde.

—Voy a pasar por el taller y luego acompañaré a las chicas a la gala del concurso.

—Tienes que contarme con mucho más detalle todo esto de los perfumes,

me parece fascinante.

—Esta noche, entre beso y beso te lo cuento toodo —prometí mimosa. Roman tomó mi mano y me la acarició con los pulgares.

—Nena, voy a mandarte un par de personas de confianza que empaquetarán tus cosas. —Fui a protestar pero me acalló posando el índice sobre mis labios—. Estarás con ellos y organizarás la mudanza, no moverán ni un pañuelo sin tu consentimiento —me tranquilizó.

Desde luego no eran los pañuelos los que me inquietaban.

—¿Mudanza? ¿Qué mudanza?

—Te vienes a vivir a mi apartamento. —Agarró la parte baja de mi silla, a la altura del asiento y la arrastró hasta adosarla a la suya. Nuestras caras quedaron a menos de tres centímetros de distancia—. Está decidido.

—Debería poder pensármelo —repliqué por decir algo. Lo cierto es que adoraba la idea de despertar con él cada mañana y de que lo nuestro se fortaleciera con la rutina diaria.

—Pues lo siento pero va a ser que no. He hecho gala de una paciencia infinita que normalmente no tengo, te quiero a mi lado y en mi bañera. Recuerda que aceptaste casarte conmigo, somos un par de dichosos prometidos oficiales.

—Ummm... No sé, tendrás que volver a pedírmelo —rezongué riendo. Él deslizó la mano por la línea de mi mandíbula, acarició mi oreja y me agarró del pelo para atraerme hasta sus labios, con la dosis justa de dominación. Sufrí un subidón de adrenalina que casi acaba conmigo.

—Ya veremos.

Después de decirlo y de provocarme un agarrotamiento en las tripas, me mordió con furia la boca y mis ojos cerrados visualizaron burbujas de colores.

Llamé a las chicas para que me acompañasen si estaban libres. En situaciones como esta, en los que la vida de una peligra, es vital sentirse arropada por las másmejores amigas. A continuación saqué de mi gastada cartera una tarjeta que no había pensado utilizar jamás de los jamases, pero mira, allí estaba, necesitándola. Ligué unas cuantas líneas de metro y me presenté en mi destino con una sonrisa como una tajada de melón en la cara. El ring-ring de mi móvil cortó de cuajo el estado sublime de paz y felicidad en el que flotaba.

¡Vaya por Dios, Carletes!

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —bufé— ¿Cerró el parque de atracciones? ¿Merchita le ha escupido a Arturo en un ojo? ¿Ya no os vais para Mónaco? ¿O estáis de vuelta? ¿O de ida otra vez?

—Mari, hija, qué genio, qué malos modos y qué brusca manera de hablar, no te reconozco. Si mo-les-to me lo dices y me es-fu-mo.

—Tienes razón, estoy algo nerviosa y muy ocupada, perdona. ¿Qué se te ofrece?

—Esta tarde se celebra el certamen del perfume... —comenzó a explicar.

—Lo sé, lo sé, en Ray.

—¿Lo sabes?

—Voy a asistir, Carlos —avancé. Oí una exclamación de sorpresa.

—¿De verdad?

—Acompaño a Catadeparfumes —suspiré preguntándome a cuenta de qué debía dar tantas explicaciones.

—Es una buena noticia saber que andarás por allí cerca, tesorito. Verás, Arturo y yo también estaremos presentes y él me propone que aprovechemos la repercusión del evento para oficializar lo nuestro, ya que lo de Merche ha salido a pedir de boca. ¿Qué opinas, cari? —culminó con angustia.

No sabía qué decirle, demasiado espinoso el tema como para asumir responsabilidades.

—Me da terror y pavor solo pensarlo, Natalia Hellman no es Merche —prosiguió— pero por otro lado, lo tuyo con Roman se ha consolidado... quiero decir que ahora somos cuatro para luchar contra el enemigo y nuestro ejército se fortalece... ¡Ainsss!

—Al final va a resultar que sí le temes a la matriarca —me mofé—. Cuenta conmigo, hermano, no permitiré que ninguna zorra de tres al cuarto te devore.

—¿Zorra? ¿Devorar? ¿Qué palabrotas son esas? ¿Quién eres tú, maligna, y qué has hecho con mi hermana? —Podía imaginarlo con los ojos desencajados, la boca abierta y aspavientos a gogó, dando vueltas por todo su salón.

—Soy la nueva Marina, una persona que no perderá la sonrisa pero que no se quedará quieta cuanto intenten pisotearla. Nunca más, vas a verlo. Por cierto, Carletes.

—Dime, dime... —sonaba acongojado.

—Pasa por mi apartamento, elige un modelito divino para el evento de esta tarde y me lo dejas sobre la cama.

Colgué muy satisfecha de mis promesas y miré a la persona que tenía enfrente. La noté impresionada con mi arrojo y la firmeza de mi decisión. Supe de inmediato que iba por buen camino.

—Manos a la obra —la dirigí—. Tenemos hora y media y ni un minuto más.

•44• El vital concurso

El edificio que alberga la revista era el mismo de hacía unos meses cuando lo visité por primera vez, pero lo dicho, ya no me apabullaba del mismo modo. Habría querido ascender majestuosa por aquellas escalinatas del brazo de Roman y convertirme ipso facto en la chica más envidiada de Madrid, sin embargo hubiera sido forzar las cosas, tensar la cuerda a un punto puede que irreversible. Tampoco era mi intención declararle la guerra abierta a Natalia, solo dejar claro que viviría y disfrutaría a tope al margen de sus berrinches y caprichos. Que no me importaba no agradarle ni contar o no con su bendición para casarme con su hijo. Y que sus comadros con Lana para humillarme y ponerme celosa me resbalaban. Veréis, la teoría siempre es guay. Y más sencilla que la práctica, mucho más.

En cuanto me adentré en el vestíbulo y en la marabunta de invitados glamourosos que paladeaban la copa de cortesía, mi aplomo se rajó como un espejo portador de mala suerte. El camarero se acercó a ofrecerme una bebida y yo, en lugar de tomar la copa con soltura, desinterés y casi sin mirar, como sabía que debía hacer, me puse a calcular el reparto del peso de la bandeja y seleccionar cuál cogía para que al pobre no se le volcase todo a mis pies.

Finalmente él mismo se decantó por una, orillada, y me la ofreció con amabilidad.

—¡Marina!

—¿Marina?

—¡Pero... Marina!

¿Cuánta gente me llamaba al mismo tiempo?

Giré con la copa en la mano, justo para ver ocho pares de ojos como platos repasando mi indumentaria, mi peinado y mi maquillaje. Las chicas de Catadeparfumes, mis amigas y mi hermano. Sin afán de ponerme tontorrón, sus belfos descolgados lo decían todo y dispararon mi autoestima a los techos acristalados.

—¡Dios mío!

—¿Eres tú de verdad?

—¡Menudo cambio!

—Hermana, estás... —Carletes se acercó primero, cogió mi mano, la levantó y me hizo pivotar sobre mí misma para poder admirarme—. Impre-sio-nan-te.

Olivia aplaudía dando saltitos.

—Llevas el mismo maquillaje y el peinado de ondas que te crearon para mi desfile —identificó encantada—, ¡estás guapísima!

—¿Y qué me decís del vestido? —observó Cayetana boquiabierta—¿Es un Valentino?

—Nooo —me horripilé. Miré a mi hermano que se escabullía—. ¿Verdad que nooo, Carletes?

—No uno auténtico —confesó enrojeciendo— pero se trata de una inspiración muy conseguida, si me lo permitís.

Un segundo después, tenía a Cayetana y a Olivia colgadas cada una de un brazo, asaeteándolo a preguntas sobre zapaterías, *boutiques* y las posibilidades de ejercer de *personal-shopper* para ellas, y la señora de Talier, y algunas amigas influyentes y... Lo arrastraron lejos de mí con los ojos brillantes y un novio, Arturo, que espiaba desde lejos con una sonrisa inusitadamente tierna.

Vaya. Al final iba a resultar que el coyote tenía corazón.

—Como participantes tenemos butacas reservadas en las primeras filas —me comentó María exaltada y jubilosa—. Vamos, deberíamos ir entrando. Todo el mundo charlaba con todo el mundo y nadie parecía tener prisa. Aún así, guié a Adela a mi lado y seguí a las chicas con el corazón en un puño. Se acercaba la hora y se desquiciaban mis nervios.

Nunca pensé que una simple revista, por puntera y vanguardista que fuera, diese para tanto. El salón de actos de Ray parecía un teatro, con cómodas butacas de piel chocolate ordenadas en tres filas anchas, con un suelo enmoquetado que descendía en suave pendiente hasta la cabecera decorada como un bosque de cuento de hadas. Presidía el espacio una enorme mesa con sobre de cristal azulado y patas curvas de metal repujado. Por las esquinas, el vidrio se engrosaba y se introducía en los hilos de hierro como una estalactita curiosa. Era precioso, divino, algo nunca visto.

Como seguramente lo serían los perfumes que competían por el galardón. Sobre la mesa habían construido un pequeño pódium de tres alturas y cada escalón lo ocupaba una cajita dorada que parecía un destello de sol. Raquel

me sacudía el brazo a tirones.

—¡Los ganadores! ¡Las fragancias ganadoras se ocultan bajo esos forros! Miré de nuevo las cajitas y se me agarrotó el alma. Quería muchas cosas buenas para ellas, quería que Catadeperfumes triunfase, una vida dedicada a los aromas, originalidad y sensibilidad a partes iguales... Se lo merecían. De repente, un torbellino de humanos bajaba por los pasillos conversando en agradables y animados murmullos. Cayetana nos saludó con la mano en alto y Adela se preparó para separarse.

—Mucha suerte, amiga, estaremos ahí, detrás de ti con los dedos cruzados, rezando como condenadas.

—No os hagáis muchas ilusiones —cuchicheé a su cuello—, se presentan los más prestigiosos perfumistas del mundo, es nuestro primer año.

—Da igual. Estar aquí ya es haber ganado. —Me guiñó un ojo cómplice y supe que tenía toda la razón. Lo que teníamos delante era una tarde cuyo recuerdo nos acompañaría el resto de nuestras vidas como algo excitante y maravilloso. Pedir más era ser injustamente ambicioso.

Las luces se amortiguaron y el murmullo del público se apaciguó. Se iluminó el escenario con una luz violácea bellísima a juego con el traje de Natalia Hellman y su sorprendente tocado de plumas blancas.

—Distinguidos amigos, gracias por vuestra presencia aquí esta tarde. —Su voz clara y enérgica y el micro parecían nacidos para compenetrarse. Era una magnífica relaciones públicas, de eso no cabía duda, Cayetana estaba en lo cierto. Por muy brillante que fuese el padre de Roman haciendo negocios, sin una guinda pastelera como Natalia para rematarlos quizá no hubiesen llegado tan lejos. Equipos perfectos como el que formaban los padres de Olivia, ella misma me lo había contado.

Los ricos debían funcionar en tandems. Tú te encargas de esto, yo de lo otro.

Hizo una escueta pero detallada presentación de las firmas participantes, alabó el prestigio del concurso en sí y de quienes lo hacían posible, la consolidación de la «Gota de oro» a nivel internacional como uno de los galardones más ambicionados... En menos de diez minutos, con una soltura envidiable, nos había puesto al tanto a los que no teníamos ni idea, sin aburrir ni agotar a los que ya eran veteranos.

Muy a mi pesar, la admiré. Tenía cierto sentido que quisiera algo excelso para su único hijo. Desde cierto punto de vista no podía culparla.

—En tercer lugar, premiada con la «Gota de marfil»... —creó una pausa dramática y grandilocuente que consiguió marearme. Desgarró el sobre color magenta, a juego con las luces del escenario y extrajo una cartulina irisada— la fragancia «Pont de Vert» con la que Saint Laurent se consolida en el mundo del perfume.

Una chica vestida con traje de noche alzó la cajita dorada bajo la cual se escondía el tarro de diseño en cristal verde, que parecía una esmeralda gigante, talla princesa.

Una lluvia de aplausos descargó sobre la sala como acompañamiento perfecto del paseíllo de los representantes de la firma ganadora. Nosotras tres, emocionadas y eufóricas, uníamos las manos y susurrábamos felicitaciones, contagiadas del ambiente festivo.

—En segundo lugar y premiado con la «Gota de plata»... —El estar acostumbrada a la tensión de la pausa no la hizo menos espantosa—, «Hércules» de Guerlain.

Nueva oleada de vítores y revelación del perfume ganador con una audiencia que irradiaba felicidad. Más paseillos de gente distinguida que abrumada por la emoción salvaba sin tropezar los escalones laterales del escenario y se aproximaba a la gran dama Hellman para recoger el codiciado premio.

—Y antes de hacer público el nombre de la fragancia merecedora de la «Gota de oro» de este año, queremos anunciarles una sorprendente novedad: como iniciadora y principal patrocinadora del evento, la revista Ray ha decidido apadrinar en cada convocatoria un perfume, que sin resultar ganador, reúna las excelencias exigibles en un certamen de este nivel. El aroma seleccionado contará con el patrocinio y el apoyo promocional de Ray, que además, aparecerá en la firma como segundo nombre. —Dibujó un abanico con sus grandes ojos azules—. Emocionante, ¿verdad? Pueden pasarme el sobre con la identidad de nuestro nuevo y querido ahijado.

Un hombre esbelto vestido de verde loro, brotó desde detrás de los cortinones con una mano estirada y le pasó un sobre rojo con toda ceremonia. Raquel, María y yo en el centro, nos cogimos de las manos y apretamos hasta emblanquecer los nudillos.

Sé que no estoy hecha para soportar tanta tensión.

Aguanté la respiración hasta ponerme morada y creo que conseguí adormecer una parte de mi cerebro a pique de desmayarme. Quizá por eso

no oí el nombre que la bruja pronunciaba y solo me percaté de que algo andaba mal cuando las dos mujeres sentadas a mis costados, se pusieron a gritar y a dar saltos como niñas de guardería.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? —pregunté hasta desgañitarme. Ellas siguieron a lo suyo—. ¿Que qué ha dicho?

—¡Nosotras! ¡Nosotras! —aulló Raquel. Se abrazó con María por encima de mi cabeza.

—¿Nosotras?

No podía creerlo, eso no estaba pasando.

—Las creadoras de «Innocence», Catadeparfumes —retumbó la clara voz de Natalia a través de los altavoces—, tengan la bondad de subir a recoger su galardón.

Las chicas se levantaron atolondradas, superadas por el momento, arropadas por una ovación extraordinaria y subieron al escenario con sus preciosos trajes de satén, de boutique exclusiva. Todo el teatro puesto en pie por lo inusual del premio y el especial vínculo que supondría con Ray. Me parecían tan bonitas las dos, tan inteligentes, tan brillantes en lo que hacían, verdaderos genios. Aplaudí hasta que me escocieron las palmas de las manos. Presté atención a las palabras de agradecimiento que ya desgranaba la dulce voz de Raquel.

—...Y este momento no sería posible sin nuestro tercer bastión, alguien que llegó como clienta, fue secuestrada por el universo de los aromas y se nos incorporó como aprendiz. Su extraordinaria sensibilidad, su delicadeza, la pureza del alma de esta niña son, entre otros, los ingredientes conseguidores de unas mezclas imposibles que jamás saldrían de otras manos, por expertas que fuesen. Nos gustaría que nos acompañara en este instante glorioso.

—Marina Valdemorillos —completó María sin disimular su emoción.

Yo me quedé petrificada y sin habla. No podía separar los pies del suelo, o había echado raíces o me los habían pegado con cemento.

Cuanta más gente se levantaba y aplaudía y me animaba a moverme, menos capacidad de reacción me quedaba. Volví la cabeza y me deslumbró la cantidad de personas sonrientes, dedicándome su ovación como si hubiese salvado la vida al Presidente, o descubierto un color nuevo o algo por el estilo. Hacia la fila diez, mis amigas y mi hermano gritaban mi nombre sin ningún reparo.

¡Dios! Tenía que impedir que siguieran haciendo el ridículo o acabarían echándolos. Moví un pie hacia adelante, no me falló, menos mal. Adelanté el otro. Y bajo la tromba de aplausos escalé lo que me pareció el Himalaya hasta visualizar los zapatos italianos de mi futura suegra.

Evité en lo posible mirarla a los ojos pero para mi sorpresa, se abalanzó y me estrechó entre sus delicados brazos.

—Hija, creo que me precipité en mi juicio.

¿Hija? ¿Acababa de susurrarme eso a la oreja o lo había soñado? No me habría extrañado, toda yo flotaba, la situación misma era irreal, Raquel y María abrazándome, felicitándome y apartándose para cederme el atril con el micro. Lo miré de reojo, temerosa de un mordisco. Carraspeé y me encomendé a todos los santos antes de abrir la boca.

—No se me da demasiado bien hablar en público —confesé ruborizada—, máxime cuando se trata de algo tan maravilloso e inesperado como recibir este premio honorífico que no esperábamos. «Innocence» es un perfume muy especial que debe su nombre al modo casi mágico en que fue creado.

—Desvié mi mirada hacia las chicas y si bien en el rostro de María leí desconcierto, Raquel me animaba con un gesto a continuar—. Las personas invidentes desarrollan el resto de los sentidos hasta el punto de compensar el que les falta. Los niños, por su parte, aún no contaminados por las reglas tóxicas y antinaturales de la sociedad, guardan en sus pequeños cerebros angelicales la conexión con lo etéreo y lo celestial. Imagínense qué sería unir ambas circunstancias excepcionales y el resultado no podrá ser otro que «Innocence». Catadepfume les pregunta, ¿a qué huele la inocencia?

Por un instante el teatro al completo quedó en silencio y temí que abuchearan mi patético e improvisado discurso. Pero al mirar a Raquel con el rabillo del ojo vi que se enjugaba una lágrima traicionera y que Natalia me estudiaba con la boca abierta. Luego, casi a continuación, el ensordecedor bramido de los aplausos y la gente de nuevo en pie, me provocaron un ataque de temblores a nivel de las rodillas.

—Haremos entrega de la mención especial a Catadeparfumes por «Innocence»... —retomó Natalia con la voz ronca.

Reulé un par de pasos hasta casi esconderme detrás de Raquel. Ahora saldría el señor elegante vestido de verde con alguna estatuilla en fino cristal rosado o turquesa, del color de los ojos de Roman...

Roman... ¿Roman?

•45• El premio sorpresa

Era él. No podía ser, ¿qué pintaba allí? ¿Iba a entregarnos el premio? Roman no pertenecía a Ray. ¿Se lo habría pedido a su madre como un favor para limar asperezas? ¿Debía tomarlo como un símbolo? Cerré y abrí los ojos para aclararme la visión. Roman subido en el escenario, caminando hacia nosotras con una de sus sonrisas torcidas a lo canalla, que tanto me gustaban. Natalia parecía igual de sorprendida aunque no contrariada.

Él traía algo en las manos. Cuadrado y oscuro.

Un... ¿estuche de terciopelo?

Pasó por delante de Raquel y María, les trasladó una veloz felicitación, me tomó de la mano y tiró para sacarme de nuevo al centro del escenario. Éramos la atracción de un circo de tres pistas, con todos los ojos clavados en nuestros movimientos. Mi pecho subía y bajaba exageradamente a causa del miedo.

¿He dicho miedo? ¡Terror, espanto era lo que sentía! Iba a morirme allí mismo a la vista de todos y saldría en los periódicos como la patosa que arruinó, palmándola, una gala majestuosa.

Volví a la tierra. ¡Ay, madre! Tenía a Roman arrodillado ante mí. ¿Se le había caído algo?

—¿Qué haces? Levanta, levanta —siseé desesperada.

—Mi querida Marina, las palabras de tus compañeras, de la gente que te conoce, los niños del orfanato que no paran de preguntar cuándo regresas a visitarlos, esta fragancia misma llamada «Innocence»...

Yo lloraba con desconsuelo.

—No lo hagas, no me hagas esto, no sigas... —le rogué en balde.

—Nadie ha faltado a la verdad pero tampoco nadie ha llegado a expresar en su verdadera dimensión la grandeza de lo que eres. Una chica humilde, generosa y con el corazón más grande sobre la faz de la tierra. Debes tenerlo doble porque el mío, hace tiempo que lo robaste y supongo que andará por ahí cerca. Juntos, sumados, forman buen equipo.

Ea, el tándem de los ricos. Vi que abría la cajita y tragué saliva dos o tres veces, acelerada, roja como la grana.

—Aquí, aprovechando este magnífico momento, ya que nos acompañan nuestros mejores amigos y hay champán de sobra para celebrarlo —soltó con toda la intención—, por segunda vez, Marina Valdemorillos, ¿quieres casarte conmigo?

La tensión del patio de butacas hubiera podido cortarse con cuchillo. Miré a todas partes desconcertada. Yo que era la reina de la discreción, me lo cuentan y me carcajeo.

—Sí... quiero —conseguí responder, tremendamente abrumada, cuando el nudo de la garganta bajó unos centímetros.

No estuve presente cuando anunciaron el flamante ganador de la «Gota de oro». Tras ponerme el anillo de compromiso (uno bueno y enoorme) en el dedo, Roman me había tomado en sus brazos como en la irrepetible escena de *Oficial y caballero* y me había sacado del escenario en volandas. Pero apuesto a que nuestro aplauso no tuvo nada que envidiarle; hasta temí que el techo y las arañas de cristal se viniesen abajo con el estrépito. Cuando nos alejamos lo suficiente como para amortiguarlas, le pedí que me dejara en el suelo pero no me hizo el menor caso.

—¿A dónde me llevas?

—Tú calla y disfruta.

Yo, borracha de felicidad, todavía tenía quejas en el tintero.

—Oye, eso de levantarme en vilo y gritarle al público «felicito de todo corazón al ganador de la ‘Gota de oro’ pero que ese ganador a su vez me felicite a mí, que soy el que me llevo el premio Gordo»...

Roman levantó una ceja demandando más información.

—¿Me estabas llamando vacaburra, por casualidad?

—¡Qué cosas tienes! —Me pellizcó el culo. Así no había forma de discutir.

Me encerró en una especie de escobero estrecho, que sin embargo me pareció el lugar más excitante del universo conocido. Me devoró la boca con pasión, me levantó la falda y me liberó de las braguitas para consumir de una rápida y certera estocada, lo que ambos llevábamos rato deseando.

—¿Sabes finalmente quién ha ganado el concurso? —me interesé medio en broma y entre jadeos.

—¿A quién le importa? Ya les dije a todos que yo.

Creo que fue entonces cuando me aficioné a calmar la angustia a base de sexo. Funciona, oye, a día de hoy seguimos practicándolo. Sí, claro, también hacemos el amor cuando estamos calmados y con el estrés bajo control. La verdad es que nos ejercitamos muy a menudo, lejos quedó la tímida chiquilla pánfila de Aljete que conoció al heredero Hellman en un jardín. Salimos del cuartucho con las mejillas arreboladas y los ojos lanzando chispitas. La entrega formal de premios había finalizado y el público encandilado se desmadejaba a través de las puertas dobles del salón, comentando la función. Impepinablemente, si se cruzaban con nosotros, componían una mueca entre ñoña y tierna que me resultaba entrañable.

Arturo nos alcanzó al trote con dos copas de champán en la mano.

—Bien hecho, sobrino, vaya par de... que has demostrado tener. —Dios, ahora sí que se le notaba la pluma—. Ojalá hubiese tenido yo una ocurrencia tan romántica. —Me dedicó un segundo de su atención al ofrecerme la copa—. Bienvenida a la familia, Marina, estamos muy orgullosos de tenerte. Ya dije desde un principio que esta chica llegaría lejos.

Ummm... ¿Qué pensaba? ¿Sonaba a falso? Yo albergaba serias dudas pero todo fuese por la felicidad de Carletes, si la cosa se derrumbaba, Roman y yo estaríamos ahí para amortiguar su sufrimiento. La vida es así, alegrías y penas, todo hay que vivirlo, de todo se aprende.

Felicity se acercó con una cámara profesional en las manos y después de saludarnos, besarnos, darnos la enhorabuena y llamarme «hermana» ¡¡hermana!! nos dedicó una sarta de *flashes* que inmortalizaron el momento. Era realmente guapa, una belleza y yo por fin podía verla sin atacarme de los nervios.

Mis amigas se lanzaron a mis brazos y me estrujaron. Cuando una me soltaba y fantaseaba con rellenar los pulmones, otra la sucedía. Y así fui pasando de mano en mano como la falsa moneda, estrechamente rodeada de gente que sin pertenecer a mi familia, a la que tanto añoraba, me quería de verdad y se preocupaba por mí.

¡Qué guay! Podría haber revoloteado hasta las lámparas de araña del techo

de pura felicidad.

Cuando le tocó el turno a Cayetana le acaricié la barriguita con disimulo.

—¿Estás contenta?

Me hizo un puchero y lo remató con una soberbia sonrisa. Significaba «no pero sí».

—No tanto como tú, ONG —respondió abrazándome—, pero sí, estamos muy felices.

—Y si es niña se llamará Marina —irrumpió Olivia como un vendaval. Caye la reprendió con ojos punzantes.

—Pero ¿es que no puedes quedarte callada, metomentodo? Si al final va a resultar Adela más discreta que tú, Talier, un rato largo.

Carletes se unió a la piña y nos abrazó con emoción contenida.

—A ver cuándo me dedicas un minuto —me reprochó con disimulo—, que llevo todo el día dale que te pego enviándote mensajes.

—Carlos, por la virgen santa, menudo día. ¿Es grave?

—Era la psicóloga de la niña —siseó, arrastrándome a un aparte—, desde el colegio en Aljete. Pudo ser grave.

Se me encogió el corazón. Acabábamos de rematar un rosario de problemas con bastante buena suerte, no podían surgir otros tan pronto.

—¿Es por lo de tu... condición? ¡Oh! —le palmeé el antebrazo—. ¿Acaso piensan que puede traumatizarse si...?

Hizo un gesto ampuloso con la mano, con tan mala fortuna que me metió el dedo en un ojo. Dado lo importante del asunto, mientras me lo masajeaba le hice señas para que continuase.

—¡Ay, tesoro, cuánto lo siento! No, eso me temí al principio, pero no tiene nada que ver con lo mío, no sé si es que lo ignora o que le importa un bledo. Me habló de los complejos de la niña. Últimamente se encierra en el baño durante horas y se pierde las clases. Flori también ha empezado a tomárselo en serio.

—Sé de alguien que puede echarnos una mano con la pequeñina. —Roman se había escabullido a mi espalda y me pasó los brazos por el cuello—. Alguien con quien se metieron mucho, pero mucho, mucho, en la época escolar. ¡Felicity!

—Cuñado, cuñado —Carletes se dirigió a Roman con los ojos llenos de lágrimas—, si salvamos este escollo, mi ex me deberá una; no te figuras lo

que te lo agradezco, te van a encantar las torrijas de mi madre.

Mi precioso novio se apresuró a corresponderle con otra lindeza sin soltar mi mano y Felicity a prometernos una campaña publicitaria por todo lo alto con Merche como imagen principal, en cuanto la pusieron al tanto.

—La pienso convertir en la envidia de su colegio —prometió fervorosa.

—Aún no sabemos si seguirá viviendo en Aljete, puede que mi ex se mude a Madrid y que la cambiemos de escuela —aclaró Carlos con un sentido suspiro—, está todo en el aire. Creo que Florinda se ha echado un novio...

—cuchicheó encantado.

—Da igual. Tengo planeado recorrer con la campaña lo ancho y largo del mapa. —Paseó sus encantadores dedos por la mejilla de Carletes—. Cuando Felicity se pone a algo, se pone hasta el final... concuñado.

Éramos una verdadera familia, un montón de gente que ansiaba conocerse mejor y estrechar lazos de fraternidad. El corazón me saltó de gozo en el pecho.

Entonces noté que la temperatura se helaba alrededor y que el sonido de los tacones de mi futu-suegra se apropiaba del ambiente. El instinto de conservación me llevó a apretar los largos dedos de Roman.

—Estimo que ha llegado el momento de felicitaros. —Lo dijo sin suavizar su deje decepcionado—. Aunque podías haberme avanzado algo, Roman, no es justo que yo no lo...

—Mamá —respondió él con exagerada alegría—, vamos a casarnos y no estás invitada. —Natalia abrió la boca para cerrarla a continuación sin haber sido capaz de articular ningún sonido—. Ahora, si nos disculpáis, los que de verdad se alegran tenemos mucho que celebrar.

—¡No me excluyas, si yo me alegro! ¡Soy sincera! —se apresuró a jurar. Roman se giró a mitad de camino y la examinó con recelo.

—No sé si creerte, aunque la verdad, a estas alturas tampoco me importa.

—Tu padre llega mañana —agregó desolada—, debemos reunirnos para recibirlo, la noticia de tu compromiso lo volverá loco de dicha.

—¿Tú ves? Eso es más fácil de creer. —Miró a nuestro grupo de amigos—. Chicas, avisad a Neil, Juan y los demás. Felicity, tío Arturo, Carlos, si os apetece sumaros... Elegid restaurante, es el mejor día de mi vida, vamos a tirar la casa por la ventana —anunció eufórico estrechándome contra su pecho.

•46• Desembarco de Brasil

La idea de que las dos familias no se viesen las caras, al menos de momento, me procuraba un gran sosiego. Por otra parte, la certeza de que Roman renunciaba a que su madre asistiera solo por mi causa, me amargaba la vida. Una boda es una boda y en la nuestra, por variopintos que fuesen los miembros de nuestras castas, todo Cristo debía estar presente. La imagen de Natalia berreando a pulmón cuando su hijo la dejó con la copa en la mano y más plantada que un geranio, después de anunciarle que no contaba con ella ni en pintura, no se me borraba de la mente.

Ni del corazón, porque una madre es una madre y por muy mezquino que resulte su comportamiento, siempre conviene buscarle disculpa. Como sea. Aunque no íbamos a celebrar el bodorrio en un mes ni en dos, telefoneé a casa para ir preparando el terreno. Mis padres se emocionaron hasta tal punto que mi madre, a lágrima viva, declaró que perdonaba definitivamente los escarceos de Carletes y que su inclinación sexual era moderna y la hacía muy feliz. Hasta prometió interceder a su favor delante de Florinda y comerle el coco con afán.

La pobre, iba anticuada y corta de información. Ya no hacía falta. Pero la dejé explayarse.

—Esa chica tiene que dejar de ser tan testaruda, ¿cuándo se dará cuenta de que estamos en el siglo veintiuno y de que está equivocada?

—De verdad que sí, mamá —repliqué con soniquete.

—Mente abierta, mente abierta —reclamó enfática.

—Desde luego. Y fría, sobre todo muy fría.

—Que al final son los pobres e inocentes niños los que pagan estas estúpidas terquedades.

—Ahí le has dado.

A mi madre le chifla que le den la razón y es la vía más rápida para que agote la conversación y te deje libre en lugar de alargarse por los siglos de los siglos, que es lo que pasa cuando le llevas la contraria.

Además de las irritaciones que la mandan derechita a la cama, ya sabéis.

Luego hablé con papá medio en clave y me aseguró que ataría corto a su

señora para que no se pusiera en evidencia delante de nadie. Ibamos a viajar a Aljete, conocerían a Roman y no descubrirían casi nada nuevo ya que mi hermano se las había pasado mandando fotos, recortes de periódico e información confidencial acerca de mi futuro marido.

Ni estando enamorado dejaría de ser cotilla y entrometido.

El padre de Roman desembarcó procedente de Brasil en su *jet* privado, no uno, sino dos días después de lo previsto. Natalia, desesperada por agradecer y volver a congraciarse con el núcleo familiar que parecía haberla repudiado, organizó un hermoso banquete de despedida estival en los jardines de la mansión. No valía ninguna excusa, tenía que asistir en calidad de prometida del hijo varón e irme acostumbrando, por la cuenta que me traía.

Para seleccionar ropa de cara a esa cita vital me dejé de monsergas y confié en mi propio instinto: una falda ceñida en la cintura con vuelo, por encima de la rodilla, en seda estampada de cachemir en tonos morados y amarillos. Lo combiné con un top de crepé amarillo con manga corta rematada con un volante y sandalias de tiras. Estaba acabando de maquillarme, cuando oí el ascensor, y a continuación, entró Roman.

—Julieta, ¿estás lista?

—Casi —respondí desde el tocador.

—Sal a ver esto.

Me intrigó el tono divertido de su frase y salí abrochándome el pendiente. Abrí la boca incapaz de cerrarla. ¿Qué era esa bola peluda y adorable que traía en brazos?

—¿Es...?

—Marino, o Romano, o como quiera que finalmente se llame. —Lo alzó en vilo, le rascó el pechito y me lo enseñó. Estaba precioso, limpio, sano y con un brillo de felicidad extrema en sus ojos marrones—. Mira qué guapo y cómo ha crecido en estas últimas semanas.

El perrito, nuestro ahijado, pasó de sus brazos a los míos. ¡Qué alegría, qué bien! No podía dejar de achucharlo. De repente tuve una idea genial.

—¿Se lo regalamos a tu madre?

—¿Se lo regalamos a mi madre? —propuso él exactamente al mismo tiempo. Nos echamos a reír, claro.

—Creo que es el momento perfecto para que entres en la familia, pequeñín. —Le besó el morrito—. Le haces mucha falta a una madre gruñona que se siente demasiado sola.

Esto de las reuniones familiares es un invento genial. A mí me encantan. Todo el mundo se alegra de ver a todo el mundo y ponen sus mejores caras y te desean suerte y felicidad; y los cenizos, que en todas las sagas por desgracia los hay, se distancian y nadie les dirige la palabra o se aguantan el genio y disimulan. Luego, cuando la pareja, o sea nosotros, se queda sola, los critiqueos no tienen desperdicio, lo pasamos pipa repasando las malas caras de esta o aquel, el porsaco que dan los niños de la otra y lo tontísimo que está el de más allá porque le ha tocado un pico en el cupón. Bueno, pues todas estas reglas de la urbanidad familiar quiebran cuando se trata de millonarios. Lo ponen todo tan bonito, hay tantos adornos, criados sirviendo y la comida es tan rica y abundante que nadie se entretiene en despellejar al de enfrente; inmediatamente te contagias de un buen humor irresistible y no aparcas la sonrisa hasta que te marchas.

El jardín de los Hellman parecía un parque público y estaba cuidado con esmero. Habían dispuesto el banquete bajo una carpa adornada con hortensias blancas, velas, ramas verdes y columnas de piedra antigua. Una auténtica preciosidad para recibir al patriarca que llevaba un montón de meses fuera. Natalia, pese a su aspecto voraz y peligroso debía de estar locamente enamorada de su marido, no había más que ver cómo se arregló para él y lo dócil que estaba.

Llegamos y Roman le confió el perro a un mayordomo con el encargo de sacarlo en cuanto él le hiciera señas. A continuación, fue directo a los brazos abiertos de su padre. Me encantó verlos así, tan compenetrados y unidos. Cuando me miraron sonriendo, el señor Hellman me hizo una seña para que me acercara. Recé para no tropezar, todos seguían mis pasos con expectación.

—Papá, a Marina ya la conoces.

—Señor Hellman, encantada —saludé roja como un tomate maduro.

Quise darle la mano pero él me abrazó sin esperarlo. Fue muy emotivo. Mientras me achuchaba sentí el intenso escrutinio de Natalia recorriéndome de abajo arriba.

—Bienvenida a la familia, siempre me has gustado. Cuando te conocí aquel día en la oficina le recomendé a mi hijo que no te perdiera de vista.

—Desvió los ojos hacia Roman que asintió—. Me alegra comprobar que el consejo no cayó en saco roto.

—Soy el hombre más feliz de la tierra, papá. —Me abrazó allí, delante de todos y me besó la sien con dulzura—, tienes buen ojo para los tesoros.

—Dejad ya de abrumar a la pobre chica —interrumpió Arturo con voz de falsete—, yo también tengo que presentaros a alguien. O mejor debería decir «alguienes».

—¡Tita! ¡Señor Mahoma!

—¿Merche?

—¿Señor Mahoma? —se sorprendió Natalia. Roman soltó una carcajada.

—Es una larga historia.

Por cómo frunció el ceño, creo que a Natalia Hellman no le agradaban las largas historias de las que no participaba.

Mi sobrina, de la mano de un acicalado Carletes y de la increíble Felicity, haciendo su entrada triunfal en el almuerzo, saltarina y pizpireta como solo una cría de seis años puede serlo.

—¿Quién es esta preciosidad? —El padre de Roman se agachó a recibir su ración de besuqueo. Ella tuvo de todo para todos, sin cortarse un pelo.

—Es la hija de Carlos —aclaró Arturo—, un placer presentároslo. Igual hasta tenemos boda doble —añadió socarrón. Natalia amagó un gesto de escándalo que no se molestó en dominar, al menos de entrada.

—Pero es... es el hermano de... —Su mirada de reproche dirigida a Arturo lo dijo todo. No se esperaba una traición así. En cuanto pudo la enmascaró tras una cortina de frialdad.

—Y nos hemos hecho unas fotos —comentaba mi sobrina sin poder parar quieta.

—¿En serio? —El señor Hellman le siguió la corriente fingiendo estar interesado. Se lo agradecí mucho.

—Tenemos el reportaje del año —intervino Felicity con orgullo—, os vais a quedar con la boca abierta, la nena tiene un desparpajo ante la cámara... Ya veréis, ya veréis.

—Modelo a los seis añitos —canturreó Arturo—, qué tierno. Y qué futurón.

—Arturo, lo de vosotros dos... —retomó Natalia consternada. No le permitieron seguir.

—Bueno, ¿aquí cuándo se come? —El patriarca puso orden con mucho humor y dos palmadas.

—Cuando mamá reciba su regalo —fue la réplica de Roman. Y todos callaron y se lo quedaron mirando, especialmente Natalia que en ese momento, ejerciendo de perfecta anfitriona, besaba a Merche.

Mi chico y su padre, expertos en momentos perfectos, habían impedido que se siguiera hurgando en la relación entre su tío y mi hermano con el cebo del almuerzo y el perrito. Natalia se llevó las manos a la cara emocionada nada más verlo y yo diría sin temor a equivocarme, que en ese momento no le importaba nada más.

—¿Para mí? —preguntó con la vocecilla más dulce que hasta la fecha le había escuchado. Agarró la correa, se acuclilló y se apresuró a llenarlo de mimos—. Oh, Roman, gracias, cariño, me encanta, me encanta. ¿Cómo se llama?

—Como tú quieras que se llame, mamá, es tuyo.

Sonrió a medias, recuperando el aire perverso. Me estremecí de pies a cabeza.

—Ah, bien —sus aires eran de inocencia—, entonces lo llamaré Arturito. Al novio de mi Carletes se le descompuso la cara. Pero como todos rieron, él se sumó ocultando la tensión y el probable disgusto con una ensayada mueca de divertimento.

—La venganza es un plato que sirven frío, cuñada —le susurró a la oreja cuando nos dirigíamos a la mesa.

El almuerzo discurrió con toda la normalidad esperable, sin formalidades, bullicioso, con Merche y Arturito como centros de atención, lo que me dio cancha para relajarme y disfrutar sin asumir más protagonismo del deseado. En los postres, y aprovechando que Roman se había mudado junto a su padre para comentarle no sé qué detalles del proyecto brasileño y que Carletes y Felicity se atropellaban por hablar entre ellos, Arturo se deslizó a mi lado y me puso la cabeza como un bombo. Ahora de repente éramos uña y carne.

En fin, cosas más raras se han visto. Paciencia fraternal, que se llama o se

llamará cuando la inventen.

—Que sepas que pensando en mi Carlos, me apliqué a fondo con Nat, hasta hacerla entrar por el aro y admitir tus muchos valores. Es una dama clásica, algo desconfiada, pero yo conozco sus puntos flacos, sé dónde apretar la tuerca para que reaccione, son años y años lidiando con «la matriarca» —Sus dedos dibujaron unas comillas figuradas en el aire—. Se quedó sin argumentos al darse cuenta de que la deliciosa muchachita que fotografió durante el desfile como «modelo ideal para su retoño», era la propia Marina. ¡Menudo corte se llevó! —Sofocó su risita tapándose la boca con la mano—. Por cierto, me chifla tu pelo, ese fantástico corte midi.

—¿Mi corte...? ¿Te refieres a mi media melena? —Me atusé nerviosa las puntas.

—Está a la última.

Vaya, un clásico rasgo mío que siempre había atraído adjetivos como ñoña, sosa y antigua, ahora resulta que era moda puntera.

—Ya se lo comenté a Carlos en su día —prosiguió con atenta amabilidad—, y también a Natalia: eres la réplica personificada de Alexa Chung, ese estilo tuyo va a dar mucho que hablar.

Hubiese querido dejar claro que ni era ni quería ser réplica de nadie por muy *it-girl* que ella les pareciera pero cualquiera lo desencantaba con lo embalado que iba.

—Lanzaremos una línea de moda y complementos inspirada en ti —me envaré en la silla—, será colorista, vital y con mucha personalidad.

Mientras Arturo deshilaba el ovillo de sus planes artísticos, me entretuve en mirar alrededor. Sonará a fábula, pero solo las monerías de Merche y de Arturito combinadas, lograron suavizar la cara de malas pulgas de Natalia. Mientras la niña se encaramaba a su cuello y le regalaba una montaña de mimos que empezaba a derretirla, la oí preguntar:

—¿Y me llamarás abuela?

Todo era perfecto, tan perfecto, que tuve pánico de que fuese un sueño y se desvaneciera con la chicharra del despertador. Pero llegó Roman, volvió a ocupar un asiento a mi lado, me estrechó contra sí y depositó un beso ligero en mis labios. Él era el hilo que anclaba a tierra mi cometa. Busqué en el dedo el aro de mi anillo de compromiso, y jugueteé con él sonriendo sin parar, como una mona, sintiéndome segura por primera vez en mucho

tiempo.

•47• Ven y deja que te quiera

Esa tarde-noche estuve charlando con papá casi media hora. Buenas noticias, Florinda había acudido a verlos muy dispuesta y les había soltado un sentido discurso acerca de la dimensión global de su relación con Carletes, y que había estado convencida de un algo general sin ver las partes que no encajaban, y bla, bla, bla. Mis padres no se habían enterado de nada. El caso es que empezaba a mirarlo como un hermano al que le deseaba lo mejor. ¡Ah! Y que se mudaba a Madrid con novio formal, que le guardasen el secreto en Aljete.

Mi hermana Lourdes por fin daba señales de vida tras su escalada, y pensaba venir a la boda. Que la avisáramos con tiempo para comprarse traje, pamele y demás hierbas.

Colgué el teléfono y pensé en regresar a la cama donde me esperaba Roman. Llevaba puesta una bata de seda y un conjunto de brasileña y sujetador de algodón rosado con corazoncitos, nada espectacular ni demasiado sexy. Me tentó cambiarlo por uno de encaje, encaramarme en unos altos tacones, dejar caer la bata, persuasiva, desde la misma puerta y seducirlo, pero esa no sería yo. Yo era yo y no podía dejar de serlo, me equivocaba comparándome con otras lobas provocativas tipo Lana; a Roman le gustaba tal y como era, a veces, los estereotipos, esas que estamos convencidas que gustan a todos los hombres, no son tan infalibles y solo funcionan en nuestras mentes atormentadas que nos ven más gordas de lo que somos, más feas de lo que somos, más insignificantes de lo que parecemos.

Yo aquella misma tarde había añadido dos notas más a mi propio perfume, algo que Bella vaticinó que sucedería aunque no me atreví a creerla: el afrodisíaco jazmín y el excitante ámbar se sumaron al cándido buqué de flores blancas que hasta entonces me definía, tiñendo mi aroma con su osada sensualidad. La nueva Marina por fin completa. Se podía ser inocente y provocativa al mismo tiempo, yo daba fe de ello.

En aquel instante, sin ir más lejos, tenía ganas de jugar, me sentía traviesa. Sustituí la bata por una toalla no demasiado larga, enrollada alrededor de la cintura a modo de faldita, y comprobé en el espejo de la entrada que dejaba la parte baja de mis cachetes al aire. Agarré el bote de mermelada y me

apoyé contra el quicio de la puerta de nuestro dormitorio, poniéndole morritos sugerentes a mi futuro esposo.

Roman alzó la vista, se quedó un segundo sin habla y a continuación apartó el iPad de un empujón. Extendió los brazos con impaciencia, entre ansioso y burlón, y me ofreció un lugar ideal donde acurrucarme.

—Ven aquí, nena, rápido; voy a explorar tus rincones más misteriosos con ayuda de esa confitura, que no viviremos otro día como este. —Agitó el dedo para que me diese prisa—. Ven y deja que te quiera mucho.

Agradecimientos

En la larga andadura de estos nueve libros publicados siento que la vida me ha presentado un grupo de personas maravillosas a las que debo, como poco, haber llegado hasta aquí y a las que me gustaría agradecer, brevemente, el hecho de formar parte de mi realidad.

A mis compañeras escritoras, de romántica y de otros géneros, ejemplos de perseverancia y de voluntad. Juntas hacemos piña y nos animamos cuando las fuerzas flaquean: a Noelia Amarillo, a Megan Maxwell, a Olivia Ardey, a Laura Nuño, a Violeta Lago, a Àngels Oms, Julia Zapatero y un largo etc. que harían de estos agradecimientos, algo interminable.

A mis taconeras, Irene, So, Carol, Alicia y Connie, por ese precioso proyecto que es el blog «Con un par de tacones» al que regresaré ipso facto, en cuanto disponga de ordenador.

A las chicas de Románticas al Horizonte, Any Benítez, Loli Díaz y Nur Casas, por su apoyo incondicional desde mis primeras obras y por nuestras charlitas de café cuando las agendas lo permiten.

A Merche Diolch, por contar conmigo en sus encuentros RA; en su honor, la sobrina de Marina se llama como se llama.

A mis editoras, Consuelo y Eva, y a Esther, con su buen hacer han conseguido que me sienta, de verdad, apreciada y apoyada. Mil gracias. Prometo luchar por superarme en cada entrega.

A las chicas de Catadeparfumes, por permitirme introducir ese increíble universo que son las fragancias, en esta novela.

Y cómo no, a mi familia, que me soporta, me anima y me empuja a creer un poquito más en mí. Que aguantaron mis lágrimas cuando mi ordenador murió y tuve que reescribir, sin notas ni copias de seguridad, más de la mitad, ya escrita, de esta historia.

Y a mi perra, que me acompaña y se sabe cada palabra, de cada frase, de cada párrafo, en primicia.

Con amor, hasta la próxima.

Regina Roman

Table of Contents

- [·1· Comienzos en un jardín](#)
- [·2· Un merecido ascenso](#)
- [·3· De nuevo a cero](#)
- [·4· La primera en la frente](#)
- [·5· Las rubias estorban](#)
- [·6· La visita rosa](#)
- [·7· Metiste la pata, chatina](#)
- [·8· Shopping, rímel y Doraimon](#)
- [·9· Una morena en el menú](#)
- [·10· Todo vuelve a la normalidad](#)
- [·11· Pluff... cambio de planes](#)
- [·12· La familia... ¿y uno más?](#)
- [·13· Encuentro inesperado](#)
- [·14· El reloj de cuco](#)
- [·15· Nada tiene buen color](#)
- [·16· Noches inolvidables](#)
- [·17· Plan matrimonial](#)
- [·18· Ya está bien con el cachondeo](#)
- [·19· Marbella ida y vuelta](#)
- [·20· Vienes de pena...](#)
- [·21· La matriarca Hellman](#)
- [·22· No hacéis buena pareja](#)
- [·23· Baladas italianas a la carta](#)
- [·24· La tirolina asesina](#)
- [·25· Las mujeres no se orientan](#)
- [·26· Contigo no pasaría](#)
- [·27· Tirititrán, tran, tran.](#)
- [·28· Absoluta soledad](#)
- [·29· Perfumes a la carta](#)
- [·30· Tratados con el enemigo](#)

- [·31· La pared espía](#)
 - [·32· El anillo antiguo](#)
 - [·33· Amenazas serias](#)
 - [·34· Agujeros negros en el alma](#)
 - [·35· El desfile de Olivia](#)
 - [·36· Atreverse o no, esa es la cuestión](#)
 - [·37· Catadeparfumes](#)
 - [·38· El perfume es la mejor terapia](#)
 - [·39· Esos giros del destino](#)
 - [·40· Donde nace la inocencia](#)
 - [·41· Pistas entre los pinos](#)
 - [·42· La ardilla traviesa](#)
 - [·43· Juntos forever](#)
 - [·44· El vital concurso](#)
 - [·45· El premio sorpresa](#)
 - [·46· Desembarco de Brasil](#)
 - [·47· Ven y deja que te quiera](#)
- [Agradecimientos](#)

Table of Contents

- [·1· Comienzos en un jardín](#)
- [·2· Un merecido ascenso](#)
- [·3· De nuevo a cero](#)
- [·4· La primera en la frente](#)
- [·5· Las rubias estorban](#)
- [·6· La visita rosa](#)
- [·7· Metiste la pata, chatina](#)
- [·8· Shopping, rímel y Doraimon](#)
- [·9· Una morena en el menú](#)
- [·10· Todo vuelve a la normalidad](#)
- [·11· Pluff... cambio de planes](#)
- [·12· La familia... ¿y uno más?](#)
- [·13· Encuentro inesperado](#)
- [·14· El reloj de cuco](#)
- [·15· Nada tiene buen color](#)
- [·16· Noches inolvidables](#)
- [·17· Plan matrimonial](#)
- [·18· Ya está bien con el cachondeo](#)
- [·19· Marbella ida y vuelta](#)
- [·20· Vienes de pena...](#)
- [·21· La matriarca Hellman](#)
- [·22· No hacéis buena pareja](#)
- [·23· Baladas italianas a la carta](#)
- [·24· La tirolina asesina](#)
- [·25· Las mujeres no se orientan](#)
- [·26· Contigo no pasaría](#)
- [·27· Tirititrán, tran, tran.](#)
- [·28· Absoluta soledad](#)
- [·29· Perfumes a la carta](#)
- [·30· Tratados con el enemigo](#)
- [·31· La pared espía](#)
- [·32· El anillo antiguo](#)
- [·33· Amenazas serias](#)
- [·34· Agujeros negros en el alma](#)

- [·35· El desfile de Olivia](#)
 - [·36· Atreverse o no, esa es la cuestión](#)
 - [·37· Catadeperfumes](#)
 - [·38· El perfume es la mejor terapia](#)
 - [·39· Esos giros del destino](#)
 - [·40· Donde nace la inocencia](#)
 - [·41· Pistas entre los pinos](#)
 - [·42· La ardilla traviesa](#)
 - [·43· Juntos forever](#)
 - [·44· El vital concurso](#)
 - [·45· El premio sorpresa](#)
 - [·46· Desembarco de Brasil](#)
 - [·47· Ven y deja que te quiera](#)
- [Agradecimientos](#)